BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

La Democracia en América

POR

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

SEGUNDA PARTE

Traducción española y prólogo

POR

CARLOS CERRILLO ESCOBAR

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1911

DE

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

Tomos publicados:

Baldwin.—EL PENSAMIENTO Y LAS COSAS. EL JUICIO Y EL CONOCIMIENTO. Traducción de Francisco Rodríguez Besteiro. Con figuras. Madrid, 1911.

Claparède.—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.

Cuyer.—LA MÍMICA. Traducción de *Alejandro Miquis.* Con 75 figuras. Madrid, 1906.

Dugas.—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.

Duprat.—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.

Grasset.—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.

Malapert.—EL CARÁCTER. Traducido por José María González. Madrid, 1905.

Marchand.—EL GUSTO. Traducción de Alejo García Góngora. Con 33 figuras. Madrid, 1906.

Marie (Dr. A.)—LA DEMENCIA. Traducción de Anselmo González. Con figuras. Madrid, 1908.

Nuel.—LA VISIÓN. Traducida por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.

Paulhan.—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.

Pillsbury.—LA ATENCIÓN. Traducción de Domingo Barnés. Madrid, 1910.

Pitres y Régis.—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS. Traducido por José María González. Madrid, 1910.

Sergi.—LAS EMOCIONES. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.

Toulouse, Vaschide y Pieron.—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. *(Examen de sujetos).* Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.

Van Biervliet.—LA MEMORIA. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.

Vigouroux y Juquelier.—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1906.

Woodworth.—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vaca. Con figuras. Madrid, 1907.

Se publican estos volúmenes en tomos de 350 á 500 páginas, tamaño 19 × 12 centímetros, con ó sin figuras en el texto.

LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA

PRECIO EN RÚSTICA: 14 PESETAS LOS DOS TOMOS

OBRAS DE BINET

La psicología del razonamiento. Investigaciones experimentales por el hipnotismo. — Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1902. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

El fetichismo en el amor.—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1904. (Tamaño 19 × 12). Precio, 3 pesetas.

Introducción á la Psicología experimental.—Traducción de Angel do Rego, con prólogo de Julián Besteiro. 2.ª edición. Madrid, 1906. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

OBRAS DE BOISSIER

El fin del paganismo, Estudio sobre las últimas luchas religiosas en el siglo IV en Occidente.—Traducido por Pedro González Blanco. Madrid, 1908. Dos tomos. (Tamaño 19 × 12). Precio, 7 pesetas.

Paseos arqueológicos. Roma y Pompeya.—Traducido por Domingo Vaca. Madrid, 1909. (Tamaño 19 × 12). Precio, 4 pesetas.

OBRAS DE GUYAU

Génesis de la idea de tiempo.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1901. (Tamaño 19 × 12). Precio, 2'50 pesetas.

El arte desde el punto de vista sociológico.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1902. (Tamaño 23 × 15). Precio, 7 pesetas.

Los problemas de la estética contemporánea.—Traducción de José M. Navarro de Palencia. Madrid, 1902. (Tamaño 19 × 12). Precio, 4 pesetas.

La irreligión del porvenir.—Traducción y prólogo de Antonio M. de Carvajal. Madrid, 1904. (Tamaño 23 × 15). Precio, 7 pesetas.

La moral de Epicuro y sus relaciones con las doctrinas contemporáneas. (Obra premiada por la Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas). Versión española por A. Hernández Almansa. Madrid, 1907. (Tamaño 23 × 15). Precio, 5 pesetas.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

La Democracia en América

POR

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

SEGUNDA PARTE

Traducción española y prólogo

POR

CARLOS CERRILLO ESCOBAR

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1911

4.192—Tipolit. de Luis Faure, Calle de Alonso Cano, 15. Madrid

Dedico este prólogo al admirable escritor Roberto Castrovido.

C. Cerrillo Escobar.

PRÓLOGO

No creo deber publicar este prólogo sin poner á su cabeza la biografía del autor de la presente obra, y como son varias de aquéllas las que de él se han escrito, elijo una y, salvo algunas ligeras modificaciones, la transcribo.

He aquí lo que el biógrafo preferido dice:

«Alejo Carlos Enrique Clevel de Tocqueville, nació en París el día 29 de Julio de 1805 y murió en la ciudad de Cannes el 16 de Abril de 1859.

Pasó sus primeros años en el castillo de Verneuil, donde vió con frecuencia á Chateaubriand, que gozaba ya gran fama de literato y con el cuál estaba unido por lazos de parentesco.

Habiendo sido nombrado su padre prefecto de Metz, Tocqueville pasó allí, con su familia, é hizo sus estudios en un colegio de aquella ciudad.

Sentíase poco inclinado á estudiar la carrera á que se le dedicara, que fué la del derecho y, no obstante, se aplicó al estudio de ella desde 1823 á 1826, en París, y terminada que hubo ésta, emprendió un viaje por Italia; pero pronto tuvo que volver á Francia, para posesionarse del cargo de Juez auditor de Versalles, para el cuál había sido nombrado (1827). Este cargo y la amistad que contrajo con G. de Beaumont, influyeron para que Tocqueville se dedicara á investigar en los estudios históricos la razón filosó-

fica de los acontecimientos, más bien que la sucesión de los mismos.

La Revolución de 1830 produjo gran impresión en su ánimo y sin reserva de ningún género prestó juramento á la monarquía de Julio.

La filosofía política le había demostrado que la democracia estaba llamada á regir en un tiempo más ó menos lejano la sociedad europea y, con objeto de estudiar sus caracteres y tendencias, obtuvo del Ministro del Interior una misión para estudiar el régimen carcelario de los Estados Unidos, en cuya nación había adelantado mucho este asunto. Como resultado de sus trabajos respecto á tal misión, publicó una obra con el título *Del sistema penintenciario de los Estados Unidos y de su aplicación en Francia* (París, 1832, en 8.º), obra que mereció el premio Montyón de la Academia Francesa. El haber sido destituído de Beaumont, le determinó á dimitir el cargo en 1832, dedicándose á la composición de una obra sobre La Democracia en América cuya primera parte apareció en 1835. El éxito de este trabajo fué tan extraordinario que, además de merecer la alabanza de los primeros escritores de la época, obtuvo un premio de 8.000 francos, concedido por la Academia Francesa. La segunda parte vió la luz á principios de 1840, habiendo tenido tanta aceptación como la primera. En 1837 fué nombrado caballero de la Legión de Honor; al año, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, y en 1841 entró en la Academia Francesa. Elegido diputado en 1838 por Valogne (Mancha), presentó algunos luminosos informes sobre la abolición de la esclavitud y sobre la organización de las cárceles. Los asuntos de las posesiones francesas en África llamaron la atención de Tocqueville, quien en 1841 y 1846 visitó la Argelia, y adquirió el convencimiento de que era necesario establecer allí una población con las leyes, costumbres y civilización de Francia. Después de haber formado parte de la Asamblea cons-

tituyente, fué reelegido para la Legislativa, de la cual era presidente (1849), cuando fué llamado para formar parte del Gabinete Odilón Barrot, con la cartera de Negocios Extranjeros. El golpe de Estado de 1851 separó violentamente á Tocqueville de los asuntos públicos, y entonces se dedicó con gran ardor á componer su último libro: *El antiguo régimen y la revolución* (1) (París 1856, en 8.°). El éxito de esta nueva obra fué completo; los que rechazaban sus conclusiones, confesaban la profundidad de las investigaciones y de las ideas. El objeto del autor es descubrir, por la Historia, que la Revolución Francesa había sido originada por el antiguo régimen, y que lejos de ser un accidente fortuito, había sido preparada y provocada por el estado social que le había precedido. La obra de Tocqueville no se había de terminar. Estaba trabajando en la segunda parte, cuando su quebrantada salud le obligó á ir á establecerse en Cannes, donde murió, á la edad de cincuenta y cuatro años. Además de las obras mencionadas, pertenecen á Tocqueville las siguientes: *Nota sobre el sistema penitenciario y sobre la misión confiada por el Ministro del Interior á de Beaumont y de Tocqueville* (París, 1831, en 8.°), *Carta á Lord Broughan sobre el derecho de visita* (París, 1843 en 8.°), *Informe á la Academia Francesa sobre los premios de virtud* (París, 1847 en 12.°) y *El derecho al trabajo* (París, 1848, en 32.°)».

Es claro que conocer el tiempo de un autor, es conocer en gran parte su alma en acción y, por tanto, muchas de las razones fundamentales de la aparición de su obra, del sentido general que en ella campee, el origen de una multitud de ideas allí vertidas y, acaso, mucho también de la razón de su estilo.

Las ideas, tendencias y corrientes predominantes entre las que forman el ambiente mental que le rodea; el estado

(1) Madrid, Jorro, editor.

actual á la sazón de las ciencias, las artes, la literatura, la enseñanza, el espíritu de justicia, la ética vívida y la tenida como ideal supremo y fuente de postulados para realizar; la mayor ó menor equidad y difusión con que el veleidoso dios *Crematos* tenga hecho el reparto de su reino entre los hombres; cuanto constituya, en fin, el presente modo de sér de la civilización allí donde el autor se ha formado como actividad pensante, sensitiva y volitiva, influye en él y cristaliza en su obra á través de su temperamento. Tiene toda obra cierto parecido con las estalactitas: hay en ellas una gran parte de concreciones de materias que recogió, descompuso, transformó y arrastró consigo el torrente ó la vena de la inspiración, y es indudable que las superficies y subsuelos donde el escritor hace su acopio, son la naturaleza y la cultura de su siglo. El pasado le da lo que hay en él de activo, de fuerzas creadoras y de fuerzas resistentes ó de reacción, y los agentes corpóreos que concurren á formarlas y sostenerlas, y de la diversa manera de combinarse dichas fuerzas y dichos agentes, y del modo de actuar sobre éstos y, más reflejamente, sobre aquéllas, el mundo exterior, provocando acciones y reacciones que son ó determinan estados mentales, nace la individualidad epiritual de cada uno, su persona moral y su carácter, y quizá su estilo, si éste puede tomarse como la individualidad del autor impresa en su obra.

He aquí por qué yerran los que tratan de explicar el modo de sér de un individuo, por cómo fueron sus antepasados, error en que han caído historiadores como Michelet: *(Historia de Francia:* Carlos V, explicado según el modo de sér de no sé cuántas de sus ramas ancestrales); y novelistas como Zola: *(Familia de los Rougón).*

No es que yo diga por esto que ciertos trazos generales, muy generales, no se vayan poco á poco determinando y fijando de generación en generación, hasta producir una línea permanente, igual, que permite poder afirmarse que

el carácter de tal ó cual familia es éste ó aquél y, asimismo, de una región, de un pueblo, de una raza; pero que sólo es perceptible visto en una gran parte de su desarrollo, como una línea trazada en el filo del conjunto de las hojas de un ibro, que solamente se percata uno de su existencia, si la observa en muchas hojas juntas, pero no en una sola.

/La aspiración á borrar toda situación privilegiada de unos hombres respecto á los otros en el orden político y, por consecuencia, á que todos ellos participaran por igual de la asistencia del Estado, y la tendencia más vigorosa que pueda darse á que todos los ciudadanos pudieran tomar parte de una manera equitativa en la gobernación del país, formaban las dos corrientes más vivas é incontrastables de opinión en los tiempos en que puede ser considerado nuestro autor como un elaborador de sólido pensamiento y cómo un escritor llamado á influir en la opinión de los demás hombres y á ser consultado por ellos; es decir, la *igualdad* y la *democracia*, constituían juntas el pensamiento predominante á la sazón, el que todo lo animaba y á todo le imprimía un sello común.

Y he dicho *el* pensamiento y no *los*, porque no se concebía el uno sin el otro: la democracia implicaba la igualdad y la igualdad implicaba la democracia. La idea del derecho de todos los ciudadanos á participar por igual del gobierno de la nación, presupone la idea de la igualdad de todos los ciudadanos ante la constitución del Estado, y esta igualdad lleva consigo la independencia de los unos respecto á los otros, que es el principio de libertad, así como éste hace necesario el imperio de la ley, como suprema é incontrastable expresión del derecho, lazo positivo de relación y fuente de armonía entre los ciudadanos de una misma nación y entre todos los hombres./

Las luchas por el predominio, sostenidas durante la Edad Media, entre la Iglesia y el Imperio, fueron poco á

poco y sólidamente determinando las sendas esferas del poder civil y del poder espiritual, y los súbditos del primero fueron fijando su personalidad política frente al soberano, aleccionados por la Iglesia, que así pretendía debilitar el poderío de su rival; y los cristianos iban también determinando los límites de su conciencia religiosa y viendo y destacado en el mundo de su saber y su creer, qué era lo debido á Dios y qué lo debido al César. Íbase, pues, fijando la personalidad de cada uno frente á las dos encarnaciones del poder supremo que se disputaban el señorío de Europa: el Pontificado y el Imperio.

Pero este «cada uno» puede considerarse casi limitado á un corto número de hombres elegidos ó más bien á una clase social: á la de los próceres, al menos durante un largo período; mas, al mismo tiempo, *el pueblo* iba poco á poco formándose y creciendo al calor de las rivalidades entabladas entre los monarcas y la nobleza, y ya eran los primeros quiénes le fomentaban, por atraérsele, congratularse con él y hacerle fuerte contra el espíritu absorbente de los señores poderosos, ya eran éstos quiénes les pedían su apoyo y el acogimiento en los burgos, en sus días de rebeldía contra la realeza y en los de las facciones levantadas por ellos con propósitos ambiciosos de constituirse en príncipes nuevos; y así, entre unos y otros, van favoreciendo la aparición del primer tipo de ciudadanía democrática de la civilización romano-germánica, que fué el *estado llano*.

A medida que este nuevo factor social se ha ido formando y desenvolviendo, ha ido debilitándose la nobleza feudal, se ha ido creando una nueva aristocracia sin feudos, burguesa, devota de los reyes, que la daban vida por gracia y por merced, que hacían algunas veces á las ciudades nombrando de entre sus vecinos y á propuesta de sus concejos, marqueses y condes que, al ser objeto de semejante distinción y dado el espíritu de solidaridad vecinal entonces reinante irradiaban honor y gloria sobre sus convecinos; la

centralización del poder político ha ido perdiendo intensidad y el imperio se ha ido disgregando, formándose de sus fracciones nuevos Estados amparadores de intereses cada vez más intensos y propios de las naciones á que correspondían aquellos Estados, y los reyes han ido conviviendo liberalmente con sus pueblos.

Pero he aquí que, abatida la brava nobleza feudal, creada la personalidad del pueblo ciudadano, entrada la filosofía en la indagación del fundamento de los poderes políticos y de la extensión que á cada uno de ellos le correspondía, se impone en el humano pensamiento la idea de la multiplicidad de organismos que los encarnaran. Todo lo cual fué, al tiempo mismo de irse manifestando, atrayendo una lógica reacción en el espíritu centralizador del poder y de resistencia, encarnado entonces en los reyes más que en otra entidad cualquiera, y dando vida é intensidad al absolutismo.

La conciencia colectiva del pueblo como cuerpo político, se ha formado, sobre todo, en las capitales de las nuevas y grandes nacionalidades, se interesa en los negocios públicos y toma plaza en los partidos, aunque siguiendo en esta situación á los próceres del reino, cabezas de ellos.

/Al finalizar el siglo XVI, existe ya, en Londres, París, Nápoles y algunas otras grandes poblaciones europeas, un pueblo que tiene clara conciencia de su personalidad política y que *se* sabe distinguir de los hombres poderosos y contraponerse á ellos, con luminosa percepción de su propia entidad.

Poco importa, llegadas las cosas á este punto, que la reacción centralizadora del poder político provoque la incrementación y franco establecimiento de las monarquías absolutas: el pueblo concurrirá en todas las *frondas*, querrá reconocimientos de derechos políticos que favorezcan su intervención directa en la marcha del Estado, amengüen la elevación de los grandes y vayan borrando diferencias de condiciones. El pueblo es manantial de democracia y, crea-

do el pueblo, la democracia va surgiendo de él natural y vigorosamente, y con la democracia, las ideas y los sentimientos de igualdad y libertad políticas.

Estos nuevos aspectos de la vida ciudadana se van fundamentando en razonamientos y principios, ya de carácter metafísico, ya sacados de la historia política de los pueblos, ya de los cuerpos de derecho positivo; y aun al fijarse, por estas especulaciones, la esfera de acción de los monarcas absolutos, se les atempera y se les contiene, y si hay un Bossuet, por ejemplo, que, en este caso, apoye sus razonamientos y sus normas, á propósito de encauzar la voluntad del monarca, en la autoridad de los libros sagrados, no faltarán otros autores que, como Fenelón y Bauvan, se apoyen más ó menos audazmente en su propia manera de estimar las atribuciones del soberano, aunque inspirando sus propósitos aleccionadores y tutelares en su amor y su lealtad al trono; lo cual es, mírese como se quiera, poner la filosofía política ajena á toda otra autoridad que no sea la peculiar de la razón humana, como fuente de pensamiento director de la conducta de los reyes y, por tanto, sentar una autoridad fuera y por encima de ellos, que, á no ser la autoridad divina, tiene que ser la autoridad de la razón; y reconocida ésta como conductora y correctora del proceder del soberano, y siendo la razón patrimonio común de la humanidad y no peculiar de ningún individuo, el derecho de crítica de la conducta de los reyes queda establecido para todos los hombres y, consiguientemente, el de la conducta de cuantos ejerzan autoridad política, siquiera sea delegada.

Con la emancipación de la conciencia política en el espíritu del pueblo, los prestigios de la realeza sufrieron rudo quebranto, y tal emancipación irá luego haciendo necesaria la libre manifestación de los juicios en que se va poniendo y realizando.

He aquí, pues, la razón de sér de la prensa política. Na-

cida la prensa periódica como un tornavoz de la opinión referente á hechos inofensivos á la constitución de los Estados ni considerados como de llevar en sí, al menos de una manera próxima, ningún posible riesgo para aquélla, va día tras día dando campo, ensanche y hondura á la crítica en su seno, y entre los varios matices de este juzgar de las cosas, se va destacando el de la crítica política, y ya en la segunda mitad del siglo XVII, bajo Oliveiro Cronwel, alcanzaba la prensa de tal índole una gran importancia en Inglaterra; Milton emitió muy francas y terminantes palabras en favor de la libertad de pensamiento; usábase profusamente de los panfletos para censurar á los soberanos y á los hombres de Estado; y no fueron aquellas hojas impresas factor despreciable en la acción de estimular y caldear el ánimo de los fronderos, en Francia; viéndose á Mazarino maltratado en ellos y á la reina madre aludida de una manera poco reverente. Asimismo, una de las razones que tuvo Luis XIV para odiar á Holanda, fué que en este país se permitía imprimir la mayor parte de los panfletos ofensivos para el soberbio *rey sol.*

Yo creo que todo gran filósofo ó todo gran pensador, hablando en términos más generales, no es sino condensador de una gran masa de opinión difusa en su tiempo; alma de almas y consumación de múltiples conciencias, es también verbo de una extensa colectividad: son muchos hombres los que hablan por sus labios, son sus palabras cristalizaciones de muchas inteligencias.

Asimismo creo que el espíritu progresivo y la reacción tienen, si no siempre, al menos en períodos críticos, sus respectivos pensadores; y la carencia de esta lógica bifurcación de la conciencia universal, si no en un pueblo dado, en una civilización, acusa un estado de infecunda homogeneidad de las actividades intelectuales del hombre, consideradas en el conjunto de toda la sociedad de cuya civilización se trate. Hobbes y Lock me parecen ser un ejem-

plo confirmador de mi teoría, pudiéndoseles tomar como hombres representativos de otros menos originales, en lo que á la ciencia política se refiere, debiéndose decir que en ellos tomaron forma fija y redonda expresión, las dos grandes corrientes de la actividad política que se observan en Europa al quedar definidas y sólidamente asentadas las grandes nacionalidades. Corrientes que no cesarán, ¿quién sabe hasta cuándo? no obstante los esfuerzos paralizadores que hiciera el absolutismo, vencido pronto en Inglaterra por el Parlamento y, luego, en el continente por la Revolución francesa, que fué erupción de un cúmulo de energías esparcidas por entre todos los pueblos europeos y que halló su carácter en la nación vecina.

Sentado el fundamento del derecho político de los pueblos modernos por el canciller Lhospital, Lock, Montesquieu, Leibnitz, Russeau, Kant y otros; creada la filosofía de la propiedad por Lock, al establecer, antes que nadie, como fundamento de ella el trabajo; por Hobbes, afirmándola como consecuencia de una donación del jefe y á la vez encarnación, del Estado, después del renunciamiento que hizo de todo derecho el hombre de la naturaleza; por Montesquieu, Rousseau y, más especialmente, por los economistas; hechos familiares los estudios políticos de la antigüedad clásica y formando, por lo mismo, una gran parte del arsenal de conocimientos populares las ideas, de aquella índole, de Platón, Aristóteles, Cicerón, Epícteto, Marco Aurelio y Tito Livio; traída á discusión en la plaza pública, al campo de las cuestiones del dominio popular, la esclavitud, lo cual pudo esperarse que surgiría naturalmente del pensamiento nivelador, tan enseñoreado á la sazón de la conciencia social; levantada y puesta en marcha, por Montesquieu, antes que por ningún otro publicista, la cuestión del delito y la pena, como una importante rama del derecho y un tema no tratado hasta entonces de un modo

fundamental en la ciencia jurídica, constituído luego en asunto de especial indagación por hombres como Beccaria, y haciendo importante papel en la cultura profesional del abogado y entre las cosas dignas de ocupar de un modo intenso la atención del estadista, y colocada, en fin, la educación por Lock, Rousseau, Kant, Pestalozzi y Herbart, entre los asuntos á manejar cuidadosamente por los políticos y entre las principales asistencias á prestar por el Estado, queda formada el alma democrática de los pueblos europeos, y socabado, herido de muerte, en ellos, el genio de la organización aristocrática. Una nueva evolución de la sociedad ha comenzado y camina desarrollando todos estos gérmenes de nuevas transformaciones y vida nueva.

Así como cada credo lleva en su seno el embrión de la herejía que se levantará contra él, que le impugnará rudamente y encismará la iglesia en él fundada; cada sistema de principios determinante de una escuela, cada corriente condensada de opinión, amplia y definitiva al parecer, provocará en la conciencia social movimientos de negación, de protesta y de rechazo, que determinarán nuevas escuelas, nuevos partidos, nuevas direcciones de la actividad del espíritu del hombre, nuevas rutas para las colectividades humanas y crearán vastos escenarios de discusión y controversia, tanto más numerosas, más complejas, con mayor número de mantenedores y más interesantes á la masa social, cuanto más culta, más libre é inclinada á la indagación y á la vida mental sea esta masa.

La Francia del año treinta, la Francia de Tocqueville, que había recogido toda la herencia cultural riquísima que la dejara el siglo XVII, herencia de oro en preciosas joyas, de ricas gemas con deslumbrantes asterismos; herencia de luz, de color, de cambiantes y matices: toda una maravilla para encantar el alma, elevarla y depurarla; aquella Francia que había recogido el caudal de sólido pensamiento, de

emancipación del espíritu en todas las direcciones posibles á su actividad; de todas las conquistas arrancadas al viejo régimen por la Revolución; el caudal, en fin, de un alma social nueva, democrática y libre, acumulado por el siglo XVIII, caudal que subsistirá y sobrenadará por encima de la reacción napoleónica y la reacción borbónica y que irradiará y animará la vida política de todos los pueblos modernos; aquella Francia que por su situación en Europa, por su ansia de saber y la fuerte atracción ejercida por ella sobre el mundo, es el emporio de todos los conocimientos de la sociedad europea en todo momento; esa Francia, era también el centro social más adecuado á la efervescencia de ideas, al hervotar de pasiones, á las agitaciones de la fuerza creadora, indagadora, observadora, adivinadora, del espíritu, al tiempo á que nos referimos.

En este ambiente mental se formó el alma de Alejo Tocqueville; y ninguna de las direcciones del pensamiento contemporáneo de él, y ninguno de los aspectos del saber de entonces, y ninguna de las más candentes aspiraciones del alma social, podían serle desconocidos á un hombre tan cultivado, á la par que tan ansioso de cultura; tan observador de costumbres, de instituciones, de usos, como investigador de sus causas; tan dado á la percepción y al acopio de hechos particulares y relaciones de ellos, como hábil descubridor de leyes rectoras de los mismos y de principios generales.

La Revolución francesa había sellado con su propio carácter el espíritu de todos los pueblos; la conciencia política moderna estaba formada y marchando en un desenvolvimiento democrático y liberal; todos ó la mayoría de los soberanos europeos habían tenido ya, quien más quien menos, que condescender con ella; pero los atabismos y las añoranzas absolutistas no cesaban de ejercer su acción reactiva en los ánimos de reyes y ultroconservadores, y la política reaccionaria se iba entronizando poco á poco

en las esferas oficiales del Estado, desde Waterlóo; pero las ideas progresivas, una vez implantadas en las conciencias, no se pueden borrar de ellas tan fácilmente como el clareón se borra de un encerado, y aunque los elementor gubernativos que ocuparan las alturas de la escena política de las naciones reaccionaran, el alma de la Revolución mostrábase activa, dinámica é impelida á ponerse y realizarse en todas sus presentidas y ansiadas transformaciones, y la reacción sufría más y más sus golpes destructores y expeditivos de su propia vía y para su propia marcha, y al fin la contrarreacción se impuso y el constitucionalismo comenzó á generalizarse y á ser tenido como la única forma posible del régimen monárquico en los tiempos modernos.

La llamada Revolución de Julio, acaecida en Francia, que había puesto allí término á la dominación borbónica restaurada y colocado en el trono el demócrata Luis Felipe de Orleans, hizo que el pueblo, con este suceso, que fué obra suya, exclusivamente suya, adquiriese plena conciencia de cuánto podía y de que él era la fuente de toda autoridad, y tal acción del pueblo, más aún parisién que francés, fué irradiando, con fuerza emotiva, en la conciencia y en la voluntad de todas las naciones, y en unas, mediatizadas y absorbidas por otras, provocó, cual en Bélgica respecto á Holanda, rebeldías y esfuerzos por lograr la independencia; en otras, como en Brunsvig, hizo que el pueblo se rebelara contra su legítimo soberano que, con su manera de proceder, había hecho degradar en tiranía la realeza y su legitimidad en facciosa imposición. Otros Estados alemanes se resolvieron por lograr la destitución de primeros ministros autoritarios y dictatoriales, como Munster, en Hannover, y Eimiedel, en Sajonia. En Austria empezó á trabajar Hungría para su emancipación y asimismo las provincias italianas del imperio. Inglaterra avivó sus deseos de reformas parlamentarias, y púsose sobre el tapete la cuestión de las *aldeas carcomidas*. Irlanda redobló sus esfuerzos por lograr una

amplia autonomía, y los llamados *cartistas* llegaron á pedir el establecimiento del sufragio universal, quitándoselo al derecho de emisión del voto, el carácter timocrático que tenía, constituyendo por esto un privilegio para el capitalismo.

Suiza, en cuyos cantones venían predominando, siempre con un sentido muy conservador, las familias patricias y, en los que de ellos eran católicos, el clero y los patricios, también se alzó el pueblo contra estas tiranías y pugnó porque la república entrara francamente en las corrientes democráticas y liberales.

Los italianos se rebelan en Módena y Bolonia, y una asamblea, reunida en esta población, declaró abolido el poder temporal del papa. Los parmesanos arrojaron del trono y la ciudad á su soberana: María Luisa.

En España y Portugal se templaba y aquilataba el espíritu liberal, de una parte y se empedernía, de otra, el tradicionalismo, encarnado el primero en los constitucionales partidarios de las sendas soberanas de estos reinos, ambas menores de edad, y los partidos de los pretendientes don Carlos de Borbón, respecto de España, y D. Miguel de Braganza, respecto de Portugal.

En Francia se desenvolvió, á la sombra del nuevo régimen, el partido republicano, y el socialista creyó ver llegado el momento de realizar los ensueños comunistas de los fourieristas y los sansimonianos.

Los esfuerzos contrapuestos de la reacción, más ó menos solapada, con su sello absolutista, aristocrático y ultramontano, y del progreso, con su genio liberal, democrático, racionalista y ateo, se producen durante este decenio, de 1830 á 1840, bajo mil formas y con muy vario suceso; pero si bien nunca se adelanta hasta donde quisieran los más radicales, tampoco se retorna ni se estanca la conciencia social tanto como fuera del gusto de los más conservadores. La sociedad progresa, progresa siempre; pero con un movimiento imperceptible, como crecen las plantas y sin sa-

tisfacer jamás á la parte más extremada de las izquierdas, por ser muy lento, ni á la parte más extremada de las derechas, por ser muy rápido.

En este período nace el positivismo y la sociología, con la filosofía de Comte, Fauerbach y David Federico Strauss provocan una nueva agitación, desde diferentes puntos de vista, en la conciencia religiosa, empeñada entonces en hermanar la autoridad del dogma con la libertad de percibir del espíritu; la fe, con la observación y la experiencia que las ciencias exigen para su formación, confirmación y progreso.

En Inglaterra, Stuart Mill daba nuevo incremento, con sus trabajos escritos y orales, á la filosofía utilitaria.

La economía política, en Francia, perdía sus clásicos derroteros y tomaba nuevas direcciones, peligrosas para el régimen capitalista quiritario, en las obras de Víctor Próspero Cousiderant, Roberto Lamenais y Pedro José Prudhon.

La historia romántica, que representa una acción emancipadora de la tiranía de los clásicos, se espaciaba por doquier y llegó á su mayor pujanza con mantenedores como Víctor Hugo.

Las artes reflejan asimismo este genio emancipador, peculiar de aquel tiempo; y las ideas predominantes, las nuevas costumbres y aun las nuevas necesidades de la vida, son reflejadas por la escultura, trazadas en el lienzo y servidas por la arquitectura, la indumentaria y la suntuoria.

La Historia se escribe con gran libertad de crítica y aun de expresión y de comprensión, como hacía Michelet, por ejemplo.

La medicina y las ciencias físicas y naturales progresan rápida é intensamente. La zoología hace ya presentir las teorías darvinianas, por lo que, respecto á la derivación de todas las especies de una común y al enlace continuo y sucesivo de todas ellas, se venía diciendo desde Kant, que,

en su *Crítica de la razón pura,* escribió, respecto al total de las especies de seres vivientes, que «todas las diferencias que ofrecen, se eslabonan y no permiten la admisión de saltos;» desde lo dicho por Herder sobre el origen del hombre, en sus pensamientos sobre la historia de la humanidad;» desde Goethe, que había descubierto el hueso intermaxilar en el esqueleto humano, y lo que acerca de las metamorfosis de las plantas dijo, etc.

El parlamento inglés votó una ley sobre la higiene pública.

Los viajes científicos y de mero turismo se multiplicaban. Progresaba la industria, y las grandes masas de poblaciones obreras hacian transformarse la faz de los países, convirtiendo algunas villas ó ciudades, reducidas antes, en urbes populosas y poniendo ante los hombres de Estado nuevos y transcendentales asuntos á los cuales atender, nuevas exigencias á la ética y nuevos postulados á la elaboración del derecho positivo.

Tal era, á grandes rasgos bosquejado, *el tiempo de Tocqueville,* en todo el espacio que media desde que éste fué, por encargo del gobierno francés, á estudiar el régimen carcelario en los Estados Unidos, hasta que apareció esta segunda parte de su obra LA DEMÓCRACIA EN AMÉRICA.

No sé qué resultado positivo daría la misión que el gobierno francés le encomendara; pero sí que su viaje fué fructuoso en alto grado á la ciencia social y á la civilización, por haber dado lugar á la aparición de la brillante obra LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA, que, por sí sola, sería bastante para crearle á su autor una reputación envidiable.

Acaso fuera Tocqueville el primer autor que se puso á estudiar en la realidad misma y de un modo directo é inmediato, las leyes que rigen en su desenvolvimiento el espíritu de un pueblo, y que se haya elevado de la observación de todas las manifestaciones, así transitorias como estables, de la vida de éste á los principios que la in-

forman y determinan y que, descubiertas aquellas leyes y definidos estos principios, haya hecho más atinadas deducciones de unas y otros, para dirigir y prever la marcha de los demás pueblos á través del tiempo y del espacio.

Democracia, igualdad y libertad, esos tres aspectos del espíritu de los pueblos modernos, esa divina *trimurti* de la conciencia política contemporánea, consagrada por la Revolución francesa y confirmada por la gran masa popular de todas las sociedades modernas, ha sido hallada, observada y formulada por nuestro autor, en su estudio de la sociedad americana, y seguida hasta sus más minuciosos efectos, como fuerza motora de la actividad anímica, de la vitalidad en marcha, en proceso y desarrollo, del pueblo yanqui.

A la par que tales indagaciones y determinaciones hace, fija las diferencias que respecto á aquél tienen los pueblos antiguos de Europa, los pueblos aristocráticos, y prevee lo que serán éstos al transformar su viejo carácter político en democracia, no pretendida y formulada en las leyes, sino vívida, consustancial con el espíritu colectivo de las naciones y manifiesta en sus usos y costumbres; y de tal modo vió claro en esta cuestión, que el tiempo ha ido confirmando sus previsiones, y por lo que á cerca de este punto dijo, se podrían explicar muchos de los fenómenos que se observan hoy en diferentes manifestaciones de la vida en Europa y América misma, manifestaciones que atañen al desenvolvimiento de la mentalidad en la ciencia, en el arte, en el derecho, en la religión, en el campo de la política, en la prensa, en el teatro, en la novela, en la colonización, en las relaciones de trato social y hasta en las modas, y en mil aspectos de la vida privada.

Nadie ha ido más lejos que él en el estudio de la psicología de un pueblo, y muchas de sus observaciones han sido utilizadas por sociólogos de hoy, para partir hacia nuevas indagaciones, tomándolas como iniciación y norte para

ahondar y descubrir, y muchos de sus principios andan por ahí transcritos en libros de nuestros días, sin que se diga su procedencia, y muchas de sus afirmaciones respecto al pueblo yanqui, han sido luego convertidas por otros escritores, al tratar de la psicología de los pueblos y de las multitudes, en principios y en leyes universales.

No sólo fué el primero en orden de prelación de los sociólogos modernos, sino que es también uno de los primeros en orden de méritos y ha sido manantial de pensamiento y guía seguro para alguno de los más afamados de éstos.

LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA es interesante y útil, así para el político, el historiador y el sociólogo, como para el literato, el crítico literario, el periodista y el mero ciudadano.

Aunque el autor la divide en cuatro partes, yo hallo dos, bien perceptibles: una, política, verdadera obra de estadista, de derecho político y administrativo y de filosofía del derecho, y otra, lo diré usando un término harto extenso y vago, *social*, parte interesantísima, de una variedad, una amenidad y una atracción de espectáculo curioso que se presencia; un movimiento, un calor y un colorido de vida real, conocida, corriente, que embeben el ánimo y sostienen la atención en la lectura de ella, sin que sienta fatiga ni se pueda sustraer fácilmente á su atracción poderosa.

CARLOS CERRILLO ESCOBAR.

Madrid, 31 de Mayo de 1911.

ADVERTENCIA

Los americanos tienen un estado social democrático que les ha sugerido, naturalmente, ciertas leyes y costumbres políticas.

Este mismo estado social ha hecho nacer entre ellos una multitud de sentimientos y de opiniones que desconocían las antiguas sociedades aristocráticas de Europa, destruyendo ó modificando relaciones que existían de antiguo y estableciendo otras nuevas. El aspecto de la sociedad civil no se ha mudado menos que la fisonomía del mundo político.

De lo primero traté en la obra que publiqué hace cinco años, acerca de la Democracia americana, y el segundo hecho es objeto del presente libro. Estas dos partes no forman, pues, sino una sola obra.

Es preciso, desde luego, que prevenga al lector contra un error que me sería muy perjudicial.

Viéndoseme atribuir tantos efectos diversos á la igualdad, podría creerse que yo la considero como la causa única de todo lo que sucede en nuestros días. Para ello sería necesario suponerme un criterio mezquino.

Existen hoy una multitud de opiniones, de sentimientos é inclinaciones que deben su origen á hechos extraños

y aun contrarios á la igualdad. Así es, que si tomo por ejemplo á los Estados Unidos, fácilmente probaré que la naturaleza del país, el origen de sus habitantes, la religión de los primeros fundadores, los conocimientos que han adquirido y sus costumbres anteriores, han ejercido y ejercen, independientemente de la democracia, una influencia inmensa en su modo de pensar y de sentir. En Europa se encontrarían varias causas, pero distintas también del hecho de igualdad, que explicarían una gran parte de lo que allí pasa.

Reconozco la existencia de todas esas diversas causas y su poder; pero no es mi objeto hablar de ellas, porque no pretendo dar la razón de todas nuestras inclinaciones é ideas, y quiero solamente hacer ver hasta qué punto la igualdad ha modificado unas y otras.

Se extrañará que, creyendo yo firmemente que la revolución democrática de que somos testigos es un hecho irresistible contra el cual ni sería prudente ni útil luchar, dirija con frecuencia en este libro reconvenciones á las sociedades democráticas que esta revolución ha creado. Yo responderé sencillamente que esto depende, no de que sea enemigo de la Democracia, sino de que he querido ser sincero respecto á ella.

Los hombres no reciben la verdad de boca de sus enemigos, y sus amigos se la ofrecen raras veces; he aquí la razón en que me he fundado para decírsela.

Creo que habría muchos que se encargarían de anunciar bienes que la igualdad promete á los hombres; pero también que muy pocos se atreverían á señalar de lejos los peligros con que ella les amenaza. Hacia estos peligros he dirigido principalmente mi atención, y creyendo haberlos descubierto con claridad, no he podido decidirme á callarlos.

Espero que se encontrará en esta segunda obra la misma imparcialidad que se habrá notado en la primera. Puesto en medio de las opiniones contrarias que nos dividen, he procurado ahogar momentáneamente en mi corazón las simpatías favorables á los sentimientos opuestos que me inspira cada una de ellas. Si los que leyeren mi libro encontrasen una sola frase cuyo objeto sea alabar á alguno de los grandes partidos que han agitado nuestro país, ó á alguna de las pequeñas facciones que le inquietan y enervan, que estos lectores levanten la voz y me acusen.

El asunto que he querido abrazar es inmenso; pues comprende la mayor parte de los sentimientos é ideas que nacen del nuevo estado del mundo.

Tal objeto excede, indudablemente, mis fuerzas, y al tratarlo no he quedado del todo satisfecho; pero si no he podido lograr el fin que me he propuesto, el lector me hará, á lo menos, la justicia de creer que he concebido y seguido mi empresa en la idea de que podía hacerme digno de tener un buen éxito.

De la democracia en América.

PRIMERA PARTE

Influencia de la democracia en el movimiento intelectual en los Estados Unidos.

CAPÍTULO PRIMERO

Del método filosófico de los americanos.

Pienso que no hay en el mundo civilizado país en donde se cuiden menos de la filosofía que en los Estados Unidos. Los americanos no tienen escuela propia filosófica y se fijan tan poco en las que dividen la Europa, que apenas conocen los nombres de ellas.

Es fácil observar, sin embargo, que casi todos los habitantes de los Estados Unidos dirigen sus actividades intelectuales de la misma manera y las conducen según los mismos principios; es decir, que poseen cierto método filosófico que les es común, sin que jamás hayan cuidado de estudiar sus reglas.

Escapar al espíritu de sistema, al yugo de las costumbres, de las máximas de familia, de las opiniones de clase y hasta cierto punto de las preocupaciones nacionales; no tomar la tradición sino como un indicio y los hechos presentes como un estudio útil para obrar de otro modo distinto y mejor; buscar por sí mismo y en sí mismo la razón de las cosas y dirigirse al resultado, sin de–

tenerse en los medios; consultar el fondo, sin mirar la forma, tales son los principales rasgos que caracterizan lo que yo llamaré método filosófico de los americanos. Si voy más adelante y entre estos diversos caracteres busco el principal y el que puede resumir casi todos los otros, descubro que en la mayor parte de las operaciones del entendimiento, cada americano recurre solamente al esfuerzo individual de su razón.

La América es, pues, uno de los países del mundo en donde se estudian menos los preceptos de Descartes y en donde se siguen con más exactitud. Esto no debe sorprender: los americanos no leen las obras de Descartes, porque su estado social los distrae de los estudios especulativos, y si siguen sus máximas, es porque este mismo estado social dispone naturalmente su espíritu á adoptarlas.

En medio del movimiento continuo que reina en el seno de una sociedad democrática, el lazo que une las generaciones entre ellas se afloja ó se rompe, y cada uno pierde fácilmente el rastro de las ideas de sus abuelos ó se fija muy poco en ellas.

Los hombres que viven en una sociedad semejante, no pueden tampoco apoyar sus creencias en las opiniones de la clase á que ellos pertenecen, porque ya no hay, por decirlo así, clases, y las que existen todavía, se componen de elementos tan débiles y movedizos que el cuerpo no puede ejercer un verdadero poder sobre sus miembros.

En cuanto á la acción que puede ejercer la inteligencia de un hombre sobre la de otro, necesariamente ha de ser muy limitada en un país donde los ciudadanos, casi todos iguales, se ven tan de cerca, y no advirtiendo en ninguno de ellos las señales de una grandeza y de una superioridad incontestables, se vuelven sin cesar hacia su propia razón, como al origen más visible y más próximo de la verdad. Entonces no sólo se destruye la confianza en tal ó cual hombre, sino hasta el gusto de creer á cualquiera bajo su palabra. Cada uno se encierra dentro de sí mismo, y desde allí pretende juzgar al mundo.

Esta costumbre de los americanos de buscar en sí mismos las reglas del discernimiento, conduce su espíritu á otros hábitos, pues viendo que pueden resolver sin ningún auxilio las pequeñas dificultades que presenta su vida práctica, deducen fácilmente que

nada hay en el mundo de inexplicable, y que nada se extiende más allá de los límites de la inteligencia. Así es que ellos niegan lo que no pueden comprender, dando por lo mismo muy poco crédito á lo extraordinario, y concibiendo una repugnancia, casi invencible, por lo sobrenatural.

Como tienen costumbre de referirse á su propio testimonio, desean ver con claridad el objeto que les ocupa, desembarazándolo cuanto pueden del velo que lo cubre y alejando todo lo que los separa de él y se lo oculta, á fin de observarlo más de cerca y á plena luz. Esta disposición de su espíritu los conduce á despreciar las formas, que consideran como velos inútiles colocados entre ellos y la verdad. No han tenido, pues, necesidad de aprender en los libros su método filosófico, porque lo han encontrado en sí mismos; y otro tanto ha sucedido en Europa, donde este método no se ha establecido y generalizado sino á medida que las condiciones han llegado á ser más iguales y los hombres más semejantes.

Consideremos por un momento el encadenamiento de los tiempos. En el siglo XVI, los reformadores someten á la razón individual algunos de los dogmas de la antigua fe, pero continúan substrayéndo á la discusión todos los demás. En el XVII, Bacon, en las ciencias naturales y Descartes, en la filosofía propiamente dicha, anulan las fórmulas recibidas, destruyen el imperio de las tradiciones y trastornan la autoridad del maestro.

Los filósofos del siglo XVIII generalizan, en fin, el mismo principio y tratan de someter al examen individual de cada hombre el objeto de todas sus creencias. ¿Quién no ve que Lutero, Descartes y Voltaire se sirvieron del mismo método y que no difieren sino en el mayor ó menor uso que han pretendido que de él se haga? ¿De dónde viene que los reformadores se hayan encerrado tan estrechamente en el círculo de las ideas religiosas? ¿Por qué Descartes, no queriendo servirse de su método sino en ciertas materias, bien que lo hubiese puesto en estado de aplicarse á todas, declaró que no debían juzgarse por sí mismo sino las cosas filosóficas, pero no las políticas? ¿Cómo es que en el siglo XVIII se han sacado, de golpe, de este mismo método aplicaciones generales que Descartes y sus predecesores no habían conocido ó habían rehusado descubrir? ¿De dónde viene, en fin, que en esta época el método de que hablamos saliese súbitamente de las escuelas para pe-

netrar en la sociedad y venir á ser la regla común de la inteligencia y que después de haber sido popular entre los franceses se haya adoptado manifiestamente ó seguido en secreto por todos los pueblos de la Europa?

El método filosófico pudo nacer en el siglo XVI, y fijarse y generalizarse en el XVII; pero no podía ser comúnmente adoptado en ninguno de los dos, porque las leyes políticas, el estado social y los hábitos del entendimiento que emanan de estas primeras causas, se oponían á ello. Descubierto en una época en que los hombres empezaban á igualarse ó asemejarse, no podía ser seguido por la generalidad, sino en tiempos en que las condiciones viniesen á ser iguales y los hombres casi semejantes. El método filosófico del siglo XVIII no es sólo francés, sino democrático, y he aquí porque ha sido tan fácilmente admitido en toda Europa, cuya faz ha contribuído tanto á cambiar. El trastorno qué los franceses han ocasionado en el mundo no consiste en que hayan cambiado sus antiguas creencias, sino en que han sido los primeros en extender y sacar á luz un método filosófico con cuyo auxilio se podía atacar fácilmente todas las cosas antiguas y abrir el camino á las nuevas.

Si se me preguntase ahora por qué tal método se sigue hoy con más rigor y se aplica con más frecuencia entre los franceses que entre los americanos, en cuyo seno la igualdad es más completa y más antigua, responderé que eso depende de dos circunstancias, que, desde luego, procuraré hacer comprender bien.

La religión es la que ha dado origen á las sociedades anglo-americanas, de lo cual es preciso no hacer abstracción. En los Estados Unidos la religión se mezcla en todos los usos nacionales y con todos los sentimientos que hace nacer la patria, y esto le da una fuerza particular. A esta razón poderosa se añade otra, que no lo es menos. En América la religión se ha puesto, por decirlo así, ella misma sus límites; el orden religioso es enteramente distinto del orden político, de suerte que han podido cambiarse las leyes antiguas sin alterar las antiguas creencias.

El cristianismo ha conservado, pues, un grande imperio en el espíritu de los americanos, y debe observase sobre todo, que no reina como una filosofía que se adopta después de examinada, sino como una religión que se cree sin discutirla.

En los Estados Unidos, las sectas cristianas varían sin término y se modifican constantemente; pero el cristianismo es un hecho establecido é irresistible que nadie pretendió allí atacar ni defender.

Los americanos habiendo admitido sin examen los principales dogmas de la religión cristiana, se ven obligados á recibir del mismo modo un gran número de verdades que dependen y nacen de éstos; lo cual encierra en límites estrechos el análisis individual y le sustrae muchas de las más importantes opiniones humanas.

La otra circunstancia de que he hablado es ésta: los americanos tienen un estado social y una constitución democrática; pero no han tenido revolución democrática, sino que han llegado casi como hoy se hallan al suelo que ocupan, y esto merece atención.

No hay revolución que no conmueva las antiguas creencias, debilite la autoridad y obscurezca las ideas comunes. Toda revolución tiende á entregar á los hombres á sí mismos y abrir delante del espíritu de cada uno un espacio vacío y sin límites.

Cuando las condiciones llegan á igualarse, después de una larga lucha entre las diversas clases de que se formaba la antigua sociedad, la envidia, el odio y el desprecio de los otros, y el orgullo y la confianza extremada en sí mismo, invaden, por decirlo así, el corazón humano, y fijan en él por algún tiempo su dominio. Esto, además de la igualdad, contribuye poderosamente á dividir á los hombres, á hacer que desconfíen los unos de los otros y á que no busquen la razón sino en sí mismos.

Cada uno trata entonces de bastarse á sí propio, y hace depender su gloria de formarse sobre todas las cosas creencias que le sean peculiares. Los hombres se relacionan por intereses, mas no por ideas, y podría decirse que las opiniones humanas se agitan por todos lados, sin fijarse ni reunirse.

Así, la independencia de espíritu que la igualdad supone, no es nunca tan grande ni parece tan excesiva, como en el momento en que ésta empieza á establecerse, y mientras dura el penoso trabajo que la funda. Debe distinguirse con cuidado, pues, la clase de libertad intelectual que la igualdad produce, de la anarquía que la revolución trae consigo. Considérense aparte cada una de estas dos cosas, para no concebir ni esperanzas, ni temores exagerados del porvenir.

Creo que los hombres que vivan en las sociedades nuevas harán frecuentemente uso de su razón individual; pero estoy muy lejos de pensar que abusen de ella á menudo.

Esto depende de una causa más generalmente aplicable á todos los países democráticos, y que al fin debe retener dentro de límites fijos, algunas veces estrechos, la independencia individual del pensamiento.

Voy á explicarla en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

De la fuente principal de las creencias en los pueblos democráticos.

Las creencias dogmáticas son más ó menos en número, según los tiempos. Nacen de modos diferentes y acaso mudan de forma y objeto, mas no se puede impedir que haya creencias dogmáticas; es decir, opiniones que los hombres reciben confiadamente y sin discutirlas. Si cada uno pretendiera formar por sí mismo todas sus opiniones y buscar aisladamente la verdad en el camino abierto por él solo, no es probable que un gran número de hombres tuvieran creencias comunes.

Es fácil comprender, pues, que no puede haber sociedad que prospere sin creencias iguales ó mejor, que no hay ninguna que de esta manera subsista, porque sin ideas comunes no hay acción común, y sin acción común puede haber individuos, pero no un cuerpo social, pues para que haya sociedad y, más todavía, para que prospere, hay necesidad de que todos los ánimos se hallen siempre unidos mediante algunas ideas principales, y esto no puede suceder sin que cada uno de ellos deduzca sus opiniones de un mismo principio, y convenga en recibir un determinado número de creencias preparadas de antemano.

Considerando ahora al hombre aparte de los demás, encuentro que las creencias dogmáticas no le son menos indispensables para vivir solo que para obrar en común con sus semejantes.

Si el hombre tuviera la necesidad de probarse á sí mismo todas las verdades de que se sirve diariamente, no acabaría nunca por cierto; se entretendría en demostraciones previas, sin adelantar

un paso. Como no tiene tiempo, dada la brevedad de la vida, ni facultades, á causa de los limitados de su inteligencia, para obrar de este modo, se ve obligado á considerar como ciertos mil hechos y opiniones que no ha tenido ni el tiempo ni el poder de examinar por sí mismo, pero que otros más capacitados hallaron ó ha adoptado la multitud.

Sobre esta primera base levanta el hombre el edificio de sus ideas propias. Pero no és llevado por su voluntad á obrar así, lo es por la inflexible ley de su condición.

No hay filósofo tan grande en el mundo que no funde un millón de creencias en la fe de otro, y que no suponga muchas verdades más, de las que hay establecidas. Esto no sólo es necesario, sino conveniente. Un hombre que emprendiese examinarlo todo por sí mismo, no podría prestar bastante atención á cada cosa: este trabajo tendría su espíritu en una agitación perpetua que le impediría penetrar profundamente ninguna verdad y fijarse con solidez en ella. Su inteligencia sería á la vez independiente y débil. Es necesario, pues, que entre los diversos objetos de las opiniones humanas, elija y adopte muchas creencias sin discutirlas, á fin de profundizar mejor el pequeño número cuyo examen se reserve. Es verdad que todo hombre que recibe una opinión que otro ha emitido esclaviza su inteligencia; pero ésta es una esclavitud útil que permite hacer buen uso de la libertad.

Es, pues, indispensable que la autoridad se encuentre de algún lado en el mundo intelectual y moral; su puesto varía, pero no desaparece. Así la cuestión, no es de saber si existe una autoridad intelectual en los siglos democráticos de lo que se trata, sino solamente dónde se halla y hasta dónde se extiende.

Ya he mostrado en el capítulo precedente que la igualdad de las condiciones hacía concebir á los hombres una especie de incredulidad por lo sobrenatural, y una idea muy alta y frecuentemente exagerada de la razón humana..

Los hombres que viven en estos tiempos de igualdad, son difícilmente conducidos á colocar el poder intelectual á que se someten ni encima, ni fuera de la humanidad. Así es que siempre buscan en sí mismos ó en sus semejantes el origen de la verdad. Esto basta para probar que no podría establecerse en el día una religión nueva, y que todas las tentativas para hacerla nacer, no sólo se-

rían impías, sino ridículas é irracionales. Puede preverse desde luego que los pueblos democráticos no creerán fácilmente en las misiones divinas, se burlarán con gusto de los nuevos profetas y querrán encontrar en los límites de la humanidad y no más allá, el árbitro principal de sus creencias.

Cuando las condiciones son desiguales y los hombres desemejantes, hay algunos individuos muy ilustrados y poderosos por su inteligencia, y una multitud muy ignorante y harto limitada. Los que viven en tiempos de aristocracia son conducidos naturalmente á tomar por guía de sus opiniones la razón superior de un hombre ó de una clase, encontrándose poco dispuestos á reconocer la infalibilidad de la masa.

En los siglos de igualdad sucede lo contrario, porque á medida que los ciudadanos se hacen más iguales, disminuye la inclinación de cada uno á creer ciegamente á un cierto hombre ó á una cierta clase. La disposición á creer á la masa se aumenta, y viene á ser la opinión que conduce al mundo.

La opinión común no sólo es el único guía que queda á la razón individual en los pueblos democráticos, sino que tiene en ellos una influencia infinitamente mayor que en ninguna otra parte. En los tiempos de igualdad, los hombres no tienen ninguna fe los unos en los otros á causa de su semejanza, pero esta misma semejanza les hace confiar de un modo casi ilimitado en el juicio del público, porque no pueden concebir que, teniendo todos luces iguales, no se encuentre la verdad del lado del mayor número.

Cuando el hombre que vive en los países democráticos se compara individualmente á todos los que le rodean, conoce con orgullo que es igual á cada uno de ellos; pero cuando contempla la reunión de sus semejantes y viene á colocarse al lado de este gran cuerpo, bien pronto se abruma bajo su insignificancia y su flaqueza. La misma igualdad que lo hace independiente de cada uno de los ciudadanos en particular, lo entrega aislado y sin defensa á la acción del mayor número.

El público ejerce en los pueblos democráticos un poder singular, de que las naciones aristocráticas ni aun siquiera tienen idea. Él no persuade sus creencias; las impone y las hace penetrar en los ánimos, como por una suerte de presión inmensa del espíritu de todos, sobre la inteligencia de cada uno

En los Estados Unidos, la mayoría se encarga de suministrar á los individuos una multitud de opiniones ya formadas, y les alivia la obligación de formarlas por sí. Existe un gran número de teorías en materia filosófica, de moral ó de política, que cada uno adopta, sin examen, sobre la fe del público; y si mira de cerca, se encontrará que la religión misma reina allí menos como doctrina revelada que como opinión común.

Yo sé que entre los americanos las leyes políticas son tales que la mayoría rige soberanamente la sociedad; lo cual aumenta demasiado el imperio que ella ejerce sobre la inteligencia, porque nada hay más común en el hombre que reconocer una ciencia superior en el que le oprime.

Esta omnipotencia política de la mayoría en los Estados Unidos, aumenta, en efecto, la influencia que las opiniones del público obtendría sin ella en el juicio de cada ciudadano, pero no la funda. Hay que buscar en la igualdad misma el origen de esta influencia, y no en las instituciones más ó menos populares que hombres iguales pueden darse. Debe creerse que el imperio intelectual del mayor número sería menos absoluto en un pueblo democrático sometido á un rey que en el seno de una democracia pura; pero él será siempre absoluto, y cualesquiera que sean las leyes políticas que rijan á los hombres en los siglos de igualdad, se puede prever que la fe en la opinión común vendrá á ser una especie de religión, de la cual será profeta la mayoría.

Así, la autoridad intelectual será diferente, pero no será menor; y lejos de creer que deba desaparecer, yo conjeturo que fácilmente llegaría á ser muy grande, y que podría suceder que ella encerrase la acción del juicio individual en límites más estrechos de los que conviene á la grandeza y á la felicidad de la especie humana. Veo claramente en la igualdad dos tendencias: una que conduce al ánimo de cada hombre hacia nuevas ideas, y otra que le vería con gusto reducido á no pensar. Y concibo cómo bajo el imperio de ciertas leyes, la democracia extinguiría la libertad intelectual que el estado social democrátivo favorece; de tal suerte que después de haber roto todas las trabas que en tiempos pasados le imponían las clases ó los hombres, el espíritu humano se encadenaría estrechamente á la voluntad general del mayor número.

Si en lugar de todos los poderes diversos que sujetan y retar-

dan sin término el vuelo de la razón individual, sustituyesen los pueblos democráticos el poder absoluto de una mayoría, el mal no hubiera hecho sino cambiar de carácter. Los hombres no habrían encontrado los medios de vivir independientes; solamente hubieran descubierto, cosa difícil, una nueva fisonomía de la esclavitud. Esto es en lo que se debe hacer reflexionar profundamente á aquéllos que ven en la libertad de la inteligencia una cosa santa, y que no sólo odian al déspota, sino al despotismo. Por mí, cuando siento que la mano del poder pesa sobre mi frente, poco me importa saber quién me oprime; y por cierto que no me hallo más dispuesto á poner mi frente bajo el yugo, porque me lo presenten un millón de brazos.

CAPÍTULO III

Por qué los americanos muestran más aptitud y gusto para las ideas generales que sus padres los ingleses.

Dios no se ocupa, en lo general, de la especie humana. Él ve de una sola mirada y con separación todos los seres de que se compone la humanidad, y descubre en cada uno de ellos las semejanzas que lo unen á los demás y las diferencias que lo aislan.

Dios no tiene, pues, necesidad de ideas generales; es decir, que no necesita unir bajo la misma forma un gran número de objetos análogos para pensar con facilidad.

No sucede así al hombre: si el entendimiento humano emprendiese examinar y juzgar individualmente todos los casos particulares que llaman su atención, se perdería al momento entre la inmensidad de detalles y no vería nada; en tal situación ha tenido que recurrir á un método imperfecto, pero necesario, que prueba su debilidad y que le ayuda.

Después de haber considerado superficialmente un número de objetos y observado su semejanza, les da á todos un mismo nombre, los separa y prosigue su ruta. Las ideas generales no demuestran, pues, la fuerza de la inteligencia humana, sino más bien su incapacidad, porque no existen seres exactamente iguales en la naturaleza, hechos idénticos, ni reglas aplicables indistintamente y del mismo modo á muchos objetos á la vez.

Lo que tienen de admirable las ideas generales, es que permiten al intelecto humano juzgar rápidamente sobre un gran número de objetos á la vez; pero, por otro lado, no le suministran sino nociones incompletas, haciéndole perder siempre en exactitud lo que

le dan en extensión. Á medida que las sociedades envejecen, adquieren el conocimiento de hechos nuevos, y casi sin sentirlo se apropian diariamente algunas verdades particulares.

Á medida que el hombre adquiere más ideas de esta especie, se dispone naturalmente á concebir un mayor número de ideas generales. No es posible ver una multitud de hechos particulares separadamente, sin descubrir al fin el lazo común que los une. Muchos individuos hacen que se conozca la especie; muchas especies conducen por necesidad á la idea del género. El hábito y el gusto de las ideas generales serán tanto mayores en un pueblo, cuanto más antiguas y más intensa sea su cultura.

Pero hay otras razones todavía que incitan al hombre á generalizar sus ideas ó á alejarle de ellas. Los americanos hacen uso más frecuentemente de las ideas generales que los ingleses, y también se complacen más en ellas, lo cual parece muy singular á primera vista, si se considera que estos dos pueblos tienen un mismo origen, que han vivido durante muchos siglos bajo las mismas leyes y que se comunican sin cesar sus opiniones y sus costumbres. El contraste parece aún más patente cuando se fija la vista en Europa y se comparan entre sí los dos pueblos más ilustrados que la habitan. Se dirá que entre los ingleses el espíritu humano no se aparta sino con pesar y con dolor de la contemplación de los hechos particulares para remontarse de allí á las causas, y que él no generaliza sino á despecho de sí mismo.

Parece, al contrario que entre nosotros los franceses, el gusto por las ideas generales ha llegado á ser una pasión desenfrenada, que es necesario satisfacer á cada paso. Yo veo que todos los días se descubren leyes generales y eternas de que antes jamás se ha oído hablar. No hay escritor, por mediano que sea, al cual basten para su ensayo el descubrir verdades aplicables á un gran reino, y que no quede descontento de sí mismo si no ha podido encerrar á todo el género humano en el objeto de su discurso.

Semejante diferencia entre estos dos pueblos ilustrados me asombra. Si vuelvo, en fin, la vista hacia Inglaterra, y observo lo que pasa en su seno, de cuarenta años á esta parte, creo poder afirmar que el gusto por las ideas generales se desenvuelve á medida que la antigua constitución del país pierde su vigor.

El estado más ó menos avanzado de cultura no basta por sí solo

para explicar qué es lo que sugiere al espíritu humano el amor á las ideas generales y lo que derive de ellas. Cuando las condiciones son muy desiguales, y las desigualdades son permanentes, los individuos se hacen poco á poco tan desemejantes, que se diría que hay tantas humanidades distintas como clases; nunca se descubre á la vez sino una sola, y perdiendo de vista el lazo general que las une á todas en el vasto seno del género humano, no se alcanza á ver sino ciertos hombres, y no el hombre.

Aquéllos que viven en estas sociedades aristocráticas jamás conciben ideas muy generales relativas á sí mismos, y esto basta para darles una desconfianza habitual y un disgusto instintivo por ellas.

El hombre que habita en países democráticos no descubre cerca de él sino seres poco más ó menos semejantes; no puede ocuparse de una parte cualquiera de la especie humana sin que su pensamiento se extienda hasta abrazar el conjunto. Todas las verdades son aplicables igualmente y del propio modo á cada uno de sus conciudadanos y semejantes. Habiendo contraído el hábito de las ideas generales en el estudio que más le ocupa y le interesa, lo sigue en todos los otros, y así es que la necesidad de descubrir reglas comunes en todas las cosas, de encerrar un gran número de objetos bajo una misma forma y de explicar un conjunto de hechos mediante una sola causa, llega á ser una pasión ardiente y frecuentemente ciega del género humano.

Nada muestra mejor la verdad de lo que precede que las opiniones de la antigüedad con respecto á los esclavos. Los ingenios más profundos y vastos de Roma y de Grecia no pudieron llegar jamás á esta idea tan general y al mismo tiempo tan sencilla, de la semejanza de los hombres y del derecho igual que al nacer tiene cada uno á la libertad; y aun se esforzaron en probar que la esclavitud estaba en la naturaleza y que existiría siempre. Más diré: y es que todo indica que aun los antiguos que de las clases de esclavos pasaron á ser libres, muchos de los cuales nos han dejado excelentes escritos, consideraban la esclavitud desde este mismo punto de vista.

Todos los grandes escritores de la antigüedad participaban de la adhesión á la aristocracia, de sus maestros ó, á lo menos, la veían establecida sin hacer reparo alguno; su espíritu, después de

extenderse por muchos lados, se encontró limitado de éste, y fué preciso que Jesucristo viniese al mundo para hacer comprender que todos los miembros de la especie humana eran naturalmente iguales y semejantes.

En los siglos de igualdad todos los hombres son independientes unos de otros, aislados y débiles; no se ve ninguno, cuya voluntad dirija de una manera permanente los movimientos de la multitud; en tales tiempos la humanidad parece que marcha casi siempre por sí sola. Para explicar lo que pasa en el mundo es preciso recurrir á algunas grandes causas que, obrando de igual modo sobre cada uno de sus semejantes, los conduce así á seguir todos una misma senda. Esto dirige naturalmente al espíritu humano á concebir ideas generales y á gustar de ellas.

He demostrado que la igualdad de las condiciones lleva á cada uno á buscar la verdad por sí mismo. Es fácil conocer que un método semejante guía insensiblemente el espíritu humano hacia las ideas generales. Cuando yo dejo á un lado las tradiciones de clase, de profesión y de familia, y abandono el imperio del ejemplo para buscar por sólo el esfuerzo de mi razón la vía que se haya de seguir, me inclino á sacar la causa de mis opiniones de la naturaleza misma del hombre; lo cual conduce necesariamente y casi sin notarlo, hacia un gran número de nociones muy generales.

Todo lo que precede acaba de explicar por qué los ingleses muestran menos aptitud y gusto por la generalización de las ideas que sus hijos los americanos y, sobre todo, que sus vecinos los franceses, y por qué los ingleses de nuestros días muestran esto más que lo manifestaron sus padres.

Los ingleses han sido por largo tiempo un pueblo ilustrado y á la par muy aristocrático; sus luces les daban sin cesar una tendencia hacia las ideas muy generales, y sus hábitos aristocráticos los retenían en las ideas muy particulares. De aquí nace esta filosofía á la vez tímida, amplia y estrecha, que ha dominado hasta ahora en Inglaterra, y que conserva aún tantos espíritus oprimidos ó inmóviles.

Independientemente de las causas que he señalado arriba, se encuentran otras todavía menos aparentes, pero no menos eficaces, que producen en casi todos los pueblos democráticos el gusto y aun la pasión por las ideas generales.

Es necesario distinguir entre estas clases de ideas. Hay unas que son el resultado de un trabajo lento y minucioso de la inteligencia, y éstas ensanchan la esfera de los conocimientos humanos. Otras que nacen fácilmente de un primero y rápido esfuerzo del espíritu, y no dan sino nociones muy superficiales ó inciertas.

Los hombres que viven en los siglos democráticos son muy curiosos, pero tienen poco descanso; su vida es tan laboriosa, tan agitada, tan activa y complicada, que les deja poco tiempo para pensar. Ellos aman las ideas generales, porque les dispensan el estudio de los casos particulares, conteniendo, si puedo explicarme así, muchas cosas bajo un pequeño volumen, y ofreciendo en poco tiempo un gran producto. Cuando después de un examen poco atento y breve, creen descubrir una relación común entre ciertos objetos, no llevan más lejos su investigación, y sin examinar detalladamente cómo estos diversos objetos se parecen ó se diferencian, se apresuran á arreglarlos todos bajo la misma forma á fin de pasar adelante.

Uno de los caracteres distintivos de los siglos democráticos es el gusto que experimentan todos los hombres por las cosas fáciles y los goces presentes. Esto se advierte así en la carrera intelectual como en todas las demás. La mayor parte de los que viven en los tiempos de igualdad están llenos de una ambición á la vez viva y floja; quieren obtener grandes ventajas, pero no á costa de grandes esfuerzos. Estos instintos contrarios los conducen directamente al estudio de las ideas generales, con cuyo auxilio se lisonjean de trazar vastos objetos á muy poca costa y de atraer sin trabajo las miradas del público.

No sé si hacen mal en pensar así, porque sus lectores aborrecen tanto como ellos el profundizar, y no buscan de ordinario en los trabajos del entendimiento sino placeres fáciles é instrucción sin fatiga.

Si las naciones aristocráticas no hacen bastante uso de las ideas generales, ó más bien las miran con un desprecio inconsiderado, los pueblos democráticos se hallan, por el contrario, dispuestos siempre á abusar de esta especie de ideas y á entusiasmarse indiscretamente con ellas.

CAPÍTULO IV

Por qué los americanos no han sido jamás tan apasionados como los franceses por las ideas generales en materias políticas.

He dicho anteriormente que los americanos muestran por las ideas generales un gusto menos vivo que los franceses, y esto es cierto sobre todo respecto á las ideas generales en política.

Aunque los americanos hagan entrar en su legislación infinitamente más ideas generales que los ingleses y se ocupen más que éstos en acomodar las prácticas á la teoría en los negocios humanos, nunca se han visto en los Estados Unidos cuerpos políticos tan decididos por las ideas generales como lo fueron entre nosotros la Asamblea Constituyente y la Convención; nunca se ha apasionado la nación americana toda entera por estas ideas, del modo que lo hizo el pueblo francés del siglo XVIII ni ha mostrado jamás aquella fe tan ciega en la exactitud y verdad de ninguna teoría.

Esta diferencia entre nosotros y los americanos proviene de varias causas y principalmente de las que ahora voy á expresar: los americanos forman un pueblo democrático que ha dirigido siempre por sí mismo los negocios públicos, y nosotros un pueblo democrático que por mucho tiempo no ha podido hacer otra cosa que pensar en la mejor manera de conducirlos. Nuestro estado social nos hacía ya concebir ideas muy generales en materia de gobierno cuando nuestra constitución política nos impedía aún rectificar estas ideas por la práctica y descubrir poco á poco su insuficiencia, mientras que entre los americanos estas dos cosas se equilibran y se corrigen naturalmente.

A primera vista parece que esto se opone á lo que he dicho anteriormente de que los pueblos democráticos adquirían en las agitaciones mismas de su vida práctica el afecto que muestran por las teorías. Un examen detenido prueba que no hay en esto contradicción.

Los hombres que viven en los países democráticos aman mucho las ideas generales, porque tienen poco tiempo desocupado, y estas ideas les dispensan de perderlo en examinar casos particulares; esto es verdad, pero debe entenderse sólo de las materias que no son el objeto habitual y necesario de sus pensamientos.

Los comerciantes acogerán pronto y sin gran examen todas las ideas generales que se les presenten relativas á la filosofía, á la política, á las ciencias y á las artes; pero no recibirán sino después de un examen detenido ni admitirán sin precaución las relativas al comercio.

Lo mismo sucede á los hombres de Estado cuando se trata de ideas generales corcernientes á la política.

Cuando hay un objeto acerca del cual es particularmente peligroso que los pueblos se entreguen ciegamente y con extremo á las ideas generales, el mejor correctivo que puede emplearse es hacer que se ocupen todos los días de un modo práctico de ese mismo objeto; para ello, necesariamente, han de entrar en los detalles, y los detalles les harán conocer los defectos de la teoría.

El remedio es comúnmente doloroso, pero su efecto es seguro.

Así es como las instituciones democráticas obligan á cada ciudadano á ocuparse prácticamente del gobierno y moderan el gusto excesivo por las teorías generales que sugiere la igualdad en materias políticas.

CAPÍTULO VI

Cómo sabe servirse la religión en los Estados Unidos, de los sentimientos democráticos.

He establecido en uno de los capítulos precedentes que los hombres no pueden estar sin creencias dogmáticas y que aun debía desearse mucho que las tuviesen. Añado aquí que las creencias dogmáticas en materia de religión son las que nos convienen, lo cual se deduce fácilmente aun en la hipótesis de que no se quiera fijar la atención sino en los intereses de este mundo.

No hay casi ninguna acción humana, por particular que se la suponga, que no nazca de una idea general que los hombres han concebido de Dios, de sus relaciones con el género humano, de la naturaleza de su alma y de sus deberes para con sus semejantes. Estas ideas no pueden dejar de ser la fuente común de donde emanan todas las demás.

Los hombres tienen un gran interés en formarse ideas fijas acerca de Dios, del alma y de los deberes generales para con su Creador y sus semejantes, pues la duda sobre estos puntos principales abandonaría á la ventura todas sus acciones y las condenaría, en cierto modo, al desorden y á la impotencia. Es, pues, importantísimo que sobre esta materia cada uno de nosotros tenga ideas fijas, y desgraciadamente es en la que con más dificultad puede uno, entregado á sí mismo y por sólo el esfuerzo de su razón, llegar á fijarlas. Sólo los espíritus exentos de las preocupaciones ordinarias de la vida, penetrantes, sutiles y muy ejercitados pue-

den, á fuerza de tiempo y de trabajo, profundizar hasta estas verdades tan importantes.

Sin embargo, vemos que esos mismos filósofos se hallan casi siempre rodeados de incertidumbres; que á cada paso la luz natural que los guía se obscurece y amenaza apagarse, y que á pesar de todos sus esfuerzos no han podido descubrir sino un pequeño número de nociones contradictorias, en medio de las cuales el espíritu humano fluctúa constantemente desde hace muchos miles de años, sin poder descubrir la verdad, ni aun siquiera encontrar nuevos errores. Semejantes estudios están fuera de los alcances de la inteligencia media de los hombres; y aunque la mayor parte fueran capaces de entregarse á ellos, es evidente que no dispondrían del tiempo necesario.

La práctica diaria de la vida necesita indispensablemente de ideas fijas acerca de Dios y de la naturaleza humana, y esa misma práctica impide á los hombres el poderlas adquirir.

He aquí una cosa extraña. Entre las ciencias hay algunas útiles á la multitud y que están á su alcance; otras, lo están sólo al de pocas personas, y no se cultivan por la mayoría, que no tiene necesidad sino de sus aplicaciones más remotas; pero la práctica diaria de éstas es indispensable á todos, aunque su estudio sea inaccesible á la mayor parte.

Las ideas generales relativas á Dios y á la naturaleza humana son, pues, entre todas, las que más conviene sustraer á la acción continua del juicio individual, y en las que puede ganarse mucho y perderse poco reconociendo una autoridad.

El primer objeto, y una de las principales ventajas de la religión, es dar á cada una de estas cuestiones primordiales una solución clara, precisa, intangible para la multitud y muy durable.

Hay religiones falsas y muy absurdas; sin embargo, puede decirse que toda religión que permanece en el círculo que acabo de indicar, sin pretender salir de él, como muchas lo han intentado, para detener el vuelo del espíritu humano, impone un yugo saludable á la inteligencia; y es preciso reconocer, que si no salva á los hombres en el otro mundo, á lo menos es muy útil para su felicidad y su grandeza en éste; lo cual es principalmente cierto en cuanto á los hombres que viven en países libres.

Cuando la religión se destruye en un pueblo, la duda se apo-

dera de las regiones más altas de la inteligencia y medio paraliza todas las ótras. Cada uno se habitúa á tener nociones variables y confusas sobre las materias que más interesan á sus semejantes y á sí mismo: defiende mal sus opiniones ó las abandona; y como se siente incapaz de resolver por sí sólo los mayores problemas que el destino humano presenta, se reduce cobardemente á no pensar en ellos.

Semejante estado no puede menos de debilitar las almas, de aflojar los resortes de la voluntad y de preparar los ciudadanos á la esclavitud.

No sólo ocurre entonces que ellos se dejan usurpar su libertad, sino que aun, con frecuencia, la abandonan.

Cuándo no existe ninguna autorídad en materia de religión ni en política, los hombres se asustan luego al aspecto de una independencia sin límites. La perpetua agitación en todas las cosas, los inquieta y fatiga. Como todo se conmueve en el mundo de las inteligencias, quieren á lo menos que todo sea firme y estable en el orden material, y no pudiendo recuperar sus antiguas creencias, establecen una autoridad.

Yo por mí, dudo que el hombre pueda alguna vez soportar á un mismo tiempo una completa independencia religiosa y una entera libertad política; y me inclino á pensar que si no tiene fe, es preciso que sirva, y si es libre, que crea.

No sé, sin embargo, si esta grande utilidad de las religiones no es más visible todavía en un pueblo donde las condiciones son iguales que en todos los otros.

Es necesario reconocer que la igualdad que introduce tantos bienes en el mundo, sugiere también, como mostraré después, ideas muy peligrosas, pues tiende á separar á los hombres unos de otros, de modo que no se ocupe cada uno sino de sí mismo, y abre en su alma un vasto campo al deseo desmedido de los goces materiales.

La mayor ventaja de las religiones es la de inspirar idea del todo contrarias. No hay religión que no coloque el objeto de los deseos del hombre más allá de los bienes terrestres, y que no eleve naturalmente su alma á regiones superiores á las de los sentidos. No la hay tampoco que no imponga á cada uno deberes, cualesquiera que sean, hacia la especie húmana ó comunes á ella,

y que no le saque así, de tiempo en tiempo, de la contemplación de sí mismo. Esto se ve aun en las religiones más falsas y peligrosas.

Los pueblos religiosos son, pues, precisamente fuertes en el punto en que los pueblos democráticos son débiles, lo cual hace ver cuán importante es que los hombres conserven su religión al hacerse iguales.

Yo no tengo ni el derecho ni la voluntad de examinar los medios sobrenaturales de que Dios se sirve para establecer una creencia religiosa en el corazón del hombre. No considero en este momento las religiones sino desde un punto de vista puramente humano; sólo indago de qué manera pueden ellas más fácilmente conservar su imperio en los siglos democráticos en que ahora entramos.

He hecho ver que en los tiempos de luces y de igualdad, el espíritu humano no consentía, sino con pesar, en recibir creencias dogmáticas, y que si sentía vivamente la necesidad de ellas era sólo en materia de religión. Esto indica, desde luego, que en tales siglos las religiones deben contenerse con circunspección dentro de los límites que les son propios y no tratar de salir de ellos; porque queriendo extender su poder más allá de las materias religiosas se exponen á no ser creídas en ningún punto. Deben, pues, trazar con cuidado el círculo en que pretenden contener el espíritu humano y fuera de él dejarlo enteramente libre, y abandonarlo á sí mismo.

Mahoma hizo bajar del cielo y colocó en el Corán, no solamente doctrinas religiosas, sino máximas políticas, leyes civiles y criminales y teorías científicas. El Evangelio, al contrario, no habla sino de relaciones generales de los hombres con Dios y entre sí; fuera de esto nada enseña y nada obliga á creer. Entre otras muchas razones basta ésta para probar que la primera de las dos religiones no puede dominar largo tiempo en días de luces y de democracia, mientras que la segunda está destinada á reinar en estos siglos como en cualesquiera otros.

Si llevo más adelante esta misma investigación, hallo que para que las religiones puedan, humanamente hablando, mantenerse en los siglos democráticos, no basta que se encierren cuidadosamente en el círculo de las materias religiosas, sino que su poder depende más bien de la naturaleza de las creencias que profesen,

de las formas exteriores que adopten y de las obligaciones que impongan.

Lo que he dicho antes de que la igualdad conduce á los hombres á ideas muy generales y vastas, debe entenderse principalmente en materias de religión. Los hombres semejantes é iguales conciben con facilidad la idea de un solo Dios imponiendo á cada uno de ellos las mismas reglas y concediéndoles la felicidad futura al mismo precio. La unidad del género humano los conduce incesantemente á la idea de la unidad del Creador, mientras que los hombres muy separados unos de otros y muy desemejantes, conciben tantas divinidades como hay pueblos, razas, clases y familias, y trazan mil caminos particulares para ir al cielo.

No puede negarse que aun el cristianismo ha sufrido, en cierto modo, esta influencia que ejerce el estado social y político en las creencias religiosas.

Al aparecer la religión cristiana sobre la tierra, la Providencia, que sin duda preparaba el mundo para su llegada, había reunido una gran parte de la especie humana, como un inmenso rebaño, bajo el cetro de los Césares. Los hombres que componían esta multitud diferían mucho unos de otros; pero estaban de acuerdo en un punto principal, cual era el de obedecer las mismas leyes, y cada uno de ellos era tan débil y tan pequeño, relativamente á la grandeza del príncipe, que parecían todos iguales cuando se le comparaban.

Es preciso reconocer que este estado nuevo y particular de la humanidad debió disponer á los hombres á recibir las verdades generales que el cristianismo enseña, y sirve para explicar el modo rápido y fácil con que penetró éste entonces en el espíritu humano.

La segunda prueba se hizo después de la destrucción del imperio. El mundo romano, habiéndose entonces deshecho en mil pedazos, volvió cada nación á su individualidad primitiva. Bien pronto, en el interior de estas naciones mismas, se graduaron las clases hasta el infinito; se señalaron las razas y las castas dividieron cada nación en muchos pueblos. En medio de este esfuerzo común, que parecía conducir las sociedades humanas á subdividirse en tantos fragmentos como era posible concebir, el cristianismo no perdió de vista las principales ideas generales que había sacado á

luz, pero pareció, sin embargo, prestarse tanto como de él depen día á las nuevas tendencias que las fracciones de la especie humana hacían nacer. Los hombres continuaron adorando á un solo Dios creador y conservador de todas las cosas; pero cada pueblo, cada ciudad y, por decirlo así, cada hombre creyó detener algún privilegio aparte y crearse protectores particulares cerca de su soberano dueño. No pudiendo repartirse la divinidad, se acrecieron por lo menos y se multiplicaron sin término sus agentes; el homenaje debido á los ángeles y á los santos, vino á ser para los cristianos un culto casi idólatra, y aún se pudo temer por un momento que la religión cristiana retrogradase hacia las otras que ella había vencido.

Es evidente que á medida que desaparecen las barreras que separan á las naciones en el seno de la humanidad y á los ciudadanos en el interior de los pueblos, el espíritu humano se dirige, como por sí, hacia la idea de un Sér único y Todopoderoso que gobierna igualmente y con las mismas leyes á todos los hombres. Por esto conviene, particularmente en los siglos de democracia, distinguir el homenaje que se rinde á los agentes secundarios, del culto debido al Creador.

Otra verdad me parece también evidente, y es que, en los siglos democráticos, las religiones deben sujetarse menos que en los demás á las prácticas exteriores.

Hice ver al hablar del método filosófico de los americanos que nada choca tanto al espíritu humano en épocas de igualdad como la idea de someterse á fórmulas. Los hombres de tales tiempos sufren con impaciencia las figuras; los símbolos les parecen artificios pueriles de que se valen para encubrir ó disfrazar á sus ojos las verdades que sería más natural presentar al mundo con sencillez y claridad; miran con indiferencia la práctica de las ceremonias, y propenden naturalmente á dar una importancia secundaria á los detalles del culto.

Los que se hallan encargados de arreglar la forma exterior de las religiones en los siglos democráticos deben fijar su atención en estos instintos naturales de la inteligencia humana, para no luchar contra ellos sin necesidad.

Creo firmemente en la necesidad de las formas; sé que ellas fijan el espíritu humano en la contemplación de las verdades abs-

tractas, y ayudándolo á comprenderlas bien se las hacen abrazar con ardor. No me figuro que se pueda mantener una religión sin prácticas exteriores; pero, por otra parte, pienso que en los siglos á que nosotros nos dirigimos sería muy arriesgado multiplicarlas sin medida; que conviene más bien disminuirlas, y que sólo se debe conservar lo que es absolutamente indispensable para la perpetuidad del dogma mismo, substancia de las religiones (1), cuyo culto no es sino la forma. Una religión más minuciosa, más inflexible y más llena de observancias, al tiempo mismo en que los hombres van haciéndose más iguales, no tardaría en verse reducida á un tropel de celadores apasionados en medio de una multitud incrédula.

Se me dirá que las religiones, teniendo todas por objeto verdades generales y eternas, no pueden doblegarse así á las tendencias mudables de los tiempos, y responderé de nuevo á esto, que es preciso distinguir cuidadosamente las opiniones principales que constituyen una creencia y que forman lo que los teólogos llaman artículos de fe de las nociones, las accesorias que las acompañan. Las religiones deben mantener firmes las primeras, cualquiera que sea el genio particular del siglo; pero no unirse del mismo modo á las segundas en los tiempos en que todo cambia continuamente de lugar y cuando el espíritu, acostumbrado al espectáculo variable de las cosas humanas, apenas puede sufrir que se le fije. La inmovilidad en las cosas exteriores y secundarias no me parece una dicha estable, sino cuando la misma sociedad civil es inmóvil; fuera de este caso, creo que es muy peligrosa.

Ya veremos que entre todas las pasiones que la igualdad hace nacer ó favorece, hay una particularmente viva que ella deposita en el corazón de todos los hombres: ésta es el amor del bienestar.

El gusto del bienestar es como el carácter distintivo é indeleble de los tiempos democráticos.

Es de creer que una religión que tratase de destruir esta pa-

---

(1) En todas las religiones hay ceremonias que son inherentes á la substancia misma de las creencias y á las cuales es necesario no cambiar nunca nada. Esto se ve sobre todo en el catolicismo, en donde con frecuencia la forma y el fondo se hallan tan estrechamente unidos que no hacen sino un solo objeto.

sión sería al fin destruída por ella; si quisiese separar del todo á los hombres de la contemplación de los bienes de este mundo, para reducirlos á pensar únicamente en los del otro, se puede prever que las almas huirían de sus manos para encenagarse sólo en los goces materiales y presentes.

El principal fin de las religiones es purificar, arreglar, restringir el deseo ardiente y demasiado exclusivo del bienestar que sienten los hombres en los siglos de igualdad; pero creo que harían mal en tratar de sujetarlo enteramente y destruirlo. Nunca conseguirán separar á los hombres del amor de las riquezas; pero bien pueden persuadirles á no enriquecerse sino por medios decorosos y honrados.

Esto me lleva hacia una última consideración que, en cierto modo, comprende todas las otras. A medida que los hombres se hacen más semejantes é iguales, conviene que las religiones, desviándose cuidadosamente del movimiento diario de los negocios, no choquen sin necesidad con las ideas generalmente admitidas y los intereses permanentes que reinan en las masas; porque la opinión común aparece siempre como el primero y más irresistible de los poderes, y no hay fuera de éstos tan fuerte apoyo que permita resistir largo tiempo á sus golpes; principio tan aplicable á un pueblo democrático sometido á un déspota como á una república. En los siglos de igualdad los reyes hacen á veces obedecer, pero siempre es la mayoría la que hace creer; á la mayoría es, pues, á quien se ha de tratar de complacer en todo lo que no sea contrario á la fe.

En mi primera obra manifesté que los sacerdotes americanos se alejan de los negocios públicos. Este es el ejemplo más brillante, pero no el único de su moderación. En América es la religión un mundo aparte, en donde el clérigo reina, pero de donde tiene buen cuidado de no salir nunca: dentro de sus límites él conduce la inteligencia; fuera de ellos, deja á los hombres entregados á sí mismos, y los abandona á la independencia y á la inconstancia propias de su naturaleza y del siglo. No he visto país en donde el cristianismo esté menos rodeado de fórmulas, de prácticas y de figuras que en los Estados Unidos, ni tampoco donde presente ideas más puras, simples y generales al espíritu humano.

Aunque los cristianos de América se dividan en una multitud

de sectas, todos consideran su religión desde este mismo punto de vista; pudiendo esto aplicarse al catolicismo igualmente que á las otras crecncias. No hay clérigos católicos que manifiesten menos gusto por las pequeñas observancias individuales, y por los métodos particulares y extraordinarios de conseguir la salvación ni que se adhieran más al espíritu de la ley y menos á su letra, que los de los Estados Unidos; en ninguna parte se enseña con más claridad ni se sigue mejor la doctrina de la iglesia que prohibe dar á los santos el culto que debe reservarse sólo á Dios. Con todo eso, los católicos de América son muy sumisos y sinceros.

Otra observación es aplicable al clero de todas las comuniones; los clérigos americanos no pretenden atraer ni fijar toda la atención del hombre hacia la vida futura, sino que abandonan voluntariamente una parte de su corazón á los cuidados de la presente, y se diría que consideran los bienes del mundo como objetos importantes, aunque secundarios; si no se asocian á la industria, se interesan á lo menos en sus progresos y los aplauden, y mostrando constantemente á los fieles el otro mundo como el gran objeto de sus temores y de sus esperanzas, nunca les prohiben el que busquen honradamente el bienestar del presente. Lejos de hacer ver que estas dos cosas se dividen y son contrarias, se aplican más bien á encontrar el punto por donde se tocan y se enlazan.

Todos los sacerdotes americanos conocen el imperio intelectual que ejerce la mayoría, y le respetan, no sosteniendo jamás con ella sino luchas necesarias. Ellos no se mezclan en las contiendas de los partidos, sino que adoptan gustosos las opiniones generales de su país y de su tiempo y siguen sin dificultad la corriente de sentimientos y de ideas que arrastran en pos de sí todas las cosas: se esfuerzan en corregir á sus contemporáneos, pero no se separan de ellos. Jamás la opinión pública es su enemiga; ella los sostiene más bien y los protege, y sus creencias reinan á la vez por las fuerzas que les son propias y por las que les presta la mayoría.

De este modo, la religión, respetando todos los instintos democráticos que no le son contrarios y auxiliada por muchos de ellos, viene á luchar con ventaja contra el espíritu de independencia individual, que es el más peligroso para ella.

CAPÍTULO VI

Del progreso del catolicismo en los Estados Unidos.

La América es el país más democrático de la tierra y, al mismo tiempo, aquél en donde, según las relaciones más fidedignas, hace la religión católica más progresos, lo cual no deja de sorprender á primera vista.

Es necesario distinguir dos cosas: la igualdad dispone á los hombres á querer juzgar por sí mismos; pero, por otro lado, les da la idea y el deseo de someterse á un poder social único, sencillo é igual para todos. Los hombres que viven en los siglos democráticos son, por esta razón, muy inclinados á substraerse de toda autoridad religiosa. Pero si consienten en someterse á alguna, quieren, á lo menos, que sea única y uniforme: los poderes religiosos que no vayan todos á parar á un mismo centro, chocan naturalmente á su inteligencia, y entonces tan fácil le es concebir que no hay ninguna religión, como que haya muchas.

Ahora más que nunca vemos católicos que se hacen incrédulos y protestantes que se hacen católicos. Si se considera interiormente el catolicismo, parece que pierde, y si miramos fuera de él, se observa, por el contrario, que gana. Todo esto puede explicarse. Los hombres en este siglo están poco dispuestos á creer; pero desde que tienen una religión, encuentran en sí mismos un instinto oculto que, sin saberlo, los impele hacia el catolicismo.

Muchas de las doctrinas y usos de la iglesia romana les causan extrañeza, pero admiran en secreto su gobierno y los atrae su grande unidad

Si el catolicismo consiguiese substraerse á los odios políticos que hace nacer, no dudo que el mismo espíritu del siglo que le parece tan contrario vendría á serle muy favorable, y aun haría de repente grandes conquistas.

Una de las debilidades más familiares á la inteligencia humana es la de querer conciliar principios contrarios y comprar la paz á expensas de la lógica. Ha habido y habrá siempre hombres que, después de haber sometido á una autoridad algunas de sus creencias religiosas, querrán substraerle otras muchas, y dejarán fluctuar su espíritu, á la ventura, entre la obediencia y la libertad. Pero yo pienso que el número de éstos será menor en los siglos democráticos que en los otros, y que nuestros nietos se inclinarán cada vez más á no dividirse sino en dos partidos; unos, saliendo enteramente del cristianismo, y los otros, entrando en el seno de la iglesia romana.

CAPÍTULO VII

Lo que inclina el espíritu de los pueblos democráticos hacia el panteísmo.

Haré ver más tarde de qué manera el gusto predominante de los pueblos democráticos por las ideas muy generales, se encuentra también en la política; pero desde ahora quiero indicar su efecto principal en filosofía.

No se puede negar que el panteísmo ha hecho grandes progresos en nuestros días, y los escritos de una porción de Europa llevan visiblemente esta marca. Los alemanes le introducen en la filosofía y los franceses en la literatura. La mayor parte de las obras de imaginación que se publican en Francia encierran algunas opiniones ó algunas pinturas tomadas de las doctrinas panteístas, ó dejan por lo menos percibir en sus autores una especie de tendencia hacia esta misma doctrina. No creo que esto proceda sólo de un accidente, sino más bien de una causa durable.

A medida que haciéndose las condiciones más iguales cada hombre en particular llega á ser más semejante á los otros, más débil y más pequeño, se toma la costumbre de no pensar en los ciudadanos, para considerar sólo al pueblo, y se olvida á los individuos para no ocuparse sino de la especie.

En tales tiempos, el espíritu humano quiere abrazar á la vez una multitud de objetos diversos, y aspira constantemente á poder deducir muchas consecuencias de una sola causa. La idea de la unidad lo obsedia; la busca por todas partes, y cuando cree haberla encontrado, se ensancha y se tranquiliza, no contentándose

con descubrir en el mundo una sola creación y un creador. Esta primera división de las cosas le incomoda todavía, y trata de engrandecer y simplificar su pensamiento comprendiendo á Dios y al universo en una sola idea.

Si encuentro un sistema filosófico por el cual las cosas materiales ó inmateriales, visibles ó invisibles que contiene el mundo, no sean consideradas más que como las diversas partes de un sér inmenso que sólo permanece eterno en medio del cambio continuo y la transformación incesante de todo lo que le compone, no tendré dificultad en concluir que semejante sistema, aunque destruya la individualidad humana, ó más bien, porque la destruye, tiene atractivos secretos para los que viven en las democracias, porque todos sus hábitos intelectuales los preparan á concebirlo y les ponen en el caso de adoptarlo; él atrae ya naturalmente su imaginación y la fija; sustenta el orgullo de su espíritu y lisonjea su abandono.

De los diversos sistemas con que la filosofía trata de explicar el universo, el panteísmo me parece uno de los más propios para reducir el espíritu humano en los siglos democráticos y, por esta razón, todos los amantes de la verdadera grandeza del hombre deben reunirse contra él y combatirlo.

CAPÍTULO VIII

De cómo la igualdad sugiere á los americanos la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre.

La igualdad sugiere á los hombres muchas ideas que no les ocurrirían sin ella, y modifica casi todas las que ellos tenían formadas. Tomo, por ejemplo, la idea de la perfectibilidad humana, porque es una de las principales que puede concebir la inteligencia y la que constituye por sí sola una gran teoría filosófica, cuyas consecuencias se dejan ver á cada paso en la práctica de los negocios.

Si bien el hombre se parece en muchas cosas á los animales, hay, sin embargo, una circunstancia particular, cual es la perfección, que le distingue de ellos, porque éstos no se perfeccionan y él puede fácilmente conseguirlo. La especie humana ha reconocido desde su origen esta diferencia, y la idea de la perfectibilidad es tan antigua como el mundo, debiendo advertirse que la igualdad no es la que la ha creado, sino que ella le ha dado un carácter nuevo.

Cuando los ciudadanos están clasificados según la calidad, la profesión y el nacimiento, y que todos se ven forzados á seguir el camino á cuya entrada los colocó la casualidad, cada uno creer ver cerca de sí los últimos límites del poder humano y ninguno pretende luchar contra un destino inevitable. Los pueblos aristocráticos no niegan al hombre la facultad de perfeccionarse ni la juzgan indefinida; conciben la mejora, mas no el cambio completo; se imaginan que la condición de las sociedades puede ser más ven-

tajosa, pero no llegar á ser distinta, y conviniendo en que la humanidad ha hecho grandes progresos, y que puede hacer algunos todavía, la encierran desde luego dentro de ciertos límites que no puede traspasarse. Jamás creen ellos haber llegado al soberano bien y á la verdad absoluta (porque ningún pueblo ni ningún hombre ha sido tan insensato para figurárselo nunca); mas, sin embargo, quieren persuadirse que han alcanzado la elevación de grandeza y de saber que nuestra naturaleza imperfecta permite, y como nada se mueve alrededor de ellos, les parece que todo está en su lugar. Entonces es cuando el legislador intenta promulgar leyes eternas, cuando los pueblos y los reyes quieren levantar sólo monumentos seculares y cuando la generación presente se encarga de ahorrar á las venideras el cuidado de arreglar sus destinos.

A medida que las castas desaparecen; que se aproximan las clases; que, mezclándose los hombres como en tropel, varían los usos, las costumbres y las leyes; que sobrevienen hechos nuevos y salen á luz verdades recientes; que las antiguas opiniones desaparecen y son reemplazadas por otras, la imagen de una perfección ideal y siempre fugitiva, se presenta al espíritu humano, y á cada instante suceden grandes mudanzas á los ojos de cada hombre; los unos empeoran su posición y comprenden perfectamente que un pueblo ó un individuo, por esclarecido que sea, no es infalible; los otros mejoran su suerte y demuestran, por consecuencia, que el hombre en general está dotado de la facultad indefinida de perfeccionar. Sus desgracias le dan á conocer que ninguno puede lisonjearse de haber descubierto el bien absoluto, y sus éxitos felices le animan á seguirlo sin descanso, de modo que, buscando siempre, cayendo, levantándose, frecuentemente alucinado y nunca desalentado, tiende sin cesar hacia esa grandeza inmensa, que percibe confusamente al fin de la carrera que la humanidad debe andar todavía.

Es imposible imaginar los hechos que provienen de esta teoría filosófica, por la cual el hombre es infinitamente susceptible de perfección, y la poderosa influencia que ejerce sobre aquellos mismos que, habiéndose ocupado en obrar, pero nunca en pensar, parecen conformar con ella sus acciones, sin conocerla.

Si encontrando un marinero americano, le preguntase por qué

razón los buques de su país están construídos como para tener poca duración, él me respondería sin vacilar: que el arte de la navegación hace cada día progresos tan rápidos, que el navío más hermoso vendría á ser muy pronto inútil, si durase más de un corto número de años. Estas palabras, pronunciadas, tal vez sin pensarlas, por un hombre tosco y á propósito de un hecho particular, me hacen descubrir fácilmente la idea general y sistemática por cuya influencia conduce un gran pueblo todas las cosas.

Las naciones aristocráticas son, naturalmente, inclinadas á estrechar demasiado los límites de la perfectibilidad humana y las democráticas los extienden, algunas veces sin medida.

CAPÍTULO IX

Por qué el ejemplo de los americanos no prueba que un pueblo democrático deje de tener la aptitud y el gusto para las ciencias, la literatura y las artes.

Es necesario reconocer que, entre los pueblos civilizados de nuestros días, hay pocos en que las altas ciencias hayan progresado menos que en los Estados Unidos y hayan producido menos grandes artistas, poetas ilustres y escritores célebres.

Muchos europeos, admirados de este espectáculo, lo consideran como un resultado natural é inevitable de la igualdad, y aun hán creído que si el estado social y las instituciones democráticas llegasen alguna vez á prevalecer sobre todos los países de la tierra, el espíritu humano vería obscurecerse poco á poco la luz que lo ilumina y los hombres volverían á caer en las tinieblas.

Los que así raciocinan confunden muchas ideas que conviene dividir y examinar separadamente, y mezclan, sin querer, lo que es democrático con lo que es puramente americano.

La religión que profesaban los primeros colonos ó emigrados y que han legado á sus descendientes, sencilla en su culto, austera y casi salvaje en sus principios, enemiga de signos exteriores y de la pompa de las ceremonias, es naturalmente poco favorable á las bellas artes y no permite, sino con pesar, los goces literarios.

Los americanos componen un pueblo antiguo y muy instruído que ha encontrado un país nuevo é inmenso en que pueden extenderse á su voluntad y cultivar sin trabajo. Esto no tiene ejemplo en el mundo, y así es que en América encuentra cada uno medios fáciles para hacer su fortuna ó para aumentarla, que son

desconocidos en otros puntos; porque los deseos inmoderados, por una parte, y el espíritu humano, separado siempre de los placeres de la imaginación y de los trabajos de la inteligencia, por otra, no propenden sino á la adquisición de las riquezas. No sólo se ven en los Estados Unidos, como en todos los otros países, clases industriales y comerciantes, sino que todos los hombres se ocupan á la vez de industria y de comercio, cosa que no se había visto jamás hasta ahora. Estoy, sin embargo, convencido de que si los americanos se hubiesen hallado solos en el universo, con la libertad y las luces adquiridas por sus padres y las pasiones que les son propias, no habrían tardado mucho en descubrir que no se pueden hacer por largo tiempo grandes progresos en la práctica de las ciencias, sin cultivar la teoría; que todas las artes se perfeccionan las unas por las otras, y por embebidos que se hallasen en alcanzar el objeto primario de sus deseos, pronto habrían reconocido que es preciso de cuando en cuando desviarse de él, para conseguirlo mejor.

El gusto por los placeres del espíritu es, por otro lado, tan natural en el corazón del hombre civilizado, que aun entre las naciones cultas, que son las menos dispuestas á entregarse á él, se encuentra siempre un número de ciudadanos que lo concibe, y una vez sentida esta necesidad intelectual, es bien pronto satisfecha.

Pero mientras los americanos no piden á la ciencia sino las aplicaciones particulares á las artes y los medios de hacer la vida agradable, la docta y literaria Europa se encarga de remontarse al origen general de la verdad, y perfecciona al mismo tiempo todo lo que puede concurrir á los placeres y servir á las necesidades del hombre.

Los habitantes de los Estados Unidos distinguían, á la cabeza de las naciones ilustradas del mundo antiguo, una con la cual les unía estrechamente un origen común y hábitos análogos; y encontrando en ella sabios célebres, artistas hábiles y grandes escritores, podían recoger los tesoros de la inteligencia sin tener el trabajo de reunirlos.

Por mi parte, no puedo convenir en separar América de Europa, á pesar del Océano que las divide, porque considero á los Estados Unidos como la porción del pueblo inglés encargada de beneficiar los bosques del Nuevo Mundo, al paso que el resto de la

nación, más libre de tareas y menos entregado á los cuidados materiales de la vida, puede darse al estudio y ensanchar en todos sentidos el espíritu humano.

La situación de los americanos es, pues, enteramente excepcional, y debe creerse que ningún pueblo democrático la alcanzará nunca. Su origen puritano, sus hábitos únicamente comerciales, el país mismo que habitan y que parece alejar su inteligencia del cultivo de las ciencias, de las letras y de las artes; la proximidad de Europa, que les permite abandonar tal cultivo sin recaer en el estado de barbarie, y mil otras causas de las que no he podido indicar sino las principales, han debido reducir el espíritu americano de una manera singular al estudio de las cosas puramente materiales. Las pasiones, las necesidades, la educación, las circunstancias, todo parece, en efecto, concurrir á inclinar al habitante de los Estados Unidos hacia las cosas temporales, y sólo la religión lo eleva, de tiempo en tiempo, á la contemplación pasajera de las divinas.

Dejemos de ver todos los países democráticos bajo la forma del pueblo americano, y considerémoslos bajo sus propios caracteres. Figurémonos, por un momento, un pueblo en que no hubiese divisiones, jerarquías, ni clases; en que la ley, no reconociendo privilegios, dividiese igualmente las herencias, y que al propio tiempo estuviera privado de luces y de libertad. Esta no es, sin embargo, una vana hipótesis, pues en los intereses de un déspota cabe el hacer á sus vasallos iguales y el dejarlos en la ignorancia, á fin de conservar con más facilidad la esclavitud.

No solamente un pueblo democrático de esta especie no tendría gusto ni aptitud para las ciencias, la literatura ni las artes, sino que nunca llegaría á formárselo; y la ley de las sucesiones se encargaría por sí misma de destruir en cada generación las fortunas, de modo que nadie crearía otras nuevas. El pobre, privado de luces y de libertad, ni aun concebiría la idea de la riqueza; y el rico se dejaría arrastrar hacia la pobreza, sin saber impedirlo. Se establecería entre estos dos ciudadanos una completa é invencible igualdad, y nadie tendría ni tiempo, ni gusto para entregarse á los trabajos y á los placeres de la inteligencia, porque todos permanecerían entorpecidos con la misma ignorancia y en igual esclavitud.

Cuando imagino una sociedad democrática de esta especie, creo trasladarme á uno de esos subterráneos reducidos y ahogados, en donde las luces traídas de fuera se debilitan y vienen al fin á apagarse. Me parece, pues, que una posadez súbita me abruma y que yo mismo me lanzo en medio de las tinieblas que me rodean para hallar la salida que debe conducirme al aire y á la claridad; mas todo esto no puede aplicarse á los hombres ya ilustrados que, después de haber destruído entre ellos los derechos particulares y hereditarios que fijaban para siempre las fortunas en medio de ciertos individuos ó de ciertos cuerpos, permanecen libres.

Cuando los hombres que viven en el seno de una sociedad democrática son ilustrados, descubren sin trabajo que nada los limita, los fija ni los obliga á contentarse con su fortuna presente, conciben la idea de aumentarla y si son libres, tratan de hacerlo; pero no todos obtienen igual resultado. Aunque la legislatura no conceda privilegios, la naturaleza los da, porque siendo muy grande la desigualdad natural, las fortunas dejan de ser iguales al momento en que cada uno hace uso de todas sus facultades para enriquecerse.

La ley de las sucesiones se opone á la fundación de familias ricas, pero no impide que haya riquezas. Ella dirige á los ciudadanos hacia un nivel común, del que ellos salen sin cesar, haciéndose más desiguales en bienes á medida que sus luces son mayores y su libertad más grande.

En nuestro tiempo se ha levantado una secta célebre por su genio y extravagancias, que pretendía reunir todos los bienes en las manos de un Poder central, encargándolo de distribuirlos en seguida según el mérito de los particulares, á fin de substraerse de este modo á la perfecta y eterna igualdad que parecía amenazar las sociedades democráticas.

Hay otro remedio más sencillo y menos peligroso, cual es el de no conceder á nadie privilegios, dar á todos las mismas luces é igual dependencia y dejar á cada uno el cuidado de señalarse su puesto; pero en este caso, la desigualdad natural aparecería pronto, y la riqueza por sí misma iría á manos de los más capaces.

Las sociedades libres y democráticas encierran siempre en su seno una multitud de gentes opulentas ó con comodidades; pero

estos ricos no se ligarán nunca entre ellos tan estrechamente como los miembros de la antigua aristocracia; tendrán inclinaciones diferentes y casi nunca un sosiego tan completo y asegurado, porque serán infinitamente más numerosos que los que en la aristocracia componían esta clase. Estos hombres no estarán completamente encerrados en las preocupaciones de la vida material y podrán, con más ó menos fuerza, entregarse á los placeres y trabajos de la inteligencia y se entregarán sin duda, pues si bien es cierto que el espíritu humano se inclina por una parte á lo limitado, á lo inmaterial y lo bello, las necesidades físicas lo inclinan á la tierra, pero cuando dejan de retenerlo, se levanta de nuevo por sí mismo, y no sólo el número de los que pueden interesarse en las teorías del espíritu será más grande, sino que el gusto de los goces intelectuales se manifestará en seguida hasta en los mismos que en las sociedades aristocráticas parece que no tienen el tiempo ni la capacidad de entregarse á él.

Cuando ya no existen riquezas hereditarias, privilegios de clase ni prerrogativas de nacimiento, y cada uno es fuerte por sí mismo, parece evidente que lo que hace la principal diferencia entre la fortuna de los hombres, es su capacidad intelectual. Entonces todo aquello que sirve para fortificar, extender ó adornar la inteligencia adquiere un gran valor.

La ventaja del saber se descubre aun á los ojos mismos de la multitud con suma claridad. Los que no gustan de sus encantos, aprecian sus efectos y hacen algunos esfuerzos para alcanzarlo.

En los siglos democráticos, ilustrados y libres, los hombres no tienen quien los separe ni quien los retenga en su puesto, y se elevan ó descienden con una rapidez singular. Todas las clases se ven constantemente, porque se encuentran inmediatas; se comunican y se mezclan todos los días; se imitan y se envidian, y esto sugiere al pueblo una multitud de ideas, de nociones y de deseos que no habría tenido si las clases hubiesen estado fijas y la sociedad inmóvil. En estas naciones el criado no se considera como totalmente extraño á los goces y á los trabajos del amo ni el pobre, á los del rico; el hombre del campo se esfuerza en asemejarse al de la ciudad y las provincias, á la metrópoli.

Así nadie se contrae únicamente á los cuidados materiales de la vida, y el más humilde artesano echa de cuando en cuando algu-

nas miradas codiciosas y furtivas al mundo superior de la inteligencia. No se lee con el mismo espíritu ni del mismo modo que entre los pueblos aristócraticos; pero el círculo de los lectores se extiende sin cesar y concluye por comprender á todos los ciudadanos.

Desde el momento en que la multitud principia á interesarse en los trabajos del espíritu, se considera como un medio de adquirir la gloria, el poder y la riqueza, el distinguirse en alguno de ellos. La inquieta ambición que la igualdad produce, se vuelve tan pronto de este lado como de los otros, y el número de los que cultivan las ciencias, las letras y las artes viene á ser inmenso, porque se despierta una actividad prodigiosa en el mundo de la inteligencia; cada uno trata de abrirse un camino en él, y se esfuerza en atraer sobre sí las miradas del público. Mucha analogía tiene esto con lo que sucede en los Estados Unidos en la sociedad política: las obras son allí frecuentemente imperfectas, pero innumerables; y aunque el éxito de los esfuerzos individuales sea ordinariamente pequeño, el resultado general es muy grande. No hay razón para decir que los hombres que viven en los siglos democráticos son naturalmente indiferentes por las ciencias, las letras y las artes; pues sólo se puede reconocer que las cultivan á su modo y que, por lo mismo, tienen las cualidades y defectos que les son propios.

CAPÍTULO X

Por qué razón los americanos se aplican más bien á la práctica de las ciencias que á su teoría.

Si el estado social y las instituciones democráticas no detienen el vuelo del espíritu humano, á lo menos es incontestable que lo dirigen más bien de un lado que de otro. Sus esfuerzos, aunque limitados, son por otra parte muy grandes, y espero que se me perdonará me detenga un momento para contemplarlos.

Cuando hablé del método filosófico de los americanos, hice varias observaciones que servirán ahora.

La igualdad desenvuelve en cada hombre el deseo de juzgar de todo por sí mismo, le da en todas las cosas el gusto por lo tangible y lo positivo y el desprecio de las tradiciones y de las formas. Estos instintos generales se hacen principalmente ver en el objeto particular de este capítulo.

Los que cultivan las ciencias en los pueblos democráticos temen siempre perderse en las utopias; desconfían de los sistemas y quieren acercarse á los hechos á fin de estudiarlos por sí mismos; pero como no se dejan engañar fácilmente por el nombre de algunos de sus semejantes, no se hallan dispuestos á jurar bajo la palabra de una autoridad en la materia y, antes al contrario, se les ve constantemente ocupados en buscar el lado débil de su doctrina. Las tradiciones científicas tienen poco imperio sobre ellos; jamás se detienen largo tiempo en las sutilezas de una escuela, y se cuidan muy poco de palabras escogidas; penetran cuanto pueden hasta las partes principales del objeto que los ocupa, y les

gusta exponerlas en lengua vulgar. Entonces, las ciencias tienen una marcha más libre y segura, pero menos elevada.

El entendimiento puede, á mi ver, dividir la ciencia en tres partes:

La primera contiene los principios más teóricos, las nociones más abstractas, esas, pues, cuya aplicación no es conocida ó está muy distante.

La segunda se compone de las verdades generales, que aunque fijas en la teoría pura, conducen, sin embargo, por una vía recta y corta á la práctica.

Los medios de aplicación y de ejecución forman la tercera.

Cada una de estas diferentes porciones de la creencia puede cultivarse separadamente, aunque la razón y la experiencia hagan conocer que ninguna de ellas puede prosperar por largo tiempo, cuando se la separa enteramente de las otras dos.

En América, la parte puramente de las ciencias se cultiva de una manera admirable, y se ocupan asimismo los yanquis con esmero de la parte teórica, que inmediatamente se requiere para la aplicación; en esto manifiestan los americanos un espíritu claro, libre, original y fecundo; pero no hay casi nadie en los Estados Unidos que se entregue completamente al aspecto teórico y abstracto de los conocimientos humanos. Los americanos muestran en esto el exceso de una tendencia que se hallará, según creo, aunque en grado inferior, en todos los pueblos democráticos.

No es nada tan preciso para el cultivo de las altas ciencias, ó el cariz más elevado de ellas, como la meditación, y nada tampoco es menos propio para la meditación que el interior de una sociedad democrática. Jamás se encuentra en ella, como en los pueblos aristocráticos, una clase numerosa que se mantenga en el reposo porque se halle á gusto, ni otra que deje de agitarse porque desespere de mejorar. Todos allí se agitan; los unos quieren obtener el poder; los otros, apoderarse de la riqueza, y en medio de este movimiento universal, de este choque continuo de intereses contrarios, de esta marcha constante de los hombres en pos de la fortuna, ¿cómo ha de encontrarse la calma que necesitan las profundas combinaciones de la inteligencia? ¿Cómo es posible detener el pensamiento sobre un solo punto, cuando alrededor de sí todo se conmueve, y aun el hombre mismo se encuentra arrastrado y en-

vuelto cada día en la corriente impetuosa que todo lo arrolla en torno de él? Es preciso distinguir la especie de agitación permanente que reina en el seno de una democracia tranquila y constituída, de los movimientos tumultuosos y revolucionarios que acompañan casi siempre al nacimiento y desarrollo de una sociedad democrática; pues cuando una revolución violenta tiene lugar en un pueblo civilizado, no puede dejar de producir un impulso súbito en los sentimientos y en las ideas; y esto sucede, sobre todo, en las revoluciones democráticas, que, removiendo á la vez todas las clases de que se compone un pueblo, hacen nacer á la par innumerables ambiciones en el corazón de cada ciudadano.

Que los franceses hayan hecho de repente tan admirables progresos en las ciencias exactas al momento mismo en que acaban de destruir los restos de la antigua sociedad feudal, hay que atribuirlo, no á la democracia, sino á la revolución sin ejemplo que acompañó su desarrollo. Lo que ocurrió entonces fué un hecho particular, y sería imprudente ver en él indicio de una ley general.

Las grandes revoluciones no son más comunes en los pueblos democráticos que en los otros, y yo creo que aun lo son menos: pero reina en el seno de estas naciones un movimiento incómodo y una especie de agitación incesante, en que los hombres, rodando, por decirlo así, los unos sobre los otros, turban y distraen el entendimiento sin animarlo ni elevarlo.

No solamente los hombres que viven en las sociedades democráticas se entregan con dificultad á la meditación, sino que naturalmente la estiman en poco. El estado social y las instituciones democráticas dirigen la mayor parte de los hombres á la acción incesante; mas los hábitos del espíritu que convienen á la acción, no se armonizan siempre con el pensamiento, y el hombre que obra tiene frecuentemente que contentarse poco más ó menos con lo que consiga, porque nunca llegaría al término de su objeto si quisiese perfeccionar cada cosa individualmente. Para esto necesita apoyarse sobre ideas que no ha tenido tiempo de profundizar á causa de que más bien se atiene á la oportunidad de las que utiliza que á su rigurosa exactitud; y, en todo caso, hay menos riesgo en hacer uso de algunos principios falsos que en consumir el tiempo depurando la verdad de todos ellos. El mundo no se con-

duce mediante largas y sabias demostraciones, pues la vista rápida de un hecho particular, el estudio diario de las mudables pasiones de la muchedumbre, la casualidad del momento y la habilidad de aprovecharse de él, deciden de todos los negocios.

En los siglos, pues, en que casi todo el mundo obra, hay una disposición general á dar un precio excesivo al atrevimiento impetuoso y á las concepciones superficiales de la inteligencia y, por el contrario, á despreciar sin medida su trabajo profundo y lento. Esta opinión pública influye sobre el juicio de los hombres que cultivan las ciencias, les persuade que pueden tener buen éxito sin meditación ó los separa de las ciencias que la exigen.

Hay un gran número de maneras de estudiar las ciencias. Nótase en una multitud de hombres un gusto egoísta, mercantil é industrial por los descubrimientos del espíritu, que no debe confundirse con la pasión desinteresada que se enciende en el corazón de un corto número; y hay entre otros un deseo de hacer útiles los conocimientos y un anhelo decidido por adquirirlos. No dudo que nazca de tiempo en tiempo entre algunos un amor inagotable y ardiente por la verdad, que se nutra por sí mismo y goce incesantemente sin poder llegar á verse nunca satisfecho. Este amor ardiente, orgulloso y desinteresado, es el que conduce á los hombres al manantial abstracto de la verdad para, tomar en él las ideas primordiales.

Si Pascal no hubiera aspirado más que á algún provecho, ó si le hubiera movido sólo el deseo de gloria, no creo que hubiera podido reunir jamás, como lo hizo, todo el poder de su inteligencia para descubrir mejor los secretos más recónditos del Creador. Cuando lo veo arrancar, en cierto modo, su alma de entre los cuidados de la vida, á fin de aplicarla toda entera á esta investigación y, rompiendo prematuramente los lazos que la retienen al cuerpo, morir viejo antes de cumplir los cuarenta años de su edad, me detengo por efecto de una admiración que me prohibe ir más adelante, y comprendo que no puede ser una causa común la que produzca tan extraordinarios esfuerzos.

El porvenir probará si estas pasiones raras y fecundas nacen y se desarrollan tan fácilmente en medio de las sociedades democráticas, como en el seno de la aristocracia: por lo que á mí toca, confieso que tengo dificultad en creerlo. En las sociedades aristo-

cráticas, la clase que dirige la opinión y maneja los negocios, hallándose colocada de una manera permanente y hereditaria sobre la multitud, concibe naturalmente una idea soberbia de sí misma y del hombre. Se imagina para sí goces gloriosos y fija brillantes fines á sus deseos.

Las acciones de los aristócratas son frecuentemente tiránicas ó inhumanas; pero ellos conciben raras veces pensamientos bajos; manifiestan cierto desdén orgulloso por los pequeños placeres, aun cuando se den á ellos, y esto eleva las almas á un alto tono En los siglos aristocráticos se tienen generalmente ideas vastas de la dignidad, del poder y de la grandeza del hombre. Tales opiniones influyen sobre los que cultivan las ciencias como sobre todos los demás; facilitan el vuelo natural del espíritu hacia las más altas regiones del pensamiento, y le disponen á concebir el amor sublime y casi divino por la verdad.

Los sabios de esos tiempos son frecuentemente arrastrados hacia la teoría, y aun les sucede muchas veces el concebir un gran desprecio por la práctica. «Arquímedes—dice Plutarco,—tuvo un corazón tan grande, que no quiso dejar por escrito ninguna obra sobre el modo de dirigir las máquinas de guerra; y reputando vil, baja y mercenaria toda ciencia de inventar y componer máquinas y generalmente todo arte que da alguna utilidad poniéndolo en práctica, ocupó su entendimiento y su estudio en escribir sólo cosas cuyas bellezas é ingenio no se mezclase de ningún modo con la necesidad». He aquí el designio aristocrático de las ciencias. Este no puede ser el mismo en las naciones democráticas. La mayoría de los hombres que forman parte de estas naciones son muy codiciosos de goces materiales y presentes; y como se hallan siempre descontentos de la posición que ocupan y son siempre árbitros de abandonarla, no piensan sino en los medios de cambiar su fortuna ó de aumentarla.

Para los espíritus así dispuestos, todo nuevo método que conduzca por un camino más corto á la consecución de riqueza, toda máquina que abrevie el trabajo, todo instrumento que disminuya los gastos de producción, todo descubrimiento que facilite los placeres y los aumente, parece el más espléndido esfuerzo de la inteligencia humana. Tal es el lado por donde los pueblos democráticos se aplican principalmente á las ciencias, las comprenden y

las honran. En los siglos aristocráticos se buscan con especialidad en las ciencias los goces del espíritu, y en las democracias, los del cuerpo.

Mientras más democrática, ilustrada y libre es una nación, más aumenta el número de los apreciadores interesados del genio científico y más provecho, más gloria y aun más poder darán á sus autores los descubrimientos inmediatamente aplicables á la industria; porque en las democracias, la clase trabajadora toma parte en los negocios públicos, y los que la sirven aguardan de ella tanto los honores como el dinero.

Fácilmente se puede ver que, en una sociedad organizada de este modo, el espíritu humano es insensiblemente llevado á abandonar la teoría y que debe, por el contrario, sentirse impelido, por una energía sin igual, hacia la práctica ó al menos hacia esa posición de la teoría que es indispensable á los que la aplican; y en vano una inclinación instintiva lo elevará hacia la más alta esfera de la inteligencia, pues el interés le hará descender á las medianas, y allí será donde desplegando su fuerza y su inquieta actividad, creará, por decirlo así, maravillas. Esos mismos americanos, que no han descubierto ni una sola de las leyes generales de la mecánica, han introducido en la navegación una máquina nueva que cambia la disposición del casco.

Estoy lejos de pretender que los pueblos democráticos de nuestros días estén destinados á ver extinguirse las luces superiores del espíritu humano, ni aun que dejen de brillar otras nuevas en su seno. En el tiempo en que nos hallamos y entre tantas naciones ilustradas á las que atormenta sin cesar el ardor de la industria, los lazos que unen entre sí las diferentes partes de la ciencia atraen necesariamente las miradas, y aun el amor á la práctica, si es ilustrado, debe conducir á los hombres á no abandonar la teoría. En medio de tantos ensayos de aplicaciones y de tantas experiencias repetidas cada día, es imposible que las leyes generales no aparezcan con frecuencia, de tal suerte que los grandes inventores sean raros.

Por otra parte, yo creo en las altas vocaciones científicas. Si la democracia no conduce al hombre á estudiar las ciencias por ellas mismas, aumenta extraordinariamente el número de los que las cultivan, y es de creer que entre tan gran multitud nazca de

tiempo en tiempo algún genio especulativo á quien inflame el solo amor de la verdad. Entonces puede asegurarse que él se esforzará en penetrar los más profundos misterios de la naturaleza, cualquiera que sea el espíritu de su país y de su tiempo, sin necesidad de que se ayude su vuelo, pues sólo bastaría contrarrestarlo. Es lo que quiero decir, que la desigualdad perenne de las condiciones conduce á los hombres á encerrarse en la orgullosa y estéril investigación de las verdades abstractas, mientras que el estado social y las instituciones de carácter democrático lo disponen á no pedir á las ciencias más que sus aplicaciones útiles ó inmediatas.

Tendencia semejante es natural, necesaria; conviene conocerla, y aun acaso es preciso hacerla ver.

Si aquéllos que están llamados á dirigir las naciones de nuestros días percibiesen claramente y de lejos estos nuevos instintos, que pronto serán irresistibles, comprenderían que con instrucción y libertad, los hombres que viven en los siglos democráticos no pueden dejar de perfeccionar la parte industrial de las ciencias, y que en adelante, todo el esfuerzo del poder social debe dirigirse á sostener los altos estudios y á crear grandes aficiones científicas.

En nuestros días, es preciso retener el entendimiento humano en la teoría, pues corre por sí mismo á la práctica, y en lugar de atraerlo constantemente hacia el examen detallado de los efectos secundarios, conviene apartarlo algunas veces de él para elevarlo á la contemplación de las causas primarias. Como la civilización romana murió á causa de la invasión de los bárbaros, estamos nosotros muy inclinados á creer que la civilización moderna no puede morir de otro modo.

Si las luces que nos alumbran se hubiesen de apagar, se obscurecerían poco á poco y como por sí mismas; á fuerza de consagrarse á la aplicación, se perderían de vista los principios, y cuando éstos se hubieran olvidado enteramente, se seguirían los métodos que se derivan de ellos; no se podrían inventar otros nuevos, y se emplearían sin inteligencia y sin arte sabios procedimientos que ya no se comprenderían.

Cuando, trescientos años ha, los europeos llegaron á la China, encontraron allí casi todas las artes en cierto grado de perfección; pero se admiraron de que habiendo llegado á este punto, no estuviesen aún más adelantadas. Más tarde, descubrieron los vestigios

de algunas altas ciencias, ya perdidas. La nación era industrial, y la mayor parte de los métodos científicos se habían conservado en su seno, pero la ciencia misma no existía. Esto explicó á dichos europeos la inmovilidad singular en que habían encontrado al espíritu de aquel pueblo. Los chinos, siguiendo las huellas de sus padres, habían olvidado la razón que había dirigido á éstos; se servían de las fórmulas, sin averiguar su sentido; conservaban el instrumento, pero ya no poseían el arte de modificarlo ó reproducirlo; los chinos, pues, no podían hacer cambio alguno y debían renunciar á la mejora; de modo que estaban obligados á imitar siempre y en todo á sus padres, á fin de no lanzarse en las tinieblas impenetrables, si se separaban un instante del camino que estos últimos habían trazado. La fuente de los conocimientos humanos estaba casi agotada, y aunque el río corriese todavía, no podía ya extender su caudal sin cambiar su dirección.

No obstante, la China existía pacíficamente desde hacía algunos siglos; sus conquistadores, los tártaros, habían tomado sus costumbres y reinaba el orden en ella, advirtiéndose por todos lados una especie de bienestar material. Las revoluciones eran raras y la guerra, por decirlo así, desconocida.

Es necesario, pues, no confiar en que los bárbaros están todavía lejos de nosotros, porque si hay pueblos que se dejan arrancar las luces de las manos, hay otros que las apagan bajo sus mismos pies.

CAPÍTULO XI

En qué sentido cultivan las artes los americanos.

Haría perder el tiempo á los lectores y lo perdería yo también, si tratase de dar á conocer de qué manera la mediocridad general de las fortunas, la ausencia de lo superfluo, el deseo universal de bienestar y la labor constante á que cada uno se consagra para procurárselo, hacen predominar en el corazón del hombre el gusto de lo útil sobre el amor de lo bello. En las naciones democráticas se encuentran todas estas cosas, y por eso se cultivarán las artes que conducen á hacer la vida cómoda, con preferencia á aquellas cuyo objeto es sólo embellecerla; preferirán habitualmente lo útil á lo bello y querrán que lo bello sea útil.

Mas yo aspiro á señalar antes el primer rasgo, para después ocuparme de los otros.

Sucede con mucha frecuencia que en los tiempos de privilegios el ejercicio de todas las artes se convierte en privilegio, y cada profesión es un mundo aparte, en el que no está permitido á todos entrar; aun cuando la industria sea libre, la inmovilidad natural de las naciones aristocráticas hace que todos aquéllos que se ocupan en un mismo arte acaben por formar una clase distinta, compuesta siempre de las mismas familias, cuyos miembros todos se conocen y en donde pronto nace una opinión pública y un orgullo de cuerpo. En una clase industrial de esta especie, cada artesano no atiende solamente á la fortuna que debe hacer, sino á la consideración que tiene que guardar; no es sólo su propio interés el que los dirige, ni el del comprador, sino el del cuerpo, y el de

éste consiste en que cada artesano produzca obras maestras. En los siglos aristocráticos, la aspiración de las artes es hacer lo mejor posible, y no lo más pronto ni más barato.

Cuando, por el contrario, cada profesión está abierta á todos los hombres en general, y todo el mundo entra y sale en ellas sin cesar, y sus diversos miembros vienen á ser extraños, indiferentes y casi desconocidos los unos de los otros á causa de su gran número, el lazo social se destruye; cada obrero, mirando para sí mismo, no pretende sino ganar lo más que le sea posible, con los menores gastos, y sólo la voluntad del consumidor le limita; pero sucede que también éste último sufre su correspondiente revolución.

En los países donde tanto la riqueza como el poder se hallan reconcentrados en determinadas manos y no salen de ellas, el uso de la mayor parte de los bienes de este mundo pertenece á un corto número de personas, siempre el mismo; y la necesidad, la opinión y la moderación de los deseos separan de él á todos los demás hombres.

Como la clase aristocrática permanece inmóvil en el grado de grandeza en que se halla colocada, sin estrecharse ni extenderse, experimenta siempre las mismas necesidades y las siente con fuerza siempre igual, y los hombres que la componen toman naturalmente de la posición superior y hereditaria que ocupan, el gusto por lo que está bien hecho y es muy durable; lo cual da una dirección general á las ideas de la nación, en materia de artes; y sucede también que en estos pueblos, aun el hombre rústico prefiere privarse de las cosas que desea, á adquirirlas imperfectas.

En las aristocracias, los artesanos no trabajan sino para un pequeño número de compradores, difíciles de contentar, y de la perfección de sus trabajos depende la ganancia que ellos esperan.

No sucede lo mismo cuando estando destruídos los privilegios se mezclan las clases y todos los hombres ya bajan, ya se elevan de continuo en la escala social.

En el seno de un pueblo democrático hay siempre una multitud de ciudadanos cuyo patrimonio se divide y se disminuye, y los cuales, habiendo adquirido en otros tiempos más felices, ciertas necesidades que conservan aún después que la facultad de satisfacerlas ha dejado de existir, y buscan con impaciencia otros medios de remediarlas.

Por otra parte, en las democracias se encuentra siempre un gran número de hombres cuya fortuna va en aumento, pero cuyos deseos crecen con más rapidez que la fortuna, y devoran con la vista los bienes que ella les promete, mucho antes de obtenerlos; buscan por todos lados los caminos más cortos para llegar á los goces inmediatos. De la combinación de estas dos causas resulta que haya siempre en las democracias una multitud de ciudadanos cuyas necesidades están fuera del alcance de sus recursos, y que preferirían satisfacerlas incompletamente á renunciar del todo al objeto de su ambición.

El artesano comprende fácilmente estas dos pasiones, porque él mismo participa de ellas, y á la manera que en la aristocracia trataría de vender sus productos á muy alto precio á un reducido número de individuos, ve que hay en la democracia otro medio más expedito de enriquecerse, y es el de vender muy barato á todo el mundo.

No hay sino dos maneras de conseguir que disminuya el precio de cualquier mercancía: la primera, encontrar medios mejores, más prontos y más capaces para producir; la segunda, fabricar en mayor cantidad objetos casi semejantes, pero de menos valor. En los pueblos democráticos las facultades intelectuales del industrial se dirigen á estos dos puntos: él se esfuerza siempre en inventar medios que le permitan no sólo trabajar mejor, sino más aprisa y con el menor gasto posible, y si no lo consigue, amenguará las cualidades intrínsecas de la cosa en que se ocupa, sin hacerla enteramente impropia para el uso á que se la destina.

Cuando sólo los ricos usaban relojes, casi todos éstos eran excelentes; hoy apenas se encuentran más que regulares, pero todo el mundo los lleva. Así, la democracia no propende solamente á dirigir el espíritu humano hacia las artes útiles, sino que también á conducir al artesano á que haga con rapidez muchas cosas imperfectas y al consumidor á contentarse con ellas. No es esto precisamente porque en las democracias no pueda el arte producir obras maestras en caso de necesidad, pues que se ve lo contrario cuando se presentan compradores que se avienen á pagar el tiempo y la fatiga. En esa lucha de todas las industrias; en medio de esa competencia inmensa y de esos numerosos ensayos, se forman operarios excelentes que llegan hasta el último límite de perfec-

ción, pero que raras veces se les presenta la ocasión de hacer ver cuanto saben; ellos economizan cuidadosamente sus esfuerzos para mantenerse en un sabio medio, y aunque son susceptibles de alcanzar mayor elevación, no atienden sino al objeto que se han propuesto. En la aristocracia, por el contrario, los obreros hacen siempre lo que saben hacer, y cuando se detienen es porque han llegado al fin de sus conocimientos.

Cuando llego á un país y veo algunas admirables producciones de arte, nada puedo juzgar por esto acerca de su estado social y de su constitución política; pero si descubro que los productos de las artes son, por lo común, imperfectos, los hay en gran número y á bajo precio, conozco al momento que en el pueblo donde esto sucede los privilegios pierden sus fuerzas, las clases principian á mezclarse y están próximas á confundirse.

Los artesanos que viven en los siglos democráticos, no tratan solamente de poner al alcance de todos los ciudadanos sus productos útiles, sino que también se esfuerzan en dar á todos éstos las cualidades que antes no tenían.

En la confusión de todas las clases, cada uno parece lo que no es, y hace por conseguirlo grandes esfuerzos. La democracia no crea este sentimiento, que es demasiado natural en el corazón del hombre; pero lo aplica á las cosas materiales, y así como la hipocresía de la virtud ha existido en todos los tiempos, la del lujo pertenece más particularmente á los siglos democráticos.

Para satisfacer estas nuevas necesidades de la vanidad humana, no hay ficción á que las artes no hayan recurrido; la industria va algunas veces tan lejos en este sentido, que suele perjudicarse á sí misma; así es que se ha llegado á imitar con tal propiedad el diamante, que es muy fácil equivocarse, y yo creo que desde el momento en que se llegue á fabricar los falsos con una perfección tal que no puedan distinguirse de los verdaderos, es verosímil que se abandonarán los unos y los otros y vendrán á estimarse como pedernales.

Todo esto me conduce á tratar de las artes llamadas por excelencia bellas. No creo que el efecto necesario del estado social y de las instituciones democráticas sea disminuir el número de los hombres que cultivan las bellas artes; pero éstas influyen poderosamente en el modo como se cultivan. La mayor parte de los que

habían contraído el gusto de las bellas artes se empobrecen; por otro lado, muchos de los que no son todavía ricos empiezan á aficionarse á ellas por imitación; de aquí resulta que el número de los consumidores se aumenta en general y de éstos son raros los muy ricos y de gusto delicado. Entonces, las bellas artes tienen alguna cosa de análogo á lo que hice ver hablando de las artes útiles: multiplican sus obras y disminuyen el mérito de cada una de ellas, y no pudiendo atender á lo elevado se busca lo elegante y bonito, fijándose menos en la realidad que en la apariencia.

En los países aristocráticos se hacen algunos grandes cuadros, y en los democráticos muchas pinturas de escaso mérito. En los primeros se elevan estatuas de bronce y en los segundos, de yeso.

Cuando llegué por primera vez á Nueva York, por la parte del Océano Atlántico que se llama el río del Este, me sorprendí al ver á lo largo de la ribera, á alguna distancia de la ciudad, cierto número de palacios pequeños, de mármol blanco, cuya mayor parte tenían una arquitectura antigua. Al día siguiente fuí á visitarlos para contemplar más de cerca lo que había particularmente atraído mis miradas, y hallé que las paredes eran de ladrillos blancos y las columnas de madera pintada, y que del mismo modo estaban construídos todos los monumentos que había admirado la víspera.

El estado social y las instituciones democráticas dan, además, á todas las artes de imitación, tendencias particulares que es fácil señalar. Ellas las separan frecuentemente de la pintura del alma para no aplicarlas sino á la del cuerpo y sustituyen la representación de los movimientos y sensaciones á la de los sentimientos é ideas; de modo que en lugar de lo ideal ponen, por lo común, lo positivo.

Dudo que Rafael hiciese un estudio tan profundo de los más pequeños resortes del cuerpo humano como los pintores de nuestros días. Él no daba la misma importancia que éstos á la exactitud rigurosa, porque pretendía sobrepujar á la naturaleza. Quería hacer del hombre alguna cosa que fuese superior al hombre, y osaba embellecer la beldad misma.

David y sus discípulos eran, por el contrario, tan buenos anatomistas como pintores. Representaban maravillosamente los modelos que tenían á la vista; pero era raro que imaginaran algo más; seguían exactamente la naturaleza, mientras que Rafael procuraba

excederla. Aquéllos nos han dejado, en verdad, una exacta pintura del hombre, pero el otro nos hace descubrir la Divinidad en sus obras.

Se puede aplicar á la elección misma del objeto lo que he dicho de la manera de tratarlo. Los pintores del Renacimiento buscaban fuera de sí ó lejos de su tiempo, grandes objetos que presentaran á la imaginación una vasta carrera; pero los de nuestro tiempo se esfuerzan en reproducir exactamente los detalles de la vida privada que tienen de continuo á la vista, y copian siempre objetos pequeños, cuyos originales se encuentran con abundancia en la naturaleza.

CAPÍTULO XII

Por qué los americanos levantan al mismo tiempo tan grandes y tan pequeños monumentos.

Acabo de decir que en los siglos democráticos los monumentos artísticos son, por lo común, muy numerosos y pequeños, pero ahora me apresuro á indicar la excepción de esta regla.

En los pueblos democráticos, los individuos son extremadamente débiles; pero el Estado, que los representa á todos y los tiene á todos en su mano, es muy fuerte. En ninguna parte los ciudadanos parecen más pequeños que en una nación democrática; pero en ninguna parece la nación por sí misma más grande ni el espíritu se extiende más. En las sociedades democráticas la imaginación de los hombres se estrecha cuando se ocupan de ellos mismos; pero se extiende indefinidamente cuando se ocupan del Estado, resultando de aquí que los mismos hombres que viven estrechamente en mezquinas habitaciones, aspiran á lo gigantesco cuando se trata de monumentos públicos.

Los yanquis han establecido, en el lugar donde quieren fijar su capital, el radio de una ciudad inmensa, que no está hoy ni tan poblada como Pontoise; pero que debe, según ellos, tener pronto un millón de habitantes, y con este motivo han arrancado ya los árboles que había hasta diez leguas alrededor, temiendo que molestasen á los ciudadanos de esta gran urbe imaginaria. En el centro de ella han construído un palacio magnífico para instalar el Congreso y le han dado el pomposo nombre de Capitolio.

Los Estados particulares, frecuentemente conciben por sí mis-

mos y ejecutan empresas prodigiosas, de las que se asombraría el genio de las grandes potencias de Europa; de modo que la democracia no inclina sólo á los hombres á ejecutar una multitud de obras pequeñas, sino también á elevar un corto número de grandes monumentos. Entre estos dos extremos, se puede afirmar con razón que no existe nada, pues algunos esparcidos restos de edificios muy vastos no anuncian cosa alguna respecto al estado social y las instituciones del pueblo que los ha levantado; y añado, aunque me aparte de mi objeto, que tampoco hacen conocer su grandeza, su ilustración y su prosperidad real.

Siempre que un poder cualquiera sea capaz de hacer concurrir todo un pueblo á una sola empresa, conseguirá con mucho tiempo y poca ciencia sacar del concurso de esfuerzos tan grandes alguna cosa inmensa, sin que de esto se pueda concluir que el pueblo es muy feliz, ilustrado ni poderoso. Los españoles hallaron en la ciudad de Méjico muchos templos magníficos y edificios vastos, pero esto no impidió que Cortés conquistara el Imperio con 600 infantes y 16 caballos.

Si los romanos hubieran conocido mejor las leyes de la hidráulica no hubieran construído todos esos acueductos que rodean la mayoría de sus ciudades y habrían empleado mejor sus fuerzas y sus riquezas, y si hubiesen descubierto las máquinas de vapor quizá no hubieran extendido hasta las extremidades de su Imperio esas dilatadas rocas artificiales que se llaman caminos romanos. Todas estas cosas atestiguan magníficamente su ignorancia, al mismo tiempo que su grandeza.

El pueblo que no dejase otros vestigios de lo que fué, más que algunos tubos de plomo dentro de la tierra y algunas barras de hierro en su superficie podría haber dominado la naturaleza mejor que los romanos.

CAPITULO XIII

Fisonomía literaria de los siglos democráticos.

Si se entra en la tienda de un librero en los Estados Unidos, y se observan los libros americanos que aparecen puestos en sus estantes, el número de las obras parece muy grande, mientras que el de los autores conocidos parece, al contrario, muy pequeño. Desde luego, se encuentran una multitud de tratados elementales que contienen las primeras nociones de los conocimientos humanos. La mayor parte de estas obras se han compuesto en Europa, pero los americanos las reimprimen y las adaptan á su uso. En seguida se halla una cantidad innumerable de libros de religión: biblias, sermones, anécdotas piadosas, controversias, relaciones de los establecimientos de caridad... y, por último, el largo catálogo de folletos políticos; pues en América, los partidos no hacen libros para combatirse, sino libelos, que circulan con una rapidez increíble, se leen el día de su publicación y desaparecen al siguiente.

Entre todas estas obscuras producciones del espíritu humano, aparecen las obras más notables de un corto número de autores que son conocidos por los europeos ó que debieran serlo.

Aunque en nuestros días sea América el país civilizado en donde la gente se ocupa menos de literatura, se encuentran, sin embargo, muchos individuos que se interesan en las cosas del espíritu y hacen de ellas, si no el estudio de toda su vida, á lo menos el recreo de sus ocios. Inglaterra es la que provee á éstos de

la mayor parte de los libros que necesitan; y así es que casi todas las grandes obras inglesas se han reproducido en los Estados Unidos. El genio literario de la Gran Bretaña extiende aún su luz hasta lo interior de los bosques del Nuevo Mundo, y no hay cabaña donde no se hallen algunos tomos sueltos de obras de Shakespeare. Recuerdo haber leído en una choza *(log-house)*, por la primera vez, el drama feudal «Enrique V».

No solamente recurren los americanos todos los días á los tesoros de la literatura inglesa, sino que puede decirse con verdad que encuentran la literatura de Inglaterra en su propio suelo. De los pocos que se ocupan en los Estados Unidos en componer obras de literatura, la mayor parte son ingleses en el fondo y, sobre todo, en la forma. De este modo introducen en el seno de la democracia las ideas y los usos literarios que se observan en la nación aristocrática que han tomado por modelo; y pintando así con colores prestados las costumbres extranjeras, no representan jamás en la realidad el país que les ha dado el sér, y rara vez llegan á hacerse populares.

Los ciudadanos de los Estados Unidos parecen estar tan convencidos de que no se publican los libros para ellos, que antes de pronunciarse sobre el mérito de alguno de sus escritores, aguardan á que se haya formado juicio en Inglaterra; á la manera que en materia de pinturas se deja con gusto al autor del original el derecho de juzgar de la copia.

Los habitantes de los Estados Unidos, hablando propiamente, no tienen todavía literatura. Los únicos autores que yo reconozco como americanos, son los redactores de periódicos, y aunque no son á la verdad grandes escritores, hablan al menos la lengua del país y se hacen entender; en los demás no veo sino extranjeros, que son para los americanos lo que fueron para nosotros los imitadores de los griegos y de los romanos en la época del nacimiento de las letras: un objeto de curiosidad, y no de general simpatía; escritores que divierten el espíritu, pero que no influyen en las costumbres.

Ya he dicho que este estado de cosas no dependía absolutamente de la democracia y que era preciso buscar la causa en otras muchas circunstancias particulares é independientes de ella.

Si los yanquis, conservando siempre su estado social y sus leyes, tuviesen otro origen y se encontrasen transportados á otro país, no dudo que poseerían una literatura; tales como son, creo firmemente que acabarán por poseerla; pero siempre tendrá un carácter diferente del que se manifiesta en los escritos americanos de nuestros días, que le será peculiar. No es imposible delinear este carácter con anticipación.

Yo supongo un pueblo aristocrático en que se cultiven las letras, y que las obras de la inteligencia, así como los negocios del Estado, sean allí dirigidos por una clase soberana; la vida literaria y la existencia política se hallan casi reconcentradas por completo en esta clase ó en las que la rodean más de cerca. Esto me basta para averiguar todo lo demás.

Siempre que un pequeño número de hombres, y continuamente los mismos, se ocupan al propio tiempo de iguales objetos, se entienden fácilmente y disponen de común acuerdo las reglas principales que deben dirigir á cada uno en particular. Si el objeto que atrae la atención de estos hombres es la literatura, los trabajos del espíritu se someterán á algunas leyes precisas, de las que no será permitido separarse.

Si tales hombres ocupan en el país una posición hereditaria, serán naturalmente inclinados no sólo á adoptar para ellos mismos un cierto número de reglas fijas, sino á seguir las que se habían impuesto sus abuelos; su legislación será, á la vez, vigorosa y tradicional. Como no se hallan preocupados con las cosas materiales, ni lo han estado nunca, ni sus padres lo estuvieron más que ellos, han podido interesarse durante muchas generaciones en los trabajos del espíritu.

Comprenden, al fin, el arte literario y acaban por amarlo por lo que es en sí, experimentando un verdadero placer al ver que se conforman con él.

Hay más: los hombres de que hablo comenzaron y acaban su vida en la comodidad y en la riqueza y, por lo mismo, deben haber contraído, naturalmente, afición á los placeres exquisitos y el amor de las distracciones finas y delicadas; y una cierta debilidad de espíritu y de corazón que contraen frecuentemente en medio de ese largo y pacífico uso de tantos bienes, los conduce á alejar de sus mismos placeres lo que en éstos puede hallarse de demasia-

do vivo ó inesperado. Gustan de que se les divierta sin conmoverlos, y que se les interese sin conmoverlos.

Supongamos ahora un gran número de obras literarias ejecutadas por los hombres que acabo de describir ó para ellos, y se concebirá, sin duda, una literatura en que todo será regular y estará coordinado anticipadamente; las obras de menos importancia serán cuidadas hasta en sus más mínimos detalles; el arte y el trabajo se dejarán ver en todas las partes; cada género tendrá sus reglas particulares, de las que no será permitido prescindir y que lo aislarán de todos los demás. El estilo parecerá casi tan importante como la idea; la forma, como el fondo, y el tono será culto, moderado y sostenido. El espíritu llevará siempre un paso noble y raras veces precipitado, y los escritores se entregarán más bien á perfeccionar que á producir.

Podrá suceder que los miembros de la clase literaria, viviendo sólo entre ellos y no escribiendo más que para ellos, pierdan enteramente de vista el resto del mundo; lo cual les arrojará en lo afectado y en lo falso, y se impondrán pequeñas reglas literarias para su uso exclusivo, que les separarán insensiblemente del buen sentido y al fin los apartarán de la naturaleza. Á fuerza de querer hablar de otro modo que el vulgo, vendrán á parar en una especie de jerigonza que no se aleja menos del bien hablar que el modo de hablar del pueblo. Estos son los inconvenientes naturales de la literatura en las aristocracias.

Las aristocracias que se separan enteramente del pueblo se hacen débiles; lo cual sucede también en literatura, como en política (1).

Volvamos ahora el cuadro y considerémosle por el reverso. Transportémonos al seno de una democracia cuyas antiguas tra-

---

(1) Esto es particularmente cierto en los países aristocráticos que por largo tiempo han estado sometidos al poder de un rey.

Cuando reina la libertad en una aristocracia, las clases altas se ven, sin cesar, obligadas á servirse de ciertas bases, y al hacerlo, necesariamente se aproximan á ellas; por lo cual penetra á veces en su seno algo del espíritu democrático; á más de esto, en un cuerpo privilegiado que gobierna, se desarrolla una energía, un hábito de empresa y un gusto por el movimiento y el ruido, que no pueden dejar de influir en todos los trabajos literarios.

diciones y luces presentes la hagan sensible á los goces del espíritu. Las clases se hallan allí mezcladas y confundidas; los conocimientos y el poder están divididos hasta lo infinito y, me atrevo á decirlo, esparcidos por todos lados. Se verá, pues, una multitud cuyas necesidades intelectuales están por satisfacer; y como estos nuevos amantes de los goces del espíritu no han recibido todos la misma educación, no poseen las mismas luces ni se asemejan á sus padres, á cada instante difieren entre ellos, porque mudan incesantemente de lugar, de sentimientos y de fortunas. El espíritu de cada uno no está ligado al de los otros por tradiciones ni hábitos comunes, porque no han tenido nunca el poder, la voluntad, ni el tiempo de entenderse entre sí; por tanto, en el seno de esta multitud incoherente y agitada es donde nacen los autores, y ella es la que les distribuye los provechos y la gloria.

No hay dificultad en comprender que estando así las cosas no debe esperarse encontrar en la literatura de un pueblo semejante, sino un pequeño número de esos convencionalismos rigurosos que en los siglos aristocráticos reconocen los lectores y los escritores. Si llegase á suceder que los hombres de una época estuviesen de acuerdo sobre algunos, nada probaría esto repecto á la época siguiente, porque en las naciones democráticas cada nueva generación es un nuevo pueblo. En ellas, las letras se someten con dificultad á reglas rigurosas, y es casi imposible que lo estén nunca á reglas permanentes.

En las democracias, no se ocupan de literatura, ni aun los que tienen algún tinte de bellas letras, la mayor parte de éstos siguen una carrera política ó abrazan una profesión, de que no pueden desviarse sino por momentos para gozar en secreto los placeres del espíritu. Estos placeres no constituyen el encanto principal de su existencia; pero los consideran como un descanso pasajero y necesario en medio de los trabajos serios de la vida; semejantes hombres no pueden jamás adquirir conocimientos harto profundos del arte literario para percibir sus delicadezas, y los pequeños matices, por decirlo así, se escapan. Como no pueden disponer sino de un tiempo muy limitado para dedicarse á las letras, quieren aprovecharlo todo entero, y gustan por eso de los libros que se consiguen con facilidad, que se leen pronto y que no exigen estudio particular para entenderse. Quieren bellezas fáciles

que se demuestren por sí mismas y de que se pueda gozar al instante; aman, sobre todo, lo inesperado y lo nuevo, y habituados á una existencia práctica agitada y monótona, tienen necesidad de emociones vivas y rápidas, de claridad, de verdades ó de errores brillantes que les saquen al momento de sí mismos y les introduzcan de repente y, como por fuerza, en medio del asunto.

Mas ¿para qué cansarnos? ¿Quién no comprenderá lo que sigue sin que yo lo explique? Hablando en general, la literatura de los siglos democráticos no puede presentar, como en los tiempos de aristocracia, la imagen del orden, de la regularidad, de la ciencia y del arte; la forma se encontrará, de ordinario, descuidada, y algunas veces despreciada; el estilo será frecuentemente extravagante, incorrecto, sobrecargado, flojo y casi siempre atrevido y vehemente; los autores atenderán más á la rapidez de la ejecución que á la perfección de los detalles: habrá más escritos pequeños que libros de fundamento, más ingenio que erudición, más imaginación que profundidad: reinará una fuerza inculta y casi salvaje en el pensamiento, y muchas veces una variedad grande y una fecundidad singular en sus producciones. Se procurará asombrar más bien que agradar, y se tratará de excitar las pasiones más bien que de encantar el gusto.

Se encontrarán, sin duda, de tiempo en tiempo, escritores que querrán marchar en otra dirección, y si tienen un mérito superior, conseguirán hacerse leer, á pesar de sus defectos y de sus cualidades; pero estas excepciones serán raras, y los mismos que en el conjunto de sus obras se hayan así separado del uso común, volverán á entrar en él mediante algunos detalles.

Acabo de describir dos estados opuestos; pero las naciones no pasan de golpe del primero al segundo, sino que llegan poco á poco y al través de grados infinitos. En el tránsito que conduce á un pueblo culto del uno al otro, sobreviene casi siempre un momento en que, encontrándose el genio literario de las naciones democráticas con el de las aristocráticas, parece que ambos quieren reinar de acuerdo en el espíritu humano.

Estas son á la verdad épocas pasajeras, pero muy brillantes; se tiene entonces la fecundidad sin exuberancia, y el movimiento, sin confusión. Tal fué la literatura francesa del siglo XVIII.

Diría más de lo que pienso si dijese que la literatura de una

nación está siempre subordinada á su estado social y á su constitución política. Sé que además de estas causas hay otras muchas que imprimen ciertos caracteres á las obras literarias; pero aquéllas me parecen las más principales.

Las relaciones que existen entre el estado social y político de un pueblo y el genio de sus escritores, son siempre muy numerosas, y quien conoce el uno jamás ignora totalmente el otro.

CAPITULO XIV

De la industria literaria.

No sólo hace penetrar la democracia el gusto de las letras en las clases industriales, sino que introduce el espíritu industrial en el seno de la literatura.

En las aristocracias, los lectores son poco numerosos y difíciles de contentar; en las democracias es más fácil el agradarles y su número es prodigioso. Resulta de aquí, que en los pueblos aristocráticos no se debe esperar el buen éxito sino en virtud de grandes esfuerzos, que, aunque pueden dar mucha gloria no procurarán jamás mucho dinero; mientras que en las naciones democráticas un escritor puede lisonjearse de obtener con facilidad una fama mediocre, y una gran fortuna. Para esto no es necesario que se le admire, basta que se le aprecie.

La multitud de lectores que crece diariamente y la continua necesidad que tienen éstos de lo nuevo, aseguran el despacho de un libro que apenas estiman.

En los tiempos de democracia, el público procede frecuentemente con los autores como lo hacen de ordinario los reyes con sus cortesanos: los enriquecen y después los desprecian. ¿Qué más

quieren las almas venales que nacen en los palacios ó que son dignas de vivir en ellos? (1)

Las literaturas democráticas abundan siempre en autores que no ven en las letras sino una industria, y por cada escritor de mérito se encuentran mil vendedores de ideas.

---

(1) Aquí ha podido y debido añadir Tocqueville: ¿y qué más quieren ni qué otra cosa buscan los literatos que mediatizan su inspiración, la libertad de su fuerza creadora y su propio gusto de lo bello, al gusto transitorio, mediocre y limitadísimo del soberano vulgo, con tal de que este les compre sus obras y les proporcione buenos ingresos de carácter económico?—*(N. del T)*.

CAPÍTULO XV

Por qué el estudio de la literatura griega y latina es particularmente útil en las sociedades domocráticas.

Lo que se llamaba pueblo en las repúblicas más democráticas de la antigüedad no se parece en nada al que nosotros consideramos actualmente como tal. En Atenas, todos los ciudadanos tomaban parte en los negocios públicos; pero de más de trescientos cincuenta mil habitantes que componían la república, sólo veinte mil eran ciudadanos y todos los demás esclavos; la mayor parte de ellos desempeñaban las funciones que pertenecen en nuestros días al pueblo y aun á las clases medias.

Atenas, á pesar de su sufragio universal, no era sino una república aristocrática, en donde todos los nobles tenían igual derecho al gobierno. Si se considera la lucha entre los patricios y los plebeyos de Roma, desde el mismo punto de vista, no se encontrará sino una cuestión interna entre los diversos miembros de la misma familia. Todos, en efecto, propendían á la aristocracia y participaban de su influencia.

Se debe observar igualmente, que en toda la antigüedad los libros han sido escasos y caros y se ha experimentado una grande dificultad en hacerlos reproducir y circular. Estas circunstancias reconcentraban en un corto número de hombres el gusto y el uso de las letras y que formaban como una pequeña aristocracia literaria dentro del grupo selecto de una gran aristocracia política. Nada indica que entre los griegos y los romanos las letras hayan sido tratadas nunca como una industria

Estos pueblos, que no formaban solamente aristocracias, sino que también eran naciones muy cultas y libres, han debido dar á sus producciones literarias los vicios particulares y las cualidades especiales que caracterizan la literatura en los siglos de aristocracia.

En efecto, basta echar la vista sobre los escritos que nos ha dejado la antigüedad, para descubrir que si á los escritores les falta algunas veces variedad y fecundidad en los diversos asuntos, y valentía, movimiento y generalización en el pensamiento, han dejado ver siempre un arte y un cuidado asombrosos en los detalles; nada parece hecho en sus obras con precipitación ni á la ventura; todo está allí escrito para los inteligentes, y el esmero por la belleza ideal se muestra sin cesar. No hay literatura que enseñe más claramente que la antigua las cualidades que faltan á los escritores de los siglos democráticos y, por lo mismo, no hay ninguna que más les convenga estudiar. Tal estudio es el más propio de todos para combatir los defectos literarios inherentes á estos siglos, y en cuanto á sus cualidades naturales, ellas se producirán por sí solas, sin que sea necesario aprender á adquirirlas. Esta materia necesita entenderse con claridad.

Un estudio puede ser útil á la literatura de un pueblo y no por esto ser aplicable á sus necesidades políticas y sociales.

Si se enseñase sólo las bellas letras en una sociedad en que cada uno estuviese habitualmente dispuesto á hacer esfuerzos violentos para aumentar su fortuna ó para conservarla, habría ciudadanos muy cultos y muy peligrosos; porque dándoles diariamente el estado social y político necesidades que la educación no les enseñaría á satisfacer, turbarían el Estado invocando á los griegos y romanos, en vez de fertilizarlo con su industria.

Es evidente que en las sociedades democráticas el interés de los individuos, así como la seguridad del Estado exigen que la educación del mayor número sea científica, comercial ó industrial, más bien que literaria.

El griego y el latín no deben enseñarse en todas las escuelas; pero conviene que aquellos cuyo natural ó cuya fortuna los destinan á cultivar las letras ó los predisponen á apreciarlas, encuentren escuelas en donde se enseñe con perfección la literatura antigua, para penetrarse completamente de su espíritu. Algunas buenas

universidades valdrían más para conseguir este resultado que una multitud de colegios malos, en donde, estudios supérfluos y mal seguidos, impiden estudiar otros más necesarios.

Todos los que ambicionan sobresalir en las letras, en las naciones democráticas, deben estudiar las obras de la antigüedad. Esta es una higiene saludable. Yo no considero absolutamente sin tacha las producciones literarias de los antiguos; pienso sólo que ellas tienen cualidades especiales que pueden maravillosamente neutralizar nuestros defectos particulares y sostenernos en el lado á que nos inclinemos.

CAPÍTULO XVI

De qué modo la democracia americana ha modificado la lengua inglesa.

Si lo que he dicho acerca de las letras en general se ha comprendido bien, se concebirá fácilmente la especie de influencia que el estado social y las instituciones democráticas pueden ejercer en la lengua misma, que es el primer instrumento del discurso.

Los autores americanos, á decir verdad, viven espiritualmente más en Inglaterra que en su país, pues estudian sin cesar los escritores ingleses y los toman cada día por modelo; pero no sucede esto con el pueblo mismo, porque éste se halla más inmediatamente sometido á causas particulares que pueden obrar en los Estados Unidos. Por consiguiente, el lenguaje de la conversación y no el de los escritos, es el que debe considerarse si se quieren conocer las modificaciones que el idioma de un pueblo aristocrático puede sufrir, cuando pasa á ser la lengua de una democracia.

Ingleses instruídos y apreciadores más competentes que yo en estos delicados matices, me han asegurado muchas veces que las clases instruídas de los Estados Unidos difieren de una manera notable, por su lenguaje, de las de la Gran Bretaña. No se quejaban sólo de que los americanos hubiesen puesto en uso muchas palabras nuevas, porque la diferencia y la distancia del país hubieran bastado para explicarlo; sino de que estas nuevas palabras hubiesen sido tomadas particularmente de la jerga de los partidos, de las artes mecánicas ó del lenguaje de los negocios; añadían que las palabras antiguas inglesas se tomaban frecuentemente por los

americanos en una acepción nueva, y decían, en fin, que mezclaban los estilos de un modo singular y reunían algunas veces ciertas palabras que en la madre patria habían tenido costumbre de separar.

Estas observaciones, hechas repetidas veces por personas que me parecían dignas de crédito, me condujeron á reflexionar sobre este objeto, y mis reflexiones me llevaron teóricamente al punto á que ellos habían llegado por la práctica.

La lengua debe participar en las aristocracias del reposo en que se mantienen todas las cosas. Se introducen pocas palabras nuevas, porque se hacen pocas cosas nuevas, y aunque se hiciesen cosas nuevas se esforzarían en llamarlas con palabras conocidas, cuyo sentido ha fijado la tradición.

Si acontece que el espíritu humano se agite por sí mismo, ó que la luz penetrante de fuera lo despierte, las nuevas expresiones que se crean tienen un carácter sabio, intelectual y filosófico que indica que no tienen su origen en la democracia. Cuando la caída de Constantinopla hizo refluir las ciencias y las letras hacia el Occidente, la lengua francesa se encontró, casi de repente, invadida por una multitud de palabras nuevas de origen latino ó griego; se vió entonces en Francia un neologismo erudito que no se usaba sino por las clases ilustradas, y cuyos efectos no se hicieron sentir ó no se conocieron sino muy tarde en el pueblo. Todas las naciones de Europa presentaron, sucesivamente, el mismo espectáculo. Milton sólo ha introducido en la lengua inglesa más de seiscientas palabras, tomadas casi todas del latín, del griego y del hebreo.

El movimiento perpetuo que reina en el seno de una democracia tiende, por el contrario, á renovar la faz de la lengua así como la de los negocios; en medio de esta agitación general y de este concurso de todos los espíritus, se forma un gran número de ideas nuevas; las antiguas se pierden ó vuelven á aparecer, ó bien se subdividen en una infinidad de grados diversos; se encuentran frecuentemente palabras que no deben usarse, y otras que es necesario adoptar de nuevo en el lenguaje.

Las naciones democráticas desean siempre el movimiento. Esto se observa en la lengua como en la política, y aun cuando no tengan necesidad de cambiar las palabras, lo desean con frecuencia.

El genio de los pueblos democráticos no se manifiesta sólo en el gran número de palabras nuevas que ponen en uso, sino también en la naturaleza de ideas que estas mismas palabras representan.

En estos pueblos, la mayoría hace la ley en materia de lenguaje como en todo lo demás, y su espíritu se manifiesta igualmente allí que en otra parte; pero como la mayoría se ocupa más de negocios que de estudios, y de intereses políticos y comerciales que de especulaciones filosóficas ó de bellas letras, la mayor parte de las palabras creadas ó admitidas por ella llevarán el sello de estos hábitos, sirviendo principalmente para expresar las necesidades de la industria, las pasiones de los partidos ó los pormenores de la administración pública. En este sentido, la lengua se extenderá incesantemente, al paso que abandonará poco á poco el campo de la metafísica y de la teología.

Nada es más fácil que conocer el origen de donde las naciones democráticas toman sus nuevas palabras y el medio de que se valen para inventarlas.

Los hombres que viven en las sociedades democráticas, apenas conocen la lengua que se hablaba en Roma y en Atenas, y se cuidan bien poco de remontarse hasta la antigüedad para encontrar las expresiones que les faltan; si recurren alguna vez á sabias etimologías no es porque su erudición se las hace buscar en el fondo de las lenguas muertas, y aun sucede muchas veces que los más ignorantes son los que hacen más uso de estas palabras, porque el deseo tan democrático de salir de su esfera les conduce á querer realizar una profesión grosera, con un nombre griego ó latino, y cuanto más bajo es el oficio y más distante está de la ciencia, más pomposo y erudito es el nombre. Esta es la razón porque muchos bailarines de maroma se transforman en acróbatas y en funámbulos.

Los pueblos democráticos toman palabras de las lenguas vivas, en lugar de las muertas, porque comunican siempre entre sí, y los hombres de diferentes países se imitan con facilidad, en razón de que cada día se asemejan más; pero es sobre todo en su propia lengua, donde buscan los medios de innovar, pues toman de tiempo en tiempo de su vocabulario las expresiones ya olvidadas y las sacan de nuevo á luz, ó bien quitan á una clase particu-

lar de ciudadanos un término que la es peculiar, para hacerle entrar con un sentido figurado en el lenguaje habitual; de modo que una multitud de expresiones que no habían pertenecido sino al lenguaje especial de un partido ó de una profesión, se encuentran por esta causa introducidas repentinamente en la circulación general.

El medio que emplean de ordinario los pueblos democráticos para hacer innovaciones en materia de lenguaje, consiste en dar á una expresión ya en uso, un sentido inusitado. Este método es sencillo, fácil y cómodo; no se necesita ciencia para servirse de él y la ignorancia misma facilita su empleo; pero pone en peligro la lengua, pues haciendo doble el sentido de una palabra, vuelve tan dudoso el que le dejan como el que le dan.

Empieza un autor por desviar un poco una expresión conocida, de su sentido primitivo y la adapta á su objeto como mejor le parece; viene otro después y le da una nueva significación; un tercero le llevará, si es menester, por otra ruta diversa, y como no hay árbitro común ni tribunal permanente que pueda fijar de un modo definitivo el sentido de la palabra, queda ésta en una situación dudosa y ambulante. De aquí resulta que los escritores no parecen jamás adherirse á un solo pensamiento, sino que fluctúan en medio de un grupo de ideas y dejan al lector el cuidado de juzgar cuál es la que se le enseña.

Todo esto es una triste consecuencia de la democracia. Yo querría más bien que se plagase la lengua de términos chinos, tártaros ó hurones, que hacer incierto el sentido de las palabras francesas. La armonía y la homogeneidad no son sino bellezas secundarias del lenguaje. Existen tal vez en todo esto muchas convenciones que pueden en rigor desecharse, pero ningún idioma es bueno sin términos claros.

La igualdad trae necesariamente consigo otras muchas variaciones en el lenguaje. En los siglos aristocráticos, en que cada nación propende á permanecer separada de todas las otras y desea tener una fisonomía propia, acontece con frecuencia que, muchos pueblos que tienen un origen común, se hacen extraños los unos de los otros, en tales términos que, sin dejar de entenderse, no hablan, sin embargo, del mismo modo.

En estos mismos siglos cada nación se divide en cierto núme-

ro de clases que se ven pocas veces y no se mezclan jamás. Cada una de ellas toma y conserva invariablemente hábitos intelectuales que le son del todo propios, y adopta con preferencia ciertas palabras y ciertas voces que en seguida pasan de generación en generación, como las herencias. Entonces se encuentra en el mismo idioma una lengua de pobres y una de ricos; una de plebeyos y otra de nobles; una sabia y otra vulgar; y cuanto más profundas son las divisiones y las barreras más insuperables, tanta más razón hay para esto. Estoy seguro de que en las tribus de la India, el lenguaje varía prodigiosamente, y que se encuentra casi tanta diferencia entre el de un paria y el de un bracmán, como entre sus vestidos. Cuando, por el contrario, los hombres, cambiando de lugar, se ven y se comunican incesantemente, y que las clases se destruyen, se renuevan y se confunden, todas las palabras de la lengua se mezclan; las que no pueden convenir al mayor número desaparecen, y el resto forma una masa común en que cada una se habla sin regla. Casi todos los diversos dialectos que dividen los idiomas de Europa, tienden visiblemente á desaparecer. El *patois* no existe en el Nuevo Mundo, y cada día va desapareciendo del Antiguo.

Esta revolución del estado social influye en el estilo tanto como en la lengua, pues no sólo todo el mundo se sirve de las mismas palabras, sino que se habitúa á emplearlas indiferentemente. Destruídas casi las reglas que había creado el estilo, apenas se encuentran expresiones que, por su naturaleza, parezcan vulgares ni distinguidas, porque los individuos que pertenecían á diversas esferas han llevado siempre consigo las voces y los términos de que hacían uso; de manera, que el origen de las palabras se ha perdido lo mismo que el de los hombres, y resulta una confusión en el lenguaje, como en la sociedad.

Yo sé que en la clasificación de las palabras hay reglas que no tienen relación con una forma de sociedad más que con otra, pues se derivan de la naturaleza misma de las cosas. Hay expresiones y giros que son vulgares, porque los sentimientos que deben expresar son realmente bajos, y otros que son sublimes, porque los objetos que quieren representar son naturalmente elevados.

La confusión de las clases no hará nunca desaparecer estas diferencias; pero la igualdad no puede menos de destruir lo que

es puramente convencional y arbitrario en las formas del pensamiento, y aun dudo si la clasificación necesaria que indiqué más arriba no será menos respetada en un pueblo democrático que en cualquiera otro; porque en un país semejante no se encuentran fácilmente hombres cuya educación, luces y tiempo libre les permita estudiar de una manera permanente las leyes naturales del lenguaje y hacerlas respetar, observándolas ellos mismos.

No quiero abandonar esta cuestión sin mostrar las lenguas democráticas por el último rasgo que las caracteriza quizá más que todos los otros.

He demostrado anteriormente que los pueblos democráticos tenían gusto y aun pasión por las ideas generales, lo cual depende de las cualidades y de los defectos que les son propios. Este amor de las ideas generales se manifiesta en las lenguas democráticas, por el uso continuo de términos genéricos y de las palabras abstractas, porque estas expresiones ensanchan el pensamiento y permitiendo encerrar en poco espacio muchos objetos, auxilian el trabajo de la inteligencia.

Un escritor democrático dirá, de una manera abstracta, *las capacidades,* por los hombres capaces, sin entrar en el detalle de las cosas á que esta capacidad se aplica. Hablará de *actualidades,* para determinar de un golpe las cosas que pasan en aquel momento á su vista; y entenderá bajo la palabra *eventualidades* todo lo que puede suceder en el universo desde el momento en que habla.

Los escritores democráticos hacen incesantemente palabras abstractas de esta especie ó toman en un sentido cada vez más abstracto las voces abstractas de la lengua. También, para hacer más rápido el discurso, personifican el objeto de estas mismas palabras, y haciéndole obrar como á un individuo dirán que *la fuerza de las cosas quiere que las capacidades gobiernen.*

Voy á explicar mi pensamiento, con un ejemplo de lo mismo que yo he practicado. He hecho uso muchas veces de la palabra igualdad, en un sentido general; la he personificado, además, en muchos lugares y aun he llegado á decir que la igualdad hace ciertas cosas ó que se abstenía de otras. Se puede afirmar que los hombres del siglo de Luis XIV no habrían hablado de este modo; entonces, á ninguno le habría ocurrido usar la palabra igualdad, sin aplicarla á una cosa particular, y más bien habrían renuncia-

do á servirse de ella que consentir en representarla como una persona viva. Esas palabras abstractas en que abundan las lenguas democráticas, y de que se hace uso á cada paso, sin aplicarlas á ningún hecho particular, engrandecen y disfrazan el pensamiento, hacen la expresión más rápida y la idea menos clara. Mas en materia de lenguaje, los pueblos democráticos prefieren la obscuridad al trabajo.

No sé, por otra parte, si lo vago tiene un cierto agrado oculto, para los que hablan y escriben en esos pueblos. Los hombres que viven en ellos, hallándose, por lo común, entregados á los esfuerzos individuales de su inteligencia, están casi siempre en la duda, y como su situación cambia sin cesar, no permanecen firmes en ninguna de sus opiniones ni aun por la inmovilidad de su fortuna; así es que, por lo común, tienen ideas vacilantes y necesitan expresiones muy amplias para encerrarlas. Como no saben si la idea que hoy expresan convendrá á la nueva situación que ocuparán mañana, conciben, naturalmente, un gusto por los términos abstractos, y una palabra abstracta es como una caja de dos fondos: se colocan en ellas las ideas que se quieren y se sacan sin que nadie lo vea.

En todos los pueblos, los términos genéricos y abstractos forman lo esencial de la lengua; yo no digo que se encuentren solamente estas palabras en las lenguas democráticas, sino que los hombres propenden en los siglos de igualdad á aumentar particularmente el número de las palabras de esta especie, á tomarlas siempre en la acepción más abstracta y á hacer uso de ellas en cualquiera ocasión, aun cuando el discurso no lo requiera.

CAPÍTULO XVII

De algunas fuentes de la poesía en las naciones democráticas.

Se han dado muy diversas significaciones á la palabra poesía, y sería inútil fatigar á los lectores averiguando cuál de estos diversos sentidos le conviene con preferencia; diré, pues, el que mejor me ha parecido.

La poesía, en mi opinión, es la previsión, la pintura, de lo ideal. El que cercenando una parte de lo que existe, agregando al cuadro algunos rasgos imaginarios, combinando ciertas circunstancias reales, pero cuyo conjunto no se encuentra, completa y engrandece la naturaleza, éste es poeta. Así, la poesía no tendrá por objeto representar la verdad, sino adornar y ofrecer una imagen superior al espíritu.

Los versos que me parezcan como el bello ideal del lenguaje, serán en este sentido eminentemente poéticos, pero por sí solos no constituirán la poesía. Ahora voy á averiguar si entre las acciones, sentimientos ó ideas de los pueblos democráticos se encuentran algunas que se presten á la imaginación de lo ideal y que deban considerarse por esta razón como fuentes naturales de la poesía.

Desde luego es preciso reconocer que el gusto por lo ideal y el placer que se experimenta al ver la pintura, no es tan vivo ni se extiende tanto en un pueblo democrático como en el seno de una aristocracia.

En las naciones aristocráticas sucede algunas veces que el cuerpo obra como por sí mismo, mientras que el alma está sumer-

gida en un reposo modesto. En ellas, el pueblo mismo deja ver gustos poéticos, y su espíritu se lanza algunas veces más allá y por encima de lo que le rodea. Pero en las democracias, el amor de los goces materiales, la idea de la perfección, la rivalidad, el encanto próximo del buen éxito, son como otros tantos estímulos que precipitan los pasos de cada hombre en la carrera que ha abrazado y le prohiben separarse de ella un solo instante. Los principales esfuerzos del alma se dirigen siempre hacia este objeto; no porque la imaginación esté debilitada, sino porque se entrega casi exclusivamente á concebir lo útil y á representar lo real.

La igualdad no solamente desvía los hombres de la pintura de lo ideal, sino que disminuye el número de los objetos que pueden describirse.

La aristocracia, conservando la sociedad inmóvil, favorece la duración y entereza de las religiones positivas y la estabilidad de las instituciones políticas; y no solamente mantiene en la fe el espíritu humano, sino que le dispone también á adoptar una, con preferencia á otra. Un pueblo aristocrático se inclinará siempre á colocar poderes intermediarios entre Dios y el hombre.

Por todo esto se puede decir que la aristocracia se muestra muy favorable á la poesía, pues cuando el universo se compone de seres sobrenaturales que no están al alcance de los sentidos, pero que el espíritu descubre, la imaginación se siente más dispuesta y los poetas, hallando mil asuntos diversos que representar, encuentran espectadores sin número, prontos á interesarse en sus cuadros.

En los siglos democráticos sucede algunas veces que las creencias fluctúan como las leyes. La duda reduce entonces la imaginación de los poetas á las cosas de la tierra y los encierra en el mundo visible y real.

Aun cuando la igualdad no conmueva las religiones, ella las simplifica y desvía la atención de los agentes secundarios, para atraerla principalmente hacia el soberano dueño.

La aristocracia conduce naturalmente al espíritu humano á la contemplación de lo pasado y lo fija en él. La democracia, por el contrario, inspira á los hombres una especie de disgusto, como instintivo, por todo lo que es antiguo; de modo que la aristocracia es en esto más bien favorable á la poesía, porque las cosas se en-

grandecen por lo regular y se ocultan, á medida que se alejan; y bajo este doble aspecto se prestan más á la pintura de lo ideal.

Después de haber quitado á la poesía lo pasado, la igualdad le arrebata, en parte, lo presente.

En los pueblos aristocráticos hay un cierto número de individuos privilegiados, cuya existencia está, por decirlo así, fuera y por encima de la condición humana; el poder, la riqueza, la gloria, el ingenio, la delicadeza y la distinción en todas las cosas parecen pertenecer á aquéllos, en propiedad. La multitud no los ve jamás desde muy cerca ó no los sigue en los detalles, y muy poco es preciso hacer para volver poética la pintura de estos hombres.

Por otra parte, las clases ignorantes, humildes y serviles que hay en esos mismos pueblos se prestan á la poesía por el exceso de su tosquedad y de su miseria, como las otras por su extrema finura y su grandeza. Además, estando muy separadas las diversas clases de que se compone un pueblo aristocrático y conociéndose mal entre sí, la imaginación puede siempre, al representarlas, agregar ó disminuir alguna cosa á la realidad.

En las sociedades democráticas, en que los hombres son todos pequeños y muy semejantes, viéndose cada uno á sí mismo, ve al momento á todos los otros. Los poetas que viven en los siglos democráticos no pueden tomar nunca un hombre en particular por objeto de su cuadro; porque el que sea de tamaño mediano y se perciba distintamente por todos lados, no se prestará jamás á lo ideal. Está demostrado que si la igualdad se establece sobre la tierra, agotará por sí sola la mayor parte de las antiguas fuentes de la poesía. Veamos, pues, ahora, de qué manera puede ella procurar otras nuevas.

Cuando la duda despobló el cielo y los progresos de la igualdad redujeron al hombre á proporciones mejor conocidas y más pequeñas, los poetas, no imaginando todavía lo que debieran poner en lugar de los grandes objetos que huían con la aristocracia, dirigieron su vista hacia la naturaleza inanimada, y, alejando de su idea los héroes y los dioses, emprendieron, desde luego, la pintura de los ríos y de las montañas. De aquí nació en el siglo último la poesía que, por excelencia, se llama descriptiva.

Algunos han pensado que esta pintura, embellecida con las cosas materiales é inanimadas que cubren la tierra, era la poesía

más propia de los siglos democráticos; pero yo creo que este es un error, pues en mi concepto ella no representa sino una época pasajera.

Estoy convencido de que la democracia desvía con el tiempo la imaginación de todo lo que es exterior al hombre, para fijarla en el hombre mismo. Los pueblos democráticos pueden entretenerse un momento en considerar la naturaleza; pero no se animan realmente sino á la vista de sí mismos, y sólo por esta parte se encuentran en ellos las fuentes naturales de la poesía; aún puede creerse que los poetas que no quieran recurrir á ellas perderán todo su imperio sobre el alma de los que pretenden hechizar, y acabarán por no tener más que fríos testigos de sus transportes. He hecho ver de qué manera la idea del progreso y de la perfectibilidad indefinida de la especie humana era propia de los siglos democráticos.

Los pueblos democráticos apenas se ocupan de lo que ha pasado, pero meditan y aun sueñan en lo que pasará; en este sentido, su imaginación no tiene límites y se extiende y aumenta sin medida. Esto presenta un vasto campo á los poetas y les permite ver el cuadro de lejos; así, la democracia, que oculta lo pasado á la poesía, le abre el porvenir.

Como los ciudadanos que componen una sociedad democrática son casi iguales y semejantes, la poesía no puede fijarse en ninguno en particular; pero toda la nación se ofrece á su pincel. La semejanza de todos los individuos, que hace á cada uno separadamente impropio para objeto de la poesía, permite á los poetas encerrarlos á todos en una misma imagen, para considerar el pueblo mismo. Las naciones democráticas divisan con más claridad que todas las otras su propia forma, y esta grande forma se presta maravillosamente á la pintura de lo ideal.

Convendré fácilmente en que los americanos no tienen poetas; pero no por eso admitiré que carezcan de ideas poéticas. En Europa, se ocupan mucho de los desiertos de América, y los americanos ni aun piensan en ellos, pues se muestran insensibles á las maravillas de la naturaleza inanimada, y no ven, por decirlo así, los admirables bosques que los rodean, sino cuando caen bajo sus golpes. Su vista está fija en otra cosa, y el pueblo americano se ve marchar al través de estos desiertos desaguando las ciénagas,

enderezando los ríos, poblando la soledad y domando la naturaleza. Esta espléndida imagen de ellos mismos no se ofrece tan sólo de tiempo en tiempo á la imaginación de los americanos, pues puede decirse que sigue á cada uno de ellos en sus más mínimas acciones, como en las principales, y que permanecen siempre delante de su espíritu.

Nada puede concebirse tan pequeño, tan obscuro, tan lleno de miserables intereses y tan antipoéticos, en una palabra, como la vida de un hombre en los Estados Unidos; pero entre los pensamientos que lo dirigen se encuentra uno lleno de poesía y que puede mirarse como el nervio oculto que da vigor á todo el resto.

En los siglos aristocráticos, cada pueblo, así como cada individuo, propende á permanecer inmóvil y separado de los demás.

En los siglos democráticos, la extrema movilidad de los hombres y sus impacientes deseos, hacen que ellos cambien todos los días de lugar y que los habitantes de diferentes países se mezclen, se vean, se escuchen y se imiten; no son solamente los miembros de una nación los que se hacen semejantes, sino también las naciones mismas, y todas juntas no forman, á la vista del espectador, más que una vasta democracia, en la que cada ciudadano es un pueblo. Esto pone de manifiesto, por primera vez, la forma del género humano.

Todo lo que tiene relación con la existencia de la humanidad en general, con sus vicisitudes y su porvenir, llega á ser una mina muy fecunda para la poesía.

Los poetas que vivieron en los siglos aristocráticos, hicieron admirables pinturas, tomando por objeto ciertos incidentes de la vida de un pueblo ó de un hombre; pero ninguno de ellos se atrevió jamás á representar en su cuadro los destinos de la especie humana, mientras que los poetas que escriben en los siglos democráticos pueden emprenderlo.

Cuando cada uno, llevando su vista más allá de su país, empieza á descubrir la humanidad en sí misma, Dios se manifiesta más y más al espíritu humano, en su plena y entera majestad.

Si en los siglos democráticos la fe en las religiones positivas es frecuentemente vacilante y las creencias en los poderes intermedios, cualquiera que sea el nombre que se les dé, se obscurece, también sucede, por otra parte, que los hombres se hallan dis-

puestos á concebir una idea muy vasta de la Divinidad misma y su intervención en los negocios humanos aparece con nueva y mayor claridad; y considerando al género humano como un solo todo, conciben fácilmente que un mismo designio preside á todos sus destinos; y en las acciones de cada individuo reconocen la huella de ese plan general y constante, por el cual Dios conduce la especie. Esto puede considerarse como otra fuente abundantísima de poesía en estos siglos.

Los poetas democráticos parecerán siempre pequeños y fríos si pretenden representar á los dioses, los demonios ó los ángeles, con formas corpóreas ó si los hacen descender del cielo para disputarse la tierra; pero si quieren atribuir los grandes acontecimientos que describen, á los designios generales de Dios sobre el Universo y, sin mostrar la mano del soberano dueño, hacer penetrar en su pensamiento, serán admirados y comprendidos, porque la imaginación de sus contemporáneos sigue por sí misma esta senda.

Se puede prever, igualmente, que los poetas que viven en los siglos democráticos, pintarán las pasiones y las ideas, más bien que las personas y los hechos.

El lenguaje, los usos y las acciones diarias de los hombres no se prestan en las democracias á la imaginación de lo ideal. Tales cosas no son poéticas por sí mismas, y aun cesarían de serlo por la razón sola de que son demasiado conocidas de aquellos á quienes se quisiese hablar de ellas. Esto obliga á los poetas á penetrar más adentro de la superficie exterior que los sentidos descubren, á fin de vislumbrar el alma misma; y no hay nada que se preste más á la pintura de lo imaginario, que el hombre, contemplado de este modo, en lo profundo de su naturaleza inmaterial.

No tengo necesidad de examinar el cielo ni la tierra para descubrir un objeto maravilloso lleno de contrastes, de grandezas y de pequeñeces infinitas, de obscuridades profundas y de singulares resplandores, capaz á la vez de hacer nacer la piedad, la admiración, el desprecio y el terror; no tengo más que considerarme á mí mismo; el hombre sale de la nada, atraviesa el tiempo y, va á desaparecer para siempre en el seno de Dios; sólo un momento se le ve vagar en el extremo de los dos abismos en que se pierde.

Si el hombre se ignorase completamente, no sería poético, por-

que no puede pintarse lo que no se conoce. Si se viese claramente, su imaginación permanecería ociosa y nada tendría que agregar al cuadro; pero el hombre está bastante descubierto para que pueda percibir algo de sí mismo y demasiado oculto con el velo del destino, para que el resto se sumerja en tinieblas impenetrables, donde busca sin cesar y siempre en vano, á fin de acabar de conocerse.

Jamás debe esperarse que en los pueblos democráticos la poesía viva de leyendas, que se alimente con tradiciones y antiguos recuerdos, que pretenda volver á poblar el Universo de seres sobrenaturales, en que ni los poetas, ni los lectores creen, ni que personifique virtudes y vicios que quieran verse bajo su propia forma. Todos estos recursos le faltan, pero le queda el hombre, y esto basta para ello. Los destinos humanos, el hombre, prescindiendo de su tiempo y de su país y colocado en frente de la naturaleza y de Dios, con sus pasiones, con sus dudas, sus prosperidades inauditas y sus miserias incomprensibles, vendrá á ser para estos pueblos el objeto principal y casi único de la poesía; esto bien puede asegurarse, si se consideran los escritos de los más grandes poetas que han aparecido desde que el mundo se dirige hacia la democracia.

Los escritores que en nuestros días han reproducido tan admirablemente los acciones de Child-Harold y de Jocelyn, no han pretendido referir los hechos de un hombre, sino iluminar y engrandecer ciertas fases del corazón humano, todavía obscuras.

Tales son los poemas de la democracia. La igualdad, pues, no destruye todos los asuntos de la poesía, sino que los hace menos numerosos y más vastos.

CAPÍTULO XVIII

Por qué los escritores y los oradores americanos tienen, por lo general, un estilo hinchado.

He observado frecuentemente que los americanos, que tratan en general los negocios en un lenguaje claro y seco, desprovisto de adorno alguno y cuya extrema sencillez es muchas veces vulgar, se hacen hinchados cuando toman el estilo poético; entonces se muestran pomposos de un extremo á otro del discurso, y se creería, viéndoseles prodigar las imágenes á cada paso, que jamás han dicho nada sencillamente.

Los ingleses caen raras veces en semejante defecto, y la causa se puede indicar con facilidad.

En las sociedades democráticas cada ciudadano se ocupa habitualmente en contemplar un objeto muy pequeño, que es él mismo, y si eleva más la vista, no percibe sino la inmensa imagen de la sociedad, ó la figura, todavía mayor, del género humano. No tiene sino ideas particulares y muy claras ó nociones muy generales y vagas; el espacio intermedio está vacío.

Cuando se le ha sacado de sí mismo, aguarda siempre que se ofrezca á su vista algún objeto prodigioso, y sólo bajo esta condición consiente en separarse un momento de los pequeños y complicados cuidados que agitan y encantan su vida.

Esto parece explicar bastante bien por qué los hombres de las democracias, que tienen en general negocios de poca transcendencia, reclaman de sus poetas concepciones tan vastas y pinturas tan desmesuradas. Por su parte, los escritores obedecen

casi siempre á estos instintos de que ellos mismos participan; de manera que envanecen su imaginación incesantemente y, extendiéndola sin límites, la dirigen hacia lo gigantesco, abandonando con frecuencia lo grandioso.

De este modo se figuran atraer al punto las miradas de la multitud y fijarlas fácilmente alrededor de sí; lo cual consiguen muchas veces, porque la multitud, que no busca en la poesía sino objetos muy vastos, no tiene tiempo para considerar exactamente las proporciones de los que se le presentan, ni gusto bien cimentado para conocer en qué consisten sus desproporciones; de manera que el autor y el público se corrompen recíprocamente.

Hemos visto, por otra parte, que en los siglos democráticos las fuentes de la poesía son bellas, pero poco abundantes; así es que bien pronto se agotan, y no encontrando ya los poetas materia para lo ideal ni en lo verdadero ni en lo positivo, se separan enteramente de estos principios y crean monstruos.

No temo que la poesía de los pueblos democráticos se muestre tímida, ni que se humille en extremo; pues más bien recelo que se perderá á cada instante en las nubes, acabando por pintar regiones enteramente imaginarias. Temo, sí, que la obra de los poetas democráticos ofrezca frecuentemente imágenes inmensas ó incoherentes, pinturas sobrecargadas, conjuntos extravagantes, y que los seres fantásticos salidos de su espíritu hagan recordar, algunas veces con sentimiento, el mundo real.

CAPÍTULO XIX

Algunas observaciones acerca del teatro en los pueblos democráticos.

Cuando la revolución que ha cambiado el estado social y político de un pueblo democrático empieza á mostrarse en la literatura, en el teatro es donde comúnmente se presenta desde el principio y allí permanece siempre visible.

El espectador de una obra dramática es, en cierto modo, sorprendido por la impresión que se le causa. Él no tiene tiempo de consultar su memoria ni á los inteligentes; no se ocupa de combatir las nuevas tendencias literarias, que comienzan á manifestarse en sí mismo, y cede á ellas antes de conocerlas.

Los autores conocen al instante de qué lado se inclina secretamente el gusto del público, y hacia él dirigen sus obras; las piezas dramáticas, después de haber hecho descubrir la revolución literaria que se prepara, acaban muy pronto por ponerla en práctica. El que quiera juzgar anticipadamente de la literatura de un pueblo que se hace democrático, debe estudiar su teatro.

Las piezas del teatro forman en las naciones aristocráticas la parte más democrática de la literatura. No hay goce literario más al alcance del pueblo que el que se experimenta en la escena. Para percibirlo, no se necesita preparación ni estudio, y se experimenta en medio de las preocupaciones y de la ignorancia. Cuando el amor, apenas formado por los placeres del espíritu, empieza á penetrar en alguna de las clases de los ciudadanos, inmediatamente la dirige hacia el teatro. Los teatros de las naciones aristo-

cráticas están siempre llenos de espectadores que no pertenecen á la aristocracia. Sólo en ellos sucede que las clases superiores se mezclen con las medianas y las inferiores, y que consientan, si no en recibir su voto, á lo menos en sufrir que lo den; y es donde los eruditos y los letrados han tenido siempre más dificultad en hacer prevalecer su gusto sobre el del pueblo é impedir ser arrastrados ellos mismos por aquél. Si le es difícil á una aristocracia impedir al pueblo que asista al teatro, esto mismo hace comprender que la multitud debe reinar allí en jefe, cuando los principios democráticos, penetrando en las leyes y en las costumbres, confundan las clases, acerquen las inteligencias, como las fortunas, y la clase superior pierda, con sus riquezas hereditarias, su poder, sus tradiciones y sus comodidades.

Los gustos y los instintos naturales de los pueblos democráticos en materia de literatura se manifestarán, pues, desde luego, en el teatro, y aun puede preverse que se introducirán allí con violencia. Las leyes literarias de la aristocracia se modificarán poco á poco, y, por decirlo así, de una manera legal, en todos los escritos; pero en el teatro serán derrocadas por tumultos. El teatro saca á luz la mayor parte de las cualidades y casi todos los vicios inherentes á las literaturas democráticas.

Los pueblos democráticos hacen un mediano aprecio de la erudición, y no se cuidan de saber á fondo lo que sucedía en Roma y en Atenas; quieren que se les hable de sí mismos, y reclaman el cuadro de lo presente.

Cuando los héroes y las costumbres de la antigüedad se reproducen con frecuencia en la escena y se guarda fidelidad á las tradiciones antiguas, esto basta para inferir que las clases democráticas no dominan en el teatro.

Racine se excusa con mucha humildad en el prefacio de *Britannicus* de haber comprendido á Junia en el número de las vestales, entre las cuales, según dice Aulu-Gelle, «no se recibía ninguna joven antes de la edad de seis años ni después de los diez». Puede creerse que si él hubiera escrito en nuestros días, no habría pensado en acusarse ó defenderse de semejante delito.

Un hecho igual me instruye, no sólo del estado de la literatura en el tiempo á que se refiere, sino también de la sociedad misma. Un teatro democrático no prueba que la nación sea democrática,

pues, como acabamos de manifestar, en las aristocracias mismas puede suceder que los gustos democráticos influyan en la escena; pero cuando el espíritu aristocrático reina solo en el teatro, ello demuestra invariablemente que la sociedad entera es aristocrática y se puede afirmar resueltamente, que esta misma clase erudita y letrada que dirige á los autores manda á los ciudadanos y hasta en los negocios.

Es muy raro que los gustos refinados y las inclinaciones altaneras de la aristocracia cuando gobierna el teatro, no la conduzca, por decirlo así, á hacer una elección en la naturaleza humana; ciertas condiciones sociales la interesan principalmente, y se complace en verlas representadas en la escena; ciertas virtudes y aun ciertos vicios le parecen más dignos de reproducirse; considera, por lo mismo, más grato el cuadro de estos objetos y aleja de su vista todos los demás. En el teatro, como fuera de él, la aristocracia no quiere jamás encontrar sino grandes señores, y sólo los reyes la conmueven. Lo mismo sucede en cuanto al estilo. Una aristocracia impone á los autores dramáticos ciertas maneras de decir, y quiere que todo se diga en este tono. Así es que el teatro llega con frecuencia á no pintar al hombre más que por un lado, y aun á representar algunas veces lo que no encuentra en la naturaleza humana, pudiéndose decir que se eleva hasta salir de ella misma.

En las sociedades democráticas los espectadores no hacen semejantes preferencias, y dejan ver raras veces tales antipatías; desean encontrar en la escena la mezcla confusa de condiciones, de sentimientos y de ideas que presencian todos los días, y entonces el teatro viene á ser más interesante, más vulgar y más verdadero. Sin embargo, los que en tiempos democráticos escriben para el teatro, se separan también algunas veces de la naturaleza humana; pero lo hacen por el lado opuesto al de sus antecesores, y, á fuerza de querer reproducir minuciosamente las pequeñas singularidades del momento presente y la fisonomía particular de ciertos hombres, se olvidan de trazar los caracteres generales de la especie.

Luego que las clases democráticas reinan en el teatro, introducen tanta libertad en la manera de tratar el asunto, como en la elección misma de él.

Siendo el amor del teatro, entre todos los gustos literarios, el más natural en los pueblos democráticos, el número de autores y el de espectadores, así como el de espectáculos, crece sin cesar entre ellos, y una multitud semejante, compuesta de elementos tan diversos y extendidos en tan distintos lugares, no puede reconocer las mismas leyes ni someterse á las mismas reglas. Resulta de esto que no puede existir absolutamente conformidad entre tan numerosos jueces, pues no sabiendo el punto en donde coincidir, dirige y da cada uno su fallo separadamente. Si el efecto de la democracia es, en general, hacer dudosas las reglas y los convencionalismos literarios, en el teatro las anula del todo para sustituirlas al capricho de cada autor y de cada público.

En el teatro, asimismo, es donde se hace ver principalmente lo que he dicho en otra parte, de una manera general, hablando del estilo y del arte en las literaturas democráticas. Cuando se leen las críticas de las obras dramáticas del siglo de Luis XIV, se sorprende uno al ver el gusto tan acentuado del público por la verosimilitud y la importancia que daba á que un hombre, permaneciendo siempre de acuerdo con él mismo, no hiciese nada que no pudiese ser fácilmente explicado y comprendido.

También es muy sorprendente la importancia que se daba entonces á las formas del lenguaje y los argumentos de palabras que se hacían á los autores dramáticos.

Parece que los hombres del siglo de Luis XIV daban un valor muy exagerado á esos detalles, que se perciben en el gabinete, pero que no se conocen en la escena; pues bien mirado, el principal objeto de una pieza es el ser representada, y su primer mérito, conmover. Esto provenía de que los espectadores de esa época eran al mismo tiempo lectores, y al salir de la representación aguardaban en su casa la obra del escritor, para acabar de juzgarla.

En las democracias se oyen las piezas del teatro, pero no se leen. La mayor parte de los que asisten á las representaciones teatrales no busca en ellas los placeres del espíritu, sino las conmociones vivas del corazón. No esperan encontrar allí una obra de literatura, sino un mero espectáculo, y con tal que el actor hable correctamente la lengua del país para hacerse entender, y que los personajes exciten la curiosidad y despierten las simpatías, están completamente satisfechos; de modo que, sin pedir nada más

á la afición, entran muy pronto en el mundo positivo. El estilo es allí menos necesario, porque en la escena no es tan fácil advertir la inobservancia de sus reglas.

En cuanto á la verosimilitud, es imposible, permaneciendo fiel á ella, ser nuevo, inesperado, ni rápido; no hay riesgo en descuidarla, porque el público la perdona fácilmente, y aun puede creerse que no se fijará en las vías por donde se le conduzca, si al fin se encuentra delante de un objeto que le conmueve. Así, jamás reprobará que se le haya enternecido á despecho de las reglas.

Los americanos dejan ver especialmente estos diversos sentimientos que acabo de describir cuando van al teatro; pero es preciso saber que sólo un corto número frecuenta éstos. Aunque los espectadores y los espectáculos se hayan aumentado prodigiosamente, después de cuarenta años, en los Estados Unidos, la población no se entrega todavía á esta especie de recreo, sino con una extrema circunspección.

Esto nace de causas que el lector ya conoce y que basta recordarle en dos palabras. Los puritanos que fundaron las repúblicas americanas no solamente eran enemigos de los placeres, sino que tenían un especial horror al teatro. Le consideraban como una diversión abominable, y mientras reinó sólo su espíritu, las representaciones dramáticas eran absolutamente desconocidas entre ellos. Tales opiniones de los primeros padres, de la colonia, han dejado huellas profundas en el ánimo de sus descendientes.

La extrema regularidad del hábito y la gran rigidez de costumbres que se observa en los Estados Unidos, han sido hasta ahora poco favorables al desarrollo del arte teatral. Es imposible que haya materia para componer dramas, en un país que no ha presenciado grandes catástrofes políticas, y en donde el amor conduce siempre, por un camino directo y fácil, al matrimonio. Gentes que emplean todos los días de la semana en hacer fortuna y el domingo en rogar á Dios, no se prestan, de modo alguno, al genio de la comedia. Un hecho sólo basta para probar que el teatro es poco popular en los Estados Unidos.

Los americanos, cuyas leyes autorizan la libertad y hasta la licencia de la palabra en todas las cosas, han sometido, sin embargo, los autores dramáticos á una especie de censura. Las re-

presentaciones dramáticas no pueden tener lugar sino cuando los regidores de la municipalidad las permiten; lo cual manifiesta bien, que los pueblos son como los individuos: se entregan sin miramientos á las principales pasiones, teniendo buen cuidado después de no dejarse arrastrar por gustos que no conocen.

No hay parte de la literatura más estrechamente ligada al estado actual de la sociedad que el teatro. El teatro de una época no puede nunca convenir á lo que la siga, si una importante revolución ha cambiado entre las dos, costumbres y leyes.

No dejan de estudiarse aún los grandes escritores de otros siglos; pero no por eso se asiste á la representación de las piezas escritas para otro público; los autores dramáticos de los tiempos pasados no existen sino en los libros.

El gusto tradicional de algunos hombres, la vanidad, la moda y el genio de un actor pueden sostener por algún tiempo ó restablecer un teatro aristocrático en el seno de una democracia; pero muy pronto declinará por sí mismo, pues si bien no se le derriba, se le abandona.

CAPÍTULO XX

De algunas tendencias particulares de los historiadores de los siglos democráticos.

Los historiadores que escriben en los siglos aristocráticos, hacen depender casi todos los acontecimientos, de la voluntad particular y del carácter de ciertos hombres, y deducen de los más mínimos accidentes las revoluciones más importantes: ellos dan un gran valor á las causas más pequeñas y frecuentemente no perciben las más grandes. Los historiadores que viven en los siglos democráticos, demuestran tendencias enteramente opuestas. La mayor parte de ellos no atribuyen casi ninguna influencia al individuo sobre el destino de la especie ni á los ciudadanos sobre la suerte del pueblo; pero, en compensación, suponen grandes causas á todos los hechos pequeños y particulares. Estas tendencias opuestas pueden explicarse.

Cuando los historiadores de los siglos aristocráticos fijan la vista sobre el teatro del mundo, descubren inmediatamente en él un pequeño número de actores principales que dirigen el drama. Estos grandes personajes, que se mantienen siempre en el proscenio, detienen su vista y la fijan, y mientras que se aplican á descubrir los motivos secretos que hacen obrar y hablar á aquéllos, olvidan absolutamente lo demás.

La importancia de las cosas que ven hacer á algunos hombres, les da una idea muy exagerada de la influencia que puede ejercer cualquiera de ellos, y los dispone, naturalmente, á creer que es

preciso siempre recurrir á la acción particular de un individuo, para explicar los movimientos de la multitud.

Cuando, por el contrario, todos los ciudadanos son independientes los unos de los otros y cada uno es por sí débil, no se descubre quien ejerza un poder muy grande ni menos muy durable, sobre la masa.

A primera vista los individuos parece que carecen absolutamente de influencia sobre ella, y podría decirse que la sociedad marcha sólo por el libre y espontáneo concurso de todos los hombres que la componen.

Esto conduce, naturalmente, al espíritu humano á inquirir la razón general que ha podido fijar á la vez tantas inteligencias, y dirigirlas á la par hacia el mismo lado.

Estoy convencido de que, en las naciones democráticas, el genio, los vicios ó las virtudes de ciertos individuos retardan ó precipitan el curso natural del destino del pueblo; pero esta especie de causas fortuítas y secundarias son infinitamente más variadas, más ocultas, más complicadas, menos poderosas y, por consecuencia, más difíciles de distinguir y conocer en los tiempos de igualdad, que en los aristocráticos, en que únicamente se trata de analizar, en medio de los hechos generales, la acción particular de uno sólo ó de algunos hombres. El historiador se cansa pronto de semejante trabajo; su espíritu se pierde en medio de este laberinto, y no pudiendo llegar á percibir con claridad ni á descubrir las influencias individuales, acaba por negarlas. Prefiere entonces hablarnos del natural de los linajes, de la constitución física del país ó del espíritu de la civilización, y con menos trabajo satisface mejor al lector.

M. de Lafayette ha dicho en sus Memorias, que el sistema exagerado de causas generales era muy ventajoso á los hombres públicos de medianos talentos, y yo añadiré que también lo es á los historiadores mediocres. Él les suministra siempre algunas grandes razones, que los sacan prontamente de apuros en lo más difícil de sus escritos, y favorece la debilidad ó la pereza de su espíritu, haciendo honor á su capacidad.

Por lo que hace á mí, pienso que no hay una época en que no sea preciso atribuir una parte de los acontecimientos de este mundo á hechos muy generales, y otras, á influencias muy particulares:

estas dos causas se encuentran siempre y sólo su relación difiere. Los hechos generales explican más cosas en los siglos democráticos que en los aristocráticos, y las influencias particulares, menos. En los tiempos de aristocracia sucede lo contrario: las influencias particulares son más fuertes y las causas generales, más débiles, á no ser que se considere como una causa general el hecho mismo de la desigualdad de las condiciones, que permite á algunos individuos oponerse á las tendencias naturales de todos los otros.

Los historiadores que pretenden describir lo que pasa en las sociedades democráticas, tienen, pues, razón de atribuir una gran parte á las causas generales y de interesarse principalmente en descubrirlas; pero no en negar enteramente la acción particular de los individuos, porque sea difícil encontrarla y seguirla.

No solamente los historiadores de los siglos democráticos se inclinan á señalar á cada hecho en sí y hacer salir de ellos un sistema.

Como en los siglos aristocráticos la atención de los historiadores se dirige siempre sobre los individuos, pierden el enlace de los acontecimientos, ó más bien, no creen en un enlace semejante y el hilo de la historia les aparece interrumpido á cada instante por el paso de un hombre. En los siglos democráticos sucede al contrario, pues viendo el historiador mucho menos los actores y mucho más los actos, le es fácil establecer una filiación y un orden metódico entre éstos.

La literatura antigua, que nos ha dejado tan bellas historias, no ofrece ni un sólo gran sistema histórico, al paso que las más humildes literaturas modernas abundan en ellos. Parece que los historiadores antiguos no hacían bastante uso de estas teorías generales, de que los nuestros están siempre dispuestos á abusar. Todavía tienen una tendencia más peligrosa los que escriben en los siglos democráticos. Cuando se pierde la huella de la acción de los individuos sobre las naciones, sucede frecuentemente que el mundo se conmueve sin que se descubra el motor, y como es muy difícil averiguar y analizar las razones que, obrando separadamente sobre la voluntad de cada ciudadano, acaban por producir el movimiento del pueblo, se inclina uno á creer que este movimiento no es voluntario y que las sociedades obedecen, sin saberlo, á una fuerza superior que las domina.

Aun cuando se cree descubrir en la tierra el hecho general que dirige la voluntad particular de todos los individuos, esto no salva la libertad humana. Una causa muy vasta para aplicarse á la vez á millones de hombres y bastante fuerte para inclinarlos á todos al mismo lado, parece irresistible; cuando se ha visto que todos ceden á ella, no es difícil persuadirse de que no era posible resistirla.

Los historiadores de las épocas democráticas, no solamente niegan á algunos ciudadanos el poder de obrar sobre el destino del pueblo, sino que quitan á los pueblos mismos la facultad de modificar su propia suerte, y la someten, ya sea á una providencia inflexible, ya á una ciega fatalidad. Según ellos, cada nación está invenciblemente ligada por su posicición, su origen, su natural, sus antecedentes, á cierto destino que todos sus esfuerzos no pueden cambiar. Suponen á las generaciones dependientes las unas de las otras, y remontando así, de edad en edad y de uno en otro acontecimientos necesarios, hasta el origen del mundo, hacen una fuerte é inmensa cadena que rodea y liga todo el género humano. Como no les basta mostrar las razones que produjeran los hechos, pretenden hacer ver que no podían suceder de otra manera. Consideran, por ejemplo, una nación que ha llegado á cierto punto de su historia, y afirman que se ha visto precisada á seguir el camino que la ha conducido de este modo; lo cual es más fácil que enseñar lo que hubiera debido hacer para tomar mejor ruta.

Los historiadores de los siglos aristocráticos, y particularmente los de la antigüedad, parecen dar á entender que el hombre puede hacerse dueño de su suerte y gobernar á sus semejantes con sólo aprender á dominarse á sí mismo; mientras que, recorriendo las historias escritas en nuestros días, se diría que el hombre no puede nada ni sobre él, ni sobre lo que le rodea. Los historiadores de la antigüedad enseñaban á mandar, los de nuestros tiempos no enseñan más que á obedecer. En sus escritos el autor parece frecuentemente grande, pero la humanidad es allí siempre pequeña.

Si esta doctrina de la fatalidad, que tiene tantos atractivos para los que escriben la historia en los siglos democráticos, pasando de los escritores á sus lectores, penetrase así en la masa entera de los ciudadanos y se apoderase del espíritu público, se podría prever que paralizaría muy pronto el movimiento de las nuevas sociedades, y convertiría los cristianos en turcos.

Diré además, que una doctrina semejante es en particular peligrosa en la época en que nos hallamos: nuestros contemporáneos se inclinan mucho á dudar del libre albedrío, porque cada uno de ellos se siente limitado de todos lados por su debilidad; pero conceden, sin embargo, la fuerza y la independencia á los hombres reunidos en cuerpo social. Es preciso guardarse de obscurecer esta idea, pues se trata de reanimar las almas y no de acabar de abatirlas.

CAPÍTULO XXI

De la elocuencia parlamentaria en los Estados Unidos.

En los pueblos aristocráticos, todos los hombres dependen los unos de los otros y existe entre ellos un lazo jerárquico, con cuya ayuda cada uno puede mantenerse en su lugar, y el cuerpo entero en la obediencia. Alguna cosa análoga se encuentra siempre en el seno de las asambleas políticas de estos pueblos. Los partidos se alistan allí bajo ciertos jefes, á quienes obedecen por una especie de instinto que no es sino el resultado de hábitos contraídos en otra parte, y llevan á la pequeña sociedad las costumbres de la más grande.

En los países democráticos sucede muchas veces, que un gran número de ciudadanos se dirige siempre hacia el mismo fin; pero ninguno marcha, ó por lo menos se lisonjea de no marchar, sino por sí solo. Acostumbrado á dirigir sus movimientos según sus propios impulsos, difícilmente se somete á recibir reglas de otros: tal gusto y tal uso de la independencia lo acompañan en los consejos nacionales, y si consienten en asociarse á los demás á fin de seguir un mismo designio, quiere á lo menos conservar el derecho de cooperar el éxito común, á su modo. De aquí nace que en los países democráticos, los partidos se prestan difícilmente á que se les dirija, y no se manifiestan subordinados sino cuando el peligro es muy grande, y sin embargo, la autoridad de los jefes, que en estas circunstancias puede extenderse hasta hacer obrar y hablar, no tiene casi nunca el poder de hacer callar.

En los pueblos aristocráticos, los miembros de las asambleas

políticas son al mismo tiempo los de la aristocracia. Cada uno de ellos ocupa por sí mismo un puesto elevado y estable, y el lugar que le está reservado en la asamblea es frecuentemente menos importante á su modo de ver que el que llena en el país. Esto le consuela de no figurar en la discusión de los negocios, y le dispone á no solicitar con demasiado afán una intervención que sea mediana.

En América, sucede de ordinario, que el diputado no tiene otra importancia que la que le da su posición en la asamblea; por consiguiente, le atormenta sin cesar la necesidad de adquirir predicamento en ella, y siente un deseo petulante de sacar á luz á cada momento sus ideas. No sólo se ve impulsado en este sentido por su vanidad, sino por la de sus electores y por la precisión continua de agradarlos. En los pueblos aristocráticos, el miembro del Parlamento rara vez se halla en una dependencia estrecha de los electores; frecuentemente es para ellos un representante en cierto modo necesario; algunas veces él los tiene en una completa dependencia, y si llega el caso, en fin, de que le rehusen sus sufragios, se hará con facilidad nombrar en otra parte, ó bien renunciando á la carrera pública, se reducirá á una ociosidad que tenga, sin embargo, esplendor.

En un país democrático, como los Estados Unidos, el diputado no tiene jamás prestigio durable en el ánimo de sus electores. Por pequeño que sea un cuerpo electoral, la instabilidad democrática hace continuamente que cambie de faz, y así, es preciso cautivarle todos los días.

El diputado, por consiguiente, no está nunca seguro de aquéllos, y si le abandonan, pronto queda sin recursos, porque no tiene naturalmente una posición bastante elevada, para que pueda ser con facilidad conocido por los que no están muy cerca, y en la independencia absoluta en que viven los ciudadanos, no es de esperar que ni sus amigos ni el gobierno influyan en un cuerpo electoral que no los conoce. Toda su suerte depende del cantón que representa, y de este rincón de tierra es preciso que salga para elevarse á dominar el pueblo ó influir en los destinos del mundo.

Así, nada hay más natural que el que los miembros de las asambleas políticas en los países democráticos, piensen más en sus electores que en su mismo partido, mientras que en las aristocracias se ocupan más de su partido que de sus electores.

Mas lo que es preciso decir para satisfacer á los electores, no

es siempre lo que convendría hacer para servir á la opinión política que ellos profesan.

El interés general de un partido consiste casi siempre en que el diputado miembro de él, no hable jamás de los grandes asuntos cuando no los comprende perfectamente; que tome muy poca parte en los pequeños que embaracen la marcha de los grandes, y muchas veces, quizá, que se calle del todo. Guardar silencio es el servicio más útil que un orador mediano puede prestar á la cosa pública; mas no es así como lo entienden los electores.

La población de un cantón encarga á un ciudadano de tomar parte en el gobierno del Estado, porque ella ha concebido una idea muy vasta de su mérito, y como los hombres parecen más grandes á proporción que se encuentran rodeados de objetos más pequeños, es de creerse que la opinión que se formará del mandatario será tanto más elevada cuanto menos talentos haya entre los que él representa. Sucederá, pues, muchas veces, que los electores esperarán más de su diputado cuando debieran esperar menos y que, por incapaz que sea, no dejarán de exigirle señalados esfuerzos que correspondan á la dignidad en que le han colocado.

Independientemente del legislador del Estado, los electores ven en su representante el protector natural del cantón cerca del Parlamento y aun no están lejos de considerarle como el apoderado de cada uno de los que lo han elegido, lisonjeándose de que no desplegará menos celo en hacer valer sus intereses particulares que los del país.

Bajo tal concepto, los electores están anticipadamente seguros de que el diputado que elijan será un orador; que hablará á menudo si puede y que en caso que sea preciso limitarse, se esforzará, á lo menos, en encerrar en sus escasos discursos el examen de todos los grandes negocios del Estado, sin olvidarse ni aun de los pequeños agravios de que tienen ellos mismos que quejarse; de tal manera, que no pudiendo mostrarse con frecuencia, hará ver en cada ocasión lo que sabe hacer, y en lugar de extenderse incesantemente, se reducirá todo entero, de cuando, en cuando á un pequeño volumen, dando así una especie de compendio brillante y completo de sus comitentes y de sí mismo. Bajo tal condición es como ellos le prometen sus próximos sufragios.

Esto sólo excita la desesperación de los hombres honrados de

la clase media que, conociéndose, no serían capaces por sí mismos de manifestarse. El diputado á quien se excita de esta manera, toma la palabra, con gran disgusto de sus amigos, y lanzándose imprudentemente en medio de los más célebres oradores, embrolla el debate y fatiga á la asamblea.

Las leyes que se dirigen á hacer al elegido más dependiente del elector, no solamente modifican la conducta de los legisladores, como lo he hecho ver en otra parte, sino también su lenguaje; influyen á la vez sobre los asuntos y sobre el modo de hablar de ellos. No hay miembro del Congreso que consienta en volver á su hogar sin haberse hecho preceder al menos por un discurso ni que sufra que se le interrumpa antes de haber podido encerrar en los límites de su arenga todo lo que puede decirse con utilidad de los veinticuatro Estados de que se compone la Unión, y especialmente del distrito que representa. Muestra á sus oyentes grandes verdades generales que muchas veces él mismo no comprende y que no indica sino confusamente, y pequeñas particularidades que le es muy fácil descubrir y exponer. Sucede también que en el seno de este gran cuerpo, la discusión se hace vaga y embarazosa, y lejos de marchar directamente hacia el término que se ha propuesto, parece dirigirse á él como arrastrado. Creo que siempre se encontraría alguna cosa semejante en las asambleas públicas de las democracias.

Buenas leyes y circunstancias felices pudieran conseguir que la legislatura de un pueblo democrático se compusiese de hombres más notables que aquellos que los americanos envían á sus Congresos; pero no se impedirá jamás á los hombres mediocres que allí se encuentren, el manifestarse gustosamente y por todos lados.

El mal no parece muy fácil de curar, porque no procede sólo del reglamento de la Asamblea, sino de su constitución y hasta de la del país. Los habitantes de los Estados Unidos, parecen considerar esto desde el mismo punto de vista y acreditan su largo uso de la vida parlamentaria, no precisamente absteniéndose de los malos discursos, sino sometiéndose con resolución á oirlos; parece que se resignan á ellos como á un mal que la naturaleza les ha hecho considerar inevitable.

Creemos haber dado á conocer por un lado las discusiones políticas en la democracia, hagámoslas ver ahora por el otro.

Lo que ha pasado desde hace ciento cincuenta años en el Parlamento de Inglaterra, no ha sido nunca de gran resonancia en lo exterior; las ideas y los sentimientos expresados por los oradores han hallado siempre poca simpatía, aun en los pueblos que se encuentran colocados cerca del gran teatro de la libertad británica, mientras que desde los primeros debates que tuvieron lugar en las pequeñas asambleas coloniales de América en la época de su revolución, la Europa entera se conmovió.

Esto no dependió solamente de circunstancias particulares y fortuítas, sino de causas generales y permanentes.

Yo no encuentro nada más poderoso ni admirable que un buen orador discutiendo grandes asuntos en el seno de una asamblea democrática, pues como no hay allí jamás clase alguna que tenga sus representantes encargados de sostener sus intereses, se habla siempre á la nación entera, y en nombre de toda ella. Esto engrandece el pensamiento y eleva el lenguaje.

Como los precedentes tienen muy poco imperio, y no existen allá privilegios particulares á ciertos bienes, ni derechos inherentes á ciertos cuerpos ó á ciertos hombres, el espíritu está obligado á remontarse á las verdades generales sacadas de la naturaleza humana, para tratar el asunto que le ocupa.

De esto nace en las discusiones políticas de un pueblo democrático, por pequeño que sea, un carácter de generalidad que las hace importantes para el género humano, y todos los hombres se interesan en ellas, porque se trata del hombre, que en todas partes es el mismo.

Todo lo contrario sucede en los pueblos aristocráticos; las cuestiones más generales se discuten siempre con razones particulares sacadas de los usos de una época ó de los derechos de una clase, y esto no interesa sino á la clase de que se habla ó cuando más, al pueblo en cuyo seno se encuentra ésta.

A tal causa, tanto como al poder de la nación francesa, y á las disposiciones favorables de los pueblos que las escuchan, es preciso atribuir el grande efecto que nuetras discusiones políticas producen algunas veces en el mundo.

Nuestros oradores hablan á veces á todos los hombres, aun en el caso mismo de dirigirse sólo á sus conciudadanos.

PARTE SEGUNDA

Influencia de la democracia en los sentimientos de los americanos.

CAPÍTULO PRIMERO

Por qué razón los pueblos democráticos muestran un amor más vehemente y más durable por la igualdad, que por la libertad.

No tengo necesidad de decir que la primera y la más viva pasión que la igualdad de las condiciones hace nacer, es el amor de esta misma igualdad, y no se extrañará que me ocupe de ella antes que de las otras.

Cada cual ha observado que en nuestros días y especialmente en Francia, esta pasión de la igualdad, toma cada vez un lugar más amplio en el corazón humano. Se ha dicho muchas veces que nuestros contemporáneos tenían un amor más ardiente y más tenaz por la igualdad que por la libertad; pero no encuentro que se hayan averiguado bien todavía las causas de este hecho, y por tanto yo trataré de hacerlo.

Imaginemos un punto extremo en que la libertad y la igualdad se toquen y se confundan: yo supongo que todos los ciudadanos concurran allí al gobierno, y que cada uno tenga para ello igual derecho. No difiriendo entonces ninguno, de sus semejantes, nadie podrá ejercer un poder tiránico: en este caso, pues, los hombres

serán perfectamente libres, porque serán del todo iguales, y serán perfectamente iguales, porque serán del todo libres, siendo este el objeto ideal hacia el cual propenden siempre los pueblos democráticos.

He aquí la forma más completa que puede tomar la igualdad sobre la tierra; pero hay otras muchas que sin ser tan perfectas, no son menos apetecidas por los pueblos.

La igualdad puede establecerse en la sociedad civil y no por eso reinar en el mundo político. Se puede tener el derecho de entregarse á los mismos goces, de entrar en las mismas profesiones, de encontrarse en los mismos lugares; en una palabra, de vivir del mismo modo y de buscar las riquezas por los mismos medios, sin tomar todos la misma parte en los asuntos del gobierno. Aun puede establecerse una especie de igualdad en el mundo político, sin que la libertad política exista; un individuo es igual á todos sus semejantes, exceptuando sólo uno, que es el señor de todos indistintamente, y que elige entre ellos los agentes de su poder.

Sería fácil formar otras muchas hipótesis en que se combinase una igualdad muy grande con instituciones más ó menos libres, y quizá con instituciones que no lo fuesen absolutamente.

Aunque los hombres no pueden llegar á ser del todo iguales sin ser enteramente libres y, por consecuencia, la igualdad, en su último extremo, se confunda con la libertad, hay razón para distinguir la una de la otra.

El gusto que los hombres tienen por la libertad y el que sienten por la igualdad son, en efecto, dos cosas distintas, y me atrevo á añadir que en los pueblos democráticos estas dos cosas son desiguales.

Si se quiere fijar la atención, se verá que en cada siglo se encuentra un hecho singular y dominante de que dependen todos los demás; este hecho da casi siempre origen á un primer pensamiento ó á una pasión principal, que acaba por atraer después hacia ella y por arrastrar en su curso todos los sentimientos y todas las ideas; es como un gran río hacia el cual parece correr cada uno de los pequeños arroyos que le rodean.

La libertad se manifiesta á los hombres en diferentes tiempos y bajo diversas formas, y no se sujeta exclusivamente á un estado social, ni se encuentra sólo en las democracias; no podría ella,

por lo mismo, formar el carácter distintivo de los siglos democráticos.

El hecho particular y dominante que singulariza estos siglos, es la igualdad de las condiciones, y la pasión principal que agita á los hombres en semejantes tiempos es el alma de esta igualdad.

No hay que examinar cuál sea el atractivo singular que encuentran los hombres de los siglos democráticos en vivir iguales, ni las razones particulares que pueden tener para inclinarse con tanta obstinación á la igualdad más bien que á los otros bienes que la sociedad les presenta. La igualdad forma el carácter distintivo de la época en que ellos viven, y esto basta para explicar por qué la prefieren á todo lo demás.

Fuera de esta razón, hay otras que en todos los tiempos conducirán á los hombres á preferir la igualdad á la libertad.

Si un pueblo tratase de destruir, ó solamente de disminuir por sí mismo la igualdad que reina en su seno, no lo conseguiría sino después de largos y penosos esfuerzos, y sería preciso que modificase su estado social, aboliese sus leyes, renovase sus ideas, cambiase sus hábitos y alterase sus costumbres; mientras que para perder la libertad política, basta sólo no retenerla, y ella misma se desvanece.

Los hombres, no solamente aman la igualdad porque les es cara, sino también porque se persuaden que debe durar siempre.

No se encuentran hombres, por limitados y superficiales que se les suponga, que no conozcan que la libertad política puede en su exceso comprometer la tranquilidad, el patrimonio y la vida misma de los particulares; mientras que, al contrario, sólo las gentes perspicaces y advertidas pueden percibir los peligros con que la igualdad amenaza, y éstas evitan ordinariamente el señalarlos, porque saben que los males que temen están muy remotos, y se lisonjean de que no alcanzarán sino á las generaciones venideras, de las que se inquieta muy poco la presente. Los males que la libertad causa son algunas veces inmediatos, visibles para todos, y todos, más ó menos, los conocen; los males que la extrema igualdad puede producir, no se manifiestan sino poco á poco, se insinúan gradualmente en el cuerpo social; no se los ve sino de tiempo en tiempo, y al momento en que ellos se hacen más violentos, el hábito de verlos hace que ya no se les sienta.

Los bienes que procura la libertad no se descubren sino á la larga, y no es siempre fácil averiguar la causa que los produce.

Las ventajas de la igualdad se dejan sentir desde el instante, y continuamente se las ve fluir de su origen.

La libertad política proporciona de tiempo en tiempo, á un cierto número de ciudadanos, placeres sublimes.

La igualdad suministra cada día una multitud de pequeños goces á cada hombre. Sus hechizos se sienten á cada momento y están al alcance de todos; á los corazones más nobles no les son insensibles, y las almas más vulgares hacen de ellas sus delicias. La pasión que la igualdad hace nacer, debe, pues, ser á la vez general y enérgica.

Los hombres no pueden gozar de la libertad política sin comprarla mediante algunos sacrificios, y si la consiguen es con muchos esfuerzos; pero los placeres que la igualdad procura se ofrecen por sí solos; cada uno de los pequeños incidentes de la vida privada parece que los hace nacer, y para gustarlos no se necesita más que vivir.

Los pueblos democráticos quieren la igualdad en todas las épocas; pero hay algunas en que llevan este deseo hasta el extremo de una pasión violenta, lo cual sucede al momento en que la antigua jerarquía social, por largo tiempo amenazada, acaba por destruirse, después de una lucha intestina, en que las barreras que separan á los ciudadanos son al fin derribadas. Los hombres se precipitan entonces sobre la igualdad, como sobre una conquista y se unen á ella como á un bien precioso que se les quisiese arrebatar. La pasión de la igualdad penetra por todas partes en el corazón humano, se extiende en él, y por decirlo así, lo ocupa todo entero; y aunque se diga á los hombres que entregándose tan ciegamente á una pasión exclusiva comprometen sus más caros intereses, no lo escucharán. También será inútil el advertirles que la libertad se les escapa de entre las manos mientras que fijan su vista en otra parte; estarán ciegos y no descubrirán en todo el universo sino un sólo bien digno de envidia.

Todo esto se aplica á las naciones democráticas; lo que sigue no tiene relación más que con nosotros mismos.

En la mayor parte de las naciones modernas, y en particular en todos los pueblos del continente europeo, el gusto y la idea de

la libertad no han empezado á nacer y á desenvolverse sino al momento en que las condiciones empezaban á igualarse, y como consecuencia de esta igualdad misma. Los reyes absolutos son los que más han trabajado por igualar las clases entre sus súbditos. En estos pueblos la igualdad ha precedido á la libertad: la igualdad era, pues, un hecho antiguo, cuando la libertad era todavía una cosa nueva; la una había ya creado opiniones, usos y leyes que le eran propios, mientras que la otra se presentaba sola y por primera vez al mundo. Así, la segunda, apenas existía en los gustos y en las ideas, cuando la primera había ya penetrado en los hábitos, apoderándose de las costumbres y dando un giro particular á las acciones menos importantes de la vida. ¿Será, pues, raro, que los hombres de nuestros días prefieran la una á la otra?

Creo que los pueblos democráticos tienen un gusto natural por la libertad: abandonados á sí mismos, la buscan, la aman y ven con dolor que se los aleje de ella. Pero tienen por la igualdad una pasión ardiente, insaciable, eterna, invencible; quieren la igualdad en la libertad, y si allí no pueden obtenerla, la quieren hasta en la esclavitud; de modo que sufrirían la pobreza, la servidumbre, la barbarie, pero no la aristocracia.

Esto es exacto en todos tiempos; pero sobre todo en el nuestro. Los hombres y los poderes que quieren luchar contra esta acción irresistible, serán derribados y destruídos por ella. En nuestros días, la libertad no puede establecerse sin su apoyo, y ni aun el despotismo puede reinar sin ella.

CAPÍTULO II

De individualismo en los países democráticos.

He hecho ver de qué manera en los siglos de igualdad busca cada hombre en sí mismo sus creencias; veamos ahora cómo es que, en los mismos siglos, dirige todos sus sentimientos hacia él solo.

Individualismo es una expresión reciente que una idea nueva ha creado: nuestros padres no conocían sino el egoísmo.

El egoísmo es un amor apasionado y exagerado de sí mismo, que conduce al hombre á no referir nada sino á él solo y á preferirse á todo.

El individualismo es un sentimiento pacífico y reflexionado que predispone á cada ciudadano á separarse de la masa de sus semejantes, á retirarse á un paraje aislado, con su familia y sus amigos; de suerte que después de haberse así creado una pequeña sociedad, á su modo, abandona con gusto la grande.

El egoísmo nace de un ciego instinto; el individualismo procede de un juicio erróneo, más bien que de un sentimiento depravado, y toma su origen en los defectos del espíritu como en los vicios del corazón.

El egoísmo deseca el germen de todas las virtudes; el individualismo no agota, desde luego, sino la fuente de las virtudes públicas; más á la larga ataca y destruye todas las otras y va, en fin, á absorberse en el egoísmo.

El egoísmo es un vicio que existe desde que hay mundo, y pertenece indistintamente á cualquiera forma de sociedad.

El individualismo es de origen democrático, y amenaza desarrollarse á medida que las condiciones se igualan.

En los pueblos aristocráticos las familias permanecen durante siglos en el mismo estado y frecuentemente en el mismo lugar; esto hacen allí, por decirlo así, todas las generaciones contemporáneas. Un hombre allá, conoce casi siempre á sus abuelos, y los respeta, y cree ya divisar á sus propios nietos, y los ama. Se impone gustoso deberes hacia los unos y los otros, y muchas veces viene á sacrificar sus goces personales á seres que han dejado de existir ó que no existen todavía.

Las instituciones aristocráticas ligan, además, estrechamente cada hombre á muchos de sus conciudadanos.

Siendo las clases muy distintas é inmóviles en el seno de una aristocracia, cada una viene á ser para el que forma parte de ella una especie de pequeña patria, más visible y más amada que la grande.

Como en las sociedades aristocráticas todos los ciudadanos tienen su puesto fijo, unos más elevados que otros, resulta que cada uno de ellos divisa siempre sobre él un hombre cuya protección le es necesaria y más abajo, otro de quien puede reclamar la asistencia.

Los hombres que viven en los siglos aristocráticos se hallan casi siempre ligados á alguna cosa colocada fuera de ellos, y están frecuentemente dispuestos á olvidarse de sí mismos. Es verdad que en estos siglos de aristocracia, la noción general de *mi semejante* es obscura y apenas se piensa en consagrarse á ella por la causa de la humanidad; pero muchas veces se hacen sacrificios por ciertos hombres. En los siglos democráticos sucede al contrario: como los deberes de cada individuo hacia la especie son más evidentes, el aprecio hacia un hombre viene á ser más raro y el vínculo de las afecciones humanas se extiende y se afloja.

En los pueblos democráticos, nuevas familias salen sin cesar de la nada, otras caen en ella á cada instante, y todas las que existen cambian de faz: el hilo de los tiempos se rompe á cada paso y la huella de las generaciones desaparece. Se olvida fácilmente á los que han precedido y no se tiene idea de los que seguirán. Los que están más inmediatos son los únicos que interesan.

Cuando cada clase se acerca y se confunde con las otras, sus miembros se hacen indiferentes y como extraños entre sí.

La aristocracia había hecho de todos los ciudadanos una larga cadena que remontaba del aldeano hasta el rey, la democracia la rompe y pone cada eslabón aparte.

A medida que las condiciones se igualan, se encuentra un mayor número de individuos que no siendo bastante ricos ni poderosos para ejercer una grande influencia en la suerte de sus semejantes, han adquirido, sin embargo, ó han conservado, bastantes luces y bienes para satisfacerse á ellos mismos. No deben nada á nadie; no esperan, por decirlo así, nada de nadie; se habitúan á considerarse siempre aisladamente y se figuran que su destino depende de ellos.

Así la democracia, no solamente hace olvidar á cada hombre á sus abuelos, sino que también le oculta sus descendientes y les separa de sus contemporáneos: ella le conduce sin cesar hacia sí mismo y amenaza encerrarlo entero en la soledad de su propio corazón.

CAPÍTULO III

Por qué es mayor el individualismo al salir de una revolución democrática, que en otra época.

Cuando una sociedad democrática acaba de formarse sobre los restos de una aristocracia, el aislamiento de los hombres y el egoísmo, que es su consecuencia, se hacen principalmente más notables.

Estas sociedades no contienen sólo un gran número de ciudadanos independientes y abundan de ordinario en hombres que, acabados de llegar á la independencia, se embriagan con su nuevo poder, conciben una vana confianza de sus fuerzas, y creyendo que no tendrán necesidad en adelante de implorar el socorro de sus semejantes, no encuentran dificultad en hacer ver que no se ocupan sino de ellos mismos.

Una aristocracia no sucumbe, por lo común, sino después de una larga lucha durante la cual se encienden odios implacables entre las diversas clases de la sociedad. Estas pasiones sobreviven á la victoria y se puede seguir su huella en medio de la confusión democrática que la sucede.

Los ciudadanos que ocupaban el primer puesto en la jerarquía destruída, no pueden olvidar tan pronto su antigua grandeza y se consideran por largo tiempo como extranjeros en el seno de una sociedad nueva. En todos los que esta sociedad hace ser iguales, ven otros tantos opresores, cuyo destino no puede excitar la simpatía, y como han perdido de vista sus antiguos iguales y no se sienten ligados por un interés común á su suerte, se retira cada

uno aparte y se cree reducido á no ocuparse sino de sí mismo. Los que, por el contrario, ocupaban en otro tiempo un lugar inferior y que una revolución repentina les ha acercado al nivel común, no gozan, sino con una especie de inquietud secreta, la indepencia recientemente adquirida, y si á su lado encuentran algunos de sus antiguos superiores, echan sobre ellos miradas de triunfo y de temor, y se separan.

Ordinariamente, en el principio de las sociedades democráticas, es cuando los ciudadanos se hallan más dispuestos á aislarse.

La democracia inclina á los hombres á no acercarse á sus semejantes; mas las revoluciones democráticas los disponen á huir unos de otros y perpetúan en el seno de la igualdad los odios que la desigualdad ha hecho nacer.

La gran ventaja de los americanos consiste en haber llegado á la democracia sin sufrir revoluciones democráticas, y haber nacido iguales, en vez de llegar á serlo.

CAPÍTULO IV

De qué manera combaten los americanos el individualismo con instituciones libres.

El despotismo, que por su naturaleza es tímido, ve en el aislamiento de los hombres la garantía más cierta de su propia duración y procura aislarlos por cuantos medios están á su alcance. No hay vicio del corazón humano que le agrade tanto como el egoísmo; un déspota perdona fácilmente á los gobernados que no le amen, con tal que ellos no se amen entre sí; no les exige su asistencia para conducir al Estado, y se contenta con que ellos no aspiren á dirigirlo por sí mismos. Llama espíritus turbulentos ó inquietos á los que pretenden unir sus esfuerzos para crear la prosperidad común y, cambiando el sentido natural de las palabras, llama buenos ciudadanos á los que se encierran estrechamente en sí mismos.

Así, los vicios que el despotismo hace nacer son precisamente los que la igualdad favorece. Estas dos cosas se completan y se ayudan de una manera funesta.

La igualdad coloca á los hombres unos al lado de otros sin lazo común que los retenga. El despotismo levanta barreras entre ellos y los separa; aquélla los dispone á no pensar en sus semejantes, y éste hace de la indiferencia una especie de virtud pública.

El despotismo es peligroso en todos tiempos, pero es mucho más temible en los siglos democráticos.

Es fácil observar que en estos mismos siglos, los hombres necesitan más particularmente de la libertad.

Luego que los ciudadanos se ven forzados á ocuparse de los negocios públicos, salen por precisión del seno de sus intereses individuales y se apartan de la consideración de sí mismos.

Desde el momento en que se tratan en común los negocios públicos, cada hombre conoce que no es tan independiente de sus semejantes como antes se le figuraba, y que para obtener su apoyo es indispensable prestarles frecuentemente su asistencia.

Cuando el público gobierna no hay hombre que no reconozca el precio de la benevolencia general y que no trate de cautivarla atrayendo la estimación y el afecto de aquéllos en cuyo seno debe vivir.

Muchas pasiones que entivian los corazones y los dividen, se ven entonces obligadas á retirarse al fondo del alma y á ocultarse en ella. El orgullo se disimula, el desprecio no se atreve á aparecer y el egoísmo se teme á sí propio.

Siendo electivas bajo un gobierno libre, la mayor parte de las funciones públicas, los hombres á quienes la elevación de su alma ó la inquietud de sus deseos ponen estrechamente en la vida privada, sienten cada día más no poder pasarse sin la población que los rodea. Entonces, la ambición les hace pensar en sus semejantes, y aun frecuentemente hay una especie de interés en olvidarse de sí mismo.

Creo que se me pueden oponer todas las intrigas que una elección hace nacer; los medios vergonzosos de que se sirven por lo regular los candidatos y las calumnias que difunden sus enemigos.

Estas son, ciertamente, ocasiones de venganza y de aborrecimiento, tanto más frecuentes cuanto más lo sean las elecciones; pero estos males, aunque grandes, son también pasajeros, mientras que los bienes que nacen con ellos duran siempre.

El deseo de ser elegido puede conducir momentáneamente á ciertos hombres á hacer la guerra; pero él mismo los conduce á todos, con el tiempo, á prestarse un mutuo apoyo, y si acontece que una elección separe accidentalmente á dos amigos, el sistema electoral aproxima de un modo permanente una multitud de ciudadanos que siempre habrían permanecido extraños los unos á los otros. La libertad crea odios particulares, pero el despotismo hace nacer la indiferencia general.

Los americanos han combatido con la libertad el individualismo que la igualdad hacía nacer, y al fin lo han vencido.

Los legisladores americanos no han creído que para curar una enfermedad tan natural y tan funesta al cuerpo social en los tiempos democráticos, bastaba conceder á toda la nación el que se representase por sí misma, y han pensado que, á más de esto, convenía dar una vida política á cada porción del territorio, á fin de multiplicar á los ciudadanos las ocasiones de obrar juntos y de hacerlos sentir diariamente que dependen los unos de los otros. Esto es conducirse con juicio y discreción.

Los negocios generales de un país no ocupan sino á los principales ciudadanos. Éstos no se reúnen sino de tiempo en tiempo, en los mismos lugares; y como frecuentemente sucede que se pierden en seguida de vista, no se establece entre ellos vínculos duraderos.

Pero no es así cuando se trata de arreglar los negocios particulares de un cantón, por los hombres que le habitan: que éstos están de continuo en contacto y, en cierto modo, obligados á conocerse y á agradarse.

Difícilmente se saca un hombre de sí mismo para interesarlo en los destinos de todo el Estado, porque apenas concibe la influencia que este mismo destino puede ejercer en su propia suerte. Pero que se trate de hacer pasar un camino por sus dominios, y al momento verá la relación que hay entre un pequeño negocio público y sus más grandes intereses privados, y lo descubrirá sin que se le muestre el lazo estrecho que une el interés particular al general.

Así, pues, encargando á los ciudadanos de la administración de los pequeños negocios, más bien que entregándoles el gobierno de los grandes, se les interesa en el bien público, y se les hace ver la necesidad que incesantemente tienen los unos de los otros, para producir.

Se puede, por una acción brillante, cautivar de repente el favor de un pueblo; mas, para ganar el amor y el respeto de todo él, es preciso una larga serie de pequeños servicios y de buenos oficios, un constante hábito de benevolencia y una reputación bien sentada de desinterés.

Las libertades locales, que hacen que un gran número de ciu-

dadanos aprecien el afecto de sus vecinos y de sus allegados, dirigen, pues, incesantemente á los hombres los unos hacia los otros y los obligan á ayudarse mutuamente á pesar de los instintos que los separan.

Los más opulentos ciudadanos de los Estados Unidos tienen buen cuidado de no aislarse del pueblo: se acercan á él constantemente, lo escuchan con agrado y le hablan todos los días. Conocen que los ricos de las democracias tienen siempre necesidad de los pobres, y que á éstos se les gana más bien en los tiempos democráticos con los buenos modales que con beneficios. La grandeza misma de los beneficios que hace sobresalir más la diferencia de las condiciones, irrita secretamente á los que se aprovechan de ellos; mientras que la sencillez de las maneras tiene encantos casi irrisistibles; su familiaridad atrae, y ni aún su misma rusticidad desagrada siempre.

Esta verdad no penetra desde luego en el espíritu de los ricos. Ordinariamente ellos la resisten mientras dura la revolución democrática, y ni aun la admiten tan pronto después de terminada. Consienten gustosos en hacer el bien al pueblo; pero quieren continuar teniéndolo cuidadosamente á distancia: cree que esto basta y se engañan; pues es seguro que se arruinarían sin conseguir entusiasmar el corazón del pueblo que los rodea, y que no les pide el sacrificio de sus bienes, sino el de su orgullo.

Diráse acaso que en los Estados Unidos no hay imaginación que no se agote inventando medios de aumentar la riqueza y de satisfacer las necesidades del público: los habitantes más ilustrados de cada cantón se sirven incesantemente de sus luces para descubrir nuevos secretos propios, para acrecentar la prosperidad común, y cuando encuentran algunos, se apresuran á ponerlos á disposición de la multitud.

Cuando se examinan de cerca los vicios y debilidades que se descubren frecuentemente en América en los que gobiernan, se asombran algunos de la prosperidad creciente del pueblo, y en esto se equivocan. No es el magistrado elegido el que hace prosperar la democracia americana, sino que ella prospera porque el magistrado es electivo.

Sería injusto creer que el patriotismo de los americanos y el celo que muestra cada uno de ellos por el bienestar de sus con-

ciudadanos, no tienen nada de real. Aunque el interés privado dirija en los Estados Unidos, como en todos los países, la mayor parte de las acciones humanas, no las arregla todas.

He visto frecuentemente americanos que hacían grandes y verdaderos sacrificios por la causa pública, y he notado cien veces que, en caso de necesidad, nunca dejaban de prestarse un fiel apoyo los unos á los otros.

Las instituciones libres que poseen los habitantes de los Estados Unidos, y los derechos políticos de que hacen tanto uso, recuerdan constantemente y de mil maneras á todo ciudadano, que él vive en sociedad. Á cada instante dirigen su espíritu hacia la idea de que el deber y el interés de los hombres es hacerse útiles á sus semejantes, y como no encuentran ningún motivo particular para aborrecerlos, pues que él no es jamás ni su señor ni su esclavo, su corazón se inclina fácilmente del lado de la benevolencia. Se ocupa desde luego del interés general por necesidad, y después por conveniencia; lo que era cálculo se hace instinto, y á fuerza de trabajar por el bien de sus conciudadanos, adquiere al fin el gusto y el hábito de servirlos.

Muchas gentes consideran en Francia la igualdad de las condiciones, como un primer mal; como un segundo, la libertad política. Cuando se ven obligadas á sufrir la una, se esfuerzan á lo menos en escapar de la otra. Por mi parte, pienso que para combatir los males que la igualdad puede producir, no hay sino un remedio eficaz, que es la libertad política.

CAPÍTULO V

Del uso que hacen los americanos de la asociación de la vida civil.

No pretendo hablar de esas asociaciones políticas por cuyo medio tratan los hombres de defenderse contra la acción despótica de una mayoría ó contra las usurpaciones del poder real. En otro lugar me he ocupado ya de esto. Es evidente que si cada ciudadano, á medida que se hace individualmente más débil y, por consecuencia, más incapaz de preservar por sí solo su libertad, no aprendiese á unirse á sus semejantes para defenderlas, la tiranía crecería, por precisión, con la igualdad; no se trata aquí sino de las asociaciones que se forman en la vida civil, y cuyo objeto no tiene nada de político.

Las asociaciones políticas que existen en los Estados Unidos no forman sino una parte del cuadro inmenso que el conjunto de las asociaciones presentan en ese país.

Los americanos de todas edades, de todas condiciones y de todos ingenios, se unen constantemente, y no sólo tienen asociaciones comerciales é industriales en que todos toman parte, sino otras mil diferentes: religiosas, morales, graves, futiles, muy generales y pequeñas; los americanos se asocian para dar fiestas, fundar seminarios, establecer posadas, levantar iglesias, distribuir libros, enviar misioneros á los antípodas, y también crean hospitales, prisiones y escuelas. Si se trata, en fin, de sacar á luz una verdad ó de desenvolver un sentimiento con el apoyo de un gran ejemplo, ellos se asocian. Siempre que á la cabeza de una nueva empresa

se vea, por ejemplo, en Francia al Gobierno, y en Inglaterra á un gran señor, en los Estados Unidos se verá, indudablemente, una asociación.

He encontrado en América ciertas asociaciones, de las cuales confieso que ni aun siquiera tenía idea, y muchas veces he admirado el arte prodigioso con que los habitantes de los Estados Unidos vienen á fijar un fin común á los esfuerzos de un gran número de hombres y á hacerlos marchar hacia él libremente. He recorrido después á Inglaterra, de donde los americanos han tomado algunas de sus leyes y muchos de sus usos, y me ha parecido que estaban muy lejos de hacer un empleo tan útil y tan constante de la asociación.

Sucede muchas veces, que los ingleses ejecutan aislamente muy grandes cosas, mientras que apenas hay empresa, por pequeña que sea, para la cual no se unan los americanos. Es evidente que los primeros consideran la sociedad como un medio poderoso de acción, al paso que los otros ven en ella el único con que pueden obrar. Así, el país más democrático de la tierra, se encuentra ser aquél en que los hombres han perfeccionado más el arte de seguir en común el objeto de sus deseos y han aplicado al mayor número de objetos esta nueva ciencia.

¿Se debe este resultado á un accidente, ó consiste tal vez en que hay una relación necesaria entre las asociaciones y la igualdad? Las sociedades aristocráticas encierran siempre en su seno, en medio de una multitud de individuos que no pueden nada por sí mismos, un pequeño número de ciudadanos muy ricos y muy poderosos, y cada uno de éstos puede ejecutar por sí solo grandes empresas.

En las sociedades aristocráticas, los hombres no necesitan juntarse para obrar, porque se conservan fuertemente unidos. Cada ciudadano rico y poderoso forma allí como la cabeza de una asociación permanente y forzada que se compone de los que tiene en su dependencia y que hace concurrir á la ejecución de sus designios.

En los pueblos democráticos, por el contrario, todos los ciudadanos son independientes y débiles; nada, casi, son por sí mismos, y ninguno de ellos puede obligar á sus semejantes á prestarle ayuda, de modo que caerían todos en la impotencia si no aprendiesen á ayudarse libremente.

Si los hombres que viven en los países democráticos no tuviesen el derecho ni el gusto para unirse con fines políticos, su independencia correría grandes riesgos; pero podrían conservar por largo tiempo sus riquezas y sus luces, mientras que si no adquiriesen la costumbre de asociarse en la vida ordinaria, la civilización misma estaría en peligro. Un pueblo en qué los particulares perdiesen el poder de hacer aisladamente grandes cosas, sin adquirir la facultad de producirlas en común, volvería bien pronto á la barbarie.

Desgraciadamente, el mismo estado social que hace las asociaciones tan necesarias en los pueblos democráticos, las vuelve más difíciles que en todos los otros.

Cuando muchos miembros de una aristocracia quieren asociarse, lo consiguen fácilmente, pues como cada uno de ellos contribuye con una gran fuerza, el número de socios puede ser muy pequeño y entonces les es más fácil conocerse, comprenderse y establecer reglas fijas.

No se encuentra la misma facilidad en las naciones democráticas; allí es preciso que sean muy numerosos los asociados para que la asociación tenga algún poder. Sé que hay muchos de mis contemporáneos á quienes esto no detiene, pues pretenden que á medida que los ciudadanos se vuelven más débiles y más ineptos, es preciso hacer al gobierno más activo y más hábil, para que la sociedad ejecute lo que no pueden los individuos; creen que diciendo esto han respondido á todo, pero yo pienso que se equivocan.

Un gobierno podría ocupar el lugar de algunas de las más grandes asociaciones americanas, y en el seno de la Unión, muchos Estados particulares lo han defendido.

Pero ¿qué poder político sería nunca capaz de bastar á la multitud de empresas pequeñas que los ciudadanos americanos ejecutan todos los días con ayuda de la asociación?

Es fácil prever qué se acerca el tiempo en que el hombre será incapaz de producir por sí sólo las cosas más comunes y más necesarias para la vida. La tarea del poder social crecerá incesantemente y sus mismos esfuerzos la harán más basta cada día, porque mientras más entre él por el camino de las asociaciones, los particulares, perdiendo la idea de asociarse, tendrán mayor necesidad de que aquéllos vengan en su ayuda. Estas son causas y

efectos que se producen sin cesar. ¿La administración pública acabará por dirigir todas las industrias á que no puede bastar un ciudadano aislado? Y si por fin llega un momento en que, por la extrema división de los bienes raíces, se encuentre la tierra repartida á lo infinito, de modo que no pueda cultivarse sino por asociaciones de labradores ¿será preciso que el jefe del gobierno abandone la dirección del Estado para dirigir el arado?

La ética y la inteligencia de un pueblo no correrían menos riesgo que sus negocios y su industria, si el gobierno viniese á tomar parte en todas las asociaciones.

Las ideas y los sentimientos no se renuevan, el corazón no se engrandece ni el espíritu humano se desarrolla, sino por la acción recíproca de unos hombres sobre los otros.

He hecho ver que esta acción es casi nula en los países democráticos y que es preciso crearla artificialmente; esto es lo que las asociaciones solas pueden hacer.

Cuando los miembros de una aristocracia adoptan una idea nueva ó conciben un sentimiento nuevo, lo colocan en cierto modo á su lado en el gran teatro en que ellos mismos se hallan, y exponiéndolo así á la vista de la multitud, lo introducen con facilidad en el espíritu ó en el corazón de todos aquellos que los rodean.

En los países democráticos sólo el poder social se halla naturalmente en estado de obrar así; pero es fácil conocer que su acción es siempre insuficiente y muchas veces peligrosa.

Un gobierno no puede bastar á conservar y á renovar por sí sólo la circulación de los sentimientos y de las ideas en un gran pueblo, así como no podría conducir todas las empresas industriales. Desde que él pretendiese salir de la esfera política, para lanzarse en esta nueva vía, ejercería, sin quererlo una, tiranía insoportable; pues un gobierno no sabe más que dictar reglas precisas, impone los sentimientos é ideas que él favorece, y con dificultad se pueden distinguir sus órdenes, de sus consejos.

Todavía será peor si él se cree realmente interesado en que nada se altere, pues entonces permanecerá inmóvil y entorpecido por un sueño voluntario.

Es, pues, indispensable, que un gobierno no obre por sí solo. Las asociaciones són las que en los pueblos democráticos deben

ocupar el lugar de los particulares poderosos que la igualdad de las condiciones han hecho desaparecer.

Tan pronto como varios habitantes de los Estados Unidos conciben un sentimiento ó una idea que quieren presentar en el mundo, se buscan con instancia y así que se encuentran se unen. Desde entonces ya no son hombres aislados, sino un poder que se ve de lejos, cuyas acciones sirven de ejemplo, que habla y que se le escucha.

La primera vez que oí decir en los Estados Unidos que cien mil hombres se habían públicamente comprometido á no hacer uso de licores fuertes, la cosa me pareció más ridícula que seria, y al principio no veía por qué estos ciudadanos tan sobrios, no se contentaban con beber agua en el seno de sus familias, y al fin pude comprender que estos cien mil americanos, horrorizados del progreso que hacía alrededor suyo la embriaguez, habían querido favorecer la sobriedad, obrando precisamente como un gran señor que se vistiera con muchísima sencillez á fin de inspirar á los ciudadanos el desprecio del lujo. Si estos cien mil hombres hubieran vivido en Francia, cada uno se habría dirigido al gobierno suplicándole vigilase las tabernas en toda la superficie del reino. No hay nada, en mi concepto, que merezca más nuestra atención que las asociaciones morales é intelectuales de América. Las asociaciones políticas é industriales de los americanos se conciben fácilmente; pero las otras se nos ocultan, y si las descubrimos, las comprendemos mal, porque nunca hemos visto nada semejante. Se debe reconocer, sin embargo, que ellas son tan necesarias al pueblo americano como las primeras y aún quizá más.

En los países democráticos, la ciencia de las asociaciones es la ciencia madre, y el progreso de todas las demás depende del de ésta.

Entre las leyes que rigen las sociedades humanas, hay una que parece más precisa y más clara que todas las demás. Para que los hombres permanezcan civilizados ó lleguen á serlo, es necesario que el arte de asociarse se desarrolle entre ellos, y se perfeccione á proporción que la igualdad de las condiciones se aumenta.

CAPÍTULO VI

De la relación que existe entre las asociaciones y los periódicos.

No estando los hombres ligados entre sí de un modo sólido y permanente, no puede lograrse que un gran número obre en común, á no ser que se le persuada á cada uno de aquellos cuyo concurso es necesario, que su interés particular les obliga á unir sus esfuerzos á los de todos los otros.

Esto no se puede hacer habitual y cómodamente, sino con la ayuda de un diario, y sólo él puede depositar á la vez en mil espíritus el mismo pensamiento.

Un diario es un consejero á quien no hay necesidad de ir á buscar, porque se presenta todos los días por sí mismo y habla brevemente del negocio común, sin distraer de los negocios particulares. Los periódicos se hacen más necesarios á medida que los hombres son más iguales y que es más de temer el individualismo. Sería disminuir su importancia el pensar que no sirven sino para garantir la libertad, cuando sostienen y conservan igualmente la civilización.

No negaré que en los países democráticos los diarios conducen frecuentemente á los ciudadanos á hacer, en común, empresas inconsideradas; pero, si no existiesen éstos, apenas habría acción común; así, pues, el mal que producen es infinitamente menor que el que remedian. Un diario, no solamente tiene por objeto sujerir á un gran número de hombres el mismo designio, sino que también les suministra los medios de ejecutar en común los que habrían concebido por sí solos.

Los ciudadanos principales que habitan un país aristocrático se descubren desde lejos, y si quieren reunir sus esfuerzos marchan los unos hacia los otros arrastrando consigo una multitud.

En los países democráticos sucede muchas veces lo contrario; un gran número de hombres que tienen el deseo ó la necesidad de asociarse, no puede hacerlo, porque siendo todos muy pequeños y estando perdidos en la multitud, no se ven ni saben en dónde encontrarse. Aparece un periódico, que expone á los ojos del público el sentimiento ó la idea que se había presentado simultáneamente, pero en separación, á cada uno de ellos; entonces todos se dirigen hacia esta luz, y aquellos espíritus vacilantes que se buscaban hacía largo tiempo en las tinieblas, se encuentran al fin y se reúnen.

Los papeles públicos, después de haberlos reunido, continúan siéndoles necesarios para mantenerlos juntos.

Para que en un pueblo democrático tenga una asociación algún poder, es necesario que sea numerosa, y como los que la componen están ordinariamente diseminados en un grande espacio y cada uno de ellos tiene que permanecer en el lugar que habita, sea por la mediocridad de su fortuna ó por la multitud de pequeños cuidados que ella exige, les es indispensable hallar un medio de hablarse todos los días, sin verse, y marchar de acuerdo, sin estar reunidos. Por lo tanto no hay asociación alguna democrática que no tenga necesidad de un periódico.

Entre las asociaciones y los periódicos existe, pues, una relación necesaria; los periódicos hacen las asociaciones y las asociaciones hacen los periódicos, y si es cierto, como se ha dicho, que las asociaciones deben multiplicarse á medida que las condiciones se igualan, no lo es menos que el número de periódicos crece á medida que las asociaciones se multiplican.

Por esto, pues, América es el país del mundo en que se encuentran á la vez más asociaciones y más periódicos.

Esta relación entre el número de los periódicos y el de las asociaciones, nos conduce á descubrir otra, entre el estado de la prensa periódica y la forma de la administración del país, y nos enseña que el número de periódicos de un pueblo democrático debe disminuir ó crecer, á medida que la centralización administrativa es más ó menos grande, porque en los pueblos democráticos no puede confiarse, como en los aristocráticos, el ejercicio de los poderes

locales á los principales ciudadanos, y es preciso abolir estos poderes ó extender su uso á un gran número de hombres. Éstos forman una verdadera asociación, establecida por la ley, de un modo permanente, para la administración de una parte del territorio, y tienen necesidad de que un diario venga á buscarlos cada día en medio de sus quehaceres, y les diga en qué estado se encuentran los asuntos públicos. Mientras más numerosos son los poderes locales, mayor es el número de los que la ley llama á ejercerlos, y tanto más se multiplican los diarios cuanto esta necesidad se hace sentir á cada instante.

La división infinita del poder administrativo, más que la gran libertad política y la independencia absoluta de la prensa, es lo que multiplica tan singularmente el número de los diarios en América. Si todos los habitantes de la Unión fueran electores, bajo un sistema que limitase su derecho electoral á la elección de los legisladores del Estado, no necesitarían sino de un pequeño número de diarios, porque no tendrían sino algunas ocasiones muy raras, aunque muy importantes, de obrar juntos; pero en el interior de la gran asociación nacional, la ley ha establecido en cada provincia, en cada ciudad, y, por decirlo así, en cada pueblo, pequeñas asociaciones que tienen por objeto la administración local; de esta manera el legislador ha obligado á cada americano á concurrir diariamente, con algunos de sus conciudadanos, á una obra común, y todos necesitan, por consecuencia, un diario que les diga lo que hacen los demás.

Creo que un pueblo democrático (1) que no tuviese representación nacional, sino un gran número de pequeños poderes locales concluiría por poseer más diarios que otro cuya administración centralizada existiera al lado de una legislatura electiva. Lo que mejor explica el desarrollo prodigioso que ha tomado la prensa periódica en los Estados Unidos, es que la más grande libertad

---

(1) Digo un *pueblo democrático*. La administración puede estar muy descentralizada en un pueblo aristocrático, sin que se haga sentir la necesidad de los diarios, porque los poderes locales se hallan entonces en manos de un corto número de hombres que obran aisladamente, se conocen y pueden con facilidad verse y entenderse.

nacional se combina entre los americanos con las libertades locales de toda especie.

Se cree generalmente en Francia y en Inglaterra que basta abolir los impuestos de la prensa para aumentar indefinidamente los periódicos; esta oponión exagera demasiado los efectos de una reforma semejante. Los diarios no se multiplican solamente porque sean baratos, sino según la necesidad más ó menos frecuente que tiene un gran número de hombres de comunicarse y de obrar en común.

Yo atribuiría también el poder creciente de los diarios á razones más generales de las que se alegan frecuentemente para explicarla. Un diario no puede subsistir sino á condición de reproducir una doctrina ó un sentimiento común á un gran número de hombres: él representa siempre una asociación cuyos miembros son sus lectores habituales.

Esta asociación puede ser más ó menos definida, más ó menos estrecha, más ó menos numerosa; pero siempre existe su germen en los espíritus, puesto que el periódico no muere.

De aquí nace otra reflexión que terminará este capítulo. Cuanto más iguales se hacen las condiciones, tanto más débiles son los hombres individualmente, con tanta más facilidad se dejan arrastrar por la corriente de la multitud y más trabajo les cuesta mantenerse solos en una opinión que ella abandona.

El diario representa la asociación y puede decirse que habla á cada uno de sus lectores en nombre de todos los demás; los arrastra con tanta más facilidad cuanto más débiles son individualmente.

El imperio de los diarios debe, pues, crecer á medida que los hombres se igualan.

CAPÍTULO VII

De la relación que existe entre las asociaciones civiles y las políticas.

No hay sino una nación en el mundo en donde se use cada día de la libertad ilimitada de asociarse con miras políticas. Esta misma nación es la única en que los ciudadanos han imaginado hacer un continuo uso del derecho de asociación en la vida civil y conseguido procurase, por este medio, todos los bienes que la civilización puede ofrecer.

En todos los pueblos en que se prohibe la asociación política, la asociación civil es rara, y no es probable que esto sea el resultado de un accidente, sino más bien se debe deducir que existe una relación natural y quizá necesaria, entre estas dos especies de asociaciones. La casualidad conduce muchas veces á ciertos hombres á tener un interés común en un negocio particular.

Ocurre, por ejemplo, dirigir una empresa comercial ó concluir una operación industrial, entonces se encuentran y se reúnen y de este modo se familiarizan poco á poco con la asociación.

Mientras más crece el número de estos negocios comunes, más fácilmente adquieren los hombres, aun sin saberlo, la facultad de seguir en común los grandes. Así, pues, las asociaciones civiles facilitan las asociaciones políticas y, por otra parte, la asociación política desarrolla y perfecciona singularmente la asociación civil.

En la vida civil cada hombre puede, en rigor, suponer que se haya en estado de bastarse á sí mismo; pero en política no puede

jamás imaginárselo. Cuando un pueblo tiene una vida pública, la idea de la asociación y el deseo de asociarse se presentan cada día al espíritu de todos los ciudadanos y por más repugnancia natural que los hombres tengan á obrar en común, estarán siempre prontos á hacerlo por el interés de un partido. Así la política generaliza el gusto y el hábito de la asociación, forma el deseo de unirse y enseña el arte de verificarlo, á una multitud de hombres que de otra suerte habrían vivido solos.

La política, no solamente hace nacer muchas asociaciones, sino que también las crea muy vastas. En la vida civil es muy raro que un mismo interés atraiga hacia una acción común á un gran número de hombres; esto no puede conseguirse sino con mucho arte; pero en política la ocasión se ofrece por sí misma á cada instante, pues sólo en las grandes asociaciones se manifiesta el valor general de la asociación. Los ciudadanos, individualmente débiles, no forman de antemano una idea clara de la fuerza que pueden adquirir uniéndose, y es preciso que se les haga ver para que lo comprendan. De aquí viene que es más fácil muchas veces reunir para un fin común una multitud, que algunos hombres: mil ciudadanos pueden tal vez no ver el interés que tienen en reunirse, pero diez mil lo descubren. En política, los hombres se unen para grandes empresas, y el partido que sacan de la asociación en los negocios importantes, les enseña, de un modo práctico, el interés que tienen en ayudarse en los menores.

Una asociación política saca á la vez una multitud de individuos fuera de sí mismos; por muy separados que se hallen naturalmente por la edad, por el talento ó por la fortuna, los acerca y los pone en contacto, y una vez encontrados y conocidos, aprenden á hallarse siempre.

No se puede entrar en la mayor parte de las asociaciones civiles, sin exponer una parte del patrimonio, y esto sucede en todas las compañías industriales y comerciales. Cuando los hombres están todavía poco versados en el arte de asociarse é ignoran las principales reglas, temen al hacerlo por primera vez, pagar muy cara su experiencia, y prefieren más bien privarse de un medio poderoso de buen éxito que correr los riegos que le acompañan; vacilan menos en tomar parte en las asociaciones políticas, que les parecen sin peligro porque no corre riesgo su dinero. Ellos no

pueden formar parte de estas asociaciones por largo tiempo, sin descubrir de qué manera se mantiene el orden entre un gran número de hombres y por qué medio se obtiene hacerlos marchar de acuerdo y metódicamente hacia el mismo fin; aprenden entonces á someter su voluntad á la de todos los otros y á subordinar sus esfuerzos particulares á la acción común, cosas que es indispensable saber tanto en las asociaciones civiles, como en las políticas.

Las asociaciones políticas pueden considerarse como grandes escuelas gratuitas, adonde todos los ciudadanos van á aprender la teoría general de las asociaciones.

Aun cuando la asociación política no sirviese directamente al progreso de la asociación civil, se impediría el desarrollo de ésta, destruyendo la primera.

Cuando los ciudadanos no pueden asociarse sino en ciertos casos, miran la asociación como un procedimiento raro y singular y se cuidan bien poco de pensar en ella; pero cuando se les deja asociar en todas las cosas libremente, acaban por ver en la asociación el medio universal y, por decirlo así, el único de que pueden servirse los hombres para lograr los diversos fines que se proponen, y cada nueva necesidad despierta al momento esta idea. El arte de la asociación se hace entonces, como ya antes he dicho, la ciencia madre, y todos la estudian y la aplican.

Cuando ciertas asociaciones son prohibidas y otras permitidas, es difícil distinguir con anticipación las primeras de las segundas. En la duda, se abstienen de todas, y se establece una especie de opinión pública que tiende á hacer considerar una asociación cualquiera como una empresa atrevida y casi ilícita (1).

Es una quimera creer que el espíritu de asociación, comprimi-

---

(1) Esto es principalmente cierto, cuando el Poder ejecutivo es el encargado de permitir ó de prohibir las asociaciones, según su voluntad arbitraria.

Cuando la ley se limita á prohibir ciertas asociaciones y deja á los tribunales el cuidado de castigar á los que no la obedezcan, el mal es mucho menos grande, todos los ciudadanos saben entonces, poco más ó menos lo mismo, á qué atenerse en adelante. Se juzgan en cierto modo como pudieran juzgarles los jueces y esto les hace apartarse de las sociedades prohibidas y darse á las autorizadas. Así es como todos los pueblos libres han comprendido siempre, que pueda

do en un punto, se desarrollará en otros con la misma fuerza y que bastará permitir á los hombres ejecutar en común ciertas empresas, para que se apresuren á aventurarlas. Luego que los ciudadanos tengan la facultad y el hábito de asociarse para todas las cosas, lo harán con gusto para las pequeñas como para las grandes; pero si no pueden asociarse sino para las primeras, no tendrán el gusto ni la capacidad de hacerlo, y en vano se les dejará entera libertad para ocuparse en común de sus negocios, pues no usarán sino con negligencia de los derechos que se les conceda y después de agotar los esfuerzos para separarlos de las asociaciones prohibidas, se verá, con sorpresa, que no se puede persuadirles á formar asociaciones permitidas.

No digo, pues, que no pueda haber asociaciones civiles en un país en que es prohibida la asociación política, porque al fin los hombres no pueden vivir en sociedad sin entregarse á una empresa común. Pero sostengo que en un país semejante las asociaciones civiles serán siempre en corto número, concebidas con flojedad, conducidas sin habilidad, no abrazando nunca vastos designios ó frustrándose al empezar á ejecutarlos.

Esto me conduce naturalmente á pensar que la libertad de asociarse en materias políticas no es tan peligrosa á la tranquilidad pública como se la supone, y que podría suceder que después de haber conmovido al Estado por algún tiempo, viniese al fin á asegurarlo.

En los países democráticos, las asociaciones políticas forman, por decirlo así, los únicos poderes particulares que aspiran á dirigir el Estado. Por esto, los gobiernos de nuestros días consideran esta especie de asociaciones, como los reyes de la Edad Media re-

---

ser restringido el derecho de asociación. Pero si en vez de esto, el legislador encarga á un hombre de discernir cuáles asociaciones se deben tener por peligrosas y cuáles son útiles, y le deja en libertad de destruirlas todas en su origen ó de dejarlas nacer, el espíritu de asociación sería enteramente descuidado, porque nadie podría prever en qué caso es permitido asociarse y en cuál no. La primera de estas dos leyes no ataca sino ciertas asociaciones; la segunda se dirige á la sociedad misma y la hiere. Creo que un gobierno regular puede recurrir á la primera, pero no reconozco en ninguno el derecho de sostener la segunda.

putaban á los grandes vasallos de la corona; sintiendo hacia ellos una especie de horror como por instinto, y combatiéndolos en todas las ocasiones; pero respecto á las asociaciones civiles tienen, al contrario, una benevolencia natural; pues han descubierto fácilmente que éstas, en vez de dirigir el espíritu de los ciudadanos hacia los negocios públicos, sirve para distraerlos, y comprometiéndolos más y más en proyectos que no pueden realizar sin el socorro de la paz pública, los apartan de las revoluciones. Mas no advierten que las asociaciones políticas multiplican y facilitan prodigiosamente las asociaciones civiles, y que al evitar un mal peligroso, se privan de un remedio eficaz. Cuando se ve á los americanos asociarse libremente cada día con el objeto de hacer prevalecer una opinión política, de elevar un hombre de Estado al gobierno ó de quitar el poder á otro, apenas se puede comprender que hombres tan independientes no caigan á cada instante en la licencia y el desorden.

Si, por otro lado, se viene á considerar el número infinito de empresas industriales que se siguen en común en los Estados Unidos, y se ve por todas partes á los americanos trabajando sin descanso en la ejecución de algún proyecto importante y difícil que la menor revolución podría pertubar, se concebirá con facilidad por qué estas gentes no intentan transtornar el Estado ni destruir el reposo público de que ellos mismos se aprovechan.

No es bastante, en mi concepto, concebir estas cosas sin describir el nudo que las une; es menester penetrar en el seno mismo de las asociaciones políticas en que los americanos de todos los estados, de todas las edades y de todos los talentos, toman cada día el gusto general por la asociación y se familiarizan con su empleo. Allí se ven en gran número, se hablan, se entienden y se animan en común para toda suerte de empresas, trasladando en seguida á la vida civil las nociones que han adquirido, para emplearlas en mil usos.

Gozando así los americanos de una peligrosa libertad, aprenden á hacer menos grandes estos mismos peligros. Si se escogiera un cierto momento en la vida de una nación, sería fácil probar que las asociaciones políticas turban el Estado y paralizan la industria; pero tomando enteramente la existencia de un pueblo, es fácil demostrar que la libertad de asociación en materia política

es favorable al bienestar y aun á la tranquilidad de los ciudadanos.

He dicho, en la primera parte de esta obra, «que la libertad ilimitada de asociarse no puede confundirse con la libertad de escribir; la una es á la vez menos necesaria que la otra». Una nación puede poner á aquélla ciertos límites sin dejar de ser dueña de sí misma, y debe hacerlo algunas veces si quiere gobernarse. Y después añadía: «No se puede negar que la libertad ilimitada de asociación en materia política es, de todas las libertades, la última que un pueblo puede sostener, pues si ella no le hace caer en la anarquía, le obliga, á lo menos, por decirlo así, á tocarla á cada instante».

No creo que una nación pueda tener siempre la libertad de dejar á los ciudadanos el derecho absoluto de asociarse en asuntos políticos, y aun pienso que en ningún país y en ninguna época sería prudente dejar sin límites la libertad de asociación.

Se dice que un pueblo no podría mantener la tranquilidad en su seno, inspirar respeto á las leyes ni fundar un gobierno estable, sin encerrar en límites muy estrechos el derecho de asociación. Semejantes bienes son preciosos sin duda, y yo concibo que para adquirirlos ó conservarlos debe consentir una nación en imponerse momentáneamente grandes sacrificios; pero todavía conviene que sepa con precisión lo que le cuestan estos bienes.

Comprendo que para salvar la vida de un hombre se le corte un brazo: pero no quiero que se me diga que va á quedar tan diestro como si no estuviese manco.

CAPÍTULO VIII

De qué manera los americanos combaten el individualismo con la doctrina del interés bien entendido.

Cuando el mundo era conducido por un pequeño número de individuos ricos y poderosos, tenían éstos el gusto de formarse una idea sublime de los deberes del hombre, y se complacían en reconocer que es glorioso olvidarse de sí y hacer el bien sin interés, como Dios mismo. Tal era la doctrina oficial de este tiempo en materia de moral.

Dudo que los hombres fuesen más virtuosos en los siglos aristocráticos que en los otros; mas es cierto que en ellos se hablaba incesantemente de la belleza y de las virtudes y no se estudiaba sino en secreto, por qué lado eran útiles. Pero á medida que la imaginación se eleva menos y que cada uno se reconcentra en sí mismo, los moralistas se espantan con esta idea de sacrificio y no se atreven á ofrecerla al espíritu humano; se reducen, pues, á averiguar si la ventaja individual de los ciudadanos consiste en trabajar en la felicidad de todos, y cuando descubren uno de esos puntos en que el interés particular viene á encontrarse con el general y á confundirse, se apresuran á darlo á conocer, y poco á poco las observaciones semejantes se multiplican. Lo que no era más que una observación aislada se hace una doctrina general y se cree, en fin, descubrir que al servir el hombre á sus semejantes se sirve á sí mismo y que su interés particular es el de hacer el bien.

He demostrado varias veces en esta obra que los americanos saben casi siempre combinar su propio interés con el de sus con-

ciudadanos, y ahora me propongo explicar la teoría general con cuya ayuda lo consiguen.

Casi nunca se dice en los Estados Unidos que la virtud es bella; se sostiene que es útil y esto mismo se prueba todos los días. Los moralistas americanos no pretenden que sea preciso sacrificarse á sus semejantes porque sea una heroicidad el hacerlo; pero dicen sin rebozo, que semejantes sacrificios son tan necesarios al que se los impone, como al que se aprovecha de ellos; conocen que en su país y en su tiempo, el hombre es atraído hacia sí por una fuerza irresistible y, perdiendo la esperanza de detenerle, no se ocupan sino de conducirle. No niegan á cada uno el derecho de seguir su interés, pero se esfuerzan en probar que éste consiste en ser honrados. No quiero entrar aquí en el pormenor de sus razonamientos, porque esto me separaría de mi objeto, baste decir que ellos han convencido á sus conciudadanos.

Hace mucho tiempo que Montaigne dijo: «Aun cuando para la rectitud no fuere necesario seguir el camino derecho, yo lo seguiría, por haberme enseñado la experiencia que sobre todo es el más acertado y el más útil».

La doctrina del interés bien entendido no es nueva; pero en los americanos de nuestros días ha sido universalmente admitida y ha venido á ser popular; se la encuentra en el fondo de todas las acciones y penetra al través de todos los discursos. Por todas partes se halla, y lo mismo se encuentra en los labios del pobre que en los del rico.

La doctrina del interés bien entendido no es tan refinada en Europa como en América; al mismo tiempo se halla menos extendida y, sobre todo, se manifiesta menos; mas se fingen grandes sacrificios que no se hacen. Los americanos, al contrario, se complacen en explicar con la ayuda del interés bien entendido, casi todos los actos de la vida, y complacidos hacen ver cómo el amor, ilustrado por ellos mismos, los conduce incesantemente á ayudarse entre sí y los dispone á sacrificar al bien del Estado una parte de su tiempo y de sus riquezas. Pienso que en esto muchas veces no se hacen justicia, pues se ve de cuando en cuando en los Estados Unidos, así como en otras partes, que los ciudadanos se abandonan á los ímpetus desinteresados é irreflexivos que son naturales al hombre, pero los americanos nunca confiesan que ceden á impulsos

de esta especie, y prefieren hacer honor á su filosofía más bien que á ellos mismos.

Podría detenerme aquí y no tratar de juzgar lo que acabo de describir, sirviéndome de excusa la extrema dificultad del asunto; pero no quiero aprovecharme de ella y prefiero que mis lectores, al ver claramente mi objeto, rehusen seguirme, más bien que dejarlos en suspenso.

El interés bien entendido es una doctrina poco elevada, pero clara y segura; ella no pretende alcanzar grandes objetos, pero obtiene sin mucho esfuerzo todos los que divisa, y como se encuentra al alcance de todas las inteligencias, cada individuo la comprende fácilmente y la retiene sin trabajo. Acomodándose maravillosamente á las debilidades de los hombres, consigue un grande imperio y no le es difícil conservarlo, porque vuelve el interés personal contra sí mismo y se sirve para dirigir las pasiones, del aguijón que las excita.

La doctrina del interés bien entendido no produce afectos extremados, pero sugiere cada día pequeños sacrificios: por sí sola no podría hacer á un hombre virtuoso más si formar una multitud de ciudadanos sobrios, arreglados, templados, precavidos y dueños de sí mismos, y si no conduce directamente á la virtud, por la voluntad, á lo menos acerca insensiblemente á ella, por los hábitos.

Si la doctrina del interés bien entendido viniese á dominar enteramente el mundo moral, las virtudes extraordinarias serían sin duda más raras; pero también creo que las groseras depravaciones serían menos comunes. La doctrina del interés bien entendido impide quizá á algunos hombres elevarse demasiado sobre el nivel ordinario de la humanidad; pero otros muchos que descendían de este mismo nivel la encuentran y se contienen allí. Considerando sólo algunos individuos, ella los rebaja, pero contemplada la especie, la eleva.

No temo decir que la doctrina del interés bien entendido me parece la mejor de todas las teorías filosóficas, la más apropiada á las necesidades de los hombres de nuestro siglo y la más poderosa garantía que les queda contra ellos mismos. El espíritu de los moralistas de nuestros días debe principalmente dirigirse hacia ella y aunque la juzguen imperfecta, sería preciso adoptarla como necesaria.

En todo caso, no creo que haya más egoísmo entre nosotros que en América; la única diferencia consiste en que allí es ilustrado y aquí no lo está. Cada americano sabe sacrificar una parte de sus intereses particulares para salvar el resto; nosotros, al contrario, queremos retenerlo todo, y frecuentemente todo se nos escapa.

No veo entre los que me rodean sino gentes que quieren enseñar á sus contemporáneos, con sus palabras y con su ejemplo, que lo útil no es jamás indecoroso. ¿Será posible que yo no descubra nadie que pretenda hacer ver de qué modo lo honesto puede ser útil?

No hay poder en la tierra que pueda lograr que la creciente igualdad de las condiciones no conduzca el espíritu humano hacia la investigación de lo útil y no disponga á cada ciudadano á encerrarse dentro de sí mismo.

Es menester, pues, esperar que el interés individual se haga más que nunca el principal, si no el único, móvil de las acciones de los hombres; pero nos resta saber de qué manera entenderá cada hombre su interés individual.

Si los ciudadanos, al hacerse iguales permaneciesen toscos é ignorantes, es imposible prever hasta qué exceso de estupidez podría llegar su egoísmo, y no es fácil decir anticipadamente en qué vergonzosas miserias se sumergirían ellos mismos, por el temor de sacrificar alguna parte de su comodidad al bienestar de sus semejantes.

No creo que la doctrina del interés, tal como la predican en América, sea evidente en todas sus partes; pero al menos encierra un gran número de verdades tan positivas, que basta iluminar un poco á los hombres para que las vean. Ilustradlos, pues, á todo precio, porque el siglo de los ciegos sacrificios y de las virtudes por instinto huye lejos de nosotros, y veo acercarse el tiempo en que la libertad, la paz pública y el orden social mismo, no podrán existir sin la cultura.

CAPÍTULO IX

De qué manera aplican los americanos la doctrina del interés bien entendido en materia de religión.

Si la doctrina del interés bien entendido no mirase sino á este mundo, á la verdad, no sería suficiente; pues hay un gran número de sacrificios que no pueden hallar su recompensa sino en el otro, y por grandes esfuerzos que se hicieran para probar la utilidad de la virtud le sería siempre difícil hacer bien á un hombre que no quisiese morir.

Es, pues, necesario, saber si la doctrina del interés bien entendido puede conciliarse fácilmente con las creencias religiosas.

Los filósofos que la enseñan dicen á los hombres, que para ser felices en la vida deben vigilar sus pasiones y reprimir con cuidado su exceso; que no puede adquirirse una felicidad permanente sino renunciando á mil goces pasajeros y que es preciso, en fin, triunfar incesantemente de sí mismo para servirse mejor.

Los fundadores de casi todas las religiones se han expresado poco más ó menos del mismo modo; sin indicar á los hombres un camino distinto, no han hecho sino apartar el fin, y en lugar de colocar en este mundo las recompensas de los sacrificios que imponen, las han puesto en el otro. Sin embargo, rehuso creer que todos aquéllos que practican la virtud por espíritu de religión no obren sino con la esperanza de una recompensa.

He encontrado cristianos celosos que se olvidan sin cesar de sí mismos á fin de trabajar con más ardor en beneficio de todos; y les he oído decir que no obraban así sino por merecer los bienes

del otro mundo; pero no puedo dejar de pensar que se engañan á sí mismos, y los respeto demasiado para creerlos.

Es verdad que el cristianismo nos dice que es preciso preferir el prójimo á uno mismo, para ganar el cielo; pero también nos enseña que se debe hacer el bien á sus semejantes por el amor de Dios. He aquí una bella expresión; el hombre penetra por su inteligencia en el pensamiento divino, ve que el objeto de Dios es el orden, se asocia libremente á este gran designio y sacrificando sus intereses particulares á este orden admirable de todas las cosas, no espera más recompensa que la satisfacción de contemplarle.

No creo que el solo móvil de los hombres religiosos sea el interés, pero me parece que es el medio más principal de que se sirven las religiones mismas para conducir á los hombres, y no dudo que este es el lado por donde ellas se apoderan de la multitud y se hacen populares.

No veo, pues, claramente por qué la doctrina del interés bien entendido habría de separar á los hombres de las creencias religiosas y me parece, por el contrario, descubrir el modo cómo los acerca á ellas.

Supongo que para alcanzar la felicidad de este mundo un hombre resista en todas las ocasiones el instinto y raciocine con calma sobre todos los actos de la vida, que en lugar de ceder ciegamente al ímpitu de sus primeros deseos, aprenda el arte de combatirlos y se habitúe á sacrificar sin esfuerzos el placer del momento al interés permanente de toda su vida.

Si un hombre semejante tiene fe en la religión que profesa, no le costará mucho sujetarse á las mortificaciones que ella impone. La razón misma aconseja hacerlo y la costumbre le ha preparado con anticipación á sufrirlo. Si tiene dudas acerca del objeto de sus esperanzas no se detendrá en ellas, y juzgará prudente arriesgar algunos de los bienes de este mundo para conservar sus derechos á la inmensa herencia que se le promete en el otro.

«No hay mucho que perder, ha dicho Pascal, equivocándose en creer que la religión cristiana es verdadera; pero ¡que desgracia no sería el equivocarse, creyéndola falsa!»

Los americanos no afectan una gran indiferencia por la otra vida ni desprecian con pueril orgullo los peligros de que esperan sustraerse. Practican su religión sin rubor y sin debilidad; pero se

ve ordinariamente hasta en medio de su celo un no sé qué de reposo, de método y de cálculo, que parece que es su razón, más bien que el corazón, la que los conduce al pie de los altares.

No sólo profesan los americanos por interés su religión, sinò que aun ven en este mundo el interés que se puede tener en seguirla.

En la Edad Media, los sacerdotes no hablaban sino de la otra vida y apenas se fijaban en probar que un cristiano sincero podía ser feliz en este mundo. Mas los predicadores americanos se dirigen sin cesar á las cosas de la tierra y con dificultad apartan de ella sus miradas. Para conmover mejor al auditorio le hacen ver cada día, de qué modo las creencias religiosas favorecen la libertad y el orden público, y frecuentemente sucede que es difícil saber, al oirlos, si el objeto principal de la religión es procurar la eterna felicidad en el otro mundo ó el bienestar en el presente.

CAPÍTULO X

Del gusto por el bienestar material en América.

La pasión del bienestar material no es siempre exclusiva de América, pero es general, y si no la experimentan todos del mismo modo, á lo menos todos la sienten. El cuidado de satisfacer las más mínimas necesidades del cuerpo y de proveer á las pequeñas comodidades de la vida, preocupa allí universalmente los espíritus. Se ve, cada día más, alguna cosa semejante en Europa.

Entre las causas que producen efectos iguales en los dos mundos, hay muchas que se acercan á la materia de que trato y, por consiguiente, debo explicarlas.

Cuando las riquezas se fijan hereditariamente en las mismas familias, se ve un gran número de hombres que gozan del bienestar material, sin experimentar el gusto exclusivo del bienestar. Lo que interesa más vivamente en el corazón humano, no es la pacífica posesión de un objeto precioso, sino el deseo no completamente satisfecho de poseerlo y el temor incesante de perderlo.

Los ricos de las sociedades aristocráticas, no habiendo conocido nunca un estado diferente del en que se hallan, no temen el cambio y apenas se imaginan que pueda haberlo. El bienestar material no es, pues, para ellos, el objeto primitivo de su vida, sino una manera de vivir; le consideran en cierto modo como la existencia misma, y lo gozan sin pensar en él.

Cuando el gusto natural que por instinto sienten todos los hombres por el bienestar se halla así satisfecho, sin pena y sin te-

mor, dirigen su alma hacia otra parte y la interesan en empresas más grandes y más difíciles, que la animen y seduzcan.

Así es como en el seno mismo de los goces materiales, los miembros de una aristocracia dejan frecuentemente ver un orgulloso desprecio por estos mismos goces y tienen una fortaleza singular cuando es menester privarse de ellos. Todas las revoluciones que han turbado ó destruído las aristocracias, han mostrado la facilidad con que gentes acostumbradas á lo superfluo, podían pasarse sin lo necesario, mientras que hombres que con mucho trabajo han llegado á la comodidad, apenas pueden vivir después de haberla perdido.

Si de las clases superiores desciendo á las inferiores, veré sin duda efectos análogos, producidos por causas diferentes.

En las naciones en que la aristocracia domina la sociedad y la tiene inmóvil, el pueblo acaba por habituarse á la pobreza y los ricos á su opulencia. Los unos no se ocupan del bienestar material, porque lo poseen sin trabajo; los otros no piensan en él, porque tienen perdida la esperanza de adquirirlo y ni aun lo conocen bastante para desearlo.

En esta especie de sociedades, la imaginación del pobre se dirige siempre hacia el otro mundo y aunque las miserias de la vida real la estrechen, se separa sin embargo de ellas para buscar fuera sus goces. Cuando las clases, al contrario, se confunden y los privilegios están destruídos; cuando los patrimonios se dividen y las luces y la libertad se extienden, el deseo de adquirir el bienestar se presenta á la imaginación del pobre y el temor de perderlo, al espíritu del rico. Se establecen una multitud de fortunas mediocres; los que las poseen tienen bastantes goces materiales para comprender el gusto de ellos, pero no los suficientes para estar satisfechos; jamás se los procuran sino con esfuerzos, ni se entregan á ellos sino con temor, y así se aplican constantemente á adquirir y á retener estos goces tan preciosos, tan incompletos y tan fugitivos.

Si busco una pasión que sea natural á los hombres que la obscuridad de su origen ó la mediocridad de su fortuna excitan y limitan, no encuentro ninguna más propia que el gusto por el bienestar. La pasión del bienestar material es esencialmente pasión de la clase media; se engrandece, se extiende y se hace preponderante

con ella; de aquí se eleva á las clases superiores de la sociedad y desciende hasta el seno del pueblo.

No he visto en América un ciudadano pobre que no eche una mirada de esperanza y de envidia hacia los goces de los ricos, y cuya imaginación no se apodere anticipadamente de los bienes que la suerte se obstina en rehusarle. Tampoco he visto, entre los ricos de los Estados Unidos, ese soberbio desdén por el bienestar material que se muestra algunas veces hasta en el seno de las aristocracias más opulentas y relajadas. La mayor parte de estos ricos han sido pobres, han sentido el aguijón de la necesidad, por largo tiempo han combatido una fortuna que les resistía y cuando han obtenido la victoria, sobreviven aún las pasiones que les han acompañado en la lucha, y quedan como embriagados en medio de estos pequeños goces que han buscado con empeño por espacio de cuarenta años.

Esto no quiere decir que no se hallan en los Estado Unidos, como en todas partes, un crecido número de ricos que teniendo sus bienes por herencia, posean sin esfuerzo inmensas fortunas que no han adquirido; pero estos mismos, sin embargo, no se encuentran menos aficionados á los goces de la vida material. El amor del bienestar ha llegado á ser el gusto nacional y dominante, y la gran corriente de las pasiones humanas van hacia este lado en su curso.

CAPÍTULO XI

De los singulares efectos que produce el amor de los goces materiales en los siglos democráticos.

Por lo que precede, podría creerse que el amor de los goces materiales debe arrastrar incesantemente á los americanos hacia el desorden de las costumbres, turbando las familias y comprometiendo la suerte de la sociedad misma. Pero no es así; la pasión de los goces materiales produce en el seno de las democracias distintos efectos que en los pueblos aristocráticos.

Algunas veces la falta de vigor en los negocios, el exceso de la riqueza, la ruina de las creencias y la decadencia del Estado, conducen poco á poco una aristocracia hacia los goces materiales solamente. Otras, el poder del príncipe ó la debilidad del pueblo, sin quitar á los ricos su fortuna, los fuerza á separarse del poder, y cerrándoles la senda que conduce á las grandes empresas, los abandona á la inquietud de sus deseos, y entonces se entregan exclusivamente á sí mismos, y buscan en los goces del cuerpo el olvido de su pasada grandeza.

Cuando los miembros de un cuerpo aristocrático se dirigen así únicamente hacia los goces materiales, reúnen sólo por este lado toda la energía que han adquirido con el largo hábito del poder. Para tales hombres no es suficiente el bienestar; necesitan una suntuosa depravación y una corrupción estrepitosa; rinden un culto espléndido á la materia y parece que desean á porfía distinguirse en el arte de embrutecerse.

Mientras más fuerte, gloriosa y libre haya sido una aristocra-

cia, más depravada se mostrará, y cualquiera que haya sido el esplendor de sus virtudes, me atrevo á afirmar que será siempre sobrepujado por el escándalo de sus vicios.

El gusto por los goces materiales no conduce á los pueblos democráticos á los mismos excesos. El amor del bienestar se muestra en ellos como una pasión tenaz, exclusiva, universal, pero moderada. No se trata de construir grandes palacios, de vencer ó engañar á la naturaleza, de agotar el universo para saciar mejor las pasiones de un hombre; se trata de dar alguna extensión á sus campos, de plantar un arbolado, de hacer más grande una habitación, de proporcionar á la vida más desahogo y comodidad, de evitar los disgustos y de satisfacer las más mínimas necesidades sin esfuerzos y casi sin gastos. Estos objetos son pequeños en realidad, pero el alma se aficiona á ellos; los considera diariamente muy de cerca, acaban por ocultarle el resto del mundo y vienen á colocarse algunas veces entre ella y la Divinidad.

Se dirá, acaso, que esto no puede aplicarse sino á los ciudadanos cuya fortuna es mediocre y que los ricos manifestarán gustos análogos á los que hacían ver en los siglos de aristocracia; pero voy á contestar esta objeción.

Los ciudadanos más opulentos de una democracia no muestran gustos muy diferentes de los del pueblo respecto de los goces materiales, ya sea porque habiendo salido de su seno participan realmente de estos gustos, ya porque creen deber someterse á ellos. En las sociedades democráticas la sensualidad del público ha tomado un cierto giro moderado y pacífico á que tienen que conformarse todos, y tan difícil es salir de la regla común por sus vicios como por sus virtudes.

Los ricos que viven en medio de las naciones democráticas aspiran á la satisfacción de sus menores necesidades más bien que á los goces extraordinarios; satisfacen una multitud de pequeños deseos, y no se entregan á ninguna gran pasión desordenada; así es como caen más fácilmente en la desidia que en la disolución.

El gusto particular que los hombres de los siglos democráticos conciben por los goces materiales no se oponen, naturalmente, al orden; al contrario, lo necesita con frecuencia para satisfacerse. Tampoco es enemigo de la regularidad de las costumbres, pues las

buenas son útiles á la tranquilidad pública y favorecen la industria. Muchas veces se combina también este gusto con una especie de moralidad religiosa: todo el mundo quiere estar lo mejor posible en esta vida, sin renunciar la felicidad de la otra.

Entre los bienes materiales debe siempre huirse de aquellos cuya posesión es criminal. Hay algunos cuyo uso permiten la religión y la moral, y á éstos es á los que se entregan sin reserva el corazón, la imaginación y la vida y cuya posesión se desea con tanto empeño, que se pierden de vista los bienes más preciosos que constituyen la grandeza y la gloria de la especie humana. No acusaré nunca á la igualdad de que arrastre á los hombres hacia los goces prohibidos, sino de que los absorbe enteramente en busca de los permitidos.

Así será fácil establecer en el mundo una especie de materialismo que no corrompiera las almas, pero que las ablandara y concluyese por destemplar todos sus resortes secretamente.

CAPÍTULO XII

Por qué razón ciertos americanos muestran un espiritualismo tan exaltado.

Aunque el deseo de adquirir los bienes de este mundo sea la pasión dominante de los americanos, hay momentos de interrupción en que parece que su alma rompe de repente los lazos materiales que la retienen, y se escapa impetuosamente hacia el cielo.

Se ven algunas veces en todos los Estados de la Unión, y más particularmente en las comarcas que no están muy pobladas, del Oeste, predicadores ambulantes que llevan de plaza en plaza, por decirlo así, la palabra divina; familias enteras, viejos, mujeres y niños, atraviesan lugares difíciles y penetran por bosques desiertos para venir á oirlos y cuando los encuentran, se quedan á escucharlos por muchos días y muchas noches, olvidándose del cuidado de sus negocios y hasta de otras necesidades más urgentes.

Por todas partes se hallan en el seno de la sociedad americana, almas llenas de un *espiritualismo* exaltado y casi feroz, que apenas se conoce en Europa. Se levantan de cuando en cuando sectas extravagantes que se esfuerzan en abrir nuevas vías hacia la felicidad eterna. Estas locuras religiosas son allí muy comunes y no deben absolutamente sorprender.

El hombre no se ha dado á sí mismo el gusto de lo infinito y el amor de lo inmortal. Estos sublimes instintos no nacen de un capricho de su voluntad; tienen su móvil en su naturaleza y

existe á despecho de sus esfuerzos, de manera que aunque pueda sujetarlos y desfigurarlos, nunca podrá destruirlos.

El alma tiene necesidades que es preciso satisfacer, y por gran cuidado que se tenga en distraerla de sí misma, se inquieta y se agita en medio de los goces de los sentidos.

Si el espíritu de la gran mayoría del género humano se reconcentrase alguna vez en la investigación solamente de los bienes materiales, puede creerse que se obraría una prodigiosa reacción en el alma de algunos hombres, y se lanzarían perdidamente en el mundo de los espíritus, por miedo de quedar embarazados en las estrechas trabas que quisiera imponerles el cuerpo.

No se debe, pues, extrañar, que en el seno de una sociedad que no piense sino en cosas de la tierra, se encuentre un corto número de individuos que no quieran ocuparse sino del cielo. Me sorprendería sí, de que en un pueblo preocupado únicamente de su bienestar, el *misticismo* no hiciese bien pronto progresos.

Se dice que las persecuciones de los emperadores y los suplicios del circo poblaron los desiertos de la Tebaida, y yo pienso que más bien fueron las delicias de Roma y la filosofía epicúrea de Grecia.

Si el estado social, las circunstancias y las leyes no retuviesen tan estrechamente el espíritu americano en la investigación del bienestar, debe creerse que cuando él se ocupase de las cosas inmateriales, mostraría más reserva y más experiencia y se moderaría sin dificultad; más él se siente encerrado en límites de que no se le permite salir, y desde que los traspasa no sabe donde fijarse, y frecuentemente corre sin detenerse más allá de los del sentido común.

CAPÍTULO XIII

Por qué se muestran tan inquietos los americanos en medio de su bienestar.

Se encuentran aún, en algunos cantones retirados del antiguo mundo, pequeñas poblaciones que han estado como olvidadas en medio del tumulto universal y que han permanecido inmóviles cuando todo se conmovía alrededor de ellas. La mayor parte de estos pueblos son muy ignorantes y miserables; no se mezclan en los asuntos del Gobierno y frecuentemente los Gobiernos los oprimen. Sin embargo, ellos muestran de ordinario un exterior sereno y un humor festivo.

He visto en América los hombres más libres y los más ilustrados, en la posición más feliz que haya en el mundo, y me ha parecido descubrir en sus facciones una especie de humor sombrío, habitual en ellos, encontrándolos graves y casi tristes hasta en sus placeres. La principal razón consiste en que los unos no piensan en los trabajos que sufren, mientras que los otros se ocupan incesantemente de los bienes que no poseen.

No hay cosa más extraña que el ver con qué especie de ardor febril solicitan los americanos el bienestar y cómo se muestran sin cesar atormentados por un temor vago de no haber escogido el camino más corto que puede conducirlos á él.

El habitante de los Estados Unidos se adhiere á los bienes de este mundo como si estuviese seguro de no morir, y se precipita de tal manera á poseer los que se prestan á su alcance, que se diría que teme cada instante dejar de existir antes de disfrutarlos;

les ocupa todos, pero sin estrecharlos, y muy pronto los deja escapar de sus manos para correr tras nuevos goces.

Un hombre en los Estados Unidos construye una morada cómoda para pasar en ella su vejez, y la vende cuando está para concluirse; planta un jardín, y lo alquila cuando iba á coger los frutos; desmonta un terreno, y deja á otros el cuidado de recoger la cosecha; abraza una profesión, y la abandona; se fija en un lugar, y lo deja para llevar á otra parte sus veleidosos deseos. Si sus negocios privados le dan algún descanso, se sumerge luego en el torbellino de la política. Y cuando después de un año de trabajos le queda algún tiempo, pasea su curiosidad inquieta en los vastos límites de los Estados Unidos, haciendo así quinientas leguas en algunos días, para distraerse mejor de su felicidad. La muerte ocurre, en fin, y le detiene antes de que se haya fatigado en la inútil pretensión de una felicidad completa, que huye siempre de él.

Se admira uno al contemplar esa agitación singular que muestra tantos hombres felices en el seno mismo de su abundancia y, sin embargo, este espectáculo existe desde que hay mundo, y sólo es nuevo el ver que todo un pueblo lo presenta.

El gusto por los goces materiales debe considerarse como el origen principal de esta inquietud secreta que se descubre en las acciones de los americanos, y de esa inconstancia de que dan diariamente ejemplo.

El que limita su espíritu á la sola adquisición de los bienes de este mundo vive siempre agitado, porque no tiene sino un tiempo muy corto para encontrarlos, apoderarse de ellos y gozarlos. El recuerdo de la brevedad de la vida le aguijonea incesantemente, y fuera de los bienes que posee se imagina á cada instante otros mil que la muerte le impedirá gustar si no se apresura. Este pensamiento le llena de turbación, de temor y de pesar y mantiene su alma en una especie de trepidación incesante que lo incita á cambiar todos los días de designio y de lugar.

Si al gusto por el bienestar material se agrega un estado social en que ni la ley ni la costumbre retengan á nadie en su puesto, esto servirá de mayor estímulo para la inquietud de espíritu, y se verá entonces á los hombres cambiar continuamente de ruta, temiendo no acertar con la que más pronto deba conducirlos á la felicidad.

Por otra parte, es fácil concebir que si los hombres que buscan con pasión los goces materiales los desean vivamente, se cansarán también de ellos con facilidad; pues, siendo su objeto final gozar, es preciso que el medio de llegar á él sea pronto y fácil, sin que el trabajo de adquirir el goce sobrepuje al mismo goce. La mayor parte de las almas son, pues, á la vez ardientes y frías, violentas y débiles, y frecuentemente es menos temible la muerte que la continuación de esfuerzos hacia el mismo objeto.

La igualdad conduce por un camino más recto aún á muchos de los efectos que acabo de describir. Cuando todas las prerrogativas del nacimiento y la fortuna desaparecen, y las profesiones se abren á todos, y se puede llegar por sí mismo á la cima de cada una de ellas, parece abrirse también una carrera inmensa y fácil á la ambición de los hombres, y éstos se figuran, desde luego, que están llamados á grandes destinos; pero es una mira errónea que la experiencia corrige todos los días. Esta misma igualdad que permite concebir vastas esperanzas á cada ciudadano, le hace individualmente débil y limita por todos lados sus fuerzas, al mismo tiempo que permite á sus deseos el extenderse.

No sólo son incapaces por sí mismos, sino que hallan á cada instante inmensos obstáculos que no habían descubierto al principio. Como han destruído los privilegios de algunos de sus semejantes, encuentran la concurrencia de todos, y el límite cambia de forma más bien que de lugar. Cuando los hombres son poco más ó menos semejantes y siguen una misma vía, es difícil que alguno de ellos marche de prisa y atraviese la multitud que le rodea y oprime. Esta oposición constante que reina entre los instintos que hace nacer la igualdad, y los medios que ella suministra para satisfacerlos, atormenta y fatiga las almas.

Pueden concebirse hombres que hayan llegado á un cierto grado de libertad que los satisfaga enteramente y en este caso gozarán de su independencia, sin inquietud y sin ardor; pero jamás fundarán los hombres una iguadad que les sea suficiente.

Por más esfuerzos que haga un pueblo, nunca llegará á hacer las condiciones perfectamente iguales á su seno; y si tuviese la desgracia de llegar á ese nivel absoluto y completo, quedaría todavía la desigualdad de la inteligencia, que procediendo directamente de Dios, jamás se someterá á las leyes.

Por democrático que sea el estado social y la constitución política de un pueblo, se puede asegurar que cada uno de sus ciudadanos descubrirá siempre cerca de sí muchos puntos que le dominen y preverá que volverá obstinadamente sus miradas hacia este solo lado. Cuando la desigualdad es la ley común de una sociedad, las más grandes desigualdades no causan ninguna impresión, y cuando todo esto está poco más ó menos á nivel, las más pequeñas la producen. Por esta razón el deseo de la igualdad se hace más insaciable á medida que la igualdad es mayor.

En los pueblos democráticos, los hombres obtienen con facilidad una cierta igualdad; pero no pueden alcanzar la que desean. Esta se les aparta cada día, aunque sin desaparecer jamás de su vista, y al retirarse los atrae en su busca; creen ellos sin cesar que van á alcanzarla y constantemente se les escapa. La ven lo bastante cerca para conocer sus encantos; más no se aproximan lo necesario para gozarla y mueren antes de haber saboreado enteramente sus dulzuras.

Á estas causas es preciso atribuir la melancolía que los habitantes de los países democráticos dejan frecuentemente ver en el seno de su abundancia, y ese disgusto de la vida que llega á apoderarse de ellos algunas veces, en medio de una existencia cómoda y tranquila.

Nos quejamos en Francia de que el número de los suicidios es cada vez mayor; en América el suicidio es raro, pero se asegura que la demencia es más común que en cualquiera otra parte. Estos son síntomas diferentes del mismo mal.

Los americanos no se matan por más agitados que se hallen, porque la religión les prohibe hacerlo y porque entre ellos no existe, por decirlo así, el materialismo, aunque la pasión del bienestar material sea general. Su voluntad resiste, pero muchas veces su razón cede.

Los goces son más vivos en los tiempos democráticos que en los aristocráticos y, sobre todo, el número de los que los obtienen es infinitamente mayor; pero, por otro lado, es preciso reconocer que las esperanzas y los deseos son allí frecuentemente burlados, las almas están más conmovidas é inquietas y las zozobras y los cuidados son más sensibles.

CAPÍTULO XIV

De qué manera el gusto por los goces materiales se une entre los americanos al amor de la libertad y al cuidado de los negocios públicos.

Cuando un estado democrático vuelve hacia la monarquía absoluta, la actividad que se tenía anteriormente en los negocios públicos y en los privados, viniendo de golpe á reconcentrarse en estos últimos, hacen resultar por algún tiempo una gran prosperidad material; mas presto se afloja el movimiento y cesa el desarrollo de la producción.

No creo que se pueda citar un solo pueblo manufacturero y comerciante, desde los tirios hasta los florentinos y los ingleses, que no haya sido libre; luego hay un lazo estrecho y existe una relación necesaria entre la libertad y la industria.

Esto se observa generalmente en todas las naciones, pero con especialidad en las democráticas.

He hecho ver anteriormente por qué los hombres que viven en los siglos de la igualdad tienen una continua necesidad de la asociación para procurarse casi todos los bienes que codician, y, por otra parte, he manifestado cómo la gran libertad política perfeccionaba y vulgarizaba en su seno el arte de asociarse. La libertad en estos siglos es útil particularmente á la producción de las riquezas; y puede verse, al contrario, que el despotismo le es perjudicial.

El natural del poder absoluto, en los siglos democráticos, no es ni cruel ni bárbaro, pero sí minucioso y delicado en extremo. Un

despotismo de esta índole, aunque no menosprecie la humanidad, se opone directamente al genio del comercio y á los instintos de la industria. Así, los hombres de los tiempos democráticos tienen necesidad de ser libres, á fin de procurarse con más comodidad los goces materiales porque anhelan incesantemente.

Sin embargo, sucede algunas veces que el gusto excesivo que conciben por estos mismos goces, los entrega al primer dueño que se presenta. La pasión del bienestar se vuelve contra ella misma, y aleja sin descubrirlo el objeto de sus ansias.

En la vida de los pueblos democráticos hay, en efecto, un paso muy peligroso.

Cuando el gusto de las goces materiales se desenvuelven en uno de estos pueblos con más rapidez que las luces y los hábitos de la libertad, sobreviene un momento en que los hombres son arrastrados como fuera de sí mismos á la vista de estos nuevos bienes que van presto á adquirir. Preocupados con el solo cuidado de hacer fortuna, no ven el lazo estrecho que une la particular de cada uno de ellos á la prosperidad de todos, y no hay necesidad de arrancar á tales ciudadanos los derechos que poseen; pues los dejan voluntariamente escapar ellos mismos. El ejercicio de sus deberes políticos les parece un contratiempo que les distrae de su industria; y si se trata de elegir sus representantes, de prestar auxilio á la autoridad, de discutir en común los negocios públicos, el tiempo les falta, porque no saben disiparlo en trabajos inútiles: estos son allí juegos de ociosos que no convienen á hombres graves ocupados de los intereses serios de la vida. Tales gentes creen seguir la doctrina del interés; pero no forman de ella sino una falsa idea, y para atender mejor á lo que llaman «sus negocios» descuidan el principal, que es el ser siempre dueños de sí mismos.

No queriendo los ciudadanos que trabajan pensar en la cosa pública y no existiendo la clase que podría encargarse de este cuidado para llenar sus ocios, el lugar del gobierno queda como vacío. Si en este momento crítico un hábil ambicioso viniese á apoderarse del mando, encontraría sin duda abierta la vía á todas las usurpaciones.

Si cuida algún tiempo de que todos los intereses materiales prosperen, el campo quedará libre; tanto más cuanto garantice un buen orden. Los hombres que aman los goces materiales descubren

de qué manera las agitaciones de la libertad contribuyen á procurárselo, y el menor ruido de las pasiones públicas al penetrar en medio de los pequeños goces de su vida privada, los despierta y les quita el sosiego: el miedo á la anarquía los tiene por mucho tiempo en suspenso y prontos siempre á arrojarse fuera de la libertad al primer desorden.

Convendré, sin dificultad, en que la paz pública es un gran bien; pero no quiero, sin embargo, olvidar que á través del buen orden han llegado los pueblos á la tiranía. No por esto se debe entender que los pueblos deban despreciar la paz pública, sino que es preciso que no se contenten sólo con ella. Una nación que no pide á su gobierno sino la conservación del orden es ya esclava en la esencia, porque se hace esclava de su bienestar y puede aparecer fácilmente el hombre que ha de encadenarla.

El despotismo de las facciones no es menos temible que el de un solo hombre.

Cuando la masa de los ciudadanos no quiere ocuparse sino de sus asuntos privados, los partidos menos numerosos no deben perder la esperanza de hacerse dueños de los negocios públicos. Entonces no es raro ver en la vasta escena del mundo, así como en nuestros teatros, una multitud representada por algunos hombres. Esos hablan solos, en nombre de una muchedumbre ausente ó descuidada; sólo obran en medio de la inmovilidad universal; disponen, según sus caprichos, de todas las cosas, cambian las leyes y tiranizan á su antojo las costumbres: se asombra uno al contemplar el pequeño número de débiles é indignas manos en que así puede caer un gran pueblo.

Hasta el día, los americanos han evitado felizmente todos los escollos que acabo de indicar y, en verdad, merecen por esto que se les admire.

Quizá no existe país en la tierra donde se encuentren menos ociosos que en América y donde todos los que trabajan busquen con más ansia el bienestar. Pero si la pasión de los americanos por los goces materiales es violenta, á lo menos no es ciega, y la razón, aunque incapaz de moderarla, la dirige.

Un americano se ocupa de sus negocios privados como si estuviese sólo en el mundo, y un momento después se entrega á la cosa pública como si las hubiese olvidado: tan pronto se cree ani-

mado de la ambición más egoísta, tan pronto poseído del patriotismo más vivo, y parece imposible que el corazón humano pueda dividirse de esta manera. Los habitantes de los Estados Unidos muestran alternativamente una pasión tan violenta y tan semejante por su bienestar y su libertad, que puede creerse que estas pasiones se unen y se confunden en algún lugar de su alma. Los americanos ven en su libertad el mejor instrumento y la más grande garantía de su bienestar y aman estas dos cosas, la una por la otra. No piensan que no les interese el mezclarse en los negocios públicos, antes al contrario, creen que su principal objeto debe ser asegurar por sí mismos un gobierno que les permita adquirir los bienes que desean y que no les prohiba gozar en paz los que ya han adquirido.

CAPÍTULO XV

De qué manera las creencias religiosas atraen de tiempo en tiempo el alma de los americanos hacia los goces inmateriales.

Cuando llega el séptimo día de la semana en los Estados Unidos, la vida comercial é industrial de la nación parece suspendida, pues todo movimiento y ruido cesa absolutamente. Un profundo reposo, ó más bien una especie de recogimiento solemne, le sucede, y el alma entra al fin en posesión de sí misma y se contempla.

Durante este día, los lugares consagrados al comercio están desiertos, cada ciudadano rodeado de su familia se dirige al templo, y allí se le preparan discursos extraños que parecen poco á propósito para su oído; se le habla de los innumerables males causados por el orgullo y la codicia; de la necesidad de arreglar sus deseos; de los goces que nacen de la virtud y de la verdadera dicha que los acompaña.

Vuelto á su habitación, no se le ve correr á los registros de sus negocios, abre el libro de las Santas Escrituras y encuentra pinturas sublimes y patéticas de la grandeza y de la bondad del Creador, de la magnificencia infinita de las obras de Dios, del alto destino reservado á los hombres, de sus deberes y de sus derechos á la inmortalidad.

Así es como de tiempo en tiempo el americano huye en cierto modo de sí mismo y arrancándose por un momento á las pequeñas pasiones que agitan su vida y á los intereses pasajeros que la

impulsan, penetra de repente en un mundo ideal en donde todo es grande, puro y eterno.

He examinado, en otro lugar de esta obra, las causas á que era preciso atribuir la conservación de las instituciones políticas de los americanos, y la religión me ha parecido ser una de las principales. Hoy que me ocupo de los individuos, lo encuentro de nuevo y descubro que no es menos útil á cada ciudadano que á todo el Estado.

Los americanos muestran por su práctica, que sienten la necesidad de moralizar la democracia con la religión. Lo que piensan de sí mismos sobre esto es una verdad de que toda nación democrática debe estar penetrada.

No dudo que la constitución social y política de un pueblo lo disponga á ciertas creencias y á ciertos gustos en que abunda en seguida sin dificultad, mientras que estas mismas causas lo separen de ciertas opiniones y de ciertas inclinaciones, sin que trabaje por sí mismo en ello ó, por mejor decir, sin que ni se lo figure.

Todo el arte del legislador consiste en discernir bien estas inclinaciones naturales de las sociedades humanas, para saber cuando es necesario ayudar el esfuerzo de los ciudadanos y cuando convendría más bien debilitarlo; pues sus obligaciones difieren según los tiempos, y lo único que hay inmóvil es el objeto á que debe siempre dirigirse el género humano, porque los medios para llegar á él varían constantemente.

Si yo hubiese nacido en un siglo aristocrático, en medio de una nación en que la riqueza hereditaria de los unos y la pobreza irremediable de los otros desviasen igualmente á los hombres de la idea de lo mejor y tuviesen las almas como aletargadas en la contemplación del otro mundo, querría que se me permitiese estimular en un pueblo semejante el sentimiento de las necesidades; me ocuparía en descubrir los medios más cómodos y rápidos para satisfacer los nuevos deseos que habría hecho nacer, y dirigiendo hacia los estudios físicos los más grandes esfuerzos del espíritu humano, trataría de excitarlo á la investigación del bienestar.

Si sucediese que algunos hombres se acalorasen desconsideramente en busca de la riqueza y mostrasen un amor excesivo por los goces materiales, no me alarmaría; pues estos rasgos particulares desaparecerían pronto en la fisonomía común.

Mas los legisladores de las democracias tienen otros cuidados.

Que se dé á los pueblos democráticos instrucción y libertad y se les deje obrar, y llegarán á obtener sin dificultad todos los bienes que el mundo puede ofrecer; perfeccionarán las artes útiles y harán cada día la vida más cómoda, más agradable y más dulce; su estado social los inclina naturalmente hacia este lado y no temo que ellos se detengan.

Pero mientras que el hombre se ocupa en esta indagación honesta y legítima del bienestar, debe temerse que al fin pierda el uso de sus más altas facultades y que al pretender mejorarlo todo alrededor suyo, se degrade él mismo. Aquí y no en otra parte está el peligro.

Es preciso que los legisladores de las democracias y todos los hombres honrados y distinguidos que en ellas viven, se apliquen sin descanso á elevar las almas y á tenerlas dirigidas al cielo. Es necesario que todos los que se interesan en el porvenir de las sociedades democráticas se unan y de común acuerdo hagan continuos esfuerzos para extender en el seno mismo de estas sociedades el gusto por lo infinito, el sentimiento y el amor de los placeres inmateriales.

Si se encuentran entre las opiniones de un pueblo democrático algunas de esas malignas teorías que tienden á hacer creer que todo perece con el cuerpo, considérense los hombres que las profesan como los enemigos naturales de este pueblo.

Encuentro entre los materialistas muchas cosas que me ofenden. Sus doctrinas me parecen perniciosas y su orgullo me indigna: si su sistema pudiese servir de alguna utilidad al hombre, me parece que sería solamente la de darles una modesta idea de sí mismos; pero ellos no dejan ver que así sea, y cuando creen haber probado suficientemente que son brutos, se muestran tan soberbios como si hubiesen demostrado que eran Dioses.

El materialismo es en todas las naciones una enfermedad peligrosa del espíritu humano, pero debe temerse con particularidad en un pueblo democrático, porque se combina maravillosamente con el vicio más familiar del corazón en estos pueblos.

La democracia favorece el gusto de los goces materiales, y si este gusto se hace excesivo, dispone bien pronto á los hombres á creer que todo es materia; y el materialismo, á su vez, acaba por

arrastrarlos con un ardor insensato hacia estos mismos goces materiales. Tal es el círculo fatal á que las naciones democráticas son impelidas, conviene, pues, que vean el peligro y se contengan.

La mayor parte de las religiones no son sino medios generales, simples y prácticos de enseñar á los hombres la inmortalidad del alma, y esta es la principal ventaja que un pueblo democrático saca de las creencias y lo que las hace más necesarias en tal pueblo que en todos los otros.

Cuando una religión, cualquiera que sea, ha echado profundas raíces en el seno de una democracia, es necesario no conmoverla; conviene conservarla como la herencia más preciosa de los siglos aristocráticos; no tratéis de arrancar jamás á los hombres sus antiguas opiniones religiosas para sustituirlas por otras nuevas, porque, en el tránsito de una fe á otra, el alma puede encontrarse un momento vacía de creencias, extenderse en ella el amor de los goces materiales, y venir éstos á ocuparla totalmente.

La metempsicosis, en verdad, no es más razonable que el materialismo, pero si fuese absolutamente indispensable que una democracia eligiese entre los dos, no vacilaría en juzgar que los ciudadanos corren menos riesgo de embrutecerse, pensando que su alma va á pasar al cuerpo de un cerdo, que creyendo que no existe.

La creencia de un principio inmaterial y espiritual el unido por cierto tiempo á la materia, es tanto más necesaria á la grandeza del hombre, cuanto que produce excelentes efectos, aun sin hacer mérito de las recompensas y de las penas, y limitándose á pensar que después de la muerte el principio divino encerrado en el hombre se absorbe en Dios ó va á animar á otra criatura.

Aquéllos consideran como la porción secundaria é inferior de nuestra naturaleza y la desprecian aun en el momento mismo de sufrir su influencia, en tanto que hacen un aprecio natural, y tienen una admiración secreta por la parte inmaterial del hombre, sin embargo de rehusar algunas veces someterse á su imperio. Esto basta para dar un cierto giro elevado á sus ideas y á sus gustos, y para dirigirlos sin interés y como por sí mismos hacia los sentimientos puros y las grandes ideas.

No es una cosa averiguada que Sócrates y su escuela tuviesen opiniones fijas sobre lo que sería del hombre en la otra vida; pero

la sola creencia que admitían, de que el alma no tiene nada de común con el cuerpo y que ella le sobrevive, bastó para dar á la filosofía platónica esa especie de elevación sublime que la distingue.

Cuando se lee á Platón, se descubre que en los tiempos anteriores á él y en el suyo mismo, existían muchos escritores que preconizaban el materialismo. Sus escritos no han venido hasta nosotros, ó han llegado muy incompletamente. Así ha sucedido en casi todos los siglos; la mayor parte de las grandes reputaciones literarias se han unido al espiritualismo; el instinto y el gusto del género humano sostienen esta doctrina, la salvan frecuentemente á despecho de los hombres, y conservan los nombres de los que se adhieren á ella. No hay que creer, pues, que la pasión de los goces materiales y las opiniones que nacen de ella pueden bastar jamás á un pueblo, cualquiera que sea, por otra parte, su estado político. El corazón del hombre es más vasto de lo que se le supone; puede sentir á un mismo tiempo el gusto por los bienes de la tierra y el amor por los del cielo, y aunque parezca algunas veces entregarse con pasión á uno de los dos, jamás pasará mucho tiempo sin ocuparse del otro.

Si es fácil ver que particularmente en los tiempos de la democracia es cuando más importa hacer reinar las opiniones espiritualistas, no lo es el decir de qué manera deben obrar los que gobiernan los pueblos democráticos para que ellas reinen.

No creo en la prosperidad ni en la duración de las filosofías administrativas, y, en cuanto á las religiones del Estado siempre he creído que si alguna vez podían servir momentáneamente los intereses del poder político, tarde ó temprano serían fatales á la Iglesia.

No soy tampoco del número de los que juzgan que para realzar la religión á los ojos de los pueblos y honrar el espiritualismo que ella profesa, convenga dar indirectamente á sus ministros una influencia política que la ley les rehusa. Me siento tan penetrado de los peligros que corren las creencias cuando sus intérpretes se mezclan en los negocios públicos, y estoy tan convencido de que es preciso mantener á todo trance el cristianismo en el seno de las democracias nuevas, que preferiría encadenar los sacerdotes en el santuario á dejarlos salir de él. ¿Qué medios quedan, pues, á la

autoridad para conducir los hombres hacia las opiniones espiritualistas ó retenerlos en la religión que las sugiere?

Lo que voy á decir me perjudica en concepto de los políticos. Creo que el solo medio eficaz de que los gobiernos puedan servirse para honrar el dogma de la inmortalidad del alma, es obrar siempre como si ellos mismos lo creyesen, y pienso que conformándose escrupulosamente á la moral religiosa en los grandes negocios, es como pueden lisonjearse de enseñar á los ciudadanos á conocerla, á amarla y á respetarla en los pequeños.

CAPÍTULO XVI

De qué manera el amor excesivo del bienestar puede dañar al mismo bienestar.

Existe un enlace más estrecho de lo que se piensa entre la perfección del alma y la mejora de los bienes del cuerpo; el hombre puede dejar separadas estas dos cosas, y contemplarlas alternativamente, más no podrá nunca separarlas del todo sin perderlas al fin ambas de vista.

Las bestias tienen los mismos sentidos que nosotros, y poco más ó menos quieren las mismas cosas; no hay pasiones materiales que no sean comunes y cuyo germen no se encuentre en un perro como en nosotros mismos. ¿De dónde viene, pues, que los animales no saben proveer sino á sus primeras y más groseras necesidades, mientras que nosotros variamos á lo infinito nuestros goces y los aumentamos sin cesar?

Lo que en esto nos hace superiores á las bestias, en que empleamos nuestra alma en encontrar los bienes materiales hacia los cuales ellas son conducidas sólo por el instinto. En el hombre, el alma enseña al cuerpo el arte de satisfacerse, y por él capaz de elevarse sobre los bienes corporales y despreciar hasta la vida, cosa de que las bestias no tienen ni aun idea, sabe multiplicar estos mismos bienes hasta un grado que aquéllas no pueden tampoco concebir.

Todo lo eleva, engrandece y ensancha el alma, lo hace más capaz de salir bien aun en empresas en que no se trata absolutamente de ello. Todo lo que le enerva, por el contrario ó le humilla,

la debilita para todas las cosas, así grandes como pequeñas, y amenaza hacerla casi tan inepta para las unas como para las otras.

Por lo tanto, es preciso que el alma permanezca grande y vigorosa, aunque no sea sino para que pueda poner de tiempo en tiempo su fuerza y su grandeza al servicio del cuerpo.

Si los hombres llegasen alguna vez á contentarse sólo con los bienes materiales, es de creer que perderían poco á poco el arte de producirlos, acabando por gozar de ellos sin discernimiento y sin progreso, como los brutos.

CAPÍTULO XVII

Por qué en los tiempos de igualdad y de duda importa alejar el objeto de las acciones humanas.

En los siglos de fe, se coloca el objeto final de la vida más allá de ella misma. Los hombres de tales épocas se acostumbran naturalmente y, por decirlo así, sin querer, á considerar un objeto inmóvil hacia el cual marchan siempre, y poco á poco aprenden á reprimir mil pequeños deseos pasajeros, para llegar después á satisfacer mejor este grande y permanente que les atormenta. Cuando los mismos hombres quieren ocuparse de las cosas de la tierra, se vuelven á encontrar con semejantes hábitos y fijan á sus acciones de acá abajo un objeto general y determinado, hacia el cual se dirigen todos sus esfuerzos. No se les ve emprender diariamente nuevos proyectos, pero tienen ciertos designios que no dejan de proseguir. Esto explica, por qué los pueblos religiosos han hecho tantas cosas durables; se ve que al ocuparse del otro mundo, habían hallado el gran secreto de ser felices en éste.

Las religiones habitúan generalmente al hombre á conducirse en vista del porvenir, siendo en esto tan útiles á la felicidad de esta vida como á la de la otra, y ved aquí uno de sus principales aspectos políticos.

Pero á medida que se obscurecen las luces de la fe, la vista de los hombres se recoge, y se diría que cada vez el objeto de las acciones humanas, les parece más próximo.

Cuando un día se han acostumbrado á no ocuparse de lo que

debe sucederles después de su vida, se les ve recaer fácilmente en esa completa y brutal indiferencia del porvenir, que es tan conforme á ciertos instintos de la especie humana; así que pierden la costumbre de colocar el objeto de sus principales esperanzas á una larga distancia, se inclinan á realizar sin retardo sus menores deseos, y parecen que desde el momento en que desesperan de vivir eternamente, se disponen á obrar como si no debiesen existir sino un solo día.

Siempre es de temerse en los siglos de incredulidad que los hombres se entreguen diariamente á la contigencia de sus deseos, y que renunciando del todo á obtener lo que no pueden adquirir sin muchos esfuerzos, no funden nada grande, pacífico ni estable.

Este peligro es todavía mayor si en un pueblo que tenga tales disposiciones, el estado social se hace democrático.

Cuando cada uno trata incesantemente de mudar de puesto, cuando inmensa concurrencia se abre á todos y las riquezas se acumulan y se disipan en pocos instantes en medio del tumulto de la democracia, la idea de una fortuna fácil y repentina, de grandes bienes prontamente adquiridos y perdidos y la imagen de la casualidad bajo todas sus formas, se presenta al espíritu humano. La instabilidad del estado social favorece la volubilidad natural de los deseos, y en medio de estas perpetuas fluctuaciones de la suerte, lo presente se engrandece, oculta el porvenir que se borra y los hombres no quieren ocuparse sino del día siguiente.

En esos países en que desgraciadamente se encuentran la irreligión y la democracia, los filósofos y los gobernantes deben interesarse en alejar siempre de la vista de los hombres el objeto de las acciones humanas.

Es preciso que el moralista aprenda á defenderse circunscribiéndose al espíritu de su siglo y de su país; que diariamente se esfuerce en hacer ver á sus contemporáneos que en medio del movimiento perpetuo que los rodea, es más fácil de lo que ellos suponen, concebir y ejecutar grandes empresas; que les haga ver que aunque la humanidad haya cambiado de aspecto, los métodos con cuya ayuda pueden los hombres procurarse la prosperidad de este mundo, son los mismos, y que en los pueblos democráticos,

como en otra parte, sólo resistiendo á mil pequeñas pasiones particulares de todos los días, es como se puede llegar á satisfacer la general del bienestar, que atormenta continuamente.

El deber de los que gobiernan se halla asimismo determinado, pues si en todos tiempos conviene que los que dirigen las naciones se conduzcan con la mira del porvenir, todavía es esto más necesario en los siglos democráticos y de incredulidad. Obrando así, los jefes de la democracia hacen, no solamente prosperar los negocios públicos, sino que con su ejemplo enseñan á los particulares el arte de conducir los privados.

Es preciso que se esfuercen en desterrar cuanto les sea posible el acaso, del mundo político.

La súbita y mal merecida elevación de un cortesano, no produce sino una impresión pasajera en un país aristocrático, porque el conjunto de las instituciones y de las creencias obliga habitualmente á los hombres á marchar con lentitud por vías de que no pueden separarse.

Pero nada hay tan pernicioso como presentar semejantes ejemplos á un pueblo democrático; ellos acaban por precipitar su corazón hacia la corriente que todo lo arrastra, y principalmente en los tiempos de escepticismo y de igualdad es cuando se debe evitar con cuidado que el favor del pueblo ó el del príncipe, que la casualidad os acuerda, y del que ella misma puede privaros, ocupe el lugar de la ciencia y de los servicios. Debe desearse que cada progreso parezca el fruto de un esfuerzo; de tal suerte que no haya grandezas fáciles de adquirir, y que la ambición se vea obligada á fijar por largo tiempo sus miradas en un objeto antes de lograrlo.

Es preciso que los gobiernos se interesen en volver á dar á los hombres ese gusto por el porvenir, que no inspira ya la religión ni el estado social y que, sin decirlo, enseñen cada día prácticamente á los ciudadanos que la riqueza, el poder y la fama, son la recompensa del trabajo; que los buenos sucesos se encuentran al final de los largos deseos, y sólo es durable lo que se obtiene con dificultad.

Cuando los hombres se han habituado á prever muy anticipadamente lo que les debe suceder acá abajo, y alimentarse con esperanzas, les es difícil contener su espíritu en los límites preciosos

de la vida y están dispuestos á traspasarlos para extender más allá su vista.

No dudo que habituando á los ciudadanos á pensar en el porvenir en este mundo, se le acercaría poco á poco, y sin que ellos mismos lo supiesen, á las creencias religiosas.

Por tanto, el medio que permite á los hombres hasta cierto punto vivir sin religión, es quizá el único que queda para conducir el género humano hacia la fe, por un largo rodeo.

CAPÍTULO XVIII

Por qué razón entre los americanos todas las profesiones decentes son reputadas honoríficas.

En los pueblos democráticos, en que hay riquezas hereditarias, cada uno trabaja para vivir, ó ha trabajado, ó nacido de gentes que han trabajado. La idea del trabajo se presenta al espíritu del hombre como condición necesaria, natural y razonable del género humano.

No sólo no deshonra el trabajo en estos pueblos, sino que se considera como muy decoroso, y la preocupación no obra en contra de él, sino antes le favorece. En los Estados Unidos, un hombre rico mira como un deber para con la opinión pública, el consagrar sus ocios á alguna operación de industria, de comercio ó de interés público, y creería adquirir mala fama si no se cuidase más que de vivir. Muchos americanos ricos se vienen á Europa huyendo de la obligación de trabajar, y aquí encuentran sociedades aristocráticas entre las cuales la ociosidad es todavía honorífica.

La igualdad, no solamente rehabilita la idea del trabajo, sino que la realza procurando un lucro.

En las aristocracias no es precisamente el trabajo lo que se desprecia, sino la ganancia ó provecho. El trabajo es glorioso cuando la ambición ó la virtud lo inspiran únicamente. Sin embargo, sucede con frecuencia bajo la aristocracia, que el que trabaja por el honor no es insensible al incentivo de la ganancia: pero estos dos deseos no se encuentran sino en lo más profundo de su alma; él tiene buen cuidado de ocultar á todos el lugar en

que se unen, y cada cual se lo encubre á sí propio. En los países aristocráticos apenas hay funcionario público que no pretenda servir sin interés al Estado. Su salario es cosa en que algunas veces se fijan poco, y de que siempre aparentan no ocuparse, así, la idea del lucro permanece distinta de la del trabajo, y por más que de hecho se hallen juntas, el pensamiento las separa.

En las sociedades democráticas, al contrario, estas dos ideas están siempre visiblemente unidas. Como el deseo del bienestar es universal, las fortunas son mediocres y pasajeras, y cada uno tiene necesidad de aumentar sus recursos ó procurarlos nuevos á sus hijos, todos ven con claridad que la ganancia es, si no en todo, á lo menos en parte, la que los inclina al trabajo. Los mismos que obran principalmente por el estímulo de la gloria, se familiarizan con la idea de que no la hacen sólo con esta mira, y descubren, cualesquiera que tengan, que el deseo de vivir se mezcla en ellos con el de hacer ilustre su vida.

Desde el momento en que todos los ciudadanos miran por una parte el trabajo como una honrosa necesidad de la condición humana y por otra, que él es visiblemente producido en todo ó en parte por la consideración del salario, el inmenso espacio que separaba las diversas profesiones en las sociedades aristocráticas desaparece, y si no son todas iguales, á lo menos tienen un rasgo semejante.

No hay ninguna profesión en que no se trabaje por el dinero, y el salario, que es común á todas, da á todas igualmente un aire de familia.

Esto sirve para explicar las opiniones de los americanos relativamente á las diversas profesiones.

Los individuos que entre los americanos se dedican al servicio doméstico, no se creen degradados por trabajar, pues alrededor de ellos todo el mundo trabaja; ni se sienten tampoco humillados con la idea de que reciben un sueldo, porque hasta el presidente de los Estados Unidos trabaja por un salario, y se le paga por mandar, así como á ellos por servir.

En los Estados Unidos las profesiones son más ó menos penosas, más ó menos lucrativas, pero nunca se consideran altas ni bajas. Toda profesión decente es honrada.

CAPITULO XIX

Lo que inclina á casi todos los americanos á las profesiones industriales.

Creo que de todas las artes útiles, la agricultura es la que hace menos progresos en las naciones democráticas y aun podría decirse que es estacionaria, porque muchas otras parecen que corren en sus adelantos.

Por el contrario, casi todos los gustos y hábitos que nacen de la igualdad, conducen naturalmente á los hombres hacia el comercio y la industria.

Figurémonos un hombre activo, ilustrado, libre, con comodidades, lleno de deseos; este hombre, demasiado pobre para poder vivir ocioso y bastante rico para no temer hallarse en la necesidad, se ocupa en mejorar su suerte. Como ha concebido el gusto por los goces materiales y ve á otros muchos que se abandonan á estos gustos, ha empezado á entregarse á ellos y se consume por aumentar los medios de satisfacerlos todavía más. Sin embargo la vida se pasa, el tiempo urge y ¿qué hace?

El cultivo de la tierra promete á sus esfuerzos resultados ciertos, pero lentos, y nadie se enriquece por este medio, sino poco á poco y con dificultad. La agricultura no conviene, sino á los ricos que tienen ya un gran sobrante ó á los pobres que no aspiran sino á vivir. La resolución está tomada, vende sus tierras, deja su habitación y se dedica á cualquier otra carrera ariesgada, pero lucrativa.

Las sociedades democráticas abundan en gentes de esta espe-

cie, que crecen á medida que la igualdad de las condiciones se aumenta.

No solamente multiplica la democracia el número de los trabajadores, sino que los inclina más bien á un trabajo que á otro, y mientras que les hace odiar la agricultura, los dirige hacia el comercio y la industria (1).

Esta inclinación se muestra hasta en los ciudadanos más ricos, pues por opulento que se suponga á un hombre en los países democráticos, está siempre descontento de su fortuna, porque se encuentra menos rico que su padre y teme que sus hijos lo sean todavía menos que él. La mayor parte de los ricos de las democracias piensan sin cesar en los medios de adquirir las riquezas, y vuelven naturalmente su vista hacia el comercio y la industria, que les parecen los medios más prontos y seguros de procurársela.

Participan en esto de los sentimientos del pobre sin tener sus necesidades ó más bien se hallan impedidos por las más imperiosa necesidad, que es la de no ir á menos. En la aristocracia, los ricos son al mismo tiempo los que gobiernan. La atención que prestan constantemente á los grandes negocios públicos, los separa de los pequeños cuidados que exigen el comercio y la industria. Sin embargo, si la voluntad de alguno de ellos se dirige por

---

(1) Muchas veces se ha observado que los comerciantes y los hombres dedicados á la industria tienen un gusto inmoderado por los goces materiales, acusándose de esto al comercio y á la industria; pero yo creo que se ha tomado el efecto por la causa. No es ciertamente el comercio ni la industria lo que sugiere á los hombres el gusto por los goces materiales, sino más bien este mismo gusto es el que les conduce hacia las profesiones comerciales é industriales, porque esperan satisfacerse en ellos más pronto y más cumplidamente.

Si el comercio y la industria contribuye á aumentar el deseo del bienestar, esto proviene de que toda pasión se fortifica á medida que el hombre se ocupa de ella, y crecen con los esfuerzos que se hacen para satisfacerla.

Todas las causas que hacen predominar en el corazón humano el amor de los bienes de este mundo, desenvuelven el comercio y la industria. La igualdad es una de ellas; favorece el comercio, no directamente dando á los hombres el gusto por los negocios, sino indirectamente fortificando y generalizando en sus almas el amor del bienestar.

casualidad hacia el negocio, la del cuerpo viene presto á estorbarle el paso; por más que se levante contra el imperio del número, nunca escapa completamente de su yugo, y en el seno mismo de los cuerpos aristocráticos que se niegan tan obstinadamente á reconocer los derechos de la mayoría nacional, se forma una particular que gobierna (1).

En los países democráticos, en que el dinero no sirve para conducir al poder al que lo posee, y más bien lo separa de él frecuentemente, los ricos no saben que hacer de sus ocios. La inquietud y la grandeza de sus deseos, la extensión de sus recursos, el gusto por lo extraordinario que experimentan casi siempre los que se elevan, de cualquiera manera que sea, sobre la multitud, los apresura siempre á obrar, y sólo encuentran abierta la ruta del comercio. En las democracias no hay nada más grande ni más brillante que el comercio: atrae las miradas del público, llena la imaginación de la multitud y hacia él se dirigen todas las pasiones enérgicas. Nada puede impedir á los ricos entregarse al comercio, ni sus propias preocupaciones, ni las de ningún otro. Los ricos de las democracias no forman nunca un cuerpo que tenga costumbres y orden especiales; las ideas propias de su clase no los detienen y las generales de su país los impelen. Como, por otra parte, las grandes fortunas que se ven en el seno de un pueblo democrático han tenido casi siempre un origen comercial, es necesario que se sucedan muchas generaciones antes que sus poseedores hayan perdido enteramente el hábito de los negocios.

Los ricos de las democracias, reducidos al estrecho espacio que la política les deja, se lanzan por todas partes al comercio, porque en él pueden extenderse y usar de sus ventajas naturales; en cierto modo, por la audacia misma y las grandezas de sus empresas industriales, se debe juzgar el poco caso que habrían hecho de la industria si hubieran nacido en el seno de una aristocracia.

La misma observación es aplicable á todos los hombres de las democracias, sean pobres ó ricos.

Los que viven en medio de la instabilidad democrática tienen incesantemente ante los ojos la imagen de la casualidad y acaban por amar todas las empresas en que ésta figura. Se inclinan todos

(1) Véase la nota al final de este tomo.

al comercio, no solamente por el lucro que promete, sino por las agitaciones que experimentan.

Hace sólo medio siglo que los Estados Unidos de América salieron de la dependencia colonial en que los tenía Inglaterra; por esto, el número de las grandes fortunas es muy reducido y los capitales todavía raros. Sin embargo, no hay pueblo sobre la tierra que haga progresos tan rápidos en la industria y en el comercio como los americanos; hoy forman la segunda nación marítima del mundo, y aunque sus manufacturas tengan que luchar contra obstáculos naturales casi insuperables, no dejan por eso de desarrollarse diariamente.

Las más grandes empresas industriales se ejecutan sin dificultad en los Estados Unidos, porque la población entera se mezcla en la industria, y el más pobre, lo mismo que el ciudadano más opulento, unen con gusto sus esfuerzos para este fin. Es admirable, sin duda, el ver los trabajos inmensos que ejecuta cada día sin dificultad una nación en donde, por decirlo así, no hay ningún rico.

Los americanos llegaron ayer al suelo que habitan y han trastornado ya el orden de la naturaleza en su provecho. Han unido el Hudson al Missisipí, hecho comunicar al Océano Atlántico con el golfo de Méjico, atravesando más de quinientas leguas de continente que separan estos dos mares, y hoy, los más grandes caminos de hierro que existen, se hallan en América.

Pero lo que más llama la atención en los Estados Unidos, no es la grandeza extraordinaria de algunas empresas industriales, sino la multitud innumerable de las pequeñas.

Casi todos los cultivadores de los Estados Unidos han agregado alguna especie de comercio á la agricultura, y la mayor parte han hecho de la agricultura un comercio. Es raro que un cultivador americano se fije siempre en el suelo que ocupa. En las nuevas provincias del Oeste, principalmente, se desmonta un campo para venderlo después y no para cultivarlo; se construye una granja con la esperanza de que viniendo presto á cambiar el estado del país por el continuo aumento de la población, se podrá obtener un buen precio por ella.

Todos los años baja un número considerable de habitantes del Norte hacia el Mediodía, y viene á establecerse en los países don-

de se cultiva el algodón y la caña dulce. Estos hombres labran la tierra con el objeto de hacerla producir en pocos años lo bastante para enriquecerse y entrever ya el momento en que podrán volver á su patria á gozar de una comodidad así adquirida. Los americanos extienden, pues, á la agricultura, el espíritu de negocio, y sus pasiones industriales se muestran allí como en cualquiera otra parte.

Los americanos hacen inmensos progresos en la industria, porque se ocupan todos á la vez de ella, y por esta misma causa están sujetos á crisis industriales inesperadas y muy formidables.

Como todos ellos se ocupan del comercio, se halla éste sujeto á influencias tan numerosas y tan complicadas, que es imposible preveer con anticipación las dificultades que pueden nacer; y como cada uno se mezcla más ó menos en la industria, al menor choque que los negocios experimentan, todas las fortunas particulares flaquean al mismo tiempo y el Estado vacila.

Creo que la reproducción de las crisis industriales es una enfermedad endémica en las naciones democráticas de nuestros días, y aunque se la puede hacer menos peligrosa, no será fácil curarla, porque no depende de un accidente, sino de la complexión misma de estos pueblos.

CAPÍTULO XX

De qué manera podría la aristocracia originarse de la industria.

He hecho ver cómo la aristocracia favorecía el desarrollo de la industria y multiplicaba sin término el número de los que se dedican á ella: veamos ahora por qué ruta desviada podría la industria á su vez conducir los hombres á la aristocracia.

Se ha observado que cuando un obrero se ocupa todos los días de un mismo trabajo, se consigue más fácilmente, más pronto y con más economías la producción general de la obra.

También se ha visto que mientras más en grande se emprendía una industria, con más fuertes capitales y crédito, tanto más baratos eran sus productos. Estas verdades se entreveían desde hace mucho tiempo; pero no se han demostrado sino en nuestros días. Se aplican ya á varias industrias muy importantes, y sucesivamente las adoptan también las menores.

Nada veo en el mundo político que deba fijar más la atención del legislador que estos dos nuevos axiomas de la ciencia industrial.

Cuando un artesano se entrega de un modo exclusivo y constante á la fabricación de un solo objeto, acaba por desempeñar este trabajo con una destreza singular; pero pierde al mismo tiempo la facultad general de aplicar su espíritu á la dirección del trabajo: cada día se hace más hábil y menos industrioso, y puede decirse que el hombre se degrada en él á medida que el obrero se perfecciona.

¿Qué puede esperarse de un hombre que ha empleado veinte

años de su vida en hacer cabezas de alfileres? ¿Á qué podrá en lo sucesivo aplicar esa poderosa inteligencia humana, que tantas veces ha conmovido el mundo, sino á buscar el mejor medio de hacer cabezas de alfileres?

Cuando un artesano ha consumido de esta suerte una porción considerable de su existencia, se encuentran sus ideas detenidas en el objeto diario de sus labores; su cuerpo ha contraído ciertos hábitos fijos de que no puede dispensarse; en una palabra, no pertenece ya á sí mismo, sino á la profesión que ha escogido. En vano las leyes y las costumbres procurarán romper alrededor de él todas las barreras y abrirse por todos lados diferentes vías hacia la fortuna; pues una teoría industrial más poderosa que las costumbres y las leyes le ha ligado á un oficio, y á veces á un lugar que no puede dejar.

Ella misma le ha asignado en la sociedad un puesto de que no puede separarse y en medio del movimiento universal, le ha hecho inmóvil.

A medida que el principio de la división del trabajo recibe una aplicación más completa, el obrero viene á ser más débil, más limitado y más dependiente. El arte progresa y el artesano retrógrada.

Por otra parte, á medida que se descubre manifiestamente que los productos de una industria son tanto más perfectos y menos caros cuanto la manufactura es más basta y el capital mayor, los hombres muy ricos y muy instruídos se presentan á ocuparse de industrias, que hasta entonces habían estado en manos de artesanos ignorantes y atrasados. Los grandes esfuerzos que se requieren y la inmensidad de resultados que deben obtenerse, los atraen.

Así, pues, al mismo tiempo que la ciencia industrial deprime incesantemente la clase de los obreros, eleva la de los maestros y directores. Mientras que el obrero reduce más y más su inteligencia al estudio de un solo detalle, el dueño extiende su vista sobre un conjunto más vasto y su espíritu se ensancha á proporción que el del otro se estrecha: muy pronto el segundo no necesita más que la fuerza física sin la inteligencia, mientras que el primero tiene siempre necesidad de la ciencia y casi del ingenio, para tener buen éxito. El uno se parece cada vez más al administrador de un vasto imperio y el otro á un bruto.

El dueño y el obrero no tienen nada de semejante y cada día difieren más: son como los dos anillos finales de una larga cadena. Cada uno ocupa un puesto que está destinado para él y del cual no sale jamás. El uno se halla en una dependencia continua, estrecha y necesaria del otro, y parece nacido para obedecer, como éste para mandar. ¿Y qué es esto sino aristocracia?

Viniendo á igualarse las condiciones cada vez más en el cuerpo de la nación, la necesidad de los objetos manufacturados se generaliza y se aumenta, y el precio moderado que pone estos objetos al alcance de las fortunas mediocres, viene á ser un grande elemento de buen éxito.

Así, se observa cada día que los hombres más opulentos ó ilustrados consagran á la industria sus riquezas y su ciencia, y tratan de satisfacer los nuevos deseos que se manifiestan por todas partes, abriendo grandes talleres y dividiendo estrictamente el trabajo.

Á medida que la masa de la nación se inclina á la democracia, la clase particular que se ocupa de industria se vuelve más aristocrática. Los hombres se hacen cada vez más semejantes en la una y más diferentes en la otra, y la desigualdad crece en la pequeña sociedad á proporción que disminuye en la grande. Esta es la razón porque remontando al origen, parece que se ve la aristocracia salir por un esfuerzo natural del seno mismo de la democracia: mas esta aristocracia no se asemeja en nada á las que la han precedido; pues desde luego se notará que no aplicándose sino á la industria y á algunas profesiones industriales solamente, es una excepción ó un monstruo, en el estado social.

Las pequeñas sociedades aristocráticas que forman ciertas industrias en medio de la inmensa democracia de nuestros días, encierran, como las grandes sociedades aristocráticas de los antiguos tiempos, algunos hombres muy opulentos y una multitud muy miserable. Estos pobres tienen pocos medios para salir de su condición y hacerse ricos; pero los ricos frecuentemente se vuelven pobres, ó dejan el negocio después de haber obtenido sus utilidades. Así, los elementos que forman la clase de los pobres son casi fijos, pero no lo son los que componen la clase de los otros. En verdad, aunque haya ricos, no existe esta clase, porque no tienen inclinaciones ni objetos comunes, tradiciones ni esperanzas iguales, de manera que hay miembros, pero no cuerpo.

No solamente no están unidos los ricos con solidez entre sí, sino que puede decirse que no hay lazo verdadero entre el pobre y el rico. Nunca están perpetuamente fijos el uno cerca del otro, pues á cada instante el interés los une y los separa. El obrero depende en general de los dueños, pero no de un dueño determinado. Estos dos hombres se ven en la fábrica y no se conocen fuera, y mientras que por un lado están unidos, por los demás permanecen muy separados. El dueño de una manufactura no pide al obrero sino su trabajo, y éste no espera de aquél sino el salario.

El uno no se compromete á proteger ni el otro á defender, y no se hallan ligados de un modo permanente por el hábito ni por el deber. La aristocracia que funda el negocio, jamás se fija en medio de la población industrial que dirige, pues su objeto no es gobernarla, sino servirse de ella.

Una aristocracia así constituída no puede asegurar fuertemente á los que emplea, y si lo consigue por un momento, bien pronto se le escapan.

La aristocracia territorial de los siglos pasados estaba obligada por la ley ó se creía obligada por las costumbres á venir al socorro de sus servidores y á aliviar sus miserias; pero la aristocracia manufacturera de nuestros días, después de haber empobrecido y embrutecido á los hombres de que se sirve, los abandona en los tiempos de crisis á la caridad pública para que los mantenga. Esto resulta naturalmente de lo que precede. Entre el obrero y el dueño, las relaciones son frecuentes, pero no existe nunca una asociación verdadera.

Sea lo que fuere, pienso que la aristocracia manufacturera que vemos elevarse es una de las más severas que hayan podido aparecer en la tierra; pero al mismo tiempo, una de las más limitadas y de las menos peligrosas.

Con todo, este es el lado hacia donde los amigos de la democracia deben dirigir con más inquietud su atención, porque si la desigualdad permanente de las condiciones y la aristocracia penetran de nuevo en el mundo, se puede decir que lo harán por esta entrada.

TERCERA PARTE

Influencia de la democracia sobre las costumbres propiamente dichas.

CAPÍTULO PRIMERO

De qué manera se suavizan las costumbres á medida que se igualan las condiciones.

Vemos desde hace mucho tiempo, que las condiciones se igualan, y descubrimos á la vez que las costumbres se templan; pero ¿estas dos cosas son solamente contemporáneas, ó existe entre ellas algún lazo secreto que no permita á la una adelantar sin la otra?

Hay muchas causas que pueden concurrir á hacer menos toscas las costumbres de un pueblo; pero entre todas, la que me parece más poderosa es la igualdad de las condiciones. Ésta, y la suavidad de las costumbres, no sólo son en mi concepto hechos contemporáneos; sino también correlativos.

Cuando los fabulistas quieren interesarnos en las acciones de los brutos, les suponen ideas y pasiones humanas, y del mismo modo obran los poetas cuando hablan de genios y de ángeles, porque no hay desdichas tan grandes ni felicidad tan completa que puedan detener nuestro espíritu y ocupar nuestro corazón, si no se nos representa á nosotros mismos bajo caracteres distintos.

Esto se puede muy bien aplicar al objeto que ahora nos ocupa.

Cuando todos los hombres están colocados de una manera irrevocable, según su profesión, sus bienes y su nacimiento, en el seno de una sociedad aristocrática, los miembros de cada clase se consideran todos como hijos de la misma familia y experimentan los unos por los otros una continua y activa simpatía que jamás podrá encontrarse en el mismo grado entre los ciudadanos de una democracia. Pero no sucede lo mismo con las diversas clases entre sí.

En un pueblo aristocrático cada casta tiene sus opiniones, sus sentimientos, sus derechos, sus costumbres y hasta su existencia aparte. Así, los hombres que la componen no se parecen á los otros, ni tienen el mismo modo de pensar y de sentir y apenas creen que forman parte de la misma humanidad; no pueden comprender bien lo que los otros experimentan ni juzgarlos por ellos mismos. No obstante, algunas veces se les ve prestarse con ardor un socorro mutuo; mas esto no se opone á lo que precede, pues esas mismas sustituciones aristocráticas que habían hecho tan distintos los seres de una misma especie, los habían unido por un lazo político muy estrecho.

Aunque el esclavo no se interesase naturalmente en la suerte de los nobles, no por esto se creía menos obligado á sacrificarse por el que entre ellos era su jefe, y aunque el noble se creyese de naturaleza diferente de la de los siervos, juzgaba, sin embargo, que su honor y su deber le obligaban á defender, con peligro de su propia vida, á los que estaban bajo su dominio.

Es evidente que estas mutuas obligaciones no nacían del derecho natural, sino del político y que la sociedad obtenía más de lo que la humanidad sola hubiera podido hacer, pues el apoyo no se prestaba por la calidad del hombre, sino por la de vasallo ó señor. Las instituciones feudales hacían muy sensibles los males de ciertos hombres, pero no las miserias de la especie humana. Daban generosidad más bien que dulzura á las costumbres, y aunque sugiriesen grandes sacrificios, no hacían nacer verdaderas simpatías; pues no hay simpatías reales sino entre gentes semejantes, y en los siglos aristocráticos no se consideran como tales sino los miembros de la misma clase ó familia.

Cuando los cronistas de la Edad Media, que pertenecían todos por su nacimiento ó por sus hábitos á la aristocracia, refieren el fin trágico de un noble, lo hacen con mucho dolor; más nos cuentan la matanza y los tormentos de las gentes del pueblo, sin emoción y sin ningún episodio. No es porque estos escritores tuviesen un odio habitual ni un desprecio sistemático por el pueblo. La guerra no estaba entonces declarada entre las diversas clases del Estado: obedecían á un instinto más bien que á una pasión, y como no se formaban una idea clara de los sufrimientos del pobre, se interesaban débilmente en su suerte.

Así sucedía también con los hombres del pueblo, desde que el lazo feudal llegaba á romperse. Los mismos siglos que han presenciado tantos sacrificios heróicos de los vasallos por sus señores, han sido testigos de crueldades inauditas que de tiempo en tiempo han ejercido las clases bajas contra las altas.

Esta mutua insensibilidad no dependía solamente de la falta de orden y de cultura, pues se encuentran aún sus huellas en los siglos siguientes, que después de haberse hecho moderados y cultos, permanecieron todavía aristocráticos.

En el año de 1675, las clases bajas de la Bretaña se sublevaron con motivo de un nuevo impuesto. Estos movimientos tumultuosos fueron reprimidos con una atrocidad sin ejemplo. He aquí como Madame de Sévigné, testigo de estos horrores, los refiere á su hija:

«Por Dios, hija mía, que tu carta de Aix es graciosa; ojalá las leyeses de nuevo antes de enviarlas, pues lo que tienen de agradable te compensaría el trabajo de escribir tantas. ¿Has visitado ya toda la Provenza? No habría por cierto ningún placer, recorriendo la Bretaña, á menos que no se gustase mucho de oler vino. ¿Quieres saber noticias de Rennes? Se ha impuesto una contribución de cien mil escudos, y si no se entrega esta suma en veinticuatro horas se doblará y se exigirá por la tropa. Todos los habitantes de una gran calle han sido echados y desterrados, y se ha prohibido, bajo pena de la vida, el recogerlos; de suerte que se ven estos miserables, entre los cuales hay recién paridas, viejos, niños, andar errantes llorando al salir de esta ciudad, sin saber á donde ir, sin tener con qué alimentarse ni en dónde acostarse. Anteayer enrodaron al que tocaba el violín cuando empezó la

bulla y el robo del papel sellado, lo descuartizaron y expusieron en los cuatro ángulos de la ciudad. Han arrestado sesenta vecinos y desde mañana empezarán á ahorcarlos. Esta provincia es un lindo ejemplo para las otras, y principalmente para enseñar á respetar á los gobernadores y gobernadoras, y á no tirar piedras á su tejado (1).

»Madame de Tarente estuvo ayer en estos bosques con un tiempo delicioso; pero no hay que hablarle de habitación ni refresco, pues entra por una puerta y vuelve á salir por la otra».....

Después añadía: «Me hablas de un modo visible de nuestras desdichas; ya no hay tantos enrodados; sólo uno cada ocho días para ocupar la justicia; la horca me parece ahora un refresco. Desde que estoy en este país he formado una idea muy diferente de la justicia. Vuestros galeotes me parecen una sociedad de hombres de bien que se han retirado del mundo para llevar una vida más tranquila».

No se crea que Madame de Sévigné, que escribió estas líneas, era un ente bárbaro y egoísta; amaba apasionadamente á sus hijos y se mostraba muy sensible á las penas de sus amigos; leyendo sus obras se descubre que trataba con bondad é indulgencia á sus vasallos y servidores; pero Madame de Sévigné no concebía claramente que pudiera sufrir el que no era gentil-hombre.

En nuestros días, el hombre más cruel, escribiendo á la persona más insensible, no se entregaría con calma á la insoportable y dolorosa burla que acabo de reproducir, y aun cuando sus costumbres particulares se lo permitiesen, las generales de la nación se lo prohibirían.

¿De dónde viene esto? ¿Somos nosotros más sensibles que nuestros padres? Yo no lo sé; pero seguramente nuestra sensibilidad se extiende á más objetos.

Cuando las clases son casi iguales en un pueblo, todos los hombres tienen poco más ó menos el mismo modo de pensar y de sentir y cada uno puede juzgar en un momento de las sensaciones de todos los demás; echa una mirada rápida sobre sí mismo

(1) Para conocer el mérito de esta burla, es preciso no olvidar que madame de Grignan era gobernadora de Provenza.

y esto le basta. No hay desdichas que no conciba sin dificultad, y de que un instinto secreto no le descubra la extensión. En vano se tratatá de extranjeros ó de enemigos; su imaginación lo colocará pronto en lugar de ellos, mezclando á su piedad algo de personal que le hará sufrir á él mismo, cuando se despedaza el cuerpo de su semejante.

Raras veces se sacrifican los hombres unos por otros en los siglos democráticos; pero muestran una compasión general por todos los miembros de la especie humana. No se les ve causar males inútiles, y cuando sin perjudicarse mucho á sí mismos pueden aliviar los dolores ajenos, tienen gusto en hacerlo; no son verdaderamente desinteresados, pero sí benignos y amables.

Aunque los americanos hayan elevado, por decirlo así, el egoísmo á teoría social y filosófica, no se muestran por esto menos accesibles á la piedad.

No hay país en que la justicia criminal se administre más benignamente que en los Estados Unidos, y al paso que los ingleses parece que quieren conservar como cosa preciosa en su legislación penal los sangrientos vestigios de la Edad Media, los americanos casi han hecho desaparecer la pena de muerte de sus códigos.

Creo que la América del Norte es el único país de la tierra en donde, después de cincuenta años, no se haya quitado la vida á un sólo ciudadano, por delitos políticos.

Lo que acaba de probar que esta singular dulzura de los americanos viene principalmente de su estado social; es el modo como ellos tratan á sus esclavos.

Quizá no exista colonia europea en el Nuevo Mundo, en que la condición física de los negros sea menos dura que en los Estados Unidos. Sin embargo, los esclavos sufren allí todavía espantosas miserias y se hallan constantemente expuestos á castigos muy crueles. Es fácil descubrir que la suerte de estos desgraciados inspira poco piedad á sus amos y que éstos ven en la esclavitud, no solamente un hecho de que se aprovechan, sino también un mal que no les conmueve siquiera. De suerte que el mismo hombre lleno de humanidad por sus semejantes cuando son sus iguales, se hace insensible á sus desdichas desde que cesa la igualdad. Es preciso, pues, atribuir su dulzura á esta igualdad, más bien que á la civilización y á la instrucción.

Lo que acabo de decir de los individuos, se aplica hasta cierto punto á los pueblos.

Cuando cada nación tiene sus opiniones, sus creencias, sus leyes y sus usos aparte, se considera como formando ella sola la humanidad entera y no se siente afectada sino por sus propias desgracias.

Si la guerra llega á encenderse entre dos pueblos dispuestos de este modo, no puede dejar de ser cruel.

Los romanos, en tiempos de sus grandes luces, degollaban á los generales enemigos, después de haberlos arrastrado en triunfo detrás de un carro y echaban los prisioneros á las bestias para divertir al pueblo. Cicerón, que se lamenta con la idea de un ciudadano puesto en cruz, no encuentra nada que censurar en estos atroces abusos de la victoria, y es evidente que á sus ojos un extranjero no es de la misma especie humana que un romano.

Al contrario, á medida que los pueblos se asemejan más, se muestran recíprocamente más compasivos por sus trabajos, y se suaviza el derecho de gentes.

CAPITULO II

De qué manera la democracia hace las relaciones habituales de los americanos más sencilla y fáciles.

La democracia no liga fuertemente á los hombres entre sí, pero hace más fáciles sus relaciones habituales.

Supongamos que se encuentran casualmente dos ingleses en los antípodas, rodeados de extranjeros, cuya lengua y costumbres apenas conocen. Estos dos hombres se consideran al principio con gran curiosidad y con una especie de inquietud secreta; luego se separan ó si se acercan tienen cuidado de no hablarse sino con un aire forzado y distraído y de decirse cosas poco importantes. Sin embargo, entre ellos no hay ninguna enemistad; nunca se han visto y recíprocamente se tienen por muy honrados. ¿Por qué, pues, ponen tanto cuidado en no encontrarse? Es preciso volver á Inglaterra para comprenderlo.

Cuando el nacimiento sólo, independientemente de la riqueza, es el que clasifica los hombres, cada uno sabe con precisión el punto que ocupa en la escala social, y no trata de subir más, ni teme tampoco descender. En una sociedad organizada de esta suerte, los hombres de diferentes clases se comunican poco entre sí; pero cuando la casualidad los pone en contacto, se acercan voluntariamente, sin esperar ni temer confundirse. Sus relaciones no tienen por base la igualdad, más no por esto son forzadas.

Pero no es así cuando á la aristocracia de nacimiento sucede la del dinero.

Los privilegios concedidos á algunos son todavía muy gran-

des, pero la posibilidad de adquirirlos existe para todos; de donde se sigue que los que los poseen están siempre preocupados por el temor de perderlos ó de verlos dividir; y los que no los gozan aún, quieren á toda costa poseerlos ó si no pueden conseguirlos, aparentar que los tienen, lo que no es del todo imposible. Como el valor social de los hombres no se halla fijado de un modo ostensible y permanente por la sangre y varía hasta lo infinito según la riqueza, las clases existen siempre, pero no se puede distinguir claramente del primer golpe á los que las ocupan. Pronto se establece una guerra sorda entre todos los ciudadanos: los unos se esfuerzan por mil artificios en penetrar realmente ó en apariencia entre sus superiores; los otros, combaten sin descanso por rechazar estos usurpadores de sus derechos ó más bien el mismo hombre hace ambas cosas, y mientras que trata de introducirse en la esfera superior, lucha sin interrupción contra el esfuerzo que se hace por el inferior.

Tal es en nuestros días el estado de Inglaterra, y creo que á él se debe referir principalmente lo que precede. Siendo todavía muy grande el orgullo aristocrático entre los ingleses y dudosos los límites de la aristocracia, cada uno teme constantemente excederse en su familiaridad; y no pudiendo juzgar al primer golpe de vista la situación social de los que encuentra, evita con prudencia entrar en contacto con ellos. Como aun haciendo ligeros servicios se teme contraer una amistad poco adecuada, se precaven de los buenos oficios y se sustraen con tanto cuidado al reconocimiento indiscreto de un desconocido, como á su odio.

Hay muchas gentes que atribuyen á causas meramente físicas esta insociabilidad singular y ese humor reservado y taciturno de los ingleses. Convengo en que la sangre influye algo en ellos; pero creo que el Estado social influye mucho más, y el ejemplo de los americanos nos lo prueba.

En América, donde los privilegios de nacimiento nunca han existido y donde la riqueza no da ningún derecho particular al que la posee; los que no se conocen se reúnen en los mismos lugares y no encuentran ventaja ni riesgo en comunicarse libremente sus pensamientos. Se ven por casualidad y no se buscan ni se evitan: su acceso es, pues natural, abierto y franco; se conoce que ellos no esperan ni temen casi nada los unos de los otros y

que no se esfuerzan en mostrar ni en ocultar el lugar que ocupan; y aunque su exterior sea frío y serio, jamás es forzado ni altanero, y cuando no se dirigen la palabra es porque no tienen humor de hablar y no por interés en callar.

Dos americanos en un país extranjero se hacen inmediatamente amigos, sólo porque son americanos. No hay preocupación que les aleje y el ser de un mismo país los atrae. Pero no basta que dos ingleses sean de la misma sangre para comunicar entre sí; es preciso que ocupen el mismo puesto social.

Los americanos reparan tanto como nosotros ese humor insociable de los ingleses y no lo admiran menos que nosotros. Sin embargo, los americanos tienen de los ingleses su origen, su religión, su idioma y, en parte, sus costumbres, y no difieren sino en el estado social. Debe, pues, decirse, que la reserva de los ingleses procede de la constitución del país, más bien que de la de los ciudadanos.

CAPITULO III

Por qué los americanos son poco sentidos y delicados en su país, y se muestran tanto en el nuestro.

Los americanos tienen un temperamento vengativo como todos los pueblos serios y reflexivos. Casi nunca olvidan una ofensa, pero tampoco es fácil ofenderlos y su enojo es tan lento en inflamarse como en extinguirse.

En las sociedades aristocráticas, en que un pequeño número de individuos dirigen todas las cosas, las relaciones exteriores de los hombres entre sí, están sometidas á convenciones, poco más ó menos, fijas. Entonces cada uno cree saber con precisión de qué manera conviene manifestar su respeto ó mostrar su benevolencia, y la etiqueta es una ciencia que á nadie se disculpa ignorar.

Estos usos de la primera clase sirven de modelo á todas las otras, y además, cada una de ellas se hace un código separado, al que todos sus miembros están obligados á conformarse.

Así, las reglas de la urbanidad forman una legislación complicada que es difícil poseer completamente y de la cual no es permitido separarse sin riesgo. Ignorándola los hombres están constantemente expuestos á causar ó recibir impresiones desagradables y crueles.

Mas á medida que las clases desaparecen, que los hombres distintos por su educación y su nacimiento se mezclan y se confunden en los mismos lugares, se hace casi imposible entenderse sobre las reglas del mundo. Como la ley es indeterminada, desobedecer no es un crimen ni á los ojos mismos de los que la conocen;

se fijan, pues, más bien en el fondo de las acciones que en la forma, y se llega á ser á la vez menos cortés y menos delicado.

Hay una multitud de pequeños miramientos de que no hace caso un americano, porque juzga que no se le deben ó supone que ignoran debérselos.

No conoce, pues, tampoco que se le falta, ó bien lo dispensa; de suerte que sus maneras vienen á ser menos corteses y sus costumbres más simples y varoniles.

Esta indulgencia recíproca que muestran los americanos y esta confianza que se manifiestan, resultan todavía de una causa más general y profunda que he indicado ya en el capítulo precedente.

En los Estados Unidos, las clases no difieren sino muy poco en la sociedad civil y absolutamente nada en el mundo político; un americano no se cree obligado á hacer servicios particulares á ninguno de sus semejantes, ni los exige tampoco de los demás. Como no ve que su interés consiste en procurarse con ardor la compañía de algunos de sus conciudadanos, apenas se figura que puedan rechazar la suya; como á nadie desprecia por su condición, se imagina que por la misma causa nadie puede despreciarlo, y hasta que no ve claramente la injuria no cree que se trate de ultrajarle.

El estado social dispone naturalmente á los americanos á no ofenderse con facilidad por pequeñeces; y por otro lado la libertad democrática de que ellos gozan acaba por hacer pasar esta mansedumbre á las costumbres nacionales.

Las instituciones políticas de los Estados Unidos ponen incesantemente en contacto á los ciudadanos de todas clases y les obligan á seguir en común grandes empresas. Gentes tan ocupadas tienen poco tiempo para fijarse en los pormenores de la etiqueta y mucho interés además en vivir de acuerdo, para detenerse en ella. Fácilmente se acostumbran á considerar en aquéllos con quienes se ven los sentimientos y las ideas, más bien que sus modales, y no se alteran por bagatelas.

He notado muchas veces que en los Estados Unidos es difícil hacer comprender á un hombre que molesta su presencia, y no siempre basta para esto servirse de medios indirectos.

Si contradigo á cada paso á un americano con el objeto de

darle á conocer que sus discursos me importunan, le veo hacer nuevos esfuerzos para convencerme; si guardo un obstinado silencio, se imagina que reflexiono profundamente en las verdades que me presenta y cuando al fin logro desprenderme de él, supone que un negocio urgente me llama á otra parte. Este hombre no comprende que me cansa sin que yo se lo diga y no puedo librarme de él, sino haciéndome su enemigo mortal.

Lo que sorprende á primera vista, es que este mismo hombre transportado á Europa, se hace de repente de un trato desagradable y difícil, hasta tal punto que es casi tan imposible dejar de ofenderlo como lo era antes desagradarlo. Mas estos dos efectos tan diferentes son producidos por la misma causa.

Las instituciones democráticas dan, en general, á los hombres, una vasta idea de su patria y de sí mismos. El americano sale de su país, lleno de orgullo, llega á Europa y desde luego descubre que no se ocupan tanto como él se imaginaba de los Estados Unidos y del gran pueblo que los habita, y esto sólo empieza á resentirlo.

Ha oído decir que las condiciones no son iguales en nuestro hemisferio, y en efecto advierte que entre las naciones de Europa la distinción de clases no se ha borrado enteramente; que la riqueza y el nacimiento conservan privilegios inciertos que él no puede despreciar ni definir. Este espectáculo lo inquieta y lo sorprende, porque es del todo nuevo para él, y nada de lo que ha visto en su país le ayuda á comprenderlo. No sabe absolutamente qué lugar le convenga ocupar en esta jerarquía medio destruída y entre estas clases bastante diferentes para aborrecerse y despreciarse y bastante unidas para hallarse siempre expuesto á confundirlas. Teme colocarse muy alto, y más todavía muy bajo; este doble riesgo tiene su espíritu mortificado y embaraza constantemente sus acciones y sus discursos.

Por tradición sabe que en Europa las ceremonias varían á lo infinito según las condiciones; este recuerdo acaba de inquietarle y teme tanto más no obtener las consideraciones que le son debidas, cuanto que precisamente no sabe en qué consisten.

Anda siempre como un hombre rodeado de emboscadas, y la sociedad, lejos de ser para él un recreo, es un trabajo serio. Fija la atención en las más mínimas acciones de los otros, observa sus

miradas y analiza con cuidado todos sus discursos, temiendo que encierren algunas alusiones ocultas que le ofendan. No sé si es posible encontrar un gentil-hombre de aldea más delicado en punto á ceremonias; lo cierto es que se esfuerza en obedecer las más insignificantes leyes de la etiqueta, y no sufre que se olvide ninguna para con él; está á la vez lleno de exigencia y de escrúpulos; desearía hacer lo suficiente, pero teme hacer demasiado, y como no conoce bien los límites de lo uno y de lo otro, se mantiene en un grado de reserva embarazosa y altiva.

Pero esto no es todo y ahora vamos á examinar otra doblez del corazón humano.

Un americano habla constantemente de la admirable igualdad que reina en los Estados Unidos y tiene un gran orgullo por su país; pero se aflige en secreto por sí mismo y aspira á demostrar que él es la excepción del orden general que preconiza.

Apenas se encuentra uno que no crea tener alguna relación por su nacimiento con los primeros fundadores de las colonias, y respecto de los vástagos de las grandes familias de Inglaterra, la América me ha parecido toda cubierta de ellos.

El primer cuidado de todo americano opulento, luego que llega á Europa, es rodearse de todos los esplendores del lujo, y teme tanto que se le considere como simple ciudadano de una democracia, que se compone de mil maneras para presentar todos los días una nueva imagen de su riqueza; se aloja por lo común en el principal barrio de la ciudad y tiene siempre una multitud de criados.

Un americano se quejaba delante de mí, de que en las primeras reuniones de París no se encontrase sino una sociedad mixta: el gusto que reina en ellas no le parecía bastante puro y dejaba comprender con maña que, en su opinión, las maneras no eran muy delicadas: en fin, le parecía extraño ver el ingenio disfrazado con formas vulgares.

Semejantes contrastes no deben absolutamente sorprender.

Si la huella de las antiguas distinciones aristocráticas me hubiese completamente desaparecido en los Estados Unidos, los americanos se mostrarían menos exigentes y más naturales en el nuestro.

CAPITULO IV

Consecuencias de los tres capítulos precedentes.

Cuando los hombres se sienten naturalmente conmovidos por los males de los otros y se establecen entre ellos cada día más frecuentes y agradables relaciones sin que ningún enojo los divida, fácilmente se concibe que, en caso de necesidad, se prestarán una mutua ayuda. Cuando un americano implora la asistencia de sus semejantes, es muy raro que se las rehusen, y aun he observado muchas veces que se la concedían por su propia voluntad con un gran celo.

Si acontece algún accidente imprevisto en un camino público, se dirigen por todas partes hacia el que ha sido víctima; si sobreviene de repente una gran desgracia á una familia, mil desconocidos reparan generosamente esta pérdida y un gran número de cortos dones llegan á socorrer su miseria.

En las naciones más civilizadas del globo, se ve frecuentemente que un infeliz se halla tan aislado en medio de la multitud, como el salvaje en los bosques, esto no sucede casi en los Estados Unidos.

Los americanos, que son siempre fríos en sus maneras y muchas veces groseros, jamás parecen insensibles, y si no se apresuran á ofrecer sus servicios, á lo menos no los rehusan.

No se opone esto de ninguna manera á lo que antes dije del individualismo y veo, al contrario, que todo se halla más bien conforme.

La igualdad de las condiciones, que hace sentir á los hombres

su independencia, les muestra también su debilidad. Si son libres, se hallan expuestos á mil accidentes y la experiencia les enseña que, aunque no tengan una necesidad continua del socorro ajeno, llega casi siempre un momento en que no pueden pasar sin él.

En Europa vemos todos los días, que los hombres de una misma profesión se ayudan gustosos.

Están expuestos á las mismas desgracias y esto basta para que procuren defenderse mutuamente, por insensibles y egoístas que sean.

Cuando uno está en peligro y los otros pueden librarlo por medio de un pequeño sacrificio ó por un repentino esfuerzo, lo hacen inmediatamente; no porque se interesen mucho en su suerte, pues si por casualidad lo que hacen para socorrerlo es inútil, lo olvidan presto y vuelven á ocuparse de sí mismos, sino porque se ha establecido entre ellos una especie de convenio tácito y casi voluntario, por el cual cada uno debe prestar á los otros un apoyo momentáneo que á su vez podrá reclamar para sí mismo.

Extendiendo á todo un pueblo lo que digo solamente de una clase, será bien fácil comprender mi pensamiento.

Existe efectivamente, entre todos los ciudadanos de una democracia, una convención análoga á la de que hablo; todos se encuentran sujetos á la misma debilidad y á los mismos peligros y tanto su interés como sus simpatías les imponen el deber de prestarse una existencia mutua en caso de necesidad.

Mientras más semejantes se hacen las condiciones, más muestran los hombres esta disposición á obligarse recíprocamente.

Si no se hacen grandes favores en las democracias, á lo menos se rinden constantemente buenos oficios, y si es caso que un hombre se sacrifique al servicio de otro, también todos son serviciales.

CAPITULO V

De qué manera modifica la democracia las relaciones que existen entre el dueño y el criado.

Un americano que por largo tiempo había viajado por Europa me decía un día: «Los ingleses tratan á sus criados con un imperio y con unas maneras tan dominantes, que nos sorprenden; mas al mismo tiempo no podemos concebir la familiaridad y aun cortesía de los franceses para con los suyos, pues se diría que no se atreven á mandarlos. La actitud del superior y la del inferior no se hallan bien guardadas».

Esta observación es justa y yo mismo la he hecho muchas veces. Siempre he considerado que Inglaterra es, en nuestros días, el país donde el lazo de la condición de criado se halla más apretado, y Francia el punto de la tierra donde está más flojo. En ninguna parte me ha parecido el dueño más alto ni más bajo respectivamente que en estos dos países.

Los americanos se colocan entre los dos extremos; este es el hecho que en el exterior se presenta; pero es necesario retroceder á otros tiempos para poder descubrir las causas.

Todavía no se han visto sociedades en que las condiciones sean tan iguales, que no se encuentren ricos ni pobres y por consecuencia, dueños y criados.

La democracia no impide que estas dos clases de hombres existan; pero sí cambia su condición y modifica sus relaciones.

En los pueblos aristocráticos, los sirvientes forman una clase particular tan invariable como la de los dueños. Presto se establece

un orden fijo; en la primera, como en la segunda, aparece una jerarquía de clases numerosas y conocidas, y las generaciones se suceden sin que cambie su posición. Estas dos sociedades distintas se rigen por principios análogos.

La constitución aristocrática no influye menos sobre las ideas y las costumbres de los criados que sobre las de los señores y, aunque los efectos sean diferentes, es fácil reconocer la misma causa.

Los unos y los otros forman como pequeñas naciones en medio de la grande y vienen á establecerse entre ellos ciertas nociones permanentes de lo justo y de lo injusto. Los actos de la vida se contemplan desde un punto de vista particular y enteramente invariable. Tanto en la sociedad de los sirvientes como en la de los dueños, los hombres ejercen una gran influencia unos sobre otros; reconocen reglas fijas y en defecto de ley, hallan una opinión pública que los dirige; así reinan entre ellos hábitos determinados y una cierta policía.

Es verdad que estos hombres que obedecen á su destino no entienden por gloria, honradez, virtud ni decencia, lo mismo que los dueños; pero se han hecho una especie de gloria, virtudes y honradez de sirvientes y conciben, si puedo explicarme así, una especie de honor servil (1).

De que una clase sea baja, no debe inferirse que todos los que pertenecen á ella lo sean igualmente en el alma, porque esta sería una grave equivocación. Por inferior que sea, siempre el que se encüentra á la cabeza y que no tiene la idea de dejarla, ocupa una posición aristocrática que le sugiere sentimientos elevados, un alto orgullo y un respeto por sí mismo, que le hacen capaz de las grandes virtudes y de acciones muy distinguidas.

No era raro encontrar en los pueblos aristocráticos al servicio de los grandes, almas nobles y vigorosas que sufrían la esclavi-

(1) Si se examina de cerca circunstanciadamente las opiniones principales que dirigen á estos hombres, la semejanza parece todavía más patente, y se admira uno de hallar en ellos, así como en los miembros más altivos y soberbios de una jerarquía feudal, el orgullo del nacimiento, el respeto por sus abuelos y descendientes, el desprecio del inferior; el temor del contacto, el gusto por la etiqueta, las tradiciones y la antigüedad.

tud y se sometían á la voluntad de sus dueños sin temer nunca su enojo.

Mas no sucede así en las clases inferiores de la servidumbre, pues el que ocupa el extremo de una jerarquía de criados es siempre muy bajo.

Los franceses crearon expresamente una palabra para esta última clase de sirvientes en las aristocracias; los llamaban lacayos. La voz lacayo servía para representar el extremo de la bajeza humana y cuando en la antigua monarquía se deseaba pintar de un golpe un sér vil y degradado, se decía que tenía el *alma de un lacayo*. Con esto sólo bastaba, pues el sentido era completo y explícito.

La desigualdad permanente de las condiciones, no sólo da á los sirvientes ciertas virtudes y vicios particulares, sino que los coloca para con sus señores en una posición especial.

En los pueblos aristocráticos, el pobre se familiariza desde su infancia con la idea de ser mandado y hacia cualquier parte que dirija su vista, encuentra siempre la imagen de la jerarquía y el respeto de la obediencia.

Cuando reina la desigualdad permanente de las condiciones, el dueño obtiene fácilmente de sus sirvientes una obediencia completa, dócil, pronta y respetuosa, porque éstos veneran en él, no sólo el dueño, sino la clase de los dueños; el señor obra en el ánimo de los criados con toda la fuerza de la aristocracia. Ordena sus acciones, dirige hacia cierto punto sus pensamientos y ejerce frecuentemente, aun sin advertirlo, un prodigioso imperio sobre las opiniones, los hábitos y las costumbres de los que le obedecen; extendiéndose su influencia mucho más lejos todavía que su autoridad.

No solamente hay familias hereditarias de criados en las sociedades aristocráticas, como de dueños, sino que las mismas familias de criados duran por muchas generaciones, sirviendo á las mismas familias de dueños (son como líneas paralelas que no se separan ni se unen); lo cual modifica prodigiosamente las relaciones mutuas de estas dos clases de gentes.

Aunque en la aristocracia no se parezcan en nada el dueño y el criado y que, por el contrario, la fortuna, la educación, las opiniones y los derechos los coloquen á una inmensa distancia en la escala de los seres, el tiempo, sin embargo, viene al fin á ligarlos:

una larga serie de recuerdos los une y por diferentes que sean llegan á asemejarse; mientras que en las democracias, en que naturalmente son todos semejantes, permanecen siempre extraños el uno al otro.

En los pueblos aristocráticos el dueño llega á considerar á sus sirvientes como una parte inferior y secundaria de sí mismo y frecuentemente se interesa en su suerte como por último esfuerzo del egoísmo. Los criados, por su parte, no están lejos de contemplarse desde el mismo punto de vista y se identifican algunas veces tanto con la persona del dueño, que llegan á ser al fin su accesorio á sus propios ojos como á los de aquél.

El sirviente ocupa en las aristocracias una posición subordinada de que no puede salir; cerca de él llena otro hombre un puesto superior que no puede perder. Por un lado la obscuridad, la pobreza, la obediencia eterna; por otro la gloria, la riqueza y el mando perpetuo; estas son condiciones diversas siempre é inmediatas, y el lazo que las une es tan durable como ellas mismas.

En tal extremo, el serviente acaba por desprenderse de sí mismo; se abandona en cierto modo, ó más bien se transporta enteramente en su señor, creándose allí una personalidad imaginaria. Se adorna con las riquezas de su señor, hace alarde de su gloria, se envanece con su nobleza y se alimenta sin cesar con su esplendor prestado, al cual da frecuentemente más valor que los mismos á quienes pertenece la plena y verdadera posesión.

Se encuentra á la vez algo de serio y ridículo en tan extrañas confusión de dos existencias.

Trasladadas así estas pasiones de los señores á las almas de sus criados, toman en ellas las dimensiones del lugar que ocupan y por lo tanto se estrechan y reducen. Lo que en los primeros era orgullo, viene á ser vanidad pueril y pretensión miserable en los otros; así sucede que los criados de un grande se muestran de ordinario más delicados y exigentes por los miramientos que se le deben y se fijan más en sus pequeños privilegios que él mismo.

Todavía se encuentra alguna que otra vez entre nosotros, uno de esos antiguos servidores de la aristocracia, que sobrevive á su raza y que desaparecerá bien pronto con ella.

En los Estados Unidos no he visto nadie que se le asemeje; pues no solamente desconocen los americanos el hombre de que se

trata, sino que con mucho trabajo se les hace comprender que existe: tienen tanta dificultad en concebirlo como nosotros en imaginar lo que era un esclavo entre los romanos ó un siervo en la Edad Media. Todos estos hombres, aunque en grados diversos, son el efecto de una misma causa; se apartan ya de nuestra vista y huyen cada día á ocultarse en la obscuridad de lo pasado, con el estado social que les dió la existencia.

La igualdad de las condiciones hace del sirviente y del dueño dos seres nuevos y establece también entre ellos nuevas relaciones.

Cuando las condiciones se hacen casi iguales, los hombres cambian incesantemente de lugar; hay, sin embargo, una clase de criados y otra de señores; pero no son los mismos individuos ni mucho menos las mismas familias los que las componen, y entonces ni el mando ni la obediencia son perpetuos.

No formando los sirvientes un pueblo aparte, tampoco tienen usos, preocupaciones ni costumbres que le sean propias y no demuestran un cierto rumbo de ideas ni un modo particular de sentir. No conocen vicios ni virtudes de estado; pero participan de las luces, ideas, sentimientos, virtudes y vicios de sus contemporáneos y son honrados ó perversos, del mismo modo que sus señores. Las condiciones son tan iguales entre los sirvientes, como entre los señores.

No encontrándose en la clase de criados rangos señalados ni jerarquía permanente, no se verá tampoco en ella la bajeza y la sublimidad que se ostentan en las aristocracias de criados como en todas las demás.

No he visto jamás en los Estados Unidos, nada que pueda darme idea del sirviente distinguido, de que conservamos memoria en Europa ni nada tampoco que me presente la del lacayo.

En las democracias, no solamente son iguales los criados entre sí, sino que en cierto modo son iguales á sus señores. Esto necesita explicarse para que se comprenda bien.

El sirviente puede á cada instante hacerse señor, y aspira á serlo en efecto; el sirviente no es otro hombre distinto del señor. ¿Quién, pues, ha dado al primero el derecho de mandar y ha forzado al segundo á obedecer? El convenio libre y momentáneo de las dos voluntades, pues no siendo naturalmente inferior el uno al otro, sólo viene á estarlo por cierto tiempo en virtud del con-

trato; y si por él es uno sirviente y señor el otro, en lo exterior son dos ciudadanos, dos hombres.

Lo que ruego al lector que considere, es que ésta no es solamente la idea que los sirvientes se forman por sí mismos de su estado, sino que los señores consideran la calidad de criado desde el mismo punto de vista, y los límites precisos del mando y de la obediencia se encuentran tan bien fijados en la mente del uno como en la del otro.

Cuando la mayor parte de los ciudadanos logran una condición poco más ó menos semejantes, y la igualdad es un hecho antiguo y admitido, la opinión común, sobre la cual no influyen jamás las excepciones, señala de un modo general al valor de cada hombre ciertos límites, fuera de los cuales es difícil que ninguno permanezca mucho tiempo. En vano, la riqueza y la pobreza, el mando y la obediencia separan accidentalmente estos dos hombres á grande distancia, pues la opinión pública que se funda en el orden común de las cosas, los acerca al mismo nivel, y á pesar de la desigualdad real de sus condiciones, crea entre ellos una especie de igualdad imaginaria.

Esta opinión poderosa concluye por penetrar en el alma misma de los que el interés podía armar contra ella, y modifica su juicio al mismo tiempo que subyuga su voluntad.

El amo y el criado no descubren ya en el fondo de su alma ninguna profunda desemejanza entre ellos, y no esperan ni temen encontrarla jamás. Queda, pues, sin aversión y sin cólera, y no se hallan soberbios ni humildes cuando se observan. El dueño, juzga que el contrato sólo es el origen de su poder, y el criado descubre en él la causa única de su obediencia; no se disputan jamás entre sí la posición recíproca que ocupan, porque cada uno conoce fácilmente la que le corresponde y la guarda.

El soldado de nuestros ejércitos procede poco más ó menos de las mismas clases que los oficiales, y puede llegar á los mismos empleos: fuera de las filas se considera como perfectamente igual á sus jefes, y, en efecto, lo es; pero bajo su bandera no tiene dificultad en obedecer, y no porque sea voluntaria y definitiva esta obediencia, deja de ser pronto clara y fácil. Por esto puede formarse idea de lo que pasa en las sociedades democráticas entre el señor y el sirviente.

No sería razonable creer que pudiese nacer jamás entre estos dos hombres, alguna de esas profundas y ardientes afecciones que á veces se encienden en el seno de la servidumbre aristocrática, ni tampoco que se vean ejemplos manifiestos de rendimiento.

El señor y el sirviente, en las aristocracias, no se ven sino rara vez y frecuentemente no se hablan sino por la mediación de algún otro. Sin embargo, ellos se consideran fuertemente ligados entre sí.

En los pueblos democráticos, el amo y el criado se hallan muy aproximados; sus cuerpos se tocan incesantemente, aunque no se mezcle su espíritu; mas, si bien tienen ocupaciones comunes, sus intereses no lo son jamás.

En estos pueblos, el sirviente se considera siempre como pasajero en la morada de sus señores; no ha conocido sus abuelos, no verá tampoco á sus descendientes y nada tiene que esperar que sea durable. ¿Cómo podrá, pues, confundir su existencia con la de sus señores y cuál será la causa de un abandono tan singular de sí mismo? Si la posición recíproca ha cambiado, sus relaciones deben también estarlo.

Quisiera apoyar lo que precede, en el ejemplo de los americanos; pero no podré hacerlo sin distinguir con cuidado las personas y los lugares.

Existiendo la esclavitud en el Sur de la Unión, es evidente que lo que acabo de exponer no puede ser allí aplicable. Hacia el Norte, la mayor parte de los sirvientes son libertos ó hijos de libertos, que ocupan en la estima del público una posición dudosa, y aunque la ley los acerque al nivel de sus señores, las costumbres los rechazan obstinadamente; ellos mismos no distinguen con claridad su puesto y se muestran por lo regular serviles ó insolentes.

Mas en las mismas provincias del Norte y en particular en la Nueva Inglaterra, se ve un número considerable de hombres blancos que consienten en someterse por un salario al servicio de sus semejantes, y aun he oído que llenan, por lo común, sus deberes con exactitud é inteligencia y que sin creerse naturalmente inferiores á los que los gobiernan, se someten á su obediencia.

Me parece, pues, ver, que semejantes hombres llevan á la esclavitud algunos de los nobles hábitos que la igualdad y la independencia hacen nacer y que, habiendo una vez escogido esa penosa condición, no tratan de sustraerse indirectamente á ella,

respetándose bastante á sí mismos para no rehusar á sus amos una obediencia que le han prometido libremente.

Los señores, por su parte, no exigen de sus servidores sino la fiel y rigurosa ejecución del contrato y no les piden respetos ni reclaman su amor, ni sus sacrificios; les basta sólo encontrarlos puntuales y honrados.

Se equivocaría quien creyese que bajo la democracia están trastornadas las relaciones del sirviente y del señor, ellos se hallan ordenados de una manera particular, y aunque la regla es distinta, siempre existe una.

No me detendré ahora en averiguar si este estado nuevo que acabo de descubrir es inferior al que le ha precedido ó si es sólo diferente, y poco me importa que entre los hombres exista un orden distinto, con tal que haya alguno establecido.

Pero ¿qué diré de esas tristes y turbulentas épocas, en que la igualdad se funda en medio del tumulto de una revolución, mientras que la democracia, después de haberse establecido en el estado social, lucha aun con dificultad contra las costumbres y las preocupaciones?

La ley y hasta cierto punto la opinión, proclaman ya, que no existe inferioridad natural y permanente entre el sirviente y el señor; mas esta nueva ciencia no ha penetrado en el ánimo del último ó, muy bien, su corazón la rechaza. Allá, en lo interior de su alma, se juzga todavía de una especie particular y superior, pero no se atreve á decirlo y tiembla al considerarse atraído hacia el nivel universal. Su dominio se hace á la vez tímido y cruel, y no teniendo ya por sus sirvientes los sentimientos protectores y benévolos que siempre hace nacer un prolongado y estable poder, se admira de que habiendo él cambiado, su sirviente cambie del mismo modo y quiere que no haciendo más que pasar, por decirlo así, al través de la servidumbre, el criado contraiga hábitos regulares y permanentes, se muestre satisfecho y ufano de la posición servil de que tarde ó temprano debe salir, se sacrifique por un hombre que no puede protegerlo ni perderlo y se liguen por un lazo eterno á seres que se le asemejan y que no duran más que él.

Frecuentemente sucede en los pueblos aristocráticos que el estado de servidumbre en nada humilla el alma de los que están sometidos á él, pues ni conocen, ni han imaginado, siquiera otras

condiciones, y esa gran desigualdad que se muestra entre ellos y el señor, les parece ser el efecto preciso é inevitable de una ley oculta de la Providencia.

Tal estado bajo la democracia, no tiené nada de degradante, pues es elegido libremente y adoptado sólo por algún tiempo; no crea ninguna desigualdad entre el amo y el criado ni la opinión pública lo deshonra.

Sin embargo, al pasar de una condición social á otra, sobreviene casi siempre un momento en que el espíritu de los hombres vacila entre la noción aristocrática de la sujeción y la democrática de la obediencia. La obediencia pierde entonces su moralidad á los ojos del que obedece; no la considera ya como una obligación en cierto modo divina ni aun la ve bajo su aspecto puramente humano; no es ya á sus ojos santa ni justa, y se somete á ella como á un hecho útil, pero degradante.

La imagen confusa é incompleta de la igualdad representa en este momento al espíritu de los sirvientes, y como no distinguen, desde luego, si la igualdad á que tienen derecho se encuentra en su mismo estado de sirvientes ó fuera de él, se indignan en el fondo de su alma contra esa inferioridad á que se sometieron por sí mismos y de la cual sacan algún provecho. Consienten en servir y se avergüenzan de obedecer, aman las ventajas de la esclavitud, pero no al señor, ó por mejor decir, no se creen sin derecho á ser ellos mismos señores y están dispuestos á considerar al que los manda como un usurpador de sus derechos.

Entonces presenta la morada de cada ciudadano alguna cosa análoga al triste espectáculo de la sociedad política; se sigue una guerra sorda é intestina entre poderes siempre rivales y sospechosos; el señor se muestra malévolo y apacible, el sirviente malévolo ó indócil; el uno pretende eximirse con pretextos ridículos, de la obligación que ha contraído de proteger y retribuir, el otro de la de obedecer y entre los dos van y vienen las riendas de la administración doméstica, que cada uno se esfuerza en retener. Los límites que separan la autoridad, de la tiranía, la libertad de la ciencia y el hecho, del derecho, les parecen obscuros y confusos, y nadie sabe lo que es, ni hasta donde se extiende su poder y su deber.

Semejante estado, á la verdad, no es democrático sino revolucionario.

CAPITULO VI

De que manera las instituciones y las costumbres democráticas tienden á aumentar el precio y á acortar la duración de los arrendamientos.

Lo que acabo de decir de los señores y de los sirvientes, se aplica hasta cierto punto á los propietarios y arrendatarios; pero el asunto merece que se considere con separación.

Casi puede decirse que en América no hay arrendatarios, pues todo hombre posee el campo que cultiva.

Es preciso reconocer que las leyes democráticas propenden poderosamente á aumentar el número de propietarios y á disminuir el de los arrendatarios. Con todo eso, lo que sucede en los Estados Unidos debe más bien atribuirse al país mismo que á sus instituciones. Allí cuesta poco la tierra y cada uno se hace fácilmente propietario; produce poco y sus productos apenas podrían dividirse entre un dueño y un arrendatario. La América, pues, es única en esto como en otras muchas cosas y no sería acertado tomarla por ejemplo.

Creo que en los países democráticos, como en los aristocráticos, se encuentran propietarios y arrendatarios, pero no están ligados entre sí del mismo modo.

En las aristocracias los alquileres ó rentas no se pagan sólo en dinero, sino tambien en afección, respeto y servicios; mientras que en los países democráticos se satisfacen sólo en moneda. Cuando los patrimonios se dividen, cambian de dueños y desaparece la relación permanente que existía entre las familias y la

tierra, sólo una casualidad pone en contacto al dueño y al arrendatario, se reúnen un momento para arreglar las condiciones del contrato y se pierden de vista en seguida, como dos extranjeros á quienes el interés acerca para discutir con rigor un negocio cuyo sólo objeto es el dinero.

Á medida que los bienes se dividen y la riqueza se distribuye por todo el país, el Estado se llena de gentes cuya antigua opulencia declina, y de nuevos ricos cuyas necesidades crecen más pronto que sus recursos. El menor provecho es de consecuencia para todos estos individuos y ninguno se encuentra dispuesto á dejar escapar la más pequeña ventaja, ni á perder la más lenta porción de sus rentas.

Cuando las clases se confunden, y las muy grandes como las muy pequeñas fortunas se hacen raras, se encuentra cada día menos distancia entre la condición social del dueño y la del arrendatario; el primero queda sin ninguna superioridad reconocida sobre el segundo. Mas entre dos hombres iguales y poco favorecidos de la fortuna, no puede haber en materia de arrendamiento otro objeto que el del dinero.

Un hombre á quien pertenece todo un cantón y posee cien cortijos, sabe que se trata de ganar á la vez la voluntad de muchos millares de hombres, y para lograr este grande objeto fácilmente, hace ciertos sacrificios; pero el que tiene cien fanegas de tierra no se cuida mucho de esto, y le importa bien poco captarse la benevolencia particular de su arrendatario.

Una aristocracia no muere en un día, como un hombre; su principio se destruye lentamente en el interior de las almas antes de ser atacada en sus leyes y mucho tiempo también antes de que la guerra estalle contra ella, se ve desatarse poco á poco el lazo que hasta entonces había unido las clases altas á las bajas. La indiferencia y el desprecio se descubren, de un lado; del otro, la envidia y el aborrecimiento; las relaciones entre el pobre y el rico se hacen más raras y menos gratas, y se alza el precio de los arrendamientos. Mas éste no es todavía el resultado de la revolución democrática, sino un cierto anuncio de ella; pues una aristocracia que deja escapar de sus manos el corazón de un pueblo, es como un árbol que pierde sus raíces y que los vientos derriban tanto más fácilmente cuanto es más elevado.

De cincuenta años á esta parte, el precio de los arrendamientos ha crecido prodigiosamente, no sólo en Francia, sino en la mayor parte de la Europa.

Los progresos de la agricultura y de la industria en el mismo período no bastan, en mi concepto, para explicar este fenómeno, y es preciso recurrir á otra causa más poderosa y oculta. Creo que debe buscarse en las instituciones democráticas que muchos pueblos europeos han adoptado, y en las pasiones democráticas que más ó menos agitan todos los otros.

Muchos propietarios ingleses se felicitan de sacar ahora mayor renta de sus dominios que sus mismos antecesores, y aunque temen quizá de alegrarse, no saben de qué se regocijan; creen hacer una ganancia positiva y apenas hay un cambio, porque su influencia cede al interés constante y lo que ganan en dinero lo pierden en poder.

Hay aún otra señal por la cual se puede reconocer que una revolución democrática se efectúa ó se prepara.

Casi todas las tierras, en la Edad Media, se arrendaban á perpetuidad ó al menos por mucho tiempo, y cuando se estudia la economía doméstica de aquella época, se ve que los arrendamientos de ochenta y noventa años eran más comunes que los de doce en nuestro tiempo.

Se creía entonces en la inmortalidad de las familias; las condiciones parecían tan firmes y la sociedad tan inmóvil que no se imaginaban que pudiese cosa alguna conmoverse en su seno.

Mas el espíritu humano toma otra dirección en los siglos de igualdad y se figura que nada existe tranquilamente, pues la idea de la instabilidad le domina siempre.

Dispuestos los hombres de este modo, el dueño y el arrendatario sienten por instinto una especie de horror por las obligaciones de largo término y temen encontrarse algún día embarazados por el convenio de que ahora se aprovechan. Esperan vagamente algún cambio repentino é imprevisto en su condición, se temen á sí mismos y hasta se afligen de que viniendo á cambiar su gusto, no puedan abandonar lo que en otro tiempo codiciaban tanto, y á la verdad que temen con razón, porque en los siglos democráticos, lo que hay de más movible en medio del movimiento de todas las cosas, es el corazón del hombre.

CAPITULO VII

Influencia de la democracia sobre los salarios.

La mayor parte de las observaciones que he hecho hablando de los señores y de los sirvientes, pueden aplicarse á los patronos y á los obreros.

Á medida que las reglas de la jerarquía social se observan menos, mientras que los grandes se humillan, los pequeños se elevan y la pobreza y la riqueza dejan de ser hereditarias, se ve disminuir diariamente la distancia de hecho y de opinión que separaba al obrero del maestro.

El primero concibe una más alta idea de sus derechos, de su porvenir y de sí mismo; una nueva ambición, nuevos deseos le llenan y nuevas necesidades le cercan. Á cada momento echa sus codiciosas miradas sobre las ganancias del que lo emplea; con objeto de participar de ellas, se esfuerza en poner su trabajo á precio más alto, y concluye por conseguirlo casi siempre.

Así en los países democráticos, como en todos los demás, la mayoría de las industrias son dirigidas con pocos gastos por hombres cuya riqueza y cuyas luces no los colocan sobre el nivel común de los que emplean.

Estos emprendedores de industria son numerosos; sus intereses difieren y por lo tanto no pueden fácilmente ponerse de acuerdo entre sí ni combinar sus esfuerzos. Por otra parte, los obreros tienen casi todos algunos recursos asegurados que les permiten rehusar sus servicios cuando no se les paga lo que consideran como la justa retribución de su trabajo, y en la lucha continua de

estas dos clases por los salarios, las fuerzas se dividen y el éxito alterna.

Debe creerse que á la larga el interés de los obreros prevalecerá, porque los buenos salarios que han obtenido les hacen cada día más independientes y pueden obtener con más facilidad un aumento de salario.

Tomaré por ejemplo la industria que en nuestros días es más general entre nosotros y en casi todas las naciones del mundo: el cultivo de la tierra.

La mayor parte de los que en Francia ajustan sus servicios para cultivar el terreno, poseen siempre alguna cosa que en caso de necesidad les puede servir para subsistir sin trabajar para otro. Cuando vienen á ofrecer sus brazos al dueño ó al arrendatario, su vecino y no se les da un cierto salario, se retiran á su pequeño dominio y aguardan que otra ocasión se les presente.

Pienso que, en general, puede decirse que el aumento lento y progresivo de los salarios es una de las leyes generales que rigen las sociedades democráticas; pues á medida que las condiciones se hacen más iguales, los salarios se elevan y á medida que los salarios son mayores, las condiciones se hacen más iguales. Mas ahora encuentro desgraciadamente una grande excepción.

He hecho ver en un capítulo precedente cómo la aristocracia, huyendo de la sociedad política, se había retirado á ciertas partes del mundo industrial y establecido allí su imperio bajo otra forma diferente: esto influye poderosamente en la tasa de los salarios.

Como para emprender las grandes industrias de que hablo es preciso ser ya muy rico, el número de los que las emprenden es muy corto, y siendo así, pueden fácilmente convenirse y fijar al trabajo el precio que les acomoda.

Por el contrario, los obreros son siempre muchos y su número crece hasta lo infinito, porque ocurren de tiempo en tiempo sucesos extraordinarios que aumentan los salarios sin límite alguno y atraen á las manufacturas las poblaciones vecinas. Mas, una vez que los hombres entran en tal carrera, hemos observado que no pueden salir de ella, porque adquieren hábitos de cuerpo y de espíritu que los inhabilitan para cualquier otro trabajo.

Estos hombres, por lo regular, tienen pocas luces, pocos recursos y menos iniciativas, están casi siempre á la dirección de su

maestro, y cuando por una competencia ú otras causas fortuítas, se disminuyen las utilidades de éste, puede fácilmente reducir los salarios á su arbitrio y recuperar con ello lo que la fortuna le quita.

Si por algún tiempo rehusan de común acuerdo los obreros el trabajo, como el dueño es un hombre rico, puede esperar sin arruinarse, que la necesidad les obligue á presentarse de nuevo; pero ellos necesitan trabajar todos los días para no morirse de hambre, pues no tienen más propiedad que sus brazos, y como la opresión los ha empobrecido con anterioridad, son más fáciles de oprimir á medida que se hacen más pobres. Este es un círculo vicioso de que no pueden salir de modo alguno.

Nada tiene de extraño que después de haber subido algunas veces de repente los salarios, bajen de un modo permanente, al paso que en las otras profesiones el precio del trabajo, que no crece en general sino poco á poco, se aumenta sin cesar.

Tal estado de dependencia y de miseria, en que se encuentra en nuestros días una parte de la población industrial, es un hecho excepcional y contrario á todo lo que lo rodea; por esto mismo no hay ninguno más grave ni que merezca más la atención particular del legislador; pues es muy difícil, cuando la sociedad entera se conmueve, el conservar una clase inmóvil, y, cuando se dirige incesantemente el mayor número hacia la prosperidad, hacer que algunos sufran tranquilos sus deseos y sus necesidades.

CAPITULO VIII

Influencia de la democracia sobre la familia.

Acabo de examinar de qué manera en los pueblos democráticos y particularmente entre los americanos, la igualdad de las condiciones modifica las relaciones de los ciudadanos entre sí. Ahora me propongo penetrar más, entrando en el seno de las familias.

Mi fin, no es buscar nuevas verdades, sino hacer ver cómo los hechos ya conocidos se pueden aplicar á este asunto.

Todo el mundo observa que en nuestros días se han establecido nuevas relaciones entre los diversos miembros de las familias, disminuyendo la distancia que separaba en otro tiempo al padre de sus hijos y destruyendo ó, al menos, alterando la autoridad paterna.

Una cosa parecida, pero más patente, se encuentra en los Estados Unidos. Allí no existe la familia, tomando esta palabra en su sentido romano y aristocrático, y cuando más, se halla algún vestigio en los primeros años de la infancia.

El padre ejerce entonces, sin oposición, la dictadura doméstica, porque la debilidad de sus hijos la hace necesaria y el interés de todos, así como su superioridad incontestable la justifica.

Pero, desde el momento en que el joven americano se acerca á la edad viril, se desatan los lazos de la obediencia filial, y dueño de sus pensamientos, lo es también pronto de su conducta. En América, no hay en realidad adolescencia y al salir el hombre de su primera edad, empieza por sí mismo á abrirse su camino.

Sería un error el creer que esto es consecuencia de una lucha intestina en que el hijo ha obtenido, por una especie de violencia moral, la libertad que su padre le niega. Los mismos hábitos, los mismos principios que impelen al uno á apoderarse de la independencia, disponen al otro á considerar su uso como un derecho incontestable. No se notan en el primero ninguna de esas pasiones rencorosas y desordenadas que agitan á los hombres por largo tiempo, después que se han sustraído de un poder establecido, ni el segundo experimenta esos disgustos llenos de amargura y de cólera que sobreviven, por lo común, al poder abatido. El padre descubre de lejos los límites de su poder y cuando se acerca el tiempo, abdica sin dificultad. El hijo prevee anticipadamente la época en que debe dirigirse por su propia razón, y se apodera de su libertad sin precipitación y sin esfuerzo, como de una cosa que se le debe y que no se trata de arrebatarle (1).

No es, pues, inútil mostrar de qué manera los cambios que han tenido lugar en la familia, se hallan estrechamente ligados á la revolución social y política que acaba de verificarse á nuestra vista.

---

(1) Los americanos no han imaginado, sin embargo, como nosotros en Francia, el despojar á los padres de uno de los principales elementos del poder, quitándoles la libertad de disponer de sus bienes después de la muerte. En los Estados Unidos, la libertad de testar es ilimitada.

En esto, como en casi todo lo demás, es fácil observar que si la legislación política de los americanos es mucho más democrática que la nuestra, nuestra legislación civil lo es mucho más que la de ellos. Y esto se concibe sin dificultad.

El autor de nuestra legislación civil fué un hombre interesado en satisfacer las pasiones democráticas de sus contemporáneos, en todo lo que no se oponía directa é indirectamente á su poder y por esto permitía que algunos principios populares rigiesen los bienes y gobernasen las familias, con tal que no se pretendiese introducirlos en la dirección del Estado. Mientras que el torrente democrático se desenfrenase sólo en las leyes civiles, esperaba él mantenerse al abrigo de las leyes políticas. Semejante mira estaba á la vez llena de habilidad y de egoísmo; pero no podía durar mucho tiempo, porque más ó menos pronto la sociedad política debía ser la expresión y la imagen de la sociedad civil, y en este sentido, puede decirse que nada hay más político en un pueblo que la legislación civil.

Hay ciertos principios sociales que un pueblo hace penetrar por todas partes ó no deja subsistir en ninguna.

En los países en que reina la aristocracia y están organizados por jerarquías, nada tiene que hacer directamente el poder con el conjunto de los gobernados, pues dependiendo los hombres unos de otros, se limita sólo á conducir á los primeros, y todos los demás siguen. Esto se aplica á las familias lo mismo que á todas las otras asociaciones que tienen un jefe. En los pueblos aristocráticos, la sociedad no conoce, hablando propiamente, más que el padre; sujeta á los hijos por medio de él, gobierna el padre y éste á aquéllos. El padre, no sólo tiene un derecho natural, sino un derecho político á mandar; de modo, que es á la vez el autor, el apoyo de la familia y también el magistrado.

En las democracias, donde el brazo del gobierno busca cada hombre en particular en medio de la multitud para sujetarlo á las leyes comunes y no hay necesidad de semejante intervención, el padre no es á los ojos de la ley sino un ciudadano más rico y de más edad que sus hijos.

Cuando la mayor parte de las condiciones son muy desiguales y esta desigualdad es permanente, la idea de superioridad crece en la imaginación de los hombres y si la ley no le concede prerrogativas, la costumbre y la opinión se las dan. Cuando, al contrario, los hombres difieren poco los unos de los otros y no permanecen siempre desiguales, la noción general de superior se hace menos clara y más débil; en vano la voluntad del legislador se esfuerza en colocar al que obedece, mucho más abajo del que manda; pues las costumbres acercan estos dos hombres y los dirigen cada día hacia el mismo nivel.

Aunque yo no vea en la legislación de un pueblo aristocrático privilegios particulares concedidos al jefe de la familia, no por eso dejaré de creer que su poder es más respetado y está más extendido que en el seno de una democracia, pues sé que, cualesquiera que sean las leyes, parecerá siempre el superior en una oposición más elevada y el inferior en una más baja en las aristocracias, que en los pueblos democráticos.

Cuando los hombres se fijan más en lo que ha sido, que en lo actual, y se ocupan tanto de lo que han pensado sus antecesores, que ellos mismos no piensan, el padre y el lazo natural entre lo

pasado y lo presente y el anillo en que estas dos cadenas rematan y se unen. En las aristocracias, el padre no es solamente en política el jefe de la familia, sino también el órgano de la tradición, el intérprete de los usos y el árbitro de las costumbres. Se le escucha con deferencia, nadie se le acerca sino con respeto, y el amor que se le profesa va siempre acompañado de temor.

Haciéndose democrático el estado social y adoptándolos hombres por principio, que es legal y conveniente juzgar de todas las cosas por sí mismo, tomando las antiguas creencias como indicios y nunca como regla, el poder de la opinión que ejerce el padre sobre el hijo, disminuye tanto como su poder legal.

La división de patrimonios que trae la democracia contribuye, quizá más que todo, á modificar las relaciones entre el padre y los hijos. Cuando el padre de familia tiene poca fortuna, su hijo y él viven siempre en el mismo lugar y se ocupan juntos en los mismos trabajos.

El hábito y la necesidad los aproximan, obligándolos á comunicarse á cada instante, y no puede menos de establecerse entre ellos una especie de intimidad menos absoluta y no dice bien con las formas exteriores del respeto.

En los pueblos democráticos, la clase que posee estas pequeñas fortunas, es precisamente la que da fuerza á las ideas y un giro particular á las costumbres. Ella hace predominar por todas partes sus opiniones lo mismo que su voluntad y aun los que se hallan más inclinados á resistir sus preceptos vienen á dejarse arrastrar por sus ejemplos. He visto enemigos acalorados de la democracia que se hacían tutear por sus hijos.

A medida que el poder de la aristocracia desaparece, se disipa igualmente lo que el poder paternal tenía de austero, de convencional y de legal, y una especie de igualdad viene á establecerse en el hogar doméstico.

No sé si la sociedad pierde en semejante cambio, pero me inclino á creer que el individuo gana: pienso que á medida que las leyes y las costumbres se hacen más democráticas, las relaciones entre el padre y el hijo vienen á ser más íntimas y más agradables y la regla y la autoridad se ostentan mucho menos: entonces la afección y la confianzan se aumentan, y parece que el lazo natural se estrecha, mientras que el social se dilata.

El padre de una familia democrática no ejerce más poder que el que se concede á la ternura y experiencia de un anciano. Sus órdenes se desconocerán quizá, pero sus consejos tienen siempre un gran poder, y sino está rodeado de respetos oficiales, á lo menos sus hijos se le acercan siempre con confianza. No hay fórmula reconocida para dirigirle la palabra, pero se le habla sin cesar y se le consulta con gusto á cada instante. El señor y el magistrado desaparecen, y el padre queda.

Para juzgar de la diferencia de estos dos estados sociales desde tal punto de vista, basta examinar las correspondencias domésticas que las aristocracias nos han dejado. El estilo es en ellas siempre correcto, ceremonioso, rígido y tan frío que apenas puede hacer alguna impresión al espíritu.

Por el contrario, en todas las palabras que dirige un hijo á su padre en los pueblos democráticos, se descubre algo de tierno, de libre y de familiar á la vez, que manifiesta al primer golpe de vista las nuevas relaciones que se han establecido en el seno de la familia. Una revolución análoga modifica igualmente las de los hijos entre sí.

En la familia aristocrática, así como en la sociedad aristocrática, todos los puestos están señalados y no solamente ocupa el padre uno distinguido gozando en él de inmensos privilegios, sino que sus mismos hijos no son iguales entre sí, pues la edad y el sexo fijan á cada uno irrevocablemente su lugar y le dan ciertas prerrogativas: la democracia destruye ó rebaja la mayor parte de estas barreras.

El hijo mayor ó primogénito, hereda en la familia aristocrática la mayor parte de los bienes y casi todos los derechos, viniendo á ser, por consecuencia, el jefe y hasta cierto punto el señor de sus hermanos. Para él solo es la grandeza y el poder, y la mediocridad y la dependencia para los otros. Con todo eso sería un error creer que en los pueblos aristocráticos los privilegios del hijo mayor son sólo ventajosos á él, no excitando alrededor suyo sino el odio y la envidia.

El primogénito se esfuerza en procurar la riqueza y el poder de sus hermanos, pues el brillo general de la casa resalta sobre el que la representa y los hijos menores procuran ayudar al mayor en todas sus empresas, porque la grandeza y el poder del jefe de

la familia los pone cada vez más en estado de educar á todos sus miembros.

Hallándose, pues, estrechamente ligados entre sí los diversos miembros de la familia aristocrática, tienen que identificarse, y sus espíritus van de acuerdo; pero es raro que sus corazones se correspondan.

La democracia liga también, entre sí, los hermanos, pero de una manera distinta.

Por las leyes democráticas, los hijos son perfectamente iguales y por consecuencia, independientes, nada les aproxima por fuerza, pero nada tampoco los aleja; como tienen todos un mismo origen, son educados y se crían bajo el mismo techo y con el mismo cuidado y ninguna prerrogativa particular los distingue ni los separa, se ve fácilmente renacer entre ellos la dulce y juvenil intimidad de los primeros años. Formado así el vínculo de unión desde el principio de la vida, no se presenta casi nunca ocasiones de romperlo, porque la fraternidad los une cada día sin sujetarlos.

La democracia reúne, pues, los hermanos, no por los intereses, sino por los recuerdos comunes y la libre simpatía de los gustos y de las opiniones, y aunque divida la herencia, permite, no obstante, no se confundan las almas de ellos.

La dulzura de las costumbres democráticas es tan grande, que los partidarios mismos de la aristocracia se dejan arrastrar por ella, y después que la gustan algún tiempo, no desean volver á las formas frías y respetuosas de la familia aristocrática. Conservarían gustosos los hábitos domésticos de la democracia, con tal que pudieran desechar su estado social y sus leyes; pero estas cosas dependen unas de otras y no se pueden gozar algunas sin sufrir las demás.

Lo que acabo de decir del amor filial y de la ternura fraternal, se aplica á todas las pasiones que toman espontáneamente su origen en la naturaleza misma.

Cuando una cierta manera de pensar ó de sentir, proviene de un estado particular de la humanidad, y este estado llega á cambiar, nada queda entonces: así es que, aún cuando la ley pueda unir estrechamente dos ciudadanos, si la ley es abolida, ellos se separan. Nada más estrecho que el nudo que unía el vasallo y el

señor en los tiempos feudales, y hoy estos dos hombres no se conocen. El miedo, el reconocimiento y el amor, que en otro tiempo los ligaba desaparecieron, y ni aún siquiera se encuentra su huella. No sucede lo mismo respecto de los sentimientos naturales de la especie humana. Es raro que la ley, al esforzarse en sujetarlos de cierto modo, no los debilite, y al querer añadirles alguna cosa, no les quite más bien, haciéndose siempre más fuertes, abandonados á sí mismos.

La democracia que obscurece ó destruye casi todas las antiguas convenciones sociales é impide que los hombres se detengan con facilidad en otras nuevas, hace desaparecer enteramente la mayor parte de los sentimientos que nacen de tales convenciones; mas apenas modifica las otras, dándoles muchas veces una energía y una dulzura que antes no tenían.

Creo poder encerrar en una sola frase todo el sentido de este capítulo y de muchos otros que le preceden. La democracia extiende los lazos sociales, pero estrecha los naturales; acerca los parientes al mismo tiempo que separa los ciudadanos.

CAPITULO IX

De la educación de los jóvenes en los Estados Unidos.

Jamás ha habido sociedades libres sin costumbres. Como he dicho en la primera parte de esta obra, la mujer es la que hace las costumbres, por manera que todo lo que influye en la condición de las mujeres, en sus hábitos y en sus opiniones, tiene á mis ojos un interés político muy grande.

En casi todas las naciones protestantes, las jóvenes son mucho más libres en sus acciones que en los pueblos católicos. Esta independencia es todavía mayor en los países protestantes que, como Inglaterra, han conservado ó adquirido el derecho de gobernarse á sí mismos: entonces la libertad penetra en la familia por los hábitos políticos y las creencias religiosas. Las doctrinas del protestantismo en los Estados Unidos, están combinadas con una constitución muy libre y un estado social muy democrático, y en ninguna parte las jóvenes se hallan más pronto entregadas á sí mismas. Mucho tiempo antes que la joven americana haya llegado á la edad de casarse, se la empieza á sacar poco á poco de la tutela maternal, y no bien ha salido de la infancia, cuando ya piensa por sí sola, habla libremente y obra también por sí: delante de ella se presenta constantemente descubierto el gran cuadro del mundo, y lejos de procurar separarlo de su vista, se le descubre cada día más y se le enseña á considerarlo con ojos firmes y tranquilos. De esta manera, los vicios y peligros que la sociedad presenta no tardan en revelarse y como los ve claramente, los juzga sin ilusión y los arrostra sin miedo; pues confía totalmente

en sus fuerzas y hasta parece que participan de esta confianza todos los que la rodean.

Nadie debe figurarse encontrar en las jóvenes americanas ese candor original de los deseos nacientes, ni esas gracias sencillas y naturales que acompañan en las europeas el paso de la infancia á la juventud, pues hasta es raro que la americana, cualquiera que sea su edad, muestre timidez é ignorancia pueril. Quiere agradar como la joven de Europa y sabe con precisión de qué manera; si no se entrega al mal, por lo menos lo conoce, y más bien tiene costumbre pura que un espíritu casto.

Me he sorprendido frecuentemente y casi espantado, al ver la destreza singular y feliz audacia con que las jóvenes de América conducían sus ideas y sus palabras en los escollos de una conversación festiva: un filósofo habría tropezado mil veces en el estrecho camino que ellas recorrían sin accidentes y sin dificultad.

Es fácil reconocer, en efecto, que en medio de la independencia de su primera juventud, la americana no cesa jamás enteramente de ser dueña de sí misma; goza todos los placeres permitidos, sin abandonarse á ninguno de ellos, y su razón jamás suelta las riendas, aunque algunas veces parezca aflojarlas.

En Francia, donde mezclamos de una tan extraña manera en nuestras opiniones y en nuestros gustos los restos de todas las edades, frecuentemente nos sucede que damos á las mujeres una educación tímida, retirada y casi claustral, como en el tiempo de la aristocracia, y las abandonamos en seguida de repente y sin guía entre los desórdenes inseparables de una sociedad democrática.

Los americanos se hallan más de acuerdo consigo mismos. Han visto que en el seno de una democracia, la independencia individual no puede menos de ser grande, la juventud precoz, los gustos difíciles de reprimir, la costumbre variable, la opinión pública casi siempre ineficaz ó incierta, la autoridad paterna débil y el poder marital dudoso.

En este estado de cosas, han juzgado que con dificultad podrían reprimir en la mujer las pasiones más tiránicas del corazón humano y que era más seguro enseñarle el arte de combatirlas por sí mismas. No pudiendo impedir que su virtud se viese muchas veces en peligro, han querido que supiesen defenderla confiando más en el libre esfuerzo de su voluntad, que en barrerras que podían

alterarse ó destruirse. En vez de acostumbrarla á desconfiar de sí misma, han procurado, al contrario, inspirarla confianza en sus propias fuerzas, y no teniendo la posibilidad ni el deseo de conservar á la joven en una entera y perpetua ignorancia, se apresura á darle un conocimiento precoz de todas las cosas. Lejos de ocultarle las corrupciones del mundo, han querido que las viese, desde luego y se ejercitase por sí misma en huir de ellas, prefiriendo garantir su honestidad á respetar demasiado su inocencia, aunque los americanos forman un pueblo muy religioso, no se han referido solo á la religión para defender la virtud de la mujer, y han querido armar su razón. En esto, como en otras muchas cosas, han seguido siempre el mismo método. Desde luego, han hecho increíbles esfuerzos para conseguir que la independencia individual se rija por sí misma, y al llegar á los últimos límites de la fuerza humana, han llamado, por fin, la religión en su auxilio.

Sé que semejante educación no está exenta de riesgos; tampoco ignoro que tiende á desarrollar el discernimiento á costa de la imaginación y ha hacer á las mujeres frías y honestas más bien que esposas tiernas y amables compañeras del hombre. Si la sociedad está por ello más tranquila y mejor arreglada, la vida doméstica tiene también menos encantos; pero estos son males secundarios que un interés mayor debe arrostrar. En el punto en que nos hallamos, no podemos elegir; es necesario una educación democrática para preservar la mujer de los peligros de que la rodean las instituciones y costumbres de la democracia.

CAPÍTULO X

De la joven americana bajo el carácter de esposa.

La independencia de la mujer en América viene á desaparecer totalmente en los lazos del matrimonio, pues si bien la soltera se halla menos sujeta que en cualquiera otra parte, la esposa está sometida á obligaciones más estrechas. La primera hace de la casa paterna un lugar de libertad y recreo y la segunda, considera la morada del marido como un claustro.

Estos dos estados tan diferentes no son quizá tan contrarios como se supone, y es natural que las americanas pasen por el uno para llegar al otro.

Los pueblos religiosos y las naciones industriales tienen una idea muy grave del matrimonio. Los unos consideran la regularidad de la vida de una mujer como la mejor garantía, y la señal más evidente de la pureza de sus costumbres; los otros ven en ella la prenda segura del orden y de la prosperidad del hogar doméstico.

Los americanos componen á la vez una nación puritana y un pueblo comerciante. Sus creencias religiosas y sus hábitos industriales les hacen exigir de la mujer una completa abnegación de sí misma y un sacrificio continuo de sus placeres á sus ocupaciones, que es muy raro pretender de ellas en Europa; por manera que en los Estados Unidos reina una opinión pública inexorable que encierra á la mujer en el pequeño círculo de intereses y deberes domésticos y la prohibe salir de él.

La joven americana encuentra firmemente establecidas todas

estas nociones á su entrada en el mundo, ve las reglas que nacen de ellas; no tarda en convencerse de que no podría sustraerse un momento á los usos de sus contemporáneos, sin poner en peligro su tranquilidad, su honor y hasta su existencia social, y encuentra en su firme razón y en los hábitos varoniles que su educación le ha dado, la energía necesaria para someterse á ellos.

Puede decirse que en el uso de su independencia es donde ha adquirido el valor suficiente para sufrir sin oposición y sin queja el sacrificio, cuando llega el momento de imponérselo.

La americana no cae jamás en los lazos del matrimonio como en una red tendida á su sencillez ó á su ignorancia. Sabe con anticipación lo que se espera de ella y de su espontánea voluntad, se pone bajo el yugo, tolerando resueltamente su nueva condición, porque ella misma lo ha escogido.

Como la disciplina paternal en América es muy suave, y el lazo conyugal muy estrecho, con mucha circunspección y temor se deciden las jóvenes á contraerlo, y por esto casi nunca se ven uniones precoces. Las americanas no se casan sino cuando su razón está madura y ejercitada; mientras que en cualquiera otra parte no comienzan las mujeres, por lo común, á ejercitarla y madurarla sino en el matrimonio.

Estoy muy lejos de creer que el cambio que se obra en todos los hábitos de las mujeres en los Estados Unidos, desde el momento en que se casan, debe sólo atribuirse á la fuerza de la opinión pública; pues muchas veces se imponen ellas mismas estos deberes por solo su propia voluntad.

Cuando llega el tiempo de escoger un esposo, la fría y austera razón que la vista del mundo ha fortalecido é ilustrado, indica á la americana que un carácter independiente y ligero en los lazos del matrimonio, es causa de eterno desorden y no de contento; que los recreos y pasatiempos de la soltera no son á propósito para la esposa y que la mujer casada encuentra las fuentes de la felicidad en la mansión conyugal después de haber visto con claridad el único camino que puede conducir á la felicidad doméstica, entra en él desde sus primeros pasos y lo sigue hasta el fin sin intentar volver atrás.

Esta misma fuerza de voluntad que manifiestan las americanas, sujetándose de repente y sin quejarse, á los deberes austeros de su

nuevo estado, se encuentra en todos los grandes acontecimientos de su vida.

No hay país en el mundo en que sean menos estables las fortunas de los particulares que en los Estados Unidos, y no es raro que un mismo hombre, en el curso de su existencia suba y baje todos los grados que conducen de la opulencia á la miseria.

Las mujeres en América sufren estas revoluciones con una energía tranquila é indomable, y se diría que sus deseos se estrechan con su fortuna, tan fácilmente como se ensanchan con ella.

La mayor parte de los aventureros que van á poblar todos los años las soledades del Oeste, pertenecen, como lo dije en la primera parte de esta obra, á la antigua raza anglo-americana de Norte. Muchos de esos hombres que corren con tanta audacia tras la riqueza y gozaban ya de algunas comodidades en su país, llevan consigo sus compañeras y las hacen participar de los peligros y de las miserias sin número que se experimentan siempre al principio de empresas semejantes. He encontrado muchas veces hasta en los límites de los desiertos, jóvenes que después de haber sido educadas con toda la delicadeza de las grandes ciudades de la Nueva Inglaterra, habían pasado casi sin intermisión de la rica morada de sus padres á una choza sin abrigo y abandonada en el seno de los bosques; pero ni la fiebre, la soledad, ni el tedio habían disminuído su valor, y aunque sus facciones parecían alteradas y marchitas, sus miradas eran firmes, pareciendo á la vez tristes y resignadas.

No dudo que estas desgraciadas jóvenes habían adquirido en su primera educación esa fuerza interior de que entonces hacían uso.

Así, la joven americana bajo el carácter de esposa, cambia sin duda de papel y hace diferentes sus costumbres; pero su espíritu queda siempre el mismo.

CAPITULO XI

De qué manera la igualdad de las condiciones contribuyen á mantener las buenas costumbres en América.

Algunos filósofos é historiadores han dicho, ó dado á entender, que las mujeres eran más ó menos severas en sus costumbres, según la mayor ó menor distancia en que se hallaban del Ecuador. Esto es salir de apuros sin gran dificultad, y por tal cálculo bastaría una esfera y un compás para resolver al instante uno de los más difíciles problemas que presenta la humanidad.

Mas yo no veo que esta doctrina material se halle establecida por los hechos, pues unas mismas naciones han aparecido en diferentes épocas de su historia, castas ó disolutas, y la regularidad ó el desorden de sus costumbres dependían de algunas causas variables y no de la naturaleza del país, que siempre era la misma.

No negaré que en ciertos climas, las pasiones que nacen del atractivo recíproco de los sexos, sean particularmente ardientes, pero creo que este ardor natural puede siempre excitarse ó contenerse por el estado social y las instituciones políticas.

Aunque los viajeros que han visitado la América del Norte, difieran entre sí sobre varios puntos, todos convienen en que las costumbres son más severas que en cualquier otra parte.

También es evidente que sobre este punto los americanos son muy superiores á sus padres los ingleses; una mirada superficial sobre las dos naciones, basta para convencerse de esta verdad.

En Inglaterra, como en todos los otros países de Europa, la malignidad pública se ejerce incesantemente sobre la debilidad de la mujer. Los filósofos y los hombres de Estado se quejan de que

las costumbres se hallen tan corrompidas, y la literatura lo hace suponer así todos los días.

En América todos los libros, sin exceptuar las novelas, suponen castas las mujeres, y nadie refiere allí aventuras galantes. Esa gran regularidad de las costumbres americanas depende sin duda, en parte, del país, de la raza y de la religión, más todas estas causas, que se encuentran en otros lugares, no bastan todavía para explicarla y es preciso recurrir á alguna razón particular.

Esto me parece ser la igualdad y las instituciones que de ella emanan.

La igualdad de las condiciones no produce por sí sola la regularidad de las costumbres; pero no se puede dudar que la facilita y la aumenta.

En los pueblos aristocráticos el nacimiento y la fortuna hacen frecuentemente del hombre y la mujer, dos seres tan diversos, que jamás pueden llegar á unirse, y si las pasiones los acercan, el estado social y las ideas que él sugiere les impiden ligarse de un modo permanente y ostensible. De esto resulta por precisión un gran número de uniones clandestinas y pasajeras, porque la naturaleza se indemniza secretamente de la estrechez que le imponen las leyes. No sucede así cuando la igualdad de las condiciones ha destruído totalmente las barreras imaginarias ó reales que separan el hombre de la mujer: entonces no hay joven que no espere llegar á ser la esposa del que la prefiere, lo cual hace muy difícil el desorden de las costumbres antes del matrimonio; pues, cualquiera que sea la credulidad de las pasiones, no hay medio de persuadir á una mujer de que se la ama, cuando siendo uno libre de casarse no lo verifica.

Esta misma causa influye, aunque de un modo menos discreto, en el matrimonio.

Ninguna cosa es más adecuada para hacer legítimo el amor que no lo es á los ojos mismos de los que lo experimentan, ó de la muchedumbre que lo contempla, como las uniones forzadas ó hechas á la aventura (1).

---

(1) Para convencerse de esta verdad, basta leer con atención las diversas literaturas de Europa.

Cuando un europeo quiere pintar en sus ficciones algunas de las

En un país en que la mujer ejerce siempre libremente el derecho de elegir, y en donde la educación la ha puesto en estado de elegir bien, es preciso que la opinión sea inexorable por sus faltas, y de esto nace en parte el rigorismo de los americanos. Consideran el matrimonio como un contrato oneroso, pero cuyas cláusulas deben sin embargo cumplirse, porque han podido conocerse todas con anticipación y se ha gozado de la completa libertad de no comprometerse á nada.

Todo lo que hace más obligatoria la fidelidad, lo hace también más fácil.

En los países aristocráticos el matrimonio tiene más por objeto unir bienes que personas, y así sucede muchas veces que al marido lo sacan de la escuela para casarlo y á la mujer del lado de la nodriza; no parece, pues, extraño, que el lazo conyugal que retiene unidas las fortunas de los dos esposos, deje sus corazones vagar á la ventura; esto viene naturalmente del espíritu del contrato.

Cuando, al contrario, cada uno elige por sí mismo su compañía, sin que nadie lo violente ni lo dirija, la semejanza de gustos y de ideas une al hombre y la mujer, y los retiene y los fija uno al lado del otro.

Nuestros padres habían concebido una idea muy singular en punto al matrimonio. Observando que el pequeño número de matrimonios de inclinación que se hacían en su tiempo, tenía casi siempre un fin funesto, dedujeron de un modo absoluto, que en materia semejante era muy peligroso consultar su propic corazón,

---

grandes catástrofes que se presentan frecuentemente entre nosotros en el seno del matrimonio, cuida de antemano de excitar la compasión del lector, representándole seres mal convenidos ó forzados. Aunque una larga tolerancia haya relajado hace mucho tiempo nuestras costumbres, sería difícil interesarnos en las desgracias de esos personajes, si no empezase por excusar su falta. Este artificio tiene, por lo regular, un buen éxito, pues la contemplación de lo que pasa todos los días nos prepara á la indulgencia.

Los escritores americanos no podrían hacer verosímiles semejantes excusas; sus leyes y sus costumbres no se prestan á considerar el desorden estimable, y más bien no lo representan nunca. Á esta excusa es preciso atribuir en parte el corto número de novelas que se publican en los Estados Unidos.

y les parecía obrar con más acierto siguiendo sólo la ventura que eligiendo. No era muy difícil, sin embargo, conocer que los ejemplos que tenían á la vista no probaban nada en favor de su opinión.

En primer lugar, observaré que si los pueblos democráticos conceden á las mujeres el derecho de elegir libremente su marido, les suministran con anticipación las luces que su espíritu puede necesitar y la fuerza suficiente á su voluntad para una elección semejante; mientras que las jóvenes que en los aristocráticos escapan furtivamente de la autoridad paterna para echarse en los brazos de un hombre que no han tenido tiempo de conocer ni la capacidad de juzgar, carecen de todas estas garantías. No debe sorprender que hagan mal uso de su libre albedrío la primera vez que lo ponen en práctica, ni que cometan grandes desaciertos, cuando sin haber recibido la educación democrática quieran seguir en el matrimonio las costumbres de la democracia. Aún puede decirse más.

Cuando dos individuos quieren unirse al través de todas las desigualdades del estado social aristocrático, tienen siempre que vencer grandes obstáculos, pues á más de desatar ó romper los lazos de la obediencia filial, deben escapar por un esfuerzo extraordinario del imperio de la costumbre y de la tiranía de la opinión: cuando en fin, han terminado esta dura empresa, se encuentran como extranjeros en medio de sus amigos naturales y de sus allegados, porque la preocupación que han vencido los separa totalmente de ellos. Semejante situación no tarda en humillar su energía viniendo á agraviar sus corazones.

Si esposos unidos de esta manera son desde luego desgraciados, y después culpables, no se debe atribuir á que se hayan escogido libremente, sino más bien á que viven en una sociedad que no admite semejante elección.

Por otra parte, no debe olvidarse que el mismo esfuerzo que hace salir violentamente á un hombre de un error común, lo conduce casi siempre á perder la razón; que para declarar la guerra, aunque sea legítima, á las ideas de su siglo y de su país, es preciso tener en el ánimo una cierta disposición violenta y arriesgada, y gentes de este carácter, cualquiera que sea la dirección que tomen, se hacen raras veces virtuosas y felices. Esto es, aunque sea dicho de paso, lo que explica por qué en las revoluciones más san-

tas y necesarias se encuentran tan pocos hombres de bien y moderados.

Nada tiene de extraño ni sorprendente que en un siglo aristocrático, se decida un hombre, por casualidad, á consultar en la unión conyugal más conveniencias que su opinión particular y su gusto, y que en seguida se introduzca en su familia el desorden y la miseria. Pero, cuando este mismo modo de obrar se halla en el orden natural y ordinario de las cosas; cuando el estado social lo facilita, el poder paternal se presta á ello y la opinión pública lo preconiza, no debe dudarse que la paz interior de las familias será más duradera y la fe conyugal mejor guardada.

Casi todos los hombres de las democracias siguen una carrera política ó ejercen una profesión y por otro lado, la mediocridad de fortuna obliga á la mujer á encerrarse diariamente en su habitación para dirigir por sí misma y bien de cerca, los detalles de la administración doméstica.

Todos estos trabajos distintos y precisos, son otras tantas barreras naturales que separando los sexos, hacen la solicitud del uno más rara y menos eficaz y la resistencia del otro más fácil.

La igualdad de las condiciones, si bien no puede nunca hacer al hombre casto, al menos da al desorden de las costumbres un carácter menos peligroso, pues como nadie tiene entonces tiempo ni ocasión de atacar las virtudes que quieren defenderse, se ve á un mismo tiempo un gran número de rameras y una multitud de mujeres honradas.

Semejante estado de cosas produce, en verdad, miserias individuales muy deplorables; pero no impide que el cuerpo social esté siempre fuerte y dispuesto, pues no destruye los lazos de familia ni enerva las costumbres nacionales. Lo que pone en peligro la sociedad, no es la gran corrupción de algunos individuos, sino la relajación de todos y á los ojos del legislador la prostitución es menos temible que la galantería.

La vida agitada y tumultuosa da la igualdad que á los hombres, no solamente los aparta del amor, quitándoles el tiempo de entregarse á él, sino que todavía los aleja por camino más secreto y más seguro.

Todos los hombres que viven en los tiempos democráticos,

contraen más ó menos los hábitos intelectuales de las clases industriales y comerciantes; su espíritu toma un giro serio, especulador y positivo, que se desvía voluntariamente de lo ideal para dirigirse hacia algún fin visible y próximo, que se presenta como el objeto natural y necesario de sus deseos. La igualdad no destruye por eso la imaginación, pero la limita tanto que apenas la permite elevarse.

Nadie es menos pensativo que los ciudadanos de una democracia y se ven pocos que quieran abandonarse á esas contemplaciones ociosas y solitarias que preceden ordinariamente y producen las grandes agitaciones del corazón: tienen, en cambio, mucho interés en procurarse esa especie de afección profunda, regular y pacífica que hace el encanto y la seguridad de la vida; pero no buscan con empeño las conmociones violentas y caprichosas que la turban y abrevian.

Lo que precede, no es del todo aplicable sino á América y por ahora no puede extenderse de una manera general á Europa.

Hace medio siglo que las leyes y los hábitos impelen con una singular energía muchos pueblos europeos hacia la democracia, y no se ve que en ellos las relaciones del hombre y de la mujer se hayan hecho más regulares y castas; advirtiéndose lo contrario en muchos puntos. Ciertas clases se hallan mejor arregladas, pero la moralidad general parece menos severa. Y no temo decirlo, pues no me hallo más dispuesto á lisonjear á mis contemporáneos que á vituperarlos.

Este espectáculo debe afligir, pero no sorprender: la venturosa influencia que un estado social democrático puede ejercer sobre la regularidad de los hábitos, es uno de esos hechos que no pueden descubrirse sino á la larga. Si la igualdad de las condiciones es favorable á las buenas costumbres, el trabajo social que hace iguales las condiciones, les es funesto.

Hace cincuenta años que Francia se está transformando, y nosotros apenas hemos tenido libertad, mas siempre desorden. En medio de esta confusión universal de ideas y del sacudimiento ó alteración general de las opiniones, entre esa mezcla incoherente de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, del hecho y del derecho, la virtud pública ha llegado á ser incierta y dudosa, y la moral privada, vacilante.

Todas las revoluciones, cualesquiera que hayan sido sus agentes y su objeto, han producido al principio efectos semejantes, y hasta la que han concluído por hacer más rígidas las costumbres, han empezado por relajarlas.

Los desórdenes que frecuentemente presenciamos no me parecen un hecho durable, y así lo anuncian ya varios indicios importantes.

No hay nada más miserable y corrompido que una aristocracia que conserva sus riquezas perdiendo su poder, y que reducida á goces vulgares, tiene todavía muchos ocios, desapareciendo entonces las pasiones enérgicas y los grandes pensamientos que la habían animado en otro tiempo, no se encuentra sino una multitud de pequeños vicios roedores, que se pegan á ella como gusanos á un cadáver.

Nadie puede negar que la aristocracia francesa del último siglo fué muy relajada, mientras que los antiguos hábitos y creencias mantenían aún el respeto de las costumbres en las demás clases, y cualquiera convendrá sin dificultad en que actualmente se muestra cierta severidad de principios en los restos de esa misma aristocracia, al paso que el desorden de las costumbres ha parecido extenderse en las clases medias é inferiores de la sociedad; de suerte que las mismas familias que se presentaban hace cincuenta años como las más relajadas y libres, son hoy las más ejemplares, y la democracia parece no haber moralizado sino las clases aristocráticas.

Dividiendo la revolución la fortuna de los nobles, forzándolos á ocuparse constantemente de sus negocios y de sus familias, encerrándolos con sus hijos bajo el mismo techo y dando, en fin, á sus ideas un giro más grave y razonable, les ha sugerido sin que ellos mismos lo descubran, el respeto á las creencias religiosas, el amor al orden, á los goces pacíficos, á las satisfacciones y placeres domésticos y al bienestar, mientras que el resto de la nación, que naturalmente tenía estos gustos, se veía arrastrado hacía el desorden por el esfuerzo mismo que era preciso hacer para trastornar las leyes y las costumbres políticas.

La antigua aristocracia francesa ha sufrido las consecuencias de la Revolución, y no se ha resentido de las pasiones revolucionarias ni participa del movimiento anárquico que la ha producido, y

es fácil concebir que experimenta en sus costumbres la influencia saludable de esta revolución, antes que los mismos que la han hecho.

Permítaseme decir, aunque á primera vista sorprenda, que en nuestros días las clases más antidemocráticas de la nación son las que muestran mejor la especie de moralidad que razonablemente debemos esperar de la democracia.

No puedo dejar de creer, que cuando nosotros hayamos obtenido todos los efectos de la revolución democrática, después de desembarazarnos del tumulto que ha creado, lo que no es hoy verdadero, sino respecto de algunos, lo será poco á poco de todos.

CAPÍTULO XII

De qué manera comprenden los americanos la igualdad del hombre y de la mujer.

He hecho ver anteriormente, de qué modo la democracia destruía ó modificaba las diversas desigualdades que la sociedad hace nacer; pero esto no basta y es preciso demostrar la influencia que ejerce sobre la grande desigualdad que se observa entre el hombre y la mujer, desigualdad que hasta ahora ha parecido tener sus fundamentos eternos en la naturaleza.

Creo que el movimiento social que coloca en el mismo nivel el hijo y el padre, el sirviente y el señor y en general el inferior y el superior, debe elevar á la mujer y hacerla cada vez más igual al hombre.

Aquí es donde principalmente necesito ser bien comprendido, porque no hay quizá objeto alguno en que la imaginación libre y desordenada de nuestro siglo se haya abierto un campo más vasto.

Hay gentes en Europa, que confundiendo los diversos atributos de los sexos, pretenden hacer del hombre y de la mujer dos seres no solamente iguales, sino semejantes; dan las mismas funciones al uno que al otro, les imponen los mismos deberes, les conceden los mismos derechos y los mezclan en todas las cosas, trabajos, placeres y negocios. Es fácil concebir que esforzándose en igualar de este modo un sexo al otro, se les degrada á entre ambos y que de esta mezcla grosera de las obras de la natura-

leza, no podrán nunca salir sino hombres débiles y mujeres deshonestas.

Los americanos no han comprendido así la especie de igualdad democrática que puede establecerse entre el hombre y la mujer. Han pensado que si la naturaleza había establecido una variedad tan grande entre la constitución física y moral del hombre y la de la mujer, su objeto era claramente el de dar á sus diversas facultades un empleo distinto y han creído que no consistía el progreso en obligar á hacer las mismas cosas á seres diferentes, sino en obtener que cada uno desempeñase sus obligaciones respectivas del mejor modo posible. Los americanos han aplicado á los dos seres el gran principio de economía política que domina la industria en nuestros días, dividiendo cuidadosamente las funciones del hombre y de la mujer, á fin de que el gran trabajo social se ejecute mejor.

América es el país donde se ha puesto más cuidado en señalar á los dos sexos líneas de acción completamente separadas y donde se ha procurado que ambos marchen con paso igual, pero siempre por caminos diversos. Jamás se ve á las americanas dirigir los negocios exteriores de la familia, arreglar ningún asunto, ni mezclarse en cosas políticas; tampoco se las obliga á dedicarse á los duros trabajos del cultivo de las tierras, ni á ninguno de los penosos ejercicios que requieren la fuerza física, y no hay familia, por pobre que sea, que haga excepción de esta regla. Si bien es cierto que la americana no puede separarse del círculo apacible de las ocupaciones domésticas, no lo es menos que jamás se ve obligada á salir de él.

He aquí por qué las americanas, mostrando frecuentemente una razón vigorosa y una energía varonil, conservan por lo general la apariencia muy delicada y permanecen siempre mujeres, por sus maneras, aunque se muestren algunas veces hombres por el espíritu y el corazón.

Tampoco han imaginado nunca los americanos, que los principios democráticos trastornen el poder marital é introduzcan en la familia la confusión de las autoridades; creen que para obrar con energía toda asociación, debe tener un jefe y que el jefe natural de la asociación conyugal es el hombre. No rehusan, pues, á éste el derecho de dirigir á su compañera y piensan que en la

pequeña sociedad del marido y la mujer, así como en la gran sociedad política, el objeto de la democracia es determinar y legitimar los poderes necesarios y no destruirlos todos. Esta opinión no es particular á un sexo y combatida por el otro.

No he visto que las americanas consideren la autoridad conyugal como una usurpación de sus derechos ni crean humillarse sometiéndose á ella. Por el contrario, me ha parecido que tenían una especie de gloria en el libre abandono de su voluntad y que consideraban grande el someterse al yugo por sí mismas y no el sustraerse de él. Este es al menos el sentimiento que expresan las más virtuosas; las otras callan y jamás se oye en los Estados Unidos que ninguna esposa adúltera reclame ruidosamente los derechos de la mujer, hollando sus santos deberes.

Se observa con frecuencia en Europa cierto desprecio en medio de las lisonjas que los hombres prodigan á las mujeres, y aunque el europeo se haga muchas veces esclavo de la mujer, se conoce que no la considera nunca sinceramente su igual.

En los Estados Unidos no se adula á las mujeres, pero siempre se hace ver que se las estima.

Los americanos muestran sin cesar una entera confianza en el juicio de su compañera y un respeto profundo por su libertad. Piensan que su entendimiento es tan capaz como el del hombre para descubrir la verdad y su corazón bastante firme para seguirla, y nunca han pretendido poner la virtud del uno más que la del otro al abrigo de las preocupaciones, de la ignorancia ó del temor.

En Europa, donde se someten los hombres tan fácilmente al despótico imperio de las mujeres, se les rehusa á éstas, sin embargo, algunos de los más grandes atributos de la especie humana y se las considera como seres llenos de atractivos ó incompletos; pero lo más extraño es que estas mismas mujeres acaban por contemplarse así, y no están muy distantes de mirar como un privilegio la facultad que se les deja de mostrarse frívolas, débiles y temerosas. Las americanas no reclaman nunca semejantes derechos.

Diríase también que, en materia de costumbres, nosotros hemos concedido al hombre una especie de inmunidad particular, de suerte que la virtud haya de practicarse de diferente modo

por el marido que por la mujer y que, según la opinión pública, el mismo acto puede ser alternativamente un crimen ó sólo una falta.

Los americanos no conocen esa inicua distinción de deberes y de derechos y entre ellos el seductor queda tan deshonrado como su víctima.

Es verdad que los americanos muestran muy raras veces á las mujeres esas atenciones lisonjeras y solícitas de que se las rodea en Europa; pero dejan ver siempre por su conducta que las suponen virtuosas y delicadas, y respetan tanto su libertad moral, que tienen gran cuidado de no emplear en su presencia un lenguaje que pueda ofenderlas. En América, una joven soltera emprende sola y sin recelo alguno, un largo viaje.

Aunque los legisladores de los Estados Unidos han suavizado casi todas las disposiciones del Código penal, castigan con pena de muerte el estupro, y no hay crimen que la opinión pública persiga con una actividad más severa é inexorable. Esto se concibe fácilmente: los americanos no encuentran nada más precioso que el honor de una mujer ni nada tan respetable como su indepencia; por lo mismo juzgan no hay penas bastantes severas para castigar á los que se lo arrebatan por la fuerza.

En Francia, donde se castiga este crimen con penas mucho más suaves, es casi siempre muy difícil encontrar un jurado que condene. ¿Será esto por desprecio del pudor ó por desprecio de la mujer? En mi opinión es lo uno y lo otro.

Los americanos no creen que el hombre y la mujer deban ni tengan derecho de hacer las mismas cosas; pero respetan igualmente el lugar que ocupa cada uno de ellos en la sociedad, y los consideran como seres cuya importancia es igual, aunque el destino sea diferente. No dan al valor de la mujer la misma forma ni el mismo empleo que al del hombre, pero tampoco dudan nunca de él, y si creen que el hombre y la mujer no deben emplear siempre su inteligencia y su razón del mismo modo, juzgan al menos que la razón de la una es tan firme como la del otro y su inteligencia igualmente clara.

Los americanos, que han dejado subsistir en la sociedad la inferioridad de la mujer, la han elevado con todo su poder en el mundo intelectual y moral al nivel del hombre, y en esto me parece

que han comprendido perfectamente la noción verdadera del progreso democrático.

En cuanto á mí, no olvidaré decir que aunque en los Estados Unidos no salga la mujer del círculo doméstico y en ciertos respectos sea muy dependiente, en ninguna parte su posición me ha parecido más elevada, y si ahora que me aproximo al fin de este libro, en que he mostrado tantas cosas importantes hechas por los americanos, me preguntan á qué se debe atribuirse el progreso singular y la fuerza y prosperidad crecientes de este pueblo, respondería sin tituvear que á la superioridad de las mujeres.

CAPÍTULO XIII

Cómo la igualdad divide naturalmente á los americanos en una multitud de pequeñas sociedades particulares.

Se pudiera creer que la última consecuencia y el efecto preciso de las instituciones democráticas es el de confundir á los ciudadanos en la vida privada tanto como en la pública y forzarlos á todos á llevar una existencia común; pero esto sería comprender muy mal y bajo una forma bien grosera y tiránica la igualdad que la democracia hace nacer.

No hay leyes ni estado social que puedan hacer á los hombres de tal forma semejantes, que la educación, la fortuna y los gustos, no establezcan entre ellos alguna diferencia, y si hombres diferentes pueden hallar algunas veces su interés en hacer en común las mismas cosas, se debe creer, sin embargo, que no se satisfarán nunca en ello igualmente. Escaparán siempre, por más que se haga, de manos del legislador y saliendo por cualquier parte, del círculo en que se les trata de encerrar, establecerán al lado de la gran sociedad política, pequeñas sociedades privadas, en que la semejanza de condiciones, de hábitos y de costumbres será el lazo de unión.

Los ciudadanos de los Estados Unidos no tienen ninguna superioridad los unos sobre los otros ni se deben recíprocamente respeto ni obediencia; administran reunidos la justicia, gobiernan el Estado y en general, se juntan todos para discutir los negocios

que tienen una influencia en el destino común; pero no he oído decir jamás que se pretendiese divertirlos de la misma manera, ni regocijarlos confusamente en los mismos lugares.

Los americanos, que se mezclan tan fácilmente en las asambleas políticas y en los tribunales, se dividen en pequeñas asociaciones, muy distintas, para gustar aparte de los goces de la vida privada.

Cada uno reconoce todos sus conciudadanos por iguales, pero no admite nunca sino un número muy pequeño por amigos ó huéspedes.

Esto me parece muy natural; á medida que el círculo de la sociedad pública se dilata, es preciso que se estreche el de las relaciones privadas y en lugar de imaginar que los ciudadanos de las sociedades nuevas acaben por vivir en común, temo que al fin vengan á formar solo muy pequeñas asambleas.

En los pueblos aristocráticos, las diversas clases forman como vastos círculos de donde no se puede salir y á donde no se puede tampoco entrar. Las clases no se comunican entre sí; pero en el interior de cada una de ellas los hombres se tratan forzosamente todos los días, y aun cuando no se avengan naturalmente, la conveniencia general de una misma condición los une. Mas cuando ni la ley, ni la costumbre establecen relaciones frecuentes y habituales entre tales hombres, la semejanza accidental de ideas y de inclinaciones los decide á ello, lo cual varía hasta lo infinito las sociedades particulares.

En las democracias, donde los ciudadanos no difieren mucho los unos de los otros, y se encuentran naturalmente tan inmediatos que á cada instante se pueden confundir en una masa común, se forman clasificaciones artificiales y arbitrarias, con cuyo auxilio cada uno procura evitar el ser confundido entre la multitud. Esto no dejará nunca de suceder así, porque las instituciones humanas pueden cambiarse, pero no el hombre, y cualquiera que sea el esfuerzo general de una sociedad para hacer á los ciudadanos iguales ó semejantes, el orgullo particular de los individuos procurará siempre salir del nivel y querrá formar en alguna parte una desigualdad de que pueda sacar provecho.

En las aristocracias, los hombres están separados los unos de los otros, por altas é inamovibles barreras; en las democracias, es-

tán divididos por una multitud de hilos casi invisibles, que se rompen á cada momento y cambian sin cesar de sitio.

Así, pues, cualesquiera que sean los progresos de la igualdad, se formará siempre en los pueblos democráticos un gran número de pequeñas asociaciones privadas en medio de la gran sociedad política, pero ninguna de ellas se parecerá en sus maneras á la clase superior que dirige las aristocracias.

CAPÍTULO XIV

Algunas reflexiones sobre las maneras de los americanos.

Nada parece menos importante, á primera vista, que la forma exterior de las acciones humanas, y en verdad que no hay cosa en que se fijen más los hombres, pues se pueden acostumbrar á todo, antes que á vivir en una sociedad que no tenga sus maneras. Examinemos, pues, seriamente, la influencia que ejerce el estado social y político de un país en las maneras de los ciudadanos.

Las maneras proceden, en general, del fondo mismo de las costumbres y además resultan algunas veces de una convención arbitraria entre ciertos hombres, de modo que son al mismo tiempo naturales y adquiridas.

Cuando algunos hombres se creen, sin disputa, los primeros en la sociedad, teniendo diariamente á la vista grandes objetos de que ocuparse, y además viven en el seno de una riqueza que no han adquirido ni temen perder, se concibe fácilmente que miren con una especie de soberbio desdén los pequeños intereses y los cuidados materiales de la vida y tengan en las ideas una grandeza natural, que las palabras y maneras revelan.

En los países democráticos, las maneras tienen, por lo regular, poco señorío, porque la vida privada es demasiado reducida, y son frecuentemente vulgares, porque el pensamiento no tiene ocasiones de elevarse sobre la preocupación de los intereses domésticos.

El verdadero mérito y dignidad de los modales consiste en mostrarse siempre cada uno en su lugar, y no más alto ni más

bajo; lo cual está al alcance del aldeano como del príncipe. En las democracias, todos los puestos parecen dudosos y de aquí procede que las maneras son frecuentemente orgullosas, rara vez dignas y nunca bien dirigidas ni sabias.

Los hombres que viven en el seno de las democracias, son demasiado móviles para que un cierto número de ellos consiga establecer un código de etiquetas y sea bastante fuerte para hacerlo observar.

Cada uno obra á su modo, y reina siempre una cierta incoherencia en las maneras, porque ellas se conforman á las ideas y sentimientos individuales de cada uno, más bien que á un modelo ideal presentado anticipadamente á la imitación de todos.

Esto se nota más al momento en que la aristocracia acaba de caer, que cuando hace largo tiempo que está destruída.

Las nuevas instituciones políticas y las nuevas costumbres reúnen entonces en los mismos lugares y obligan á vivir en común, á hombres cuya educación y hábitos los hacen enteramente distintos, y de aquí nacen una porción de mezclas y extravagancias. Todos se acuerdan aún de que ha existido un código de urbanidad, pero nadie sabe lo que contiene ni donde se halla. Los hombres han perdido la ley común de las maneras y no se han determinado todavía á vivir sin ellas; pero cada uno se esfuerza en formar con los restos de los usos antiguos una cierta regla variable y arbitraria; de suerte que las maneras no tienen la regularidad ni el señorío que muestran frecuentemente en los pueblos aristocráticos ni el giro libre y sencillo que hacen ver algunas veces en las democracias. Éste no es, pues, el estado normal.

Cuando la igualdad es completa y antigua, adquiriendo todos los hombres las mismas ideas, poco más ó menos y ejecutando las mismas cosas, no tienen necesidad de oirse ni de imitarse para hablar y obrar del mismo modo; aunque se observan sin cesar muchas pequeñas desigualdades en sus maneras, no por eso se descubren grandes diferencias, y si bien no se parecen nunca perfectamente porque no tienen el mismo modelo, no son tampoco muy distintos, pues tienen la misma condición. Á primera vista se diría, que las maneras de todos los americanos son exactamente iguales; y sólo considerándolos muy de cerca, se descubren las particularidades en que difieren.

Los ingleses se burlan mucho de las maneras americanas, y lo más extraño es que la mayor parte de los que nos han presentado un cuadro ridículo de ellas pertenecen á las clases medias de Inglaterra, á las cuales es muy aplicable este mismo cuadro; de modo que estos crueles detractores presentan de ordinario el ejemplo de lo que vituperan en los Estados Unidos, y no descubren que se burlan de sí mismos, para mayor satisfacción de la aristocracia de su país.

Ninguna cosa perjudica tanto á la democracia como la forma exterior de sus costumbres, pues muchos que sufrirían sus vicios no pueden tolerar sus maneras. Sin embargo, no convengo en que no se halle nada digno de elogio en las maneras de los pueblos democráticos.

En las naciones aristocráticas, todos los que se acercan á la primera clase, se esfuerzan de ordinario en parecerse á ella y esto produce ridículas y bajas imitaciones. Si los pueblos democráticos no poseen el modelo de las grandes y nobles maneras, tampoco están precisados á ver diariamente copias mezquinas.

En las democracias, las maneras no son tan finas como en los pueblos aristocráticos, pero tampoco las hay tan groseras. No se oyen las palabras del populacho ni las expresiones nobles y escogidas de los grandes señores y si bien hay frecuentemente trivialidad en las costumbres, nunca hay brutalidad ni bajeza.

He dicho que en las democracias no es posible formar un código preciso en materia de modales, y esto tiene sus inconvenientes y sus ventajas. En las aristocracias, las reglas del decoro imponen á cada uno la misma apariencia ó exterior y hacen semejantes á todos los miembros de la misma clase, cualesquiera que sean por otra parte sus inclinaciones particulares; de modo que adornan el natural y lo ocultan.

En los pueblos democráticos, las maneras no son tan nobles ni tan regulares, pero son por lo general muy sinceras; forman como un ligero y mal tejido velo, á cuyo través se descubren con facilidad los sentimientos verdaderos y las ideas individuales de cada hombre.

La forma y el fondo de las acciones humanas se encuentran, pues, frecuentemente en una relación íntima y si bien el gran cuadro de la humanidad se halla con menos adornos, es al mismo

tiempo más verdadero. En este sentido puede decirse que el efecto de la democracia no es precisamente dar á los hombres ciertas maneras, sino más bien impedirle que las tengan.

Se suele encontrar algunas veces en una democracia sentimientos, pasiones, virtudes y vicios de la aristocracia; pero no sus maneras, porque éstas se pierden y desaparecen totalmente cuando la revolución democrática es completa.

Nada parece más durable que las maneras de una clase aristocrática, porque ella las conserva algún tiempo después de haber perdido sus bienes y su poder, ni nada tan frágil, porque apenas han desaparecido cuando ya no se encuentra ni el menor vestigio, y es difícil decir lo que eran, desde el momento en que no existen. Un cambio en el estado social obra este prodigio, y bastan para producirlo algunas generaciones.

Los caracteres principales de la aristocracia quedan siempre grabados en la historia cuando la aristocracia es destruída; pero las formas delicadas y ligeras de sus costumbres desaparecen de la memoria de los hombres casi inmediatamente después de su caída; no les es posible concebirlas cuando ya no se presentan á su vista, y se les escapan sin que lo sientan ni lo conozcan, pues para experimentar esa especie de placer refinado que proporcionan las maneras distinguidas, es preciso que la educación y los hábitos hayan preparado el corazón y el mismo uso contribuye á que se pierda fácilmente su gusto.

Así, los pueblos democráticos, no sólo no pueden tener las maneras de la aristocracia, sino que no las conciben ni las desean, y como no se forman una imagen de ellas, son como si no hubiesen existido jamás.

No debe darse una gran importancia á esta pérdida, pero tampoco debe mirarse con total indiferencia.

Sé que más de una vez ha sucedido que los mismos hombres tengan costumbres muy distintas y sentimientos muy vulgares, y el interior de los palacios ha hecho ver bastantemente que, grandes en lo exterior, encumbrían corazones muy bajos; más si las maneras de la aristocracia no constituían la virtud, á lo menos adornaban algunas veces la virtud impura. Era, en efecto, un espectáculo admirable el que presentaba una clase fuerte y numerosa, cuyos actos exteriores de la vida parecían revelar á cada

instante la elevación natural de los sentimientos y de las ideas, la delicadeza y regularidad de los gustos y la urbanidad de las costumbres.

Las maneras de la aristocracia daban muy bellas ilusiones sobre la naturaleza humana, y aunque el cuadro fuese frecuentemente engañoso, se experimentaba, sin embargo, un noble placer al mirarlo.

CAPÍTULO XV

De la gravedad de los americanos, y de las razones por que ésta no les impide hacer muchas veces cosas inconsideradas.

Los hombres que viven en los países democráticos, no se entregan, por lo regular, á esa especie de diversiones sencillas, groseras y turbulentas á que el pueblo se abandona en las aristocracias, porque las encuentran pueriles ó insípidas. Tampoco muestran gusto por las intelectuales y refinadas de las clases aristocráticas, porque necesitan de alguna cosa productiva y substancial en sus placeres y quieren mezclar con goces su alegría.

En las sociedades aristocráticas, el pueblo se entrega gustoso á los transportes de una alegría ruidosa y de tumulto que lo arranca repentinamente de la contemplación de sus miserias; pero los habitantes de las democracias no aman esas agitaciones violentas que los ponen fuera de sí mismos y rara vez se entregan á ellas; prefieren á esos transportes frívolos, las recreaciones graves y silenciosas, que se parecen á los mismos negocios y que no se los dejan olvidar enteramente.

Hay americano que en lugar de ir en los momentos de descanso á bailar alegremente en las reuniones públicas, como lo hacen la mayor parte de las gentes de su profesión en Europa, se encierra solo á beber en lo más retirado de su habitación. Este hombre goza á la vez de dos placeres: piensa en sus negocios y se embriaga decentemente en medio de su familia.

Yo creía que los ingleses formaban la nación más seria de la tierra, pero cuando he visto á los americanos he cambiado de

opinión: no diré que el temperamento no influya mucho en el carácter de los habitantes de los Estados Unidos, pero con todo, creo que las instituciones políticas contribuyen todavía más.

Pienso que la gravedad de los americanos nace en parte de su orgullo. En los países democráticos, el pobre mismo tiene una alta idea de su valor personal, se contempla con placer y cree que los otros le observan. Con semejante disposición tiene siempre cuidado de vigilar sus palabras y sus hechos y se contiene siempre por temor de descubrir lo que le falta, figurándose que para parecer digno, es preciso mantenerse grave.

Pero yo descubro otra causa más íntima y poderosa, que produce como por instinto en los americanos, esa gravedad que tanto admiro.

Bajo el despotismo, los pueblos se abandonan de tiempo en tiempo á los excesos de una loca alegría; pero, en general son tristes y melancólicos, porque tienen miedo.

En las monarquías absolutas, que atemperan los usos y las costumbres, dejan ver, por lo regular, un carácter festivo é igual, porque gozando de alguna libertad y de una seguridad suficiente, están exentos de los cuidados más importantes de la vida; pero todos los pueblos libres son graves, porque su espíritu se halla habitualmente ocupado en algún proyecto difícil ó peligroso.

Esto sucede particularmente en los pueblos libres que están constituídos en democracia; se encuentra entonces en todas las clases un número infinito de gentes ocupadas sin cesar en los negocios delicados del Gobierno, y los que no piensan en dirigir la fortuna pública, se entregan completamente al cuidado de aumentar su fortuna privada. En un pueblo semejante, la gravedad no es peculiar á ciertos hombres, sino que se hace un hábito nacional.

Se habla mucho de pequeñas democracias de la antigüedad, en que los ciudadanos iban á las plazas públicas con coronas de rosas y pasaban casi todo su tiempo en danzas y espectáculos. No creo más en semejantes repúblicas que en la de Platón, ó si las cosas sucedían en ellas como se nos cuenta, no temo afirmar que esas pretendidas democracias se componían de elementos muy distintos de las nuestras y que sólo se parecían á éstas en el nombre.

Por lo demás, no debe creerse que las gentes que viven en las democracias se consideren dignas de lástima en medio de sus labores: se observa precisamente lo contrario. No hay hombres que estimen más su condición, en términos que encontrarían la vida desagradable si se les libertase de los cuidados que los atormentan, pues se muestran más aficionados á sus fatigas que los pueblos aristocráticos á sus placeres.

Yo me pregunto, por qué los mismos pueblos democráticos, que son tan graves, se conducen algunas veces de un modo tan inconsiderado.

Los americanos, que por lo regular tienen un exterior frío y un aire sosegado, se dejan, sin embargo, arrastrar con frecuencia fuera de sí por una pasión súbita ó por una opinión irreflexiva y suelen hacer con la mayor seriedad tonterías muy singulares. Este contraste no debe sorprender.

Hay una especie de ignorancia que nace de la extrema publicidad. En los estados despóticos los hombres no saben cómo obrar, porque nada se les dice; en las naciones democráticas obran muchas veces á la casualidad, porque se les ha querido decir todo, de manera que los unos ignoran y los otros olvidan. Los rasgos principales de cada cuadro desaparecen para ellos entre la multitud de detalles.

Se admira uno de tantas palabras imprudentes como algunas veces profiere un hombre público en los estados libres y sobre todo en los estados democráticos, sin comprometerse; mientras que en las monarquías absolutas, una palabra que se escape por casualidad, basta para descubrirlo para siempre y perderlo sin remedio.

Esto se explica por lo que precede. Cuando un hombre habla entre una multitud, muchas palabras no son oídas ó se borran bien pronto de la memoria de los que las escuchan; pero en el silencio de un auditorio mudo é inmóvil, los más débiles sonidos penetran en el oído.

En las democracias, los hombres no están nunca fijos: mil azares les hacen cambiar de lugar á cada instante y casi siempre reina un no sé qué de imprevisto, ó por mejor decir, de extemporáneo en su vida. Por esta razón se ven frecuentemente obligados á hacer lo que no saben ó han aprendido mal, á hablar de lo que no

entienden y á dedicarse á trabajos para los cuales no estaban preparados por un largo aprendizaje.

En las aristocracias, cada hombre no tiene más que un solo objeto que alcanzar, y éste lo prosigue constantemente; pero en los pueblos democráticos la existencia del hombre es muy complicada y es raro que el mismo espíritu no abrace á la vez muchos objetos extraños con frecuencia los unos á los otros, y como no puede conocerlos todos bien, se satisface con nociones imperfectas.

Cuando el habitante de las democracias no se halla acosado por sus necesidades, lo está á lo menos por sus deseos; pues entre todos los bienes que le rodean no ve ninguno que esté completamente fuera de su alcance. Hace todas las cosas con precipitación, se contenta siempre con poco y no se detiene nunca más que un instante para considerar cada uno de sus actos.

Su curiosidad es á la vez insaciable y satisfecha con facilidad, pues prefiere saber mucho con prontitud, á saber bien con madurez, y como tampoco tiene el tiempo suficiente, pierde presto el gusto de profundizar.

Así, pues, los pueblos democráticos son graves, porque su estado social y político los conduce sin cesar á ocuparse de cosas serias y obran inconsideradamente, porque no dedican sino muy poco tiempo y atención á cada una de estas cosas.

El hábito del descuido debe considerarse como el mayor vicio del espíritu democrático.

CAPÍTULO XVI

Por qué la vanidad nacional de los americanos es más inquieta y más fácil de irritarse que la de los ingleses.

Todos los pueblos libres se muestran gloriosos de sí mismos; pero el orgullo nacional no se manifiesta en todos de la misma manera.

Los americanos, en sus relaciones con los extranjeros, se impacientan de la más leve censura y parecen insaciables de alabanzas.

El menor elogio les agrada, y rara vez basta el más grande para satisfacerlos; á cada instante quieren que se les adule y si se resiste á sus instancias, se alaban ellos mismos. Se diría que dudando de su propio mérito, desean tener constantemente á la vista el cuadro que lo representa. Su vanidad, no sólo es codiciosa, sino envidiosa é inquieta; aunque siempre pide, nada concede, y á un mismo tiempo es quimerista y exigente.

Si digo á un americano que su país es hermoso, al momento replica: «Es cierto, y no hay otro igual en el mundo». Si admiro la libertad de que gozan sus habitantes, me responde: «La libertad es un don muy precioso, pero hay pocos pueblos que sean dignos de gozarla». Si observo la pureza de costumbres que reina en los Estados Unidos, dice en seguida: «Concibo bien que un extranjero que ha visto la corrupción que se advierte en las otras naciones, debe admirarse de este espectáculo». Y si le abandono, en fin, á la contemplación de sí mismo, vuelve hacia mí y no me deja hasta que me hace repetir lo que acabo de decirle.

Es imposible imaginar un patriotismo más molesto y pesado, baste decir que fatiga á los mismos que le honran.

No sucede lo mismo con los ingleses. El inglés goza tranquilamente de las ventajas reales ó imaginarias que posee su país, y si no concede nada á los otros, tampoco pide nada en favor del suyo: ni el vituperio del extranjero le conmueve, ni sus alabanzas le lisonjean. Permanece á la faz del mundo entero en una reserva llena de desdén y de ignorancia, no tiene necesidad de estimular su orgullo y vive siempre en sí mismo.

Es muy de notar que dos pueblos que tienen el mismo origen se muestren tan opuestos en su modo de sentir y de hablar.

En los países aristocráticos, los grandes poseen inmensos privilegios, sobre los cuales se funda su orgullo, sin pretender alimentarse de las pequeñas ventajas que nacen de ellos. Estos privilegios obtenidos por herencia, los consideran, en cierto modo, como una parte de sí mismos ó á lo menos como un derecho natural é inherente á su persona y tienen, por lo mismo, un sentimiento pacífico de su superioridad, sin pensar en vanagloriarse de las prerrogativas que cada uno descubre y que nadie les niega. Tampoco los admiran bastante para hablar de ellos y permanecen inmóviles en medio de su grandeza, seguros de que todo el mundo los ve, sin que procuren ostentarse y de que nadie pretende hacerlos salir de ella.

Cuando una aristocracia dirige los negocios públicos, su orgullo nacional toma naturalmente una forma reservada, indolente y altanera, y todas las otras clases de la nación, la imitan. Cuando, por el contrario, las condiciones difieren poco, las más mínimas ventajas tienen mucha importancia; como cada uno ve en derredor suyo un millón de gentes que poseen semejantes ó análogos privilegios, su orgullo viene á ser exigente y envidioso, se fija en miserias y los defiende con obstinación.

Como en las democracias son muy móviles las condiciones, los hombres casi siempre han adquirido recientemente las ventajas que poseen, y esto hace que gocen un placer infinito en exponerlas á las miradas públicas, para mostrar á los demás y acreditarse á sí mismos que las disfrutan, y como á cada momento pueden ellos perderlas, están constantemente alarmados y procuran hacer ver que las poseen todavía. Los hombres que viven

en las democracias aman á su país como se aman á sí mismos y trasladan los hábitos de su vanidad privada á su vanidad nacional.

La vanidad inquieta ó insaciable de los pueblos democráticos depende de tal modo de la igualdad y de la fragilidad de las condiciones, que los miembros de la nobleza más orgullosa dejan ver enteramente la misma pasión en todo lo que tiene su existencia de instable ó dudoso.

Una clase aristocrática difiere siempre en extremo de las otras clases de la nación, por la extensión y la perpetuidad de las prerrogativas; pero, sucede algunas veces, que muchos de sus miembros no difieren entre sí, sino por pequeñas y fugitivas ventajas que pueden perder y adquirir todos los días.

¡Cuántas veces se han visto los miembros de una poderosa aristocracia, disputarse con encarnizamiento los frívolos privilegios que dependen del capricho de la moda ó de la voluntad del señor y mostrar entonces precisamente los unos contra los otros los mismos celos pueriles que animan á los hombres de las democracias, el mismo ardor en apoderarse de las cortas ventajas que les disputaban sus iguales y la misma necesidad de exponer á las miradas de todos las que disfrutaban ellos!

Si los cortesanos tuviesen alguna vez el orgullo nacional, no dudo que dejarían ver uno en todo semejante al de los pueblos democráticos.

CAPÍTULO XVII

Por qué el aspecto de la sociedad en los Estados Unidos, es á la vez monótono y agitado.

Nada parece más propio para excitar y alimentar la curiosidad que el aspecto de los Estados Unidos. Las leyes, las fortunas y las ideas varían sin cesar; aun se diría que la naturaleza misma tiene movimiento al ver cómo se transforma bajo la mano del hombre.

Sin embargo, la vista de esta sociedad tan agitada parece monótona á la larga, y después de haber contemplado por algún tiempo este cuadro tan móvil, el espectador concluye por fatigarse.

En los pueblos aristocráticos, cada uno está fijo en su esfera, pero los hombres son muy desemejantes y tienen pasiones, hábitos, ideas y gustos esencialmente diversos. Nada se mueve allí, pero todo difiere.

En las democracias, al contrario, todos los hombres son semejantes y hacen cosas poco más ó menos iguales. Están sujetos, es verdad, á grandes y continuas vicisitudes; pero como las mismas victorias é iguales reveses se repiten continuamente, sólo cambia el nombre de los actores, la pieza es la misma. El aspecto de la sociedad americana es agitado, porque los hombres y las cosas varían constantemente, y monótono porque todos los cambios son semejantes.

Los hombres que viven en los tiempos democráticos tienen muchas pasiones; pero la mayor parte de ellas vienen á parar en

el amor de las riquezas ó emanan de él, lo cual no proviene de que sus almas sean menguadas, sino de que la importancia del dinero es entonces realmente más grande: que cuando los ciudadanos son independientes y lo miran todo con indeferencia, sólo pagándoles se puede obtener su respectivo concurso, lo que multiplica hasta lo infinito el uso de la riqueza y aumenta su valor.

Desapareciendo el prestigio que se daba á las cosas antiguas, el nacimiento, la profesión, el estado, no distinguen ya á los hombres ó los distinguen muy poco, de manera que sólo el dinero puede crear diferencias visibles entre ellos ó hacer sobresalir á algunos. La influencia que nace de la riqueza se aumenta con la extinción ó menoscabo de todas las otras.

En los pueblos aristocráticos, el dinero no conduce sino á ciertos puntos de la vasta circunferencia de los deseos, pero en las democracias parece que con él nada deja de conseguirse.

El amor de las riquezas es por lo común la base principal ó accesoria de las acciones de los americanos y lo que da á todas sus pasiones un viso de familia que al fin hace fastidioso el cuadro. Esta vuelta continua á la misma pasión es monótona y los medios particulares que emplea para satisfacerla, lo son igualmente.

En una democracia constituída y pacífica como la de los Estados Unidos, en que nadie se puede enriquecer por la guerra, por los empleos públicos ni por las confiscaciones políticas, el amor de las riquezas dirige principalmente los hombres hacia la industria. Pero la industria, que frecuentemente trae grandes desastres y desórdenes, no puede sin embargo prosperar sino con el auxilio de costumbres regulares y por una larga serie de actos muy uniformes. Los hábitos son tanto más regulares, y los hechos tanto más uniformes, cuanto la pasión es más viva. Se puede decir que la evidencia misma de los deseos es lo que hace á los americanos tan metódicos, pues si bien ella perturba su espíritu, arregla también su vida.

Lo que digo de los americanos se aplica á casi todos los hombres de nuestros días. La variedad desaparece del seno de la especie humana; los mismos modos de obrar, de pensar y de sentir, se encuentran en todos los ángulos del mundo y esto no viene solamente de que todos los pueblos se comuniquen más y se copien con más fidelidad, sino de que separándose los hombres cada día

más en todos los países, de las ideas y sentimientos peculiares de una casta, de una profesión ó de una familia, llegan simultáneamente á lo que tiene un enlace más inmediato con la constitución del hombre, que es, por todas partes, la misma, haciéndose por esto semejantes y sin que jamás se hayan imitado. Son como viajeros esparcidos en un gran bosque, cuyos caminos conducen á un mismo sitio. Si descubren todos á la vez el punto céntrico y dirigen sus pasos hacia él, se acercan insensiblemente los unos á los otros sin buscarse, sin verse y sin conocerse, y al fin se sorprenden al encontrarse unidos en el mismo lugar. Todos los pueblos que toman por objeto de su estudio y de su imitación, no tal ó cual hombre, sino el hombre mismo, acabarán por encontrarse con las mismas costumbres, como los viajeros en el punto céntrico.

CAPÍTULO XVIII

Del honor en los Estados Unidos y en las sociedades democráticas (1)

Los hombres siguen, al parecer, dos métodos muy distintos en el juicio que hacen en público de las acciones de sus semejantes: unas veces los juzgan por las simples nociones de lo justo y de lo injusto que se hallan difundidas en todo el mundo; otros las aprecian según las nociones particulares de un país y una época. Sucede con frecuencia que estas dos reglas difieren y aun algunas veces se combaten; pero jamás se confunden enteramente ni se destruyen.

El honor, en el tiempo de su mayor poder, rige la voluntad más que la creencia, y los hombres, aun sometiéndose sin vacilar y sin violencia á sus mandatos, sienten todavía por una especie de instinto obscuro, pero poderoso, que existe una ley más general, más antigua y más santa á que desobedecen algunas veces sin dejar de conocerla. Muchas acciones han sido consideradas á la vez honestas y deshonrosas, y el no admitir un duelo ha estado frecuentemente en este caso.

---

(1) La palabra *honor* no tiene siempre el mismo sentido.

1.° Significa el precio, la gloria, la consideración que se obtiene de sus semejantes, y en este sentido se dice *conquistar el honor*.

2.° También significa el conjunto de reglas con cuyo auxilio se consigue este aprecio, esta gloria y esta consideración, y por eso se dice *que un hombre se conforma siempre estrictamente á las leyes del honor*, ó que ha faltado al *honor*.

En este último sentido he tomado la palabra *honor* al escribir este capítulo.

Creo que se pueden explicar estos fenómenos sin atribuirlos al capricho de ciertos individuos y de ciertos pueblos, como hasta aquí se ha hecho.

El género humano tiene necesidades permanentes y generales que han creado leyes de moral, á cuya inobservancia han unido naturalmente los hombres, en todos tiempos y en todos lugares, la idea del vituperio y de la vergüenza; han llamado *hacer mal*, el sustraerse á ellas y *hacer bien*, el someterse.

Se establecieron, además, en el seno de la vasta asociación humana, sociedades más reducidas que se llaman pueblos, y en ellos otras todavía que se llaman clases ó castas. Cada una de estas asociaciones forma como una especie particular en el género humano y aunque no difiera esencialmente de la masa de los hombres, se mantiene algo separada y experimenta necesidades que le son propias. Estas necesidades especiales son las que modifican en alguna manera y en ciertos países el modo de contemplar las acciones humanas, y el aprecio que conviene hacer de ellas.

El interés general y permanente del género humano, es que los hombres no se maten unos á otros; pero puede suceder que el interés particular y momentáneo de un pueblo ó de una clase, consista en ciertos casos en excusar y aun en honrar el homicidio.

El honor no es otra cosa que una regla especial fundada en un estado particular, con cuyo auxilio un pueblo ó una clase distribuye el vituperio ó la alabanza.

Como nada hay menos útil al espíritu humano que una idea abstracta, me apresuro á presentar un símil que pondrá en claro mi pensamiento.

Escogeré la especie de honor más extravagante que ha parecido jamás en el mundo y que nosotros conocemos bien: el honor aristocrático nacido en el seno de la sociedad feudal.

No pretendo averiguar cómo y cuándo nació la aristocracia de la Edad Media, por qué estaba tan separada del resto de la nación, ni lo que había fundado ó fortalecido su poder. La encuentro instalada y sólo trato de comprender por qué consideraba la mayor parte de las acciones humanas desde un punto de vista tan singular.

Lo que me admira desde luego es que en el mundo feudal las acciones no eran siempre alabadas ni reprobadas por su valor in-

trínseco, pues algunas veces las consideraba únicamente por relación á su autor ó á su objeto, lo cual repugna á la conciencia general de la especie humana. Ciertos actos indiferentes de la parte de un plebeyo, deshonraban á un noble; otros variaban de carácter, según que la persona que los sufría era ó no de la aristocracia.

Cuando estas diferentes opiniones aparecieron, la nobleza formaba un cuerpo aparte en medio del pueblo que dominaba, desde las inaccesibles alturas adonde se había retirado. Para sostener esta posición particular que constituía su fuerza, necesitaba, no solamente privilegios políticos, sino virtudes y vicios peculiares.

Que tal virtud ó tal vicio perteneciese á la nobleza más bien que al estado plebeyo; que tal acción fuese indiferente de parte de un plebeyo ó vituperable si se trataba de un noble, he aquí lo que era frecuentemente arbitrario; pero que se contemplasen vergonzosas ú honrosas las acciones de los hombres, según su condición, eso resultaba de la misma constitución de la sociedad aristocrática.

Esto se ha visto, en efecto, en todos los países que han tenido una aristocracia, y mientras quede de ellas algún vestigio, se encontrarán, sin duda, tales singularidades. Seducir una doncella de color apenas daña la reputación de un americano y casarse con ella le deshonra.

El honor feudal prescribía la venganza en ciertos casos y deshonraba el perdón de las injurias; en otros, mandaba á los hombres imperiosamente vencerse y ordenaba la abnegación de sí mismo. No hacía, pues, una ley de la humanidad ni de la dulzura; pero alababa la generosidad, la liberalidad más que la beneficencia; permitía que cualquiera se hiciese rico en el juego ó en la guerra, pero nunca por el trabajo, prefería grandes crímenes á pequeños lucros. La concupiscencia le indignaba menos que la avaricia y le agradaba muchas veces la violencia, mientras que la astucia y la traición le parecían siempre despreciables.

Estas extravagantes nociones no eran sólo producidas por el capricho de los que las habían concebido.

Una clase que ha llegado á ponerse á la cabeza de todas las otras y hace constantes esfuerzos para conservarse en esta posición suprema, debe, por necesidad, honrar las virtudes en que hay grandeza y brillantez y que pueden combinarse fácilmente con el

orgullo y el amor del poder; no teme trastornar el orden natural de la conciencia colocando estas virtudes delante de las otras, y se concibe que eleve ciertos vicios estrepitosos y atrevidos sobre virtudes modestas y pacíficas, pues en cierto modo se ve obligada á ello por su condición.

Los nobles de la Edad Media anteponían el valor militar á todas las virtudes. Esta singular opinión tenía necesariamente su origen en el estado particular de la sociedad.

La aristocracia feudal había nacido de la guerra y para la guerra; había encontrado su poder en las armas y lo mantenía por ellas; nada le era más necesario que el valor militar, siendo justo que lo glorificase, sobre todo lo demás. Todo lo que exteriormente manifestaba ese valor, aun cuando fuese contrario á la razón y á la humanidad, era aprobado y muchas veces ordenado por ella.

Que un hombre mirase como una grave injuria el recibir una bofetada y hasta matara en un duelo al que ligeramente había ofendido, he aquí lo arbitrario; pero que un noble no pudiese sufrir tranquilamente una injuria y se deshonrase si se dejaba maltratar sin combatir, esto resultaba de los principios mismos y de las necesidades de una aristocracia militar.

Podía decirse, con verdad hasta cierto punto, que el honor tenía rasgos caprichosos; mas los caprichos del honor se encerraban siempre en límites precisos. Esa regla particular que nuestros padres llamaban honor está tan lejos de parecerme una ley arbitraria, que yo me atrevería á explicar sin dificultad en un pequeño número de actos fijos é invariables de las sociedades feudales, sus preceptos más raros ó incoherentes.

Si yo siguiese al honor feudal hasta el campo de la política, tampoco me sería difícil explicar todos sus pasos.

El estado social y las instituciones políticas de la Edad Media eran tales, que el poder nacional jamás gobernaba directamente los ciudadanos. Este no existía, por decirlo, á sus ojos; cada uno conocía solamente cierto hombre á quien estaba obligado á obedecer y por él sujetaba sin saberlo á todos los demás.

En las sociedades feudales, el orden público dependía del sentimiento de fidelidad á la persona misma del señor, y destruído éste se caía al instante en la anarquía.

La fidelidad al jefe del Estado era, por otra parte, un senti-

miento de que todos los miembros de la aristocracia descubrían diariamente el verdadero valor, pues cada uno de ellos era á la vez señor y vasallo y tenía que mandar y obedecer. Permanecer siempre fiel á su señor, sacrificarse por él cuando las circunstancias lo exigían, participar de su buena ó mala suerte y ayudarle en sus empresas, cualesquiera que fuesen, tales eran los primeros deberes impuestos por el honor feudal en materia política. La traición del vasallo se condenó por la opinión con mucho rigor y se creó un hombre particularmente infamante llamándola *felonía*.

Por el contrario, apenas se hallan en la Edad Media algunos vestigios de esa pasión que dió vida á las antiguas sociedades: hablo del patriotismo. El nombre de patriotismo no es antiguo en nuestro idioma (1).

Obscureciendo la idea de patria, las instituciones feudales volvían su amor menos necesario y hacían olvidar el país inspirando pasión por un hombre.

Así es que el honor feudal no ha inpuesto jamás una ley severa para guardar fidelidad á la nación; no porque el amor de la patria no existiese en el corazón de nuestros padres, sino porque no formaba en ellos más que una especie de instinto obscuro y débil que se ha hecho más claro y más fuerte á medida que se han destruído las clases y se ha centralizado el poder.

Esto se conoce por los juicios contrarios de los pueblos de Europa sobre los diferentes hechos de su historia, según la generación que los contempla. Lo que principalmente deshonraba al condestable de Borbón á los ojos de sus contemporáneos, era que había tomado las armas contra su rey, y lo que más le deshonra á los nuestros, es que hacía la guerra á su país; le vituperamos tanto como nuestros abuelos, pero por razones bien distintas.

He escogido para aclarar mi idea el honor feudal, porque tiene caracteres más marcados y conocidos que ningún otro; hubiera podido tomar ejemplos en otra parte y conseguir el mismo objeto por otro camino.

---

(1) La palabra *patria* no se encuentra en los autores frances, sino desde el siglo décimoxesto. La palabra *patriota* la introdujo en el idioma frrncés y la inventó Saint Simón para aplicársela á Vaubau.—*(N. del T.)*

Aunque nosotros hemos conocido menos á los romanos que á nuestros antepasados, sabemos, sin embargo, que existían entre ellos, en materia de gloria y de deshonor, opiniones particulares que no procedían solamente de las nociones generales del bien y del mal. Un gran número de acciones humanas se consideraban desde un punto de vista diferente, según se trataba de un ciudadano ó de un extranjero, de un hombre libre ó de un esclavo; se glorificaban ciertos vicios y ensalzaban ciertas virtudes más que otras. «En ese tiempo—dice Plutarco, en la vida de Coriolano—se honraba y adoraba la proeza en Roma sobre todas las otras virtudes; de lo cual hace fe el que se la llamaba *virtud,* del nombre mismo de la virtud, dando así el nombre común del género á una especie particular; de tal suerte que virtud, en latín, significaba tanto como valor» ¿Y quién no reconoce que esta era la principal necesidad de la asociación singular que se había formado para la conquista del mundo?

Cada nación se presta más ó menos á observaciones análogas, porque, como he dicho antes, siempre que los hombres se reúnen en sociedad particular, se establece entre ellos un honor, es decir, un conjunto de opiniones propias sobre lo que se debe alabar ó reprobar, y estas reglas particulares tienen por necesidad su origen en los hábitos é intereses especiales de la asociación.

Todo esto se puede aplicar, hasta cierto punto, á las sociedades democráticas como á todas las otras, y vamos á hallar la prueba entre los americanos (1).

Todavía se encuentran esparcidas entre las opiniones de los americanos, algunas pocas nociones del antiguo honor aristocrático de Europa, que no están arraigadas ni tienen poder; como una religión en que ya no se cree y de que se dejan subsistir algunos templos.

En medio de esas nociones casi borradas de un honor exótico, aparecen algunas nuevas opiniones que constituyen lo que podría llamarse entre nosotros, *honor americano.*

He hecho ver de que manera los americanos son impelidos

(1) Hablo aquí de los americanos que habitan países en donde no existe la esclavitud; pues éstos son los únicos que pueden presentar la imagen completa de una sociedad democrática.

hacia el comercio y la industria. Su estado social, su origen, las instituciones políticas y el lugar mismo que habitan, los arrastra de un modo irresistible hacia este lado. Por ahora forman una asociación casi exclusivamente industrial y comerciante, colocada en un país nuevo ó inmenso que se ha propuesto sobre todo beneficiar. Tal es el cargo característico que distingue hoy principalmente á los americanos de todos los otros pueblos.

Todas las virtudes pacíficas que tienden á regularizar el cuerpo social y á favorecer el negocio deben, pues, ser estimadas en este pueblo, y no se podrían descuidar sin incurrir en el desprecio público.

Todas las virtudes turbulentas que hacen brillar algunas veces la sociedad, pero que la trastornan con más frecuencia, ocupan en la opinión de este pueblo un puesto muy subalterno. Se pueden descuidar sin perder el aprecio de sus conciudadanos, pues más bien se perdería adquiriéndolas.

Con la misma arbitrariedad clasifican los vicios los americanos. Hay ciertas inclinaciones perniciosas en el sentir común y en la conciencia universal del género humano, que están de acuerdo con las necesidades particulares y momentáneas de la asociación americana, y aunque las repruebe débilmente, algunas veces también los alaba. Citaré, como la principal, el amor de las riquezas y las inclinaciones secundarias que de él se derivan. Para desmontar, fecundar y trasformar ese vasto continente desierto, que es su dominio, necesita el americano de una pasión enérgica, y ésta no puede ser otra que el amor de las riquezas; tal pasión, pues, no es reprobada en América, sino más bien honrada, con tal que no traspase los límites que la señala el orden público. El americano, llama noble y estimable ambición lo que nuestros padres de la Edad Media llamaban codicia servil y llaman aquéllos furor ciego y bárbaro, la conquistadora actividad y genio guerrero que el impelía á los segundos cada día á nuevos combates.

En los Estados Unidos, las fortunas se hacen y se destruyen con facilidad. El país no tiene límites y está lleno de recursos inagotables. El pueblo tiene todas las necesidades y todas las pasiones de un sér que crece y, cualesquiera que sean sus esfuerzos, se ve siempre rodeado de más bienes que los que puede adquirir. Lo que principalmente se debe temer en un pueblo semejante, no es

la ruina de algunos individuos que bien pronto se repara, sino la inactividad y molicie de todos. La audacia en sus empresas industriales es la primera causa de sus progresos rápidos, de su fuerza y de su grandeza. La industria es para él una vasta lotería en que un pequeño número de hombres pierden continuamente, mientras que el Estado gana siempre: un pueblo semejante debe favorecer y aun honrar la audacia en materia de industria, aunque toda empresa atrevida comprometa la fortuna del que se entrega á ella y la de todos los que se fían de él. Los americanos, que hacen de la temeridad comercial una especie de virtud, en ningún caso pueden vituperar á los temerarios.

De aquí nace la indulgencia tan singular que se demuestra en los Estados Unidos con el comerciante que quiebra, cuyo honor no sufre con semejante accidente. En esto difieren los americanos, no sólo de los pueblos europeos, sino de todas las naciones comerciantes de nuestros días; así como no se parecen á ninguna de ellas por su condición ni por sus necesidades.

En América, se tratan con una severidad desconocida en el resto del mundo todos los vicios que alteran la pureza de las costumbres y destruyen la unión conyugal. Esto contrasta á primera vista de un modo extraño, con la tolerancia que muestran sobre otros puntos y cualquiera se sorprende al ver una moral tan relajada y austera en el mismo pueblo.

Estas cosas no son tan incoherentes como se supone. La opinión pública en los Estados Unidos reprime suavemente el amor de las riquezas, porque tiene por objeto la industria y la prosperidad de la nación y condena con rigor las malas costumbres, porque distraen el espíritu humano de la adquisición del bienestar y turban el orden interior de la familia tan necesario al progreso de los negocios. Los americanos, para lograr la estimación de sus semejantes, necesitan someterse á hábitos regulares y en este sentido puede decirse que fundan su honor en ser castos.

El honor americano concuerda en un punto con el antiguo de Europa, pone el valor á la cabeza de todas las virtudes y hace de él la principal necesidad moral del hombre, pero no considera el valor bajo el mismo aspecto.

En los Estados Unidos, se aprecia bien poco el valor guerrero; el que más se conoce y estima, es el que desafía los furores del

Océano para llegar más pronto al puerto; el que vuelve casi insensible á la súbita pérdida de una fortuna adquirida con gran trabajo y sugiere nuevos esfuerzos para formar otra. Un valor de esta suerte es necesario al mantenimiento y prosperidad de la asociación americana y con particularidad honrado y alabado por ella. Sin este valor, apenas puede conseguirse reputación entre los americanos.

Encuentro todavía otro rasgo que acabará de hacer evidente la idea de este capítulo.

En una sociedad democrática, como la de los Estados Unidos, en que las fortunas son pequeñas y están mal aseguradas, todo el mundo trabaja y el trabajo conduce á todo. Esto ha dado un nuevo giro al honor dirigiéndolo contra la sociedad.

He encontrado algunas veces en América gentes ricas, jóvenes, enemigas por temperamento de todo esfuerzo penoso, que se veían obligadas á abrazar una profesión; pues aunque su naturaleza y su fortuna les permitiesen vivir ociosas, la opinión pública se lo prohibía imperiosamente y les era preciso obedecer. Al contrario, he visto muchas veces en las naciones europeas, en que la aristocracia lucha todavía contra el torrente que la arrastra, hombre cuyas necesidades y deseos estimulaban sin cesar á permanecer en la ociosidad para no perder el aprecio de sus iguales, y más fácilmente someterse al fastidio y á la incomodidad, que al trabajo. ¿Quién no descubre en estas dos obligaciones tan contrarias dos reglas diferentes que emanan, sin embargo, del honor?

Lo que nuestros padres han llamado, por excelencia, el honor, no era á la verdad, sino una de sus formas; dieron un nombre genérico á solo una especie. El honor se encuentra, pues, en los siglos democráticos, pero no será difícil conocer que en aquéllos presenta una fisonomía diversa, no sólo son diferentes sus preceptos, sino también menos numerosos y menos claros y se siguen con más flojedad sus leyes.

Una casta se halla siempre en una situación más particular que un pueblo; no hay nada tan excepcional en el mundo como una pequeña sociedad compuesta siempre de las mismas familias, como la aristocracia de la Edad Media, por ejemplo y cuyo objeto es reconcentrar y retener exclusiva y hereditariamente en su seno la luz, la riqueza y el poder.

Ahora, cuanto más excepcional es la posición de una sociedad, tanto mayores son sus necesidades especiales y tanto más creen las nociones del honor, que corresponde á sus necesidades.

Los deberes del honor serán, pues, siempre menos numerosos en un pueblo que no se ha dividido en clases que en cualquiera otro y si viniesen á establecerse naciones en donde no las hubiese, el honor se limitaría á un corto número de preceptos, que se alejarían cada vez menos de las leyes morales adoptadas por el común de la humanidad.

De esta manera, pues, las prescripciones del honor serán menos extravagantes y menos numerosas en una nación democrática que en una aristocracia, y también más obscuras, como consecuencia necesaria de lo que procede.

Siendo menor el número de los rasgos característicos del honor y menos singulares, debe ser muchas veces difícil el distinguirlos.

Hay todavía otras razones. En las naciones aristocráticas de la Edad Media, las generaciones se sucedían en vano las unas á las otras; cada familia era en ellas como un hombre inmortal y perfectamente inmóvil; las ideas no variaban más que las condiciones.

Cada hombre tenía siempre delante de sus ojos los mismos objetos que consideraba desde el mismo punto de vista; penetraba poco á poco en los más mínimos detalles y su percepción debía ser á la larga, clara y distinta. Así, las opiniones que constituían el honor en los tiempos feudales, no solamente eran muy extravagantes, sino que cada una de ellas se presentaba en el espíritu bajo una forma clara y precisa.

En ninguna parte sucederá jamás lo que en América, donde todos los ciudadanos se conmueven y donde modificándose la sociedad por sí misma, todos los días cambia sus opiniones con sus necesidades. En semejante país se vislumbra la regla del honor, pero no se tiene el tiempo necesario para considerarla fijamente.

Aunque la sociedad fuese inmóvil, sería todavía difícil impedir que se diesen diversos sentidos á la palabra honor.

Como en la Edad Media cada clase tenía su honor, no se admitía la misma opinión á la vez por un gran número de hombres, y esto permitía darle una forma fija y precisa; tanto más, cuanto

que teniendo todos los que le admitían una posición idéntica y muy excepcional, se encontraban dispuestos naturalmente, á entenderse sobre los preceptos de una ley hecha para ellos solos. Se hacía del honor un código completo y detallado en donde todo se hallaba previsto y ordenado anticipadamente, presentando una regla fija y siempre visible á las acciones humanas.

En una nación democrática como la americana, en que las clases están confundidas y la sociedad entera no forma sino una sola masa, cuyos elementos son análogos, sin ser enteramente semejantes, no sería posible entenderse jamás con anticipación sobre lo que es permitido ó prohibido por el honor.

También existen en el seno de este pueblo ciertas necesidades que hacen nacer opiniones comunes en materia de honor, mas tales opiniones no representan nunca al mismo tiempo, del mismo modo ni con igual fuerza al espíritu de todos los ciudadanos; la la ley del honor existe, pero carece frecuentemente de intérpretes.

La confusión es mucho más grande aún en un país democrático como el nuestro, en que, llegando á mezclarse las diferentes clases que componían la antigua sociedad, sin haberse podido todavía confundir, introducen sin cesar unas en el seno de las otras diversas nociones, á veces contrarias, de su honor; ó bien cada hombre, según sus caprichos, abandona una parte de las opiniones de sus padres y retiene otras; de suerte que, en medio de tantas medidas arbitrarias, no se puede establecer una regla común, siendo entonces casi imposible decir anticipadamente qué acciones serán estimadas ó reprobadas. Estos son tiempos desdichados; pero no durables.

Estando mal definido el honor entre las naciones democráticas, necesariamente es menos poderoso; pues es difícil aplicar con acierto y firmeza una ley que no es bien conocida. No viendo con claridad la opinión pública, que es el intérprete natural y soberano de la ley del honor, hacia que lado conviene dirigir el vitupeno ó la alabanza, no pronuncia su opinión sino vacilando, algunas veces se contradice y muchas queda inmóvil y deja obrar.

La debilidad relativa del honor en democracias depende todavía de otras muchas causas.

El honor mismo en las aristocracias no es jamás admitido sino por un cierto número de hombres, frecuentemente reducido y siem-

pre separado del resto de sus semejantes. El honor se mezcla, pues, con facilidad y se confunde en su espíritu con la idea de todo lo que los distingue, presentándoseles como el rasgo distintivo de su fisonomía; aplican sus diversas reglas con todo el calor del interés personal y le obedecen, si puedo explicarme así, con una verdadera pasión.

Esta verdad se manifiesta claramente al leer las crónicas de la Edad Media en el artículo de los autos judiciales. Allí se ve que los nobles estaban obligados á servirse en sus contiendas de la lanza y de la espada, mientras que los plebeyos usaban el bastón «considerando, decían, que los plebeyos no tienen honor». Esto no quería decir, como se figuran algunos en nuestros días, que tales hombres fuesen despreciables; significaba solamente que sus acciones no eran juzgadas por las mismas reglas que los de la aristocracia.

Lo que admira, á primera vista, es que cuando el honor reina con todo ese pleno poder, sus preceptos son en lo general muy extraños; de tal manera, que parece que se le obedece mejor mientras más se separa de la razón; y por esto se deduce muchas veces que el honor es grande á causa de su misma extravagancia.

Estas dos cosas tienen el mismo origen, pero no dependen la una de la otra. Es más raro el honor á medida que representa necesidades más particulares y de un más corto número de hombres y precisamente por representar necesidades de esta especie es poderoso. El honor no es, pues, poderoso por ser extravagante, pero su extravagancia y su poder proceden de la misma causa.

Haré aún otra observación. En los pueblos aristocráticos difieren todas las clases, pero todas son fijas; cada uno ocupa en su esfera un lugar de donde no puede salir y allí vive en medio de otros hombres ligados con él de la misma manera; nadie puede esperar ni temer que no lo vean, pues no se encuentra un hombre de tan baja esfera que no tenga su círculo, y que deba escapar por su obscuridad del vituperio ó de la alabanza.

En los estados democráticos sucede lo contrario, pues confundiéndose todos los ciudadanos en la multitud y agitándose sin cesar, la opinión pública no puede ejercer su acción; su objeto desaparece á cada instante y se le escapa. El honor será, pues, allí, menos imperioso y exigente, porque no obra sino en vista del pú-

blico, diferente en esto de la simple virtud que vive por sí misma y se satisface con su testimonio.

Si el lector se ha hecho bien cargo de lo que precede, ha debido comprender que entre la desigualdad de las condiciones y lo que nosotros llamamos honor, hay una relación estrecha y necesaria que, si yo no me equivoco, no había sido aún bien indicada. Debo, pues, hacer el último esfuerzo para ponerla en claro.

Una nación se coloca aparte en el género humano. Independiente de ciertas necesidades generales inherentes á la especie humana, tiene ella sus intereses y sus necesidades particulares. Pronto se establecen en su seno en materia de alabanza ó vituperio ciertas opiniones que le son propias y que sus ciudadanos llaman honor.

En el seno de esta misma nación viene á establecerse una clase que, separándose á su vez de todas las otras, contrae necesidades particulares, y éstas hacen también nacer opiniones especiales. El honor de esta casta, mezcla extravagante de las nociones particulares de la nación y de las de la casta misma más particulares aún, se alejará tanto cuanto puede imaginarse, de las opiniones simples y generales de los hombres. Hemos llegado al punto extremo, descendamos ahora.

Mezclándose las clases se destruyen los privilegios. Habiéndose hecho semejantes ó iguales los hombres que componen la nación, sus intereses y sus necesidades se confunden y se ve desvanecer sucesivamente todas las nociones singulares que cada casta llamaba honor. El honor no trae ya su origen sino de las necesidades particulares de la nación misma y representa su carácter individual entre los pueblos.

Finalmente, si fuese permitido suponer que se confundiesen todas las razas y que todos los pueblos del mundo viniesen á tener los mismos intereses, las mismas necesidades y á no distinguirse los unos de los otros por ningún rasgo característico, se dejaría enteramente de dar un valor convencional á las acciones humanas y todas las mirarían desde el mismo punto de vista, siendo su norma común, las necesidades generales de humanidad que la conciencia revela á cada hombre.

Entonces no se encontrarían en este mundo otras nociones que las simples y generales del bien y del mal, á las cuales se ligarían

por un vínculo natural y necesario las ideas del vituperio ó de la alabanza.

Así, para encerrar por último en una sola regla todo mi pensamiento diré, que las desemejanzas y desigualdades de los hombres son las que han creado el honor, que él se debilita á medida que estas diferencias se borran y que aun podría suceder que desapareciese junto con ellas.

CAPÍTULO XIX

Por qué se encuentran en los Estados Unidos tantos ambiciosos y tan pocas grandes ambiciones.

Lo primero que sorprende en los Estados Unidos, es la multitud innumerable que trata de salir de su condición originaria y el puequeño número de grandes ambiciones que se ven en medio de ese movimiento universal de ambición.

No hay americano que no parezca abrasado por el deseo de elevarse, pero hay pocos que alimentan vastas esperanzas y aspiren muy alto. Si todos quieren adquirir incesantemente bienes, reputación y poder, pocos se desvelan por las grandes cosas, y esto hace á primera vista tanta más impresión, cuanto que ni en las leyes ni en las costumbres de América se advierte absolutamente nada que deba limitar los deseos ni impedirles extenderse por todos lados.

Parece difícil atribuir este estado singular de cosas á la igualdad de las condiciones, pues al momento en que ella se estableció entre nosotros, hizo nacer ambiciones casi sin límites. Creo, sin embargo, que en el estado social y en las costumbres de los americanos es donde debe buscarse principalmente la causa de lo que precede.

Toda revolución aumenta la ambición de los hombres y en particular la que derriba una aristocracia.

Viniendo á desaparecer de repente las antiguas barreras que separaban la multitud de la fama y del poder, se hace luego un movimiento impetuoso y universal hacia esas grandezas tanto tiempo envidiadas, cuyo goce es al fin permitido.

En la primera exaltación del triunfo nada se hace imposible: no tienen límites los deseos, ni siquiera la facultad de satisfacerlos. En medio de esta renovación repentina y general de las costumbres y de las leyes, en esta vasta confusión de todos los hombres y de todas las reglas, los ciudadanos se elevan y caen con una rapidez extraña y el poder pasa tan deprisa de una mano á otra, que ninguno debe desesperar de lograrlo alguna vez.

Por otra parte no se debe olvidar que las gentes que destruyen una aristocracia, han vivido bajo sus leyes, han visto su esplendor y se han dejado penetrar sin saberlo de las ideas y sentimientos que ella había concebido. Así, pues, en el momento en que se disuelve una aristocracia, su espíritu fluctúa sobre la masa, y se conservan sus instintos por mucho tiempo, después que se le ha vencido.

Las grandes ambiciones se manifiestan siempre mientras dura la revolución democrática y también por algún tiempo después.

El recuerdo de los acontecimientos extraordinarios que han presenciado no se borra en un día, de la memoria de los hombres ni las pasiones que la revolución había sugerido desaparecen con ella. El sentimiento de la instabilidad se perpetúa en medio del orden y la idea de la facilidad del éxito sobrevive á las extrañas vicisitudes que la habían hecho nacer. Los deseos permanecen muy vastos cuando los medios de satisfacerlos disminuyen cada día; subsiste el amor de las grandes fortunas, aunque éstas sean muy raras y se encienden en todas partes desproporcionadas ambiciones que abrasan en secreto y sin fruto el corazón que las encierra.

Poco á poco, sin embargo, se borran las últimas señales de la lucha y los restos de la aristocracia acaban por desaparecer. Se olvidan los grandes acontecimientos que han acompañado su caída; el reposo sucede á la guerra, el imperio del orden renace en el seno del mundo nuevo; los deseos se proporcionan á los medios; las necesidades, las ideas y los sentimientos se encadenan; los hombres llegan á nivelarse, y la sociedad democrática queda por fin establecida.

Si consideramos un pueblo democrático en estado permanente, nos presentará un espectáculo muy diverso del que acabamos de contemplar, y sin dificultad juzgaremos que si la ambición se

hace más grande mientras se igualan las condiciones, pierde este carácter cuando son ya iguales.

Cuando las grandes fortunas se dividen y la ciencia se halla muy extendida, ninguno queda del todo privado de luces ni de bienes; estando abolidos los privilegios y las incapacidades de clases y habiendo roto los hombres para siempre los lazos que los tenían inmóviles, la idea del progreso se presenta al espíritu de cada uno de ellos; el deseo de elevarse nace á la vez en todos los corazones y cada hombre quiere salir de su esfera. La ambición se hace el sentimiento universal.

Pero si la igualdad de las condiciones proporciona á todos los ciudadanos algunos recursos, también les impide tenerlos muy extensos; lo cual encierra necesariamente los deseos dentro de límites muy estrechos. En los países democráticos la ambición es ardiente y continua, pero de ordinario no puede aspirar á mucho; y la vida se pasa, por lo común, codiciando bienes que se encuentran siempre al alcance.

Lo que principalmente desvía á los hombres de las democracias, de la grande ambición, no es la pequeñez de su fortuna, sino el esfuerzo violento que hacen todos los días para mejorarla; obligan al alma á emplear todas sus fuerzas en hacer cosas medianas, lo cual no puede menos de limitar bien pronto su vista y circunscribir su poder.

El corto número de ciudadanos opulentos que se encuentran en el seno de su democracia, no hace excepción á esta regla. Un hombre que se eleva por grados hacia la riqueza y el poder, contrae en este largo trabajo hábitos de prudencia y de recato de que no se deshace por largo tiempo. Su alma no se ensancha gradualmente como su casa.

Una observación análoga se aplica á los hijos de este hombre. Es verdad que han nacido en una posición elevada; pero sus padres han sido humildes, han crecido enmedio de sentimientos é ideas de que más tarde les es difícil sustraerse, y se debe creer que heredarán al mismo tiempo los instintos y los bienes de sus padres.

Puede suceder, al contrario, que el vástago pobre de una poderosa aristocracia muestre una grande ambición, porque las opiniones tradicionales de su linaje y el espíritu general de su clase, lo sostengan todavía algún tiempo sobre su fortuna.

Lo que también impide á los hombres de los tiempos democráticos entregarse á la ambición de las grandes cosas, es el tiempo que calculan deben pasar antes de poder emprenderlas. «Es una gran ventaja—dice Pascal—la calidad que á los dieciocho ó veinte años permite á un hombre hacer por sí lo que no haría otro hasta los cincuenta, pues son treinta años ganados sin dificultad».

Estos treinta años faltan, por lo común, á los ambiciosos de las democracias, y la igualdad que permite á cada uno alcanzarlo todo, impide, al mismo tiempo, el ir deprisa.

En una sociedad democrática, como en cualquiera otra, no se puede hacer sino un cierto número de grandes fortunas, y como los que conducen á ellas están abiertos indistintamente á todos los ciudadanos, es preciso que el progreso de cada una no sea muy rápido. Como los candidatos parecen poco más ó menos semejantes, y es difícil hacer entre ellos una elección sin violar el principio de la igualdal, que es la ley suprema de las sociedades democráticas, la primera idea que se presenta es hacerlos marchar á todos al mismo paso y someterlos á las mismas pruebas.

A medida que los hombres se hacen más semejantes y que el principio de la igualdad penetra más tranquila y profundamente en las costuubres y en las instituciones, las reglas del adelantamiento se hacen más inflexibles; el adelantamiento es más lento, y crece la dificultad de llegar pronto á un cierto grado de esplendor.

A fuerza de odiar los privilegios y de embarazar la elección, se consigue obligar á todos los hombres, cualquiera que sea su capacidad, á sujetarse á una misma ley, sometiéndolos indistintamente á multitud de pequeños ejercicios preliminares en que pierden su juventud y se extingue su imaginación; de suerte que ellos desesperan de gozar jamás, plenamente, los bienes que se les ofrecen, y cuando al fin llegan á poder hacer cosas extraordinarias, han perdido totalmente el gusto de ellas.

En China, donde la igualdad de las condiciones es muy grande y muy antigua, un hombre no pasa de un empleo á otro sin haberse sometido á un concurso. Esta prueba se repite á cada paso en su carrera y la idea está tan arraigada en las costumbres, que recuerdo haber leído una novela china en que después

de muchas vicisitudes, el héroe conmueve el corazón de su amada sufriendo un buen examen. Mal pueden respirar grandes ambiciones en una atmósfera semejante.

Lo que digo de la política se aplica con la misma exactitud á todas las cosas; la igualdad produce en todas partes efectos semejantes y donde la ley no se encarga de arreglar y retardar el movimiento de los hombres, la competencia basta.

En una sociedad democrática bien establecida, las grandes y rápidas elevaciones son muy raras y hacen la excepción de la regla general. Su singularidad es la que hace olvidar su corto número.

Los hombres de las democracias descubren al fin todas estas cosas, y á la larga conocen que el legislador les abre un vasto campo en que todos pueden con facilidad dar algunos pasos, pero ninguno lisonjearse de recorrerlo aprisa.

Entre ellos y el vasto y último objeto de sus deseos, ven una multitud de pequeñas barreras que necesitan traspasar con lentitud, y esta vista fatiga anticipadamente su ambición y la rechaza; renuncian, pues, á esas lejanas y dudosas esperanzas para buscar cerca de sí goces menos elevados y fáciles. La ley no limita su horizonte, pero ellos mismos se lo estrechan.

He dicho que las grandes ambiciones eran más raras en los siglos democráticos que en los de aristocracia y ahora añado que cuando ellas nacen, no obstante estos obstáculos naturales, tienen una fisonomía diferente.

La carrera de la ambición en las aristocracias, es por lo general extensa, pero sus límites son fijos. En los países democráticos se agita en un campo estrecho, de donde, si por casualidad llega á salir, nada parece que la limita.

Como los hombres son débiles, móviles y aislados, los precedentes tienen muy poco imperio y las leyes poca duración, la resistencia á las innovaciones es muy débil y el cuerpo social no parece jamás bien establecido ni firme; de suerte que, una vez que los ambiciosos se han hecho dueños del poder, creen tener la facultad de abusar de todo, y cuando se les escapa, piensan en seguida en trastornar el Estado para lograrlo de nuevo. Esto da un carácter violento y revolucionario á la grande ambición política, que es muy raro ver con igual fuerza en las sociedades aristocráticas.

Una multitud de pequeñas ambiciones sensatas, entre las cuales se lanzan de tiempo en tiempo algunos grandes y más arreglados deseos; tal es el cuadro que presentan por lo común las naciones democráticas; no es fácil encontrar una ambición proporcionada, vasta y moderada.

He dado á conocer en otra parte los esfuerzos secretos por los cuales hacía predominar la igualdad en el corazón humano, la pasión por los gocos materiales y el amor exclusivo de lo presente; estos diversos instintos se mezclan al sentimiento de la ambición y, por decirlo así, lo tiñe también con sus colores.

Creo que los ambiciosos de las democracias se ocupan menos que todos los otros de los intereses y de los juicios del povenir, y que sólo el momento actual los ocupa y los absorbe: gustan más de acabar con rapidez muchas empresas que de elevar monumentos durables, porque prefieren la fortuna á la gloria. Lo que exigen principalmente de los hombres es la obediencia y lo que desean ante todo, es el imperio.

Como sus costumbres permanecen por lo regular bajas respecto á su condición, sucede con frecuencia que tengan gustos muy vulgares en medio de una gran fortuna y que parezca que no se elevan al poder soberano, sino para procurarse fácilmente placeres ruines y groseros.

Juzgo que conviene mucho entre nosotros purificar, arreglar y proporcionar el sentimiento de la ambición, pero sería muy peligroso comprimirlo y estrecharlo demasiado. Es preciso tratar de ponerle algunos límites que no se le permitirá nunca salvar y guardarse bien de entorpecer su vuelo dentro de los ya permitidos.

Confieso que temo menos la audacia en las sociedades democráticas que la mediocridad de los deseos; lo que más debe temerse es que en medio de las pequeñas é incesantes ocupaciones de la vida privada, pierda la ambición su vehemencia y su grandeza, y la pasiones humanas se aplaquen y se abatan al mismo tiempo; de modo que cada día se haga más tranquila y menos elevada la marcha del cuerpo social. Me parece, pues, que los jefes de estas nuevas sociedades, harían mal en tratar de distraer á los ciudadanos con una felicidad demasiado uniforme y pacífica y que más conviene darles algunas veces difíciles y peligrosos quehaceres, á fin de despertar la ambición y abrirle un vasto campo.

Se quejan sin cesar los moralistas de que el vicio favorito de nuestra época sea el orgullo. Tienen razón en cierto modo: no hay nadie, en efecto, que no crea valer más que su vecino y que consienta en obedecer á su superior; pero bajo otro respecto, esto es muy falso; pues ese mismo hombre que no puede soportar la subordinación ni la igualdad, se desprecia hasta el extremo de no creerse digno sino de los placeres del vulgo. Se detiene en los deseos medianos sin atreverse á acometer empresas elevadas, que apenas puede concebir.

Lejos de creer que deba recomendarse á nuestros contemporáneos la humildad, quisiera que se tratase de darles una idea más vasta de sí mismos y de su especie; pues lo que les hace más falta, en mi concepto, es el orgullo. Con gusto cedería muchas de nuestras pequeñas virtudes en cambio de ese vicio.

CAPÍTULO XX

De la industria de los empleados en ciertas naciones democráticas.

Desde que un ciudadano en los Estados Unidos tiene algunas luces y cuenta con algunos recursos, trata de enriquecerse en el comercio y la industria, ó bien compra un campo cubierto de bosques y lo cultiva. Todo lo que él pide al Estado, es que no se le perturbe en sus labores y se le asegure su fruto.

En la mayor parte de los pueblos europeos, cuando un hombre empieza á conocer sus fuerzas y á extender sus deseos, la primera idea que se le presenta es la de obtener un empleo público.

Estos diferentes efectos, producidos por una misma causa, merecen que nos detengamos á considerarlos.

Cuando los empleos públicos son pocos, mal dotados é inestables y por otra parte las carreras industriales son numerosas y productivas, hacia la industria y no hacia la administración se dirigen los nuevos é impacientes deseos que hace nacer á cada instante la igualdad.

Pero si al mismo tiempo que las clases se igualan, las luces permanecen incompletas, ó los espíritus tímidos, ó el comercio y la industria detenidos en su vuelo, no ofrecen sino medios difíciles y lentos de hacer fortuna, los ciudadanos desesperando de mejorar por sí mismos su suerte, corren en tropel hacia el jefe del Estado, á pedirle protección. Gozar más comodidad á costa del Tesoro público les parece, sino la única vía, á lo menos, la más

fácil á todos para salir de esa condición que no les satisface y los empleos son la industria más concurrida.

Así debe suceder, sobre todo, en las grandes monarquías centralizadas, en que el número de empleos dotados es inmenso y la existencia de los funcionarios se halla bien asegurada; entonces nadie desespera de tener un destino y gozar pacíficamente de él como de un patrimonio.

No diré que este deseo universal é inmoderado de las funciones públicas, es un gran mal social; que destruye en cada nación el espíritu de independencia y derrama en todo el cuerpo social un humor servil y venal; que sofoca en él las virtudes varoniles; no haré tampoco observar que una industria de esta especie, no crea sino una actividad improductiva y agita el país sin fecundarlo, pues todo esto se concibe fácilmente.

Quiero, sí, hacer ver que el gobierno que favorece una tendencia semejante, arriesga su tranquilidad y pone en gran peligro su existencia.

Sé que en un tiempo como el nuestro, en que se ve extinguir gradualmente el amor y el respeto que en otra época se tenía al poder, puede parecer necesario á los gobernantes encadenar más estrictamente cada hombre por su interés y servirse de sus mismas pasiones para conservarlo en el orden y en el silencio; más esto no puede durar largo tiempo y lo que parece en cierto período un elemento de fuerza, se hace con el tiempo una causa poderosa de trastorno y de debilidad.

En los pueblos democráticos como en todos los otros, el número de empleos públicos acaba por tener límites; pero el de ambiciosos no los tiene; crece sin cesar por un movimiento gradual é irresistible á medida que las condiciones se igualan y no se limita sino cuando faltan los hombres.

Cuando la ambición no tiene más punto de vista que los empleos, el gobierno encuentra una oposición permanente, porque se ve reducido á satisfacer con medios limitados, deseos que no tienen límites.

Es preciso convencerse de que de todos los pueblos del mundo, el más difícil de contener y dirigir, es el que se compone de pretendientes. Por muchos esfuerzos que hagan los jefes, no pueden jamás satisfacerlo y debe temerse siempre que eche á tierra

la constitución del país y logre conmover el Estado solo con el fin de que haya empleos vacantes.

Los príncipes de nuestro siglo, que se esfuerzan en contentar y en atraer hacia ellos solos todos los nuevos deseos que suscita la igualdad, acabarán, sino me equivoco, por arrepentirse de semejante empresa: descubrirán un día que han aventurado su poder al quererlo hacer tan necesario y que hubiera sido más razonable y seguro enseñar á cada uno de sus súbditos el arte de satisfacerse por sí mismo.

CAPÍTULO XXI

Por qué llegan á hacerse raras las grandes revoluciones.

Un pueblo que por algunos siglos ha vivido bajo el régimen de castas y de clases no llega á un estado social democrático, sino atravesando una larga serie de transformaciones más ó menos penosas, con violentos esfuerzos y después de numerosas vicisitudes, durante las cuales los bienes, las pasiones y el poder cambian rápidamente de puesto.

Aún después de concluída esta revolución subsisten por largo tiempo los hábitos revolucionarios creados por ella, y también le suceden profundas agitaciones.

Como todo esto tiene lugar al momento en que se igualan las condiciones, se concluye que existe una relación oculta y un lazo secreto entre la igualdad misma y las revoluciones; de manera que la una no puede existir sin que nazcan las otras. Sobre este punto el razonamiento parece de acuerdo con la experiencia.

En un pueblo en que las clases son poco más ó menos iguales, ningún lazo aparente reúne los hombres ni los mantiene firmes en su puesto; ninguno de ellos tienen el derecho permanente ni el poder de mandar, y nadie tiene por condición obedecer; mas encontrándose cada uno provisto de algunas luces y de algunos recursos, puede escoger su vía y marchar separado de todos sus semejantes.

La misma causa que hacen independientes los ciudadanos unos de otros, los excitan cada día hacia nuevos é inquietos deseos y los estimulan sin cesar.

Parece, pues, natural, creer que en una sociedad democrática, las ideas, las cosas y los hombres, deben cambiar eternamente de formas y de puestos y que los siglos democráticos serán tiempos de transformaciones rápidas é incesantes.

¿Es así en efecto? ¿La igualdad de las condiciones conduce á los hombres de un modo habitual y permanente hacia las revoluciones? ¿Contiene algún principio perturbador que impida á la sociedad tranquilizarse, disponiendo á los ciudadanos á renovar sin cesar sus leyes, sus doctrinas y sus costumbres? No lo creo, y como el asunto es de importancia, imploro la atención del lector.

Casi todas las revoluciones que han cambiado la faz de los pueblos, han sido hechas para consagrar la desigualdad ó para destruirla. Si se separan las causas secundarias que han producido las grandes agitaciones de los hombres, se encontrará casi siempre la desigualdad; los pobres son los que han querido arrebatar los bienes á los ricos ó éstos han pretendido encadenar á los pobres. Si se pudiera fundar un estado social en que cada uno tuviese algo que conservar y poco que adquirir, se habría hecho mucho por la paz del mundo.

No ignoro que en un gran pueblo democrático se encuentran siempre ciudadanos muy pobres y también muy ricos; pero en lugar de formar los pobres la inmensa mayoría de la nación, como sucede siempre en las sociedades aristocráticas, no son sino un corto número y la ley no los liga entre sí con los lazos de una miseria irremediable y hereditaria.

Los ricos, por su parte, son pocos, ineptos y tienen privilegios en que fijarse su misma riqueza, no consistiendo en fincas raíces, ni estando representada por ellas, es como invisible y no puede usurparse. Así como no hay razas de pobres, no las hay tampoco de ricos; éstos salen todos los días de entre la multitud, y á cada paso vuelven á confundirse en ella: no forman, pues, una clase aparte que pueda definirse y despojarse, y como dependen por mil lazos secretos de la masa de sus conciudadanos, el pueblo no puede tocarlos sin herirse él mismo. Entre estos dos extremos de las sociedades democráticas se encuentra una multitud de hombres casi semejantes, que sin ser precisamente ricos ni pobres, poseen bastantes bienes para desear el orden, sin tener lo suficiente para evitar la envidia.

Estos son naturalmente enemigos de los movimientos; su inmovilidad mantiene en reposo todo lo que se encuentra más elevado ó más bajo que ellos, y asegura al cuerpo social en su base; no porque éstos se hallen satisfechos con su fortuna presente, ni porque sientan un horror natural por una revolución de cuyos despojos participarían sin experimentar sus males; pues desean, al contrario, con un ardor singular, enriquecerse; pero el obstáculo consiste en no saber á quien despojar. El mismo estado social que les sugiere constantemente deseos, encierra éstos en límites precisos; y aunque dé á los hombres más libertad para cambiar los interesa menos en el cambio.

No sólo los hombres de las democracias no desean naturalmente las revoluciones, sino que las temen. No hay revolución que no amenace la propiedad adquirida. La mayor parte de los que habitan los países democráticos son propietarios, y viven en la condición en que los hombres dan más valor á su riqueza.

Si se consideran con atención todas las clases que componen la sociedad, se observará que en ninguna hace nacer la propiedad pasiones más tenaces y severas que en las medianas.

Por lo común los pobres no se fijan en lo que poseen, pues sufren mucho más por lo que les falta que lo que gozan con lo poco que tienen. Los ricos, fuera de las riquezas, tienen muchas pasiones que satisfacer, y, además, el largo y penoso uso de una gran fortuna acaba algunas veces por hacerlos como insensibles á sus dulzuras.

Pero los que viven con una comodidad distante igualmente de la opulencia y de la miseria, dan á sus bienes un precio inmenso. Como no se hallan todavía muy lejos de la pobreza, ven inmediatos sus rigores y los temen; entre ésta y ellos no hay sino un pequeño patrimonio en que fijan sus temores y sus esperanzas. Cada día se interesan más en él por las constantes inquietudes que les causa, y por los esfuerzos continuos que hacen para aumentarlo. Así es que la idea de ceder una pequeñísima parte les es insoportable y la pérdida entera la miran como la mayor de sus desgracias; siendo el número de estos pequeños propietarios ardientes é inquietos el que la igualdad de las condiciones aumenta sin cesar.

Por eso en las sociedades democráticas la mayoría de los ciudadanos no ve claramente lo que puede ganar en una revolución, y conoce muy bien lo que puede perder.

Dije en otro lugar de esta obra, de qué manera la igualdad de las condiciones impelía naturalmente á los hombres hacia la industria y el comercio, y como ella acrecentaba y diversificaba los vienes raíces; hice ver igualmente por qué inspiraba á cada hombre un deseo constante y vehemente de aumentar su bienestar. Nada hay más contrario á las pasiones revolucionarias que todas estas cosas.

Por último resultado, puede servir una revolución á la industria y al comercio; pero su primer efecto será siempre arruinar á los industriales y á los comerciantes, porque en su principio no puede dajar de cambiar el estado general del consumo, y trastornar momentáneamente la proporción que existe entre la reproducción y las necesidades.

Tampoco encuentro nada más opuesto á las costumbres revolucionarias que las costumbres comerciales. El comercio es naturalmente enemigo de todas las pasiones violentas; ama la templanza, se complace en los compromisos y huye de la cólera; es sufrido, dócil, insinuante y no recurre á los extremos, sino cuando lo obliga la más imperiosa necesidad. El comercio hace á los hombres independientes, les da una alta idea de su valor individual, los conduce á hacer sus propios negocios y les enseña á lograr buenos resultados, los dispone á la libertad y los aleja de las revoluciones.

Los poseedores de bienes muebles, tienen más que temer en una revolución que todos los otros, porque de un lado su propiedad es por lo común más fácil de usurpar, y de otro, á cada instante puede desaparecer totalmente; los propietarios de bienes raíces no tienen que temerlo, pues si pierden la renta de sus tierras, esperan al menos conservar al través de todas las revoluciones, la tierra misma. Así se ve que á los unos afligen menos que á los otros los movimientos revolucionarios.

A proporción que los bienes muebles varían y se multiplican, y que crece el número de los que los poseen, los pueblos se hallan menos dispuestos á hacer revoluciones.

Cualquiera que sea, por otra parte, la profesión que los hombres abracen y la especie de bienes de que gocen, un rasgo les es común á todos. Ninguno se halla plenamente satisfecho con su fortuna presente y todos se esfuerzan por mil medios diversos en

aumentarla. Considérese á cada uno de ellos en una época cualquiera de su vida y se le verá ocupado en algunos planes nuevos que tienden á acrecer su comodidad. No se le hable de intereses y derechos del género humano, pues sus negocios domésticos absorben por el momento todos sus pensamientos y le hacen desear que no haya agitaciones públicas.

Esto les impide, no solamente hacer revoluciones, sino hasta desearlas. Las violentas pasiones políticas obran muy débilmente en hombres que han dedicado su alma entera á buscar el bienestar. La actividad que desenvuelve en los negocios pequeños los calma en los grandes.

Es cierto que se levantan de tiempo en tiempo en las sociedades democráticas algunos temerarios ambiciosos, cuyos inmensos deseos no pueden satisfacer siguiendo la ruta común, quieren revoluciones y las provocan; pero les es difícil hacerlas estallar si algunos acontecimientos extraordinarios no vienen á ayudarlos.

Naturalmente, es desventajosa la lucha contra el espíritu del siglo y del país y un hombre, por poderoso que se le suponga, difícilmente sugiere á sus contemporáneos ideas y sentimientos que el conjunto de sus principios y de sus deseos rechazan. No se crea, pues, que cuando la igualdad de las condiciones, llegando á ser un hecho antiguo y cierto, ha dado á las costumbres su carácter, los hombres se dejan fácilmente precipitar en los azares que les presenta un jefe imprudente ó un innovador atrevido; no porque ellos se resistan abiertamente con el auxilio de sabias combinaciones, ni porque hayan premeditado un proyecto de resistencia; al contrario, lo combaten con poca energía, á veces lo aplauden, pero nunca lo siguen. Á su ardor oponen en secreto su inercia; á sus instintos revolucionarios, sus intereses conservadores; á sus pasiones aventuradas, sus gustos perezosos; su buen juicio, á los desvíos de su genio; á su poesía, su prosa. Consiguen sublevarlos por un momento con mil esfuerzos, más pronto se le escapan y se sosiegan como arrastrados por su propio peso; se esfuerza en animar esta multitud indeferente y distraída, pero al fin se ve reducido á la impotencia, no porque esté vencido, sino porque le dejan solo.

No digo que los hombres que viven en las sociedades democráticas sean naturalmente inmóviles, pues al contrario, pienso que en el seno de ellas reina un movimiento eterno y que nadie conoce el

reposo; mas creo que se agitan dentro de límites que jamás transpasan. Varian, alteran ó renuevan cada día las cosas secundarias, pero tienen un gran cuidado de no tocar las principales, y si aman las mudanzas, también temen las revoluciones.

Aunque los americanos modifiquen ó abroguen sin cesar algunas de sus leyes, están bien lejos de mostrar pasiones revolucionarias. Es fácil descubrir por la prontitud con que se detienen y se calman cuando la agitación pública se hace amenazante y al momento mismo en que parecen las pasiones más excitadas, que temen una revolución como la mayor de las desgracias y que cada uno de ellos se resuelve interiormente á hacer grandes sacrificios para evitarla. No hay país en el mundo en donde el sentimiento de la propiedad se manifieste más activo é inquieto que en los Estados Unidos, ni donde muestre la mayoría menos inclinación por las doctrinas que amenazan alterar, de cualquier manera que sea, la constitución de los bienes.

He observado muchas veces que las teorías que son revolucionarias por su naturaleza, por no poderse realizar sino con una mudanza completa y algunas veces súbita en el estado de la propiedad y de las personas, son infinitamente menos favorecidas en los Estados Unidos que en las grandes monarquías de Europa. Si algunos hombres las profesan, la masa las rechaza con horror como por instinto.

No temo decir que la mayor parte de las máximas que por costumbre se llaman democráticas en Francia, serían proscritas por la democracia de los Estados Unidos, y esto se comprende fácilmente. En América tienen ideas y pasiones democráticas; en Europa tenemos ideas y pasiones revolucionarias.

Si América sufriese alguna vez grandes revoluciones, las acarrearían los negros; es decir, que no sería la igualdad de las condiciones, sino, al contrario, la desigualdad la que las haría nacer.

Cuando las condiciones son iguales, cada uno se encierra en sí mismo y olvida al público. Si los legisladores de los pueblos democráticos no tratasen de corregir esta funesta tendencia ó la favoreciesen con la idea de que aparta á los ciudadanos de las pasiones políticas y de las revoluciones, quizá acabarían ellos mismos por hacer el mal que quieren evitar y llegaría un momento en que las pasiones desordenadas de algunos hombres, ayudándo-

se del egoísmo torpe y de la pusilanimidad del mayor número, acabarían por obligar al cuerpo social á sufrir extrañas vicisitudes.

En las sociedades democráticas sólo las minorías desean las revoluciones; más estas minorías pueden algunas veces hacerlas.

No quiero decir que las naciones democráticas estén libres de revoluciones, sino que su estado social no las favorece; antes más bien las aleja. Abandonados á sí mismos los pueblos democráticos, no se comprometen fácilmente en grandes aventuras, y si son arrastrados hacia las revoluciones es sin saberlo, pues las sufren algunas veces, pero nunca las hacen. Y añado que cuando se les ha permitido adquirir luces y experiencia, tampoco las dejan hacer. Sé que en esta materia pueden mucho las instituciones públicas por sí mismas, pues favorecen ó reprimen los sentimientos que nacen del estado social. Repito que no sostengo que un pueblo esté al abrigo de trastornos, sólo porque en su seno sean iguales las condiciones; pero creo que cualesquiera que sean las instituciones de un pueblo semejante, las grandes revoluciones serán siempre infinitamente menos violentas y más raras de lo que se supone, y aún llego á describir cierto estado político que, combinándose con la igualdad, haría la sociedad más estacionaria que nunca lo ha sido en nuestro Occidente.

Dos cosas admiran en los Estados Unidos; la grande movilidad de la mayor parte de las acciones humanas y la fijeza singular de ciertos principios. Los hombres se mueven sin cesar y el espíritu humano parece casi inmóvil.

Cuando una vez se extiende y se arraiga una opinión en el suelo americano, se diría que ningún poder es capaz de extirparla. Las doctrinas generales en materia de religión, de filosofía, de moral y hasta de política, no varían absolutamente en los Estados Unidos, ó á lo menos no se modifican sino después de un trabajo oculto y muchas veces insensible; las más torpes preocupaciones no se borran sino con una lentitud inconcebible en medio de ese continuo roce de las cosas y de los hombres.

Oigo decir que las democracias, por su naturaleza y por sus hábitos, cambian á cada instante de sentimientos y de ideas. Esto puede ser cierto respecto de pequeñas naciones democráticas como las de la antigüedad, que se reunían enteras en una plaza pública y se agitaban en seguida á merced de un orador; pero yo

no he visto nada semejante en el seno del gran pueblo democrático que ocupa las riberas opuestas de nuestro Océano. Lo que me ha llamado la atención en los Estados Unidos, es la dificultad de desempeñar la mayoría de una idea que ha concebido y desapasionarla de un hombre que ella adopte. No bastan para esto los escritos ni los discursos; la experiencia sola puede conseguirlo, y aun algunas veces es preciso que ésta se repita.

Si esto admira á primera vista, un examen más detenido lo explica. No creo tan fácil como se imagina, desarraigar las preocupaciones de un pueblo democrático, cambiar sus creencias, sustituir nuevos principios religiosos, filosóficos, políticos y morales, á los que se hallan establecidos, en una palabra, hacer grandes y frecuentes revoluciones en las inteligencias; no porque el espíritu humano esté ocioso, pues se agita sin cesar; pero se ejerce más bien en variar hasta lo infinito las consecuencias de los principios conocidos y en descubrir otros, que buscar nuevos principios; vuelve con ligereza sobre sí mismo, más bien que lanzarse hacia adelante por un esfuerzo rápido y directo; extiende poco á poco su esfera con pequeños movimientos continuos y precipitados y no lo cambia de repente.

Hombres iguales en derechos, en educación, en fortuna y en palabra, de condición semejante, tienen precisamente necesidades, hábitos y gustos casi análogos. Como miran los objetos bajo el mismo aspecto, su espíritu se inclina naturalmente hacia las mismas ideas, y aunque cada uno pudiera separarse de sus contemporáneos y formarse creencias particulares, acaban por encontrarse todos, sin saberlo y sin querer, en cierto número de opiniones comunes.

Cuanto más atentamente considero los efectos de la igualdad sobre la inteligencia, más me persuado de que la anarquía intelectual que presenciamos no es, como muchos lo suponen, el estado natural de los pueblos democráticos. Creo que se debe considerar más bien como un accidente peculiar á su juventud, y que ella no se manifiesta sino en esa época pasajera en que habiendo roto los hombres los lazos antiguos que les unían, difieren todavía mucho por su origen, educación y costumbres; de suerte que conservando ideas, instintos y gustos muy diversos, nada les impide al descubrirlos. Las principales opiniones de los hombres se ha-

cen semejantes á medida que las condiciones se igualan. Tal me parece ser el hecho general y permanente; lo demás es fortuíto y pasajero.

Creo que varias veces sucederá que en el seno de una sociedad democrática, un hombre llegue á concebir de un solo golpe un sistema de ideas muy distinto del que han adoptado sus contemporáneos y si semejante innovador se presentase, me figuro que tendría mucha dificultad en hacerse escuchar y todavía más en hacerse creer.

Cuando las condiciones son casi semejantes, un hombre no se deja fácilmente persuadir por otro. Como todos se ven tan de cerca, aprenden las mismas cosas y llevan la misma vida, ninguno se halla, naturalmente, dispuesto á tomar á otro por guía, ni á seguirlo ciegamente; con dificultad se cree sobre su palabra á su igual ó á su semejante.

No solamente se disminuye la confianza en las luces de ciertos individuos en las naciones democráticas, sino que, como lo dije en otra parte, la idea general de la superioridad intelectual que un hombre puede adquirir sobre todos los otros, no tarda en obscurecerse.

A medida que los hombres se asemejan, el dogma de la igualdad de las inteligencias se insinúa en sus creencias y se hace más difícil á un innovador cualquiera adquirir y ejercer gran poder sobre el espíritu del pueblo. En tales sociedades las súbitas revoluciones intelectuales son raras, más si se recorre la historia del mundo, se ve que la autoridad de un hombre más que la fuerza de un razonamiento, ha producido las grandes y rápidas mudanzas de las opiniones humanas.

Observamos, por otra parte, que como los hombres que viven en las sociedades democráticas, no están ligados absolutamente los unos á los otros, es necesario convencer á cada uno de ellos; al paso que en las sociedades aristocráticas basta poder obrar sobre el espíritu de algunos, para que lo sigan todos los otros. Si Lutero hubiera vivido en un siglo de igualdad, y no hubiera tenido por oyentes señores príncipes, acaso habría encontrado más dificultad en cambiar la faz de Europa.

Esto no depende de que los hombres de las democracias estén naturalmente convencidos de la certeza de sus opiniones y se

hallen muy firmes en sus creencias; pues tienen frecuentemente dudas que á sus ojos nadie puede resolver. En una época semejante, el espíritu humano cambiaría gustoso de sitio; pero como nada lo impele poderosamente ni lo dirige, oscila sobre sí mismo sin conmoverse (1).

Aun después de haber adquirido la confianza de un pueblo democrático, es todavía muy difícil atraer su atención.

Es casi imposible hacer escuchar á los hombres que viven en las democracias, cuando no se les habla de ellos mismos. Y no oyen lo que se les dice, porque están siempre fijos en las cosas que hacen.

Se ven, en efecto, pocos ociosos en las naciones democráticas: la vida se pasa allí en medio del movimiento y del ruido, y los hombres se ocupan tanto en obrar, que apenas les queda tiempo para pensar; lo más notable es, que no solamente viven ocupados, sino que se apasionan de sus ocupaciones, pues estando perpetuamente en actividad, cada una de sus asociaciones absorbe su alma; parece que su exaltación en los negocios les impide acalorarse por las ideas.

---

(1) Si busco el estado social más favorable á las grandes revoluciones de las inteligencias, lo encuentro entre la igualdad completa de todos los ciudadanos y la separación absoluta de las clases.

Bajo el régimen de las castas las generaciones se suceden sin que los hombres cambien de puesto: los unos no esperan nada más, los otros nada mejor. La imaginación se adormece en medio de este silencio y de esta inmovilidad universal, y la idea misma del movimiento no se presenta al espíritu humano.

Cuando las clases han sido abolidas, y las condiciones se hacen casi iguales, todos los hombres se agitan sin cesar, pero cada uno de ellos es independiente, aislado y débil. Este último estado difiere mucho del primero; pero le es análogo en un punto. Las grandes revoluciones del espíritu humano son allí muy raras.

Mas entre los dos extremos de la historia de los pueblos, se encuentra una edad intermedia, época gloriosa y agitada en que las condiciones no son bastante fijas para que la inteligencia repose, pero sí bastante desiguales para que ciertos hombres ejerzan un gran poder sobre el espíritu de los otros, y puedan algunos modificar las creencias de todos. Entonces es cuando los poderes reformadores se elevan y las ideas nuevas cambian de repente la faz del mundo.

Creo que es muy difícil excitar el entusiasmo de un pueblo democrático por una teoría cualquiera que no tenga relación visible, directa é inmediata con la práctica de su vida. Un pueblo semejante no abandona tan fácilmente sus antiguas creencias, porque el entusiasmo es el que desvía el espíritu humano de la senda conocida y hace las grandes revoluciones intelectuales como las políticas.

Por manera que los pueblos democráticos no gustan de buscar nuevas opiniones y aun cuando lleguen á dudar de las que poseen, las conservan no obstante, porque necesitarían largo tiempo y un examen detenido para cambiarlas. Las guardan no como ciertas, sino como establecidas.

Hay otras razones más poderosas todavía que impiden se haga fácilmente una gran mudanza en las doctrinas de un pueblo democrático, y las he indicado al principio de esta obra.

Si en el seno de un pueblo semejante las influencias individuales son débiles y casi nulas, el poder que ejerce la masa sobre el espíritu es muy grande. Quiero decir, que no hay razón para creer que esto depende únicamente de la forma de gobierno, y que la mayoría debe perder su imperio intelectual con su poder político.

Los hombres de las aristocracias poseen frecuentemente una grandeza y un poder que les son peculiares. Cuando no se encuentran de acuerdo con el mayor número de sus semejantes, se encierran en sí mismos, se ayudan y se consuelan. No sucede así en los pueblos democráticos; la estimación pública se considera tan necesaria como el aire que se respira y se cree, por decirlo así, que no se vive cuando no se está de acuerdo con la masa.

Esta no tiene necesidad de emplear leyes para reducir á los que no piensan como ella, pues le basta negarles su aprobación; su aislamiento y su impotencia los abruman y desesperan.

Siempre que se igualan las condiciones, la opinión general adquiere una inmensa influencia en el espíritu de cada individuo; lo dirige y lo oprime. Esto depende más de la constitución misma de la sociedad que de sus leyes políticas. A medida que los hombres se asemejan, cada uno se siente más débil delante de todos los otros; no descubriendo nada que lo eleve sobre ellos ni que lo distinga, desconfía de sí mismo desde que lo combaten; no solamente

duda de sus fuerzas, sino hasta de su derecho, y se apresura á reconocer que no tiene razón cuando el mayor número lo afirma. La mayoría no tiene necesidad de violentarlo, pues lo convence.

De cualquier menera que se organicen los poderes de una sociedad democrática y se les establezca, es siempre muy difícil creer lo que la masa no aprueba, y profesar lo que ella condena: esto favorece maravillosamente la estabilidad de las creencias.

Cuando una opinión se desenvuelve en un pueblo democrático y se establece en el espíritu del mayor número, subsiste en seguida por sí misma y se perpetúa sin esfuerzos, porque nadie la ataca.

Desde luego los que la habían rechazado como falsa, acaban por recibirla como general, y los que en el fondo de su corazón continúan combatiéndola no lo dejan ver, pues tienen buen cuidado de no comprometerse en una lucha peligrosa é inútil. Es cierto que cuando la mayoría de un pueblo cambia de opinión, puede ocasionar extrañas y súbitas revoluciones en el mundo de las inteligencias; pero es muy difícil que su opinión cambie, y casi igualmente difícil hacerlo ver.

Algunas veces sucede que el tiempo, los acontecimientos ó el esfuerzo individual ó aislado de las inteligencias, acaban por conmover ó destruir poco á poco una creencia, sin que se descubra nada en lo exterior. No se la combate abiertamente, ni se reúne nadie para hacerle la guerra. Sus sectarios empiezan á dejarla uno á uno sin ruido; pero cada día la abandonan algunos, hasta que al fin no la sigue más que un corto número, y en este estado reina todavía.

Como sus enemigos continúan en silencio ó si se comunican es en secreto, se hallan por mucho tiempo sin saber que se efectúa una revolución, y en esta duda permanecen inmóviles, observan y callan. La mayoría no cree, pero finge creer, y este vano fantasma de la opinión pública basta para imponer á los innovadores y hacerlos guardar silencio y respeto.

Vivimos en una época que ha presenciado las más rápidas variaciones en el espíritu de los hombres. Sin embargo, puede ser que bien pronto las principales opiniones humanas sean más estables que lo han sido en los siglos precedentes de nuestra historia; este tiempo no ha llegado todavía, pero tal vez se aproxima.

Á proporción que examino más de cerca las necesidades y los sentimientos naturales de los pueblos democráticos, más me persuado de que si la igualdad se estableciese de una manera general y permanente en el mundo, las grandes revoluciones intelectuales y políticas se harían más raras y difíciles de lo que se supone.

Como los hombres de las democracias parecen siempre conmovidos, en duda, alterados, dispuestos á cambiar de voluntad y de lugar, se imaginan algunos que ellos iban á abolir de repente sus leyes, á adoptar nuevas creencias y á tomar nuevas costumbres. No se piensa que si la igualdad conduce á los hombres al cambio, les sugiere gustos y les proporciona intereses que necesitan estabilidad para satisfacerse; los impele y al mismo tiempo los detiene, los estimula y los atrae á la tierra, inflama sus deseos y limita sus fuerzas.

Esto es lo que no se descubre á primera vista; las pasiones que separan los ciudadanos unos de otros en una democracia, se manifiestan por sí mismas; pero no se ve á la primera ojeada la fuerza oculta que los retiene y los reúne.

¿Me atreveré yo á indicarla en medio de las ruinas que me rodean? Lo que más temo para las generaciones futuras no son las revoluciones.

Si los ciudadanos siguen reconcentrándose más y más estrechamente en el círculo de los pequeños intereses domésticos y agitándose sin descanso, se puede temer que acaben por hacerse inaccesibles á esas grandes y poderosas conmociones públicas que trastornan los pueblos, pero que los desarrollan y renuevan. Al hacerse móvil la propiedad y el amor de ella tan inquieto y ardiente, no puedo menos de temer que los hombres lleguen á mirar toda nueva teoría como un peligro, toda innovación como un trastorno, todo progreso social como el primer paso hacia una revolución y rehusen enteramente moverse por miedo de que se les arrastre.

Temo que se dejen poseer por el miserable amor de los goces presentes, que el interés de su suerte futura y el de sus descendientes desaparezcan y prefieran seguir descansadamente el curso de su destino á hacer, en caso de necesidad, un pronto y enérgico esfuerzo para corregirlo.

Se cree que las nuevas sociedades cambian diariamente de faz y yo temo que acaben por fijarse invariablemente en las mismas leyes, preocupaciones y costumbres, de modo que el género humano se detenga y limite; que el espíritu se encierre eternamente en sí mismo, sin producir ideas nuevas; que se consuma el hombre en pequeños movimientos aislados y estériles, y que la humanidad no adelante nada, á pesar del continuo movimiento.

CAPÍTULO XXII

Por qué los pueblos democráticos desean naturalmente la paz, y los ejércitos democráticos la guerra.

Los mismos intereses, temores y pasiones que apartan á los pueblos democráticos de las revoluciones, los alejan de la guerra; así el espíritu militar como el revolucionario se debilitan á un mismo tiempo y por las mismas causas.

El número siempre creciente de propietarios amigos de la paz, el desarrollo de la riqueza de bienes muebles que la guerra consume con tanta rapidez; esa apacibilidad y dulzura de costumbres, la molicie del corazón; esa tendencia á la conmiseración que inspira la igualdad; la tibieza de espíritu que hace poco sensible á las conmociones poéticas y violentas que nacen entre las armas, todas estas causas se unen para extinguir el espíritu militar.

Creo que se puede admitir como regla general y constante que en los pueblos civilizados las pasiones guerreras se hacen más raras y menos vivas á medida que las condiciones se igualan.

Sin embargo, la guerra es un accidente á que están sujetos todos los pueblos. Por mucho que amen la paz, es preciso que las naciones estén preparadas á rechazar la guerra ó, en otros términos, que tengan un ejército.

La fortuna, que ha querido favorecer con tanta particularidad á los Estados Unidos, los ha colocado en medio de un desierto, donde, por decirlo así, no tienen vecinos, y algunos miles de soldados les bastan, mas esto es americano y no democrático.

La igualdad de las condiciones y las costumbres, como las instituciones que se derivan de ella, no sustraen á un pueblo democrático de la obligación de mantener ejércitos, y éstos ejercerán siempre una influencia muy grande sobre su suerte. Es, pues, importante averiguar los instintos naturales de los que los componen. En los pueblos aristocráticos y principalmente en los que el nacimiento solo regla las clases, la desigualdad se encuentra en el ejército como en la nación; el oficial es noble, el soldado es siervo; el uno es llamado necesariamente á mandar y el otro á obedecer. En los ejércitos aristocráticos la ambición del soldado tiene límites muy estrechos. Tampoco es ilimitada la de los oficiales.

Un cuerpo aristocrático, no solamente hace parte de una jerarquía, sino que siempre contiene una jerarquía en su seno, y los miembros que la componen están colocados unos bajo el imperio de los otros, de una manera invariable. El uno está llamado por su nacimiento á mandar un batallón, el otro una compañía: cuando llegan á estos puntos extremos de sus esperanzas, se detienen por sí mismos, quedando satisfechos de su suerte.

Hay todavía una causa poderosa que en las aristocracias amortigua en el oficial los deseos de ascender.

En los pueblos aristocráticos el oficial independientemente de su puesto en el ejército, ocupa otro muy elevado en la sociedad; el primero no es considerado por él sino como accesorio del segundo, y el noble, al abrazar la carrera de las armas, obedece menos á la ambición que á una especie de deber que le impone su nacimiento.

Entra en el ejército por emplear honrosamente los años ociosos de su juventud y traer á su hogar y entre sus iguales algunos honrosos recuerdos de la vida militar; pero su objeto principal no es el de adquirir bienes, consideración ó poder, pues posee estas ventajas por sí mismo, y goza de ellas sin salir de su país.

En los ejércitos democráticos todos los soldados pueden llegar á ser oficiales, lo cual generaliza el deseo de ascender y extiende hasta lo infinito los límites de la ambición militar.

De otro lado, el oficial no ve nada que lo detenga natural y forzosamente en un grado más que en otro y cada uno tiene un valor inmenso á sus ojos, porque su puesto en la sociedad depende casi siempre de su grado en el ejército.

Muchas veces sucede en los pueblos democráticos que el oficial no tiene otra cosa que su paga, y no puede esperar consideración sino por sus honores militares; así, siempre que cambia de destino cambia de fortuna y en cierto modo llega á ser hombre. Lo que en los ejércitos aristocráticos era lo accesorio de la existencia misma.

En la antigua monarquía francesa no se daba á los oficiales sino el título de nobleza: hoy no se les da sino un título militar. Esta pequeña mudanza en las formas del lenguaje basta para indicar que se ha efectuado una gran revolución en la constitución de la sociedad y en la del ejército.

El deseo de ascender en los ejércitos democráticos es ardiente, tenaz, continuo y casi universal; crece con los otros deseos y no se extingue sino con la vida. Mas es fácil conocer todos los ejércitos del mundo, los democráticos son aquéllos en que los progresos deben ser más lentos en tiempo de paz. Siendo, naturalmente, limitado el número de grados, los competidores casi innumerables, y pesando sobre todos la ley inflexible de la igualdad ninguno puede hacer adelantamientos rápidos, y muchos ni aun siquiera moverse de su puesto. Así, pues, la necesidad de adelantar es mayor y la facilidad de conseguirlo, menor que en otra parte.

Todos los ambiciosos que contiene un ejército democrático desean con ardor la guerra, porque ésta desocupa puestos y permite, al fin, violar ese derecho de la antigüedad, único privilegio natural de la democracia.

Llegamos, pues, á esta consecuencia singular, que de todos los ejércitos, los que desean más ardientemente la guerra son los democráticos y que entre los pueblos, los que aman más la paz son los democráticos, siendo lo más extraño que la igualdad produzca á la vez estos efectos contrarios.

Siendo iguales los ciudadanos, conciben cada día el deseo y descubren la posibilidad de cambiar su condición y aumentar su bienestar; esto los dispone á amar la paz, que hace prosperar la industria y permite á cada uno llevar á cabo sus pequeñas empresas. De otro lado, aumentando esta misma igualdad el precio de los honores militares á los ojos de los que siguen la carrera de las armas y haciéndolos accesibles á todos, hace delirar á los sol-

dados por campos de batalla. De ambas partes la inquietud del corazón es la misma, el deseo de los goces es también insaciable, la ambición igual, y sólo el medio de satisfacerla es diferente.

Estas disposiciones opuestas de la nación y del ejército, hacen correr grandes riesgos á las sociedades democráticas.

Cuando el espíritu militar abandona á un pueblo, la carrera militar deja también de ser estimada, y los hombres de guerra bajan al último puesto de los funcionarios públicos; se les aprecia poco y no se les atiende. Entonces sucede lo contrario de lo que se ve en los siglos aristocráticos; no son los principales ciudadanos los que entran en el ejército, sino los menos importantes.

Se escoge la carrera militar cuando todas las otras están encerradas, y esto forma un círculo vicioso de donde no puede salirse. Lo selecto de la nación huye de la carrera de las armas, porque no es honrosa, y no lo es porque lo selecto de la nación no entra en ella.

No es, pues, extraño, que los ejércitos democráticos se manifiesten muchas veces inquietos, quejosos y mal satisfechos de su suerte, aunque la condición física sea por lo regular mucho más dulce y la disciplina menos rigida que en todos los otros.

El soldado se siente en una posición inferior, y su orgullo herido acaba por darle el gusto de la guerra que le hace necesario, ó el amor á las revoluciones, durante las cuales espera conquistar con las armas en la mano la influencia política y la consideración individual que se le disputa. La organización de los ejércitos democráticos hace muy temible este último peligro.

Casi todos los ciudadanos de la sociedad democrática tienen propiedades que conservar; pero los ejércitos democráticos son por lo general mandados por proletarios que tienen poco que perder en las discusiones civiles. La masa de la nación teme naturalmente mucho más las revoluciones que en los siglos de aristocracia, y los jefes del ejército mucho menos.

Además, como en los pueblos democráticos, según dije antes, los ciudadanos más ricos, instruídos y capaces, no entran en la carrera militar, sucede que el ejército todo acaba por hacerse una pequeña nación aparte en donde la inteligencia se extiende menos y los hábitos son más toscos que en la grande. Mas esta inculta nación posee las armas y sólo ella sabe manejarlas.

Lo que aumenta en efecto el peligro que el espíritu militar y turbulento del ejército hace correr á los pueblos democráticos, es el carácter pacífico de los ciudadanos: nada hay más peligroso que un ejército en el seno de una nación que no es guerrera; el amor excesivo de todos los ciudadanos por la tranquilidad pone diariamente la constitución á merced de los soldados.

Se puede decir de una manera general, que si los pueblos democráticos son naturalmente inclinados á la paz por sus instintos y sus intereses, son atraídos incesantemente hacia la guerra y las revoluciones por sus soldados.

Las revoluciones militares, tan poco temibles en las aristocracias, lo son siempre mucho en las naciones democráticas. Tales peligros deben considerarse como los más grandes de todos los que encierra su porvenir, y es preciso que los hombres de Estado fijen en ellos su atención para encontrarles un remedio.

Cuando una nación se siente interiormente turbada por la ambición inquieta de su ejército, la primera idea que se presenta es dar á esta ambición la guerra por objeto.

No quiero hablar mal de la guerra: ella engrandece casi siempre el pensamiento de un pueblo y eleva su corazón. Hay casos en que sólo la guerra puede detener el excesivo desarrollo de ciertas inclinacionos que crea, naturalmente, la igualdad y en que es preciso considerarla como necesaria para curar ciertas enfermedades inveteradas á que las sociedades democráticas están sujetas.

La guerra tiene grandes ventajas; pero no hay que fijarse que disminuye el peligro que acabo de señalar; lo suspende para que después sea más terrible, pues el ejército ama bien poco la paz después de haber gustado de la guerra. La guerra no sería un remedio sino para un pueblo que desease siempre la gloria.

Preveo que todos los príncipes guerreros que se elevan en el seno de las grandes naciones democráticas, verán que es más fácil vencer con su ejército, que hacerle vivir en paz después de la victoria. Dos cosas hay muy difíciles para un pueblo democrático: empezar la guerra y concluirla.

Si de un lado la guerra tiene ventajas particulares para los pueblos democráticos, de otro les hace correr ciertos riesgos que no tienen que temer en el mismo grado las aristocracias. Citaré solamente dos.

Si la guerra satisface al ejército, molesta y desespera á esa multitud innumerable de ciudadanos, cuyas pequeñas pasiones tienen todos los días necesidad de la paz para satisfacerse y aun puede hacer nacer bajo otra forma el desorden que debe precaver.

No hay guerra larga que en los países democráticos no ponga la libertad en gran peligro: no porque deba temerse precisamente que los generales vencedores se apoderen por fuerza, después de la victoria, del mando soberano, á la manera de Sila y de César: Otra es la causa. La guerra no abandona siempre los pueblos al gobierno militar; pero no puede dejar de aumentar inmensamente las atribuciones del gobierno civil, centralizando por fuerza en las manos de éste casi la dirección de todos los hombres y el uso de todas las cosas. Si no conduce de repente al despotismo por la violencia, lo atrae dulcemente por los hábitos.

Todos los que pretendan destruir la libertad en el seno de una nación democrática, deben saber que el medio más seguro y más corto de conseguirlo es la guerra. He aquí el primer axioma de la ciencia.

Un remedio parece ofrecerse por sí mismo, cuando la ambición de los soldados y de los oficiales se hace temible, y es acrecentar el número de plazas aumentando el ejército. Esto alivia el mal presente, pero expone más el porvenir.

Aumentar el ejército puede producir un efecto durable en el seno de una aristocracia, porque la ambición militar se reduce á una sola especie de hombres y se detiene en cada uno dentro de cierto límite; de manera que puede llegarse á contentar á todos los que la sienten.

Mas en un pueblo democrático no se gana nada, porque el número de ambiciosos crece siempre exactamente en la misma proporción que el ejército. Aquéllos cuyos votos se han atendido creando nuevos empleos, se reemplazan bien pronto por una multitud que no se puede satisfacer y aun los primeros empiezan de nuevo á quejarse; porque la misma agitación de espíritu que reina entre los ciudadanos de una democracia se manifiesta en el ejército; lo que se quiere no es ganar un solo grado, sino adelantar siempre, y si los deseos no son muy vastos, á lo menos renacen sin cesar.

Un pueblo democrático que aumenta su ejército, no hace sino

calmar por un momento la ambición de las gentes de guerra; pero bien pronto ella se hace más temible, porque los que la tienen son más numerosos.

Por mi parte, creo que un espíritu inquieto y turbulento, es un mal inherente á la constitución misma de los ejércitos democráticos é imposible de curar. Los legisladores democráticos no deben lisonjearse de encontrar una organización militar que tenga por sí misma la fuerza suficiente para calmar y contener la soldadesca, pues serían vanos todos sus esfuerzos para conseguirlo.

No es en el ejército donde se puede encontrar el remedio de los vicios de éste, sino en el país.

Los pueblos democráticos temen naturalmente los trastornos y el despotismo, y sólo se trata de hacer de estos instintos, gustos sólidos y estables.

Cuando los ciudadanos al fin han aprendido á hacer un útil y pacífico uso de la libertad y han sentido sus beneficios; cuando han contraído una pasión vehemente por el orden, y se sujetan gustosos á la ley, esos mismos ciudadanos, entrando en la carrera de las armas, llevan á ella sin saberlo y como á pesar suyo, estos hábitos y estas costumbres. El espíritu general de la nación penetra en el espíritu particular del ejército, templa las opiniones y los deseos que hace nacer el estado militar, ó por la fuerza poderosa de la opinión pública los comprime. Ciudadanos instruídos, arreglados, firmes y libres, darán siempre soldados disciplinados y obedientes.

Toda ley que reprimiendo el espíritu turbulento del ejército, tienda á disminuir en el seno de la nación el espíritu de libertad civil, y á obscurecer la idea del derecho y de los derechos, irá contra su objeto y lejos de impedir que se establezca la tiranía militar, la favorecerá.

En conclusión, dígase lo que se quiera, un gran ejército será siempre muy peligroso en el seno de un pueblo democrático; el medio más eficaz de disminuir semejante peligro, será el de reducir el ejército; pero no todos los pueblos pueden adoptarlo.

CAPÍTULO XXIII

Cuál es la clase más guerrera y revolucionaria en los ejércitos democráticos.

Un ejército democrático es por esencia muy numeroso relativamente al pueblo que lo suministra; más adelante diré las razones.

Por otra parte, los hombres que viven en los tiempos democráticos no escogen por lo común la carrera militar y así los pueblos democráticos se ven pronto obligados á renunciar al alistamiento voluntario y á recurrir al forzoso. Lo apurado de su condición los precisa á hechar mano de este último medio y aun puede fácilmente preverse que todos llegarán á adoptarlo.

Siendo, pues, forzoso el servicio militar, la carga se divide igual é indistintamente entre todos los ciudadanos, lo cual nace también de la condición de estos pueblos y de sus ideas. El gobierno consigue lo que desea con tal que se dirija á todos á la vez, pues la desigualdad de la carga y no la carga misma, es lo que hace frecuentemente que se le resista.

Luego, siendo común á todos los ciudadanos el servicio militar, resulta evidentemente que cada uno permanece en él sólo un corto número de años.

Por la naturaleza de las cosas el soldado está de paso en el ejército, mientras que en la mayor parte de las naciones aristocráticas es un oficio que toma ó que se le impone por toda la vida.

Esto tiene grandes consecuencias. Entre los soldados que componen un ejército democrático, algunos se apegan á la vida mili-

tar; pero como el mayor número está forzado y se halla siempre pronto á volver á sus hogares, no se considera seriamente comprometido en esa carrera, pensando siempre salir de ella.

No contraen las necesidades ni participan jamás sino á medias de las pasiones que hace nacer esta carrera. Se someten á sus deberes militares, pero su alma permanece ligada á los intereses y deseos de la vida civil, y no sólo no toman el espíritu del ejército, sino que más bien llevan á él el de la sociedad y lo conservan. Los simples soldados son los que permanecen siempre ciudadanos en el ejército de los pueblo democráticos, y sobre ellos conservan gran poder ó influencia los hábitos y opiniones nacionales; de manera que esta es la clase por donde se puede con más facilidad hacer penetrar en el seno de un ejército democrático el amor de la libertad y el respeto á las leyes que se ha sabido inspirar al pueblo mismo. Al contrario sucede en las naciones aristocráticas, en que los soldados acaban por no tener nada de común con sus conciudadanos, viviendo en medio de ellos como extranjeros y frecuentemente como enemigos.

En los ejércitos aristocráticos, el elemento conservador es el oficial, porque sólo éste á guardado lazos estrechos con la sociedad civil y no desespera nunca de volver tarde ó temprano á tomar allí su puesto; en los democráticos, es el soldado, por causas del todo semejantes.

Al contrario, sucede muchas veces que en estos mismos ejércitos democráticos, el oficial contrae gustos y deseos enteramente diferentes de los de la nación; lo cual se explica con facilidad.

En los pueblos democráticos, el hombre que llega á oficial, rompe todos los lazos que lo ligaban á la vida civil, y sale para siempre de ella sin quedarle ningún interés en volver á entrar.

Su verdadera patria es el ejército; pues no es nada sino por el puesto que en él ocupa: sigue la suerte del ejército, se engrandece ó baja con él, y hacia él sólo dirige todas sus esperanzas. Teniendo necesidades muy distintas de las del país, quizá desea ardientemente la guerra ó una revolución al momento mismo en que la nación aspira más á la estabilidad y á la paz.

Con todo hay causas que templan en él este humor guerrero é inquieto. Si la ambición es universal y continua en los pueblos democráticos, también hemos visto que raras veces es grande.

El que perteneciendo á las clases secundarias de la nación, llega pasando por todos los grados inferiores del ejército al de jefe, ha dado ya un paso inmenso; se encuentra en una esfera superior á la que ocupaba en el seno de la sociedad civil y ha adquirido derechos que la mayor parte de las naciones democráticas consideran como inalienables (1).

Después de este gran esfuerzo se detiene y piensa sólo gozar de su conquista. El temor de comprometer lo que ya posee amortigua en su corazón el deseo de adquirir lo que no tiene. Después de haber allanado el primero y más grande obstáculo que detiene su progreso, se resigna con menos impaciencia á la lentitud de su marcha. Esta tibieza de su ambición crece á medida que se eleva en grados, por tener entonces más que perder en los azares. Si no me equivoco, la parte menos guerrera y menos revolucionaria de un ejército democrático, será siempre la cabeza.

Lo que acabo de decir del jefe y del soldado no se aplica á la clase numerosa que en todos los ejércitos ocupa entre ellos un puesto intermedio: quiero hablar de los sargentos y cabos *(sous-officiers).*

Esta clase, que antes del siglo presente no había aparecido en la Historia, está llamada á hacer en adelante, según creo, otro papel.

Así como el oficial, el sargento ha roto en su imaginación los lazos que lo unen á la sociedad civil; lo mismo que él, ha hecho su carrera del estado militar, y más que él quizá, dirige hacia este lado todas sus inclinaciones; pero como no ha llegado todavía como el oficial á un punto sólido y elevado en que le sea permitido detenerse y respirar con comodidad mientras puede subir más alto.

Por la naturaleza misma de sus funciones que no puede cambiar, el *sous-officier* está condenado á tener una existencia obscura, limitada, incómoda y precaria, y no ve del estado militar, sino los peligros, la obediencia y las privaciones. Sufre con

---

(1) La posición del oficial está en efecto mejor asegurada en los pueblos democráticos que en todos los otros. Cuanto menos es por sí mismo, tanto más vale comparativamente su grado y más justo y necesario encuentra el legislador asegurar su goce.

tanta más resignación sus miserias presentes, cuanto que sabe que la constitución de la sociedad y del ejército le permiten librarse de ellas, pudiendo llegar de un momento á otro á ser oficial para mandar y tener honores, independencia, derechos y goces: no solamente este objeto de sus esperanzas le parece inmenso, sino que antes de alcanzarlo está seguro de él. Su grado no tiene nada de irrevocable y depende enteramente del arbitrio de sus jefes, pues las necesidades de la disciplina así lo exigen. Una falta ligera, un capricho, pueden hacerle perder en un momento el fruto de muchos años de trabajos y de esfuerzos, y hasta que no haya llegado al grado que codicia, nada ha hecho. Allí solamente parece entrar en la carrera, y es un hombre aguijoneado así constantemente por sus pasiones, su juventud, sus necesidades y el espíritu de su siglo, no puede dejar de encenderse una ambición desesperada.

El sargento quiere, pues, la guerra á todo precio, y si se le rehusa, desea las revoluciones que suspenden la autoridad de las leyes y en medio de las cuales espera con la ayuda de la confusión y de las pasiones políticas echar á un lado al jefe y ponerse en su puesto, y no es imposible que las haga nacer, supuesto que ejerce una gran influencia en los soldados por tener hábitos y origen común, aunque difiera mucho por las pasiones y deseos.

No hay razón para creer que estas disposiciones diversas del oficial, del sargento y del soldado, sean peculiares á una época ó á un país; ellas se harán ver en todos tiempos y en todas las naciones democráticas.

En todo ejército democrático, el sargento representará siempre mal el espíritu pacífico y regular del país, y el soldado le representará mejor. El soldado llevará á la carrera militar la fuerza ó la debilidad de las costumbres nacionales y mostrará la imagen fiel de la nación. Si ella es ignorante y débil, él se dejará arrastrar por sus jefes al desorden, sin saberlo tal vez ó á pesar suyo. Si es instruída y enérgica, él mismo los retendrá en el orden.

CAPÍTULO XXIV

Lo que hacen los ejércitos democráticos, más débiles que los otros al entrar en campaña, y más temibles cuando la guerra se prolonga.

Todo ejército que entra en campaña después de una larga paz, se arriesga á ser vencido, y, por el contrario, todo el que por largo tiempo hace la guerra, tiene muchas probabilidades de vencer; más esta verdad es particularmente aplicable á los ejércitos democráticos.

Siendo el estado militar una carrera privilegiada en las aristocias, se venera aun en tiempo de paz. Hombres de grandes talentos, luces y ambición la abrazan y el ejército está en todas las cosas al nivel de la nación y aun frecuentemente le sobrepujá.

Hemos visto también que en los pueblos democráticos lo escogido de la nación se apartaba poco á poco de la carrera militar, buscando por otros caminos la consideración, el poder y, sobre todo, la riqueza.

Después de una larga paz, como la que regularmente se disfruta en los siglos democráticos, el ejército es inferior siempre al país mismo. La guerra le encuentra en este estado, y hasta que ella lo cambie, existe el peligro para el país y para el ejército.

He dicho que en los ejércitos democráticos y en tiempos de paz, el derecho de antigüedad era la ley suprema é inflexible de los ascensos, y esto no procede solamente de la constitución de estos ejércitos, sino de la del pueblo mismo, por lo cual se observará siempre.

Por otra parte, como en estos países la suerte del oficial depende de su posición militar y por ésta goza de consideración y de comodidad, no se retira ni se excluye del ejército sino en los límites extremos de la vida.

Resulta, pues, de estas dos cosas, que cuando después de un largo reposo toma al fin un pueblo democrático las armas, todos los jefes del ejército son ya viejos, y no hablo solamente de los generales, sino también de los oficiales subalternos, cuya mayor parte ha permanecido inmóvil ó no ha podido marchar sino paso á paso.

Si se examina un ejército democrático después de una larga paz, se ve con sorpresa que todos los soldados son jóvenes, mientras que los jefes tocan la edad avanzada; de suerte que á los primeros les falta experiencia y á los otros vigor.

Este es un gran inconveniente, pues la primera condición para dirigir bien la guerra, es ser joven, y yo no me atrevería á decirlo, si el mayor capitán de los tiempos modernos no lo hubiese ya dicho.

Mas estas dos causas no obran del mismo modo en los ejércitos aristocráticos. Como en ellos se adelanta por derecho de nacimiento más que por el de antigüedad, se encuentra siempre en todos los grados cierto número de jóvenes que llevan á la guerra toda la primera energía del cuerpo y del alma.

Además, como los hombres que buscan los honores militares en un pueblo aristocrático, tienen una posición asegurada en la sociedad civil, raras veces aguardan que los sorprenda la vejez en el ejército. Después de haber consagrado á la carrera de las armas los más vigorosos años de su juventud, se retiran por sí mismos y van á gozar en sus hogares los restos de su edad madura.

Una larga paz, no solamente llena de viejos oficiales los ejércitos democráticos, sino que les da á todos hábitos de cuerpo y de espíritu poco á propósitos para la guerra. El que por largo tiempo ha vivido bajo la atmósfera tibia y apacible de las costumbres democráticas, se somete con dificultad á los duros y austeros deberes que le impone la guerra. Si no ha perdido absolutamente el gusto por las armas, á lo menos toma modos de vivir que le impiden ya vencer.

En los pueblos aristocráticos, la molicie de la vida civil ejerce

menos influencia sobre las costumbres militares, porque la aristocracia dirige el ejército. Y una aristocracia, por encenagada que se halle en los placeres, tiene siempre otras pasiones fuera de las del bienestar y para satisfacerlas hace con gusto el sacrificio momentáneo de éste.

He hecho ver que los ascensos son en extremo lentos en tiempos de paz en los ejércitos democráticos. Los oficiales se impacientan con este estado de cosas; se agitan, se inquietan y desesperan; pero á la larga la mayor parte se resignan. Los que tienen más recursos y ambición salen del ejército; los otros, proporcionando al fin sus gustos y sus deseos á la mediocridad de su suerte, acaban por considerar el estado militar bajo un aspecto civil. Lo que más los atrae es la comodidad y estabilidad que lo acompañan; en la seguridad de esta pequeña fortuna fundan todo su porvenir y no piden sino que se les deje gozar de ella tranquilamente.

Por manera, que una larga paz, no sólo llena de oficiales ancianos los ejércitos democráticos, sino que da frecuentemente instintos de viejos á los que están todavía en la flor de su edad.

He hecho ver igualmente, que en las naciones democráticas, en tiempos de paz, la carrera militar es mal seguida y poco estimada. Este público discrédito pesa mucho en el ánimo del ejército; las almas se hallan allí como oprimidas, y cuando al fin llega la guerra, no puede aquél volver á tomar en un momento su movilidad y su vigor.

En los ejércitos aristocráticos no se encuentra semejante causa de debilidad moral. Los oficiales no están abatidos á sus propios ojos ni á los de sus semejantes, pues independientemente de su grandeza militar, son grandes por sí mismos.

Si la influencia de la paz se hiciera sentir en los dos ejércitos del mismo modo, los resultados serían todavía diferentes.

Cuando los oficiales de un ejército aristocrático han perdido el espíritu guerrero y el deseo de elevarse por las armas, aún les queda cierto respeto por el honor de su clase y un hábito antiguo de ser los primeros y de dar el ejemplo. Pero cuando los oficiales de un ejército democrático pierden el amor á la guerra y la ambición militar, nada les queda.

Creo, por tanto, que un pueblo democrático que emprende una

guerra después de una larga paz, se expone mucho á ser vencido; mas no debe abatirse fácilmente por los reveses, pues la fuerza de su ejército se aumenta con la duración misma de la guerra.

Cuando prolongándose la guerra ha arrancado al fin á todos los ciudadanos de sus trabajos pacíficos, frustrando sus pequeñas empresas, sucede que las mismas pasiones que les hacían dar tanto precio á la paz se vuelven hacia las armas. Después de haber destruído la guerra todas las industrias, se hace ella misma la grande y única industria y hacia ella sola se dirigen de todas partes los ardientes y ambiciosos deseos que la igualdad ha hecho nacer. He aquí porque esas mismas naciones democráticas, que marchan con tanta pena á los campos de batalla, hacen cosas prodigiosas cuando al fin se consigue ponerlas sobre las armas.

A medida que la guerra atrae más las miradas hacia el ejército, que se le ve crear en poco tiempo grandes reputaciones y grandes fortunas, lo escogido de la nación toma la carrera de las armas; todos los espíritus naturalmente emprendedores, soberbios y guerreros, que produce no solamente la aristocracia, sino el país entero, son arrastrados hacia este lado.

Siendo inmenso el número de los concurrentes á los honores militares, é impeliendo fuertemente la guerra á todos á su puesto, se acaba siempre por encontrar buenos generales. Una larga guerra produce en un ejército democrático lo que una revolución en el pueblo mismo; quebranta las reglas y hace sobresalir á todos los hombres extraordinarios. Los oficiales cuyo cuerpo y espíritu han envejecido en la paz, son separados, se retiran ó mueren; en su lugar entra una multitud de jóvenes que la guerra á endurecido ya y cuyos deseos ha inflamado y estudiado. Éstos quieren adelantar á toda costa y sin cesar; después vienen otros con los mismos deseos y en seguida otros, sin encontrar más límites que los del ejército. La igualdad permite á todos la ambición, y la muerte se encarga del buen éxito de todas las ambiciones. Ella abre incesantemente las filas, deja vacíos los puestos, cierra la carrera y la abre.

Entre las costumbres militares y las democráticas, existe una relación oculta que la guerra descubre.

Los hombres de las democracias desean naturalmente con pasión adquirir pronto los bienes que codician y gozarlos fácilmen-

te. La mayor parte adoran el bienestar y temen menos la muerte que el trabajo: en tal sentido dirigen la industria y el comercio, y el mismo, transportado á los campos de batalla, les hace exponer con gusto su vida, para asegurarse en un momento los premios de la victoria. No hay grandeza que satisfaga más la imaginación de un pueblo democrático que la militar; grandeza brillante y súbita que se obtiene sin trabajo no arriesgando sino la vida.

Así, mientras que el interés y los gustos apartan de la guerra á los ciudadanos de una democracia, los hábitos de su espíritu los preparan á hacerla bien: se hacen con facilidad buenos soldados desde que se les puede arrancar á sus negocios y á su bienestar.

Si la paz es particularmente perjudicial á los ejércitos democráticos, la guerra les asegura ventajas que los otros ejércitos no reportan jamás, y estas ventajas, aunque poco sensibles al principio, no dejan de darles la victoria á la larga.

Un pueblo aristocrático que luchando contra una nación democrática no consigue destruirla en las primeras campañas, se arriesga mucho á ser vencido por ella.

CAPÍTULO XXV

De la disciplina en los ejércitos democraticos.

Es una opinión muy general, sobre todo en los pueblos aristocráticos, que la extrema igualdad social que reina en el seno de las democracias hace á la larga al soldado independiente del oficial, destruyendo así el lazo de la disciplina. Mas este es un error, hay dos especies de disciplina que es preciso no confundir.

Cuando el oficial es noble y el soldado siervo; el uno rico y el otro pobre, el primero ilustrado y fuerte, el segundo ignorante y débil, es fácil establecer entre estos dos hombres el lazo más estrecho de obediencia. El soldado está sujeto á la disciplina militar, por decirlo así, antes de entrar en el ejército, ó más bien la disciplina militar es el complemento de la servidumbre social.

En los ejércitos aristocráticos el soldado llega á hacerse fácilmente insensible á todas las cosas, excepto á las órdenes de sus jefes; obra sin pensar, triunfa sin entusiasmo y muere sin quejarse. En tal estado no es, pues, un hombre, sino un animal muy temible destinado á la guerra.

Los pueblos democráticos no deben esperar jamás de sus soldados esta obediencia ciega, minuciosa, resignada y siempre igual, que los aristocráticos les imponen sin dificultad. Como el estado social no los prepara á esto se arriesgarían á perder sus ventajas naturales queriendo adquirir artificialmente aquéllas. En los pueblos democráticos la disciplina militar no debe pretender aniquilar el libre vuelo de las almas, y sólo se aspira á dirigirlo; la obediencia que ella crea es menos exacta, pero más pronta y sabia. Su

raíz está en la voluntad misma del que obedece, y no se apoya simplemente sobre su instinto, sino sobre su razón; por manera, que ella misma se estrecha á medida que el peligro le hace necesaria. La disciplina de un ejército aristocrático se relaja fácilmente en la guerra, porque se funda en hábitos que la guerra turba casi siempre. La disciplina de un ejército democrático se hace por el contrario más firme delante del enemigo, pues cada soldado ve entonces muy claramente que es preciso callarse y obedecer, para poder triunfar.

Los pueblos que han hecho hasta ahora las cosas más extraordinarias por la guerra, no han conocido otra disciplina que ésta de que hablo. Entre los antiguos no se admitían en los ejércitos sino hombres libres y ciudadanos que diferían bien poco entre sí y estaban acostumbrados á tratarse como iguales. En este sentido, puede decirse que los ejércitos de la antigüedad eran democráticos, aunque no saliesen sino del seno de la aristocracia, y por esto reinaba entre ellos una especie de confraternidad familiar entre el soldado y el oficial; cualquiera se convence de esto leyendo la vida de los grandes capitanes de Plutarco. Los soldados hablan allí con mucha libertad á sus generales; éstos escuchan con gusto sus discursos y les responden, y más bien por palabras y con ejemplos, que por la violencia y el castigo los dirigen. Se dirían compañeros más bien que jefes.

No sé si los soldados griegos y romanos perfeccionaron jamás tanto como los rusos los pequeños detalles de la disciplina militar; mas esto no impidió á Alejandro conquistar el Asia, ni á Roma el mundo.

CAPÍTULO XXVI

Algunas consideraciones sobre la guerra en las sociedades democráticas.

Cuando el principio de la igualdad no se desenvuelve solamente en una nación, sino al mismo tiempo en muchos pueblos vecinos, como se ve ahora en Europa, los hombres que habitan estos diversos países, á pesar de la disparidad de lenguas, de usos y de leyes, se asemejan en que temen igualmente la guerra y sienten por la paz el mismo amor (1).

En vano, la ambición ó la cólera arma los príncipes; una especie de apatía y de benevolencia universal los aplaca á despecho de ellos mismos, y les hace caer la espada de la mano; la guerra se hace más rara cada vez.

A medida que, desenvolviéndose la igualdad á la vez en muchos países, impele simultáneamente á los hombres que los habitan hacia la industria y el comercio, no sólo sus gustos se asemejan, sino también sus intereses se mezclan y se confunden de tal modo que ninguna nación puede hacer á las otras males que no caigan sobre ella misma, y todas acaban por considerar la guerra como

(1) El temer los pueblos europeos la guerra, no depende solamente del progreso que ha hecho entre ellos la igualdad, y no me creo en la necesidad de hacerlo notar aquí. Independientemente de esta causa permanente, hay muchos accidentales que son muy poderosos; me limitaré á citar el cansancio extremo que han dejado las guerras de la revolución y las del imperio.

una calamidad casi tan funesta para el vencedor como para el vencido.

Así, de un lado, es muy difícil arrastrar los pueblos democráticos al combate; más de otro, es casi imposible que dos de ellos se hagan aisladamente la guerra. Los intereses de todos se hallan tan enlazados, sus opiniones y sus necesidades son tan semejantes, que ninguno puede mantenerse en reposo cuando los otros se agitan. Si las guerras se hacen más raras cada día, también luego que nacen, tienen un campo más vasto.

Los pueblos vecinos democráticos no vienen á ser solamente semejantes en algunos puntos, como acabo de indicar, sino que acaban por asemejarse en casi todos (1). Mas esta semejanza de

(1) Esto no depende únicamente de que los pueblos tengan el mismo estado social, sino de que él conduce naturalmente los hombres á imitarse y á confundirse.

Cuando están divididos los ciudadanos en castas y clases, no solamente difieren los unos de los otros, sino que tampoco tienen el gusto ni el deseo de asemejarse: cada uno, al contrario, trata de guardar intacta sus opiniones y sus hábitos propios y de aislarse. El espíritu de individualidad es muy vivo.

Cuando un pueblo tiene un estado social democrático, es decir, que no existen en su seno castas ni clases y todos los ciudadanos son poco más ó menos iguales en bienes y en luces, el espíritu humano camina en sentidos opuestos. Los hombres se asemejan y en cierto modo sufren de no asemejarse más todavía; lejos de querer conservar lo que puede todavía singularizarlos, no tratan sino de perderlo para confundirse en la masa común, que sola representa á sus ojos el derecho y la fuerza; el espíritu de individualidad casi desaparece.

En los tiempos de aristocracia, los mismos que son naturalmente semejantes, aspiran á crear entre ellos diferencias imaginarias.

En los de democracia, los que naturalmente no se parecen, pretenden hacerse iguales y se copian, pues á tal punto llega la influencia del movimiento general de la humanidad sobre el espíritu de cada hombre.

Alguna cosa semejante se nota de pueblo á pueblo. Dos pueblos tendrían siempre el mismo estado social aristocrático, permaneciendo muy distintos, porque la base del espíritu aristocrático es individualizarse. Mas dos pueblos vecinos no pueden tener un mismo estado social democrático sin adoptar pronto opiniones y costumbres semejantes; pues el espíritu de la democracia inclina los hombres á asemejarse.

pueblos tiene, en cuanto á la guerra, consecuencias muy importantes.

Cuando yo me pregunto por qué la confederación helvética del siglo XV, hacía temblar las más grandes y poderosas naciones de Europa, mientras que en nuestros días su poder está en relación exacta con su población, encuentro que los suizos se han hecho semejantes á todos los hombres que los rodean, de tal suerte, que haciendo el número sólo la diferencia, á los mayores batallònes pertenece, por precisión, la victoria.

Uno de los resultados de la revolución democrática que se efectúa en Europa, es hacer prevalecer sobre todos los campos de batalla la fuerza numérica, y forzar á todas las pequeñas naciones á incorporarse en las grandes, ó á lo menos á entrar en la política de estas últimas.

Siendo el número de hombres la razón que determina la victoria, resulta que cada pueblo debe procurar con todos sus esfuerzos conducir el mayor posible al campo de batalla.

Cuando se podía alistar una clase de tropas superior á todas las otras, como la infantería suiza ó la caballería francesa del siglo XVI, no se creía necesario levantar grandes ejércitos; pero no sucede así cuando todos los soldados son iguales.

La misma causa que crea esta necesidad suministra los medios de satisfacerla; pues como ya he dicho, cuando todos los hombres son semejantes, se hacen débiles.

El poder social es naturalmente mucho más fuerte en los pueblos democráticos que en otro cualquiera: estos pueblos, al mismo tiempo que sienten el deseo de llamar toda su población á las armas, tienen la facultad de reunirla: lo cual hace que en los siglos de igualdad los ejércitos parezcan crecer á medida que el espíritu militar se extingue.

En los mismos siglos, el modo de hacer la guerra cambia también por las mismas causas. Maquiavelo, dice, en su libro del Príncipe «que es mucho más difícil dominar á un pueblo cuyos jefes son un príncipe y varones, que á una nación conducida por un príncipe y esclavos». Digamos, pues, para no ofender á nadie, funcionarios públicos, en lugar de esclavos, y tendremos una gran verdad que se adapta perfectamente á nuestro objeto.

A un gran pueblo aristocrático le es muy difícil conquistar

sus vecinos, y tampoco puede ser fácilmente conquistado por ellos. Lo primero, porque no puede jamás reunir todas sus fuerzas y tenerlas por largo tiempo juntas, y no puede ser conquistado porque el enemigo encuentra por todas partes pequeños focos de resistencia que lo detienen. Yo compararía la guerra en un país aristocrático con la que se hace en un país montañoso: los vencidos encuentran á cada paso la ocasión de rehacerse en nuevas posiciones y mantenerse firmes.

Lo contrario se ve precisamente en las naciones democráticas. Éstas conducen con facilidad todas sus fuerzas disponibles al campo de batalla, y cuando la nación es rica y numerosa, se hace cómodamente conquistadora; pero una vez que se la ha vencido y se penetra en su territorio, le quedan pocos recursos, y si se consigue apoderarse de la capital, la nación está perdida. Se concibe esto muy bien. Siendo cada ciudadano aislado muy débil, ninguno puede defenderse por sí mismo ni prestar á los otros un punto de apoyo.

Todo lo fuerte en un país democrático, es el Estado, y al concluirse la fuerza militar por la destrucción del ejército y paralizarse su poder civil por la toma de la capital, el resto no forma sino una multitud desordenada y sin fuerza, que no puede luchar contra el poder organizado que la ataca: sé que el peligro se hará menor creando libertades y, por consecuencia, existencias provinciales; mas este remedio será siempre insuficiente. No solamente la población no podrá entonces continuar la guerra, sino que es de temer que aun no la intente.

Por el derecho de gentes adoptado por las naciones civilizadas, las guerras no tienen por objeto el apropiarse los bienes de los particulares, sino solamente apoderarse del poder político. Si se destruye la propiedad privada es sólo por accidente y por alcanzar el segundo objeto.

Cuando una nación aristocrática es invadida después de la derrota de su ejército, los nobles, aunque sean al mismo tiempo los ricos, prefieren defenderse individualmente á someterse, pues si el vencedor se hace dueño de su país, les arrebata el poder político, que aprecian más aún que sus bienes; quieren más los combates que la conquista, que es para ellos el mayor de los males, y arrastran fácilmente consigo al pueblo, porque éste ha contraído por

largo tiempo el hábito de seguirlos y de obedecerlos y, por otra parte, nada casi tiene que arriesgar en la guerra.

Al contrario, en una nación en que reina la igualdad de las condiciones, cada ciudadano no toma sino una pequeña parte en el poder político, y aun muchas veces no toma ninguna; de otro lado, todos son independientes y tienen bienes que perder; de suerte que la conquista se teme menos y la guerra mucho más que en un pueblo aristocrático. Por tanto, será siempre muy difícil resolver á una población democrática á tomar las armas, cuando la guerra afecta ya su territorio.

Conviene dar derechos á estos pueblos y un espíritu político que sugiera á cada ciudadano algunos intereses de los que hacen obrar á los nobles en las aristocracias.

Es preciso que los príncipes y los otros jefes de las naciones democráticas se acuerden de que sólo la pasión y el hábito de la libertad pueden luchar con ventaja contra la pasión y el hábito del bienestar. Nada hay mejor preparado en caso de contratiempo para la conquista, que un pueblo democrático que no tiene instituciones libres.

En otro tiempo se entraba en campaña con pocos soldados, se daban pequeños combates y se hacían largos sitios. Hoy se dan grandes batallas y se corre sobre la capital, á fin de terminar la guerra de un solo golpe.

Se dice que Napoleón inventó este nuevo sistema. No era dado á un hombre, cualquiera que fuese, crear un sistema semejante. El modo con que Napoleón hizo la guerra, le fué sugerido por el estado social de su tiempo, y tuvo buen éxito por ser muy apropiado á este estado y porque lo puso en práctica por primera vez.

Napoleón es el primero que ha recorrido á la cabeza de un ejército el camino de todas las capitales; pero la ruina de la sociedad feudal es la que le había abierto esta ruta.

Convenzámonos de que si este hombre extraordinario hubiera nacido hace trescientos años, no habría sacado el mismo fruto de su método ó, más bien, habría seguido otro diferente.

No añadiré sino una sola palabra sobre las guerras civiles, porque temo cansar al lector.

La mayor parte de lo que he dicho sobre las guerras extran-

jeras, se aplica con más fuerte razón á las civiles. Los hombres que viven en los países democráticos carecen naturalmente de espíritu militar; lo toman algunas veces, luego que se les ha conducido á su pesar á los campos de batalla; pero levantarse en masa por sí mismos, exponerse voluntariamente á los males de la guerra y sobre todo á los que trae la guerra civil, es un partido á que el hombre democrático jamás se resuelve. Solo los aventureros consienten en arrojarse á semejantes contingencias; la masa de la población permanece inmóvil.

Aun cuando ésta quisiese obrar, no podría hacerlo fácilmente, pues no encuentra en su seno antiguas influencias bien establecidas, á las cuales pueda someterse; no hay jefes bastante conocidos para reunir los descontentos, organizarlos y dirigirlos, ni poderes políticos bajo el de la nación, que vengan á apoyar eficazmente la resistencia que se le opone.

En los países democráticos, el poder moral de la mayoría es inmenso y la fuerza material de que dispone no guarda proporción con las que es posible reunir en contra. El partido que se apoya en la mayoría, que habla en su nombre y emplea su poder, triunfa en un momento y sin esfuerzo de todas las resistencias particulares: no las deja siquiera el tiempo de nacer, pues destruye su semilla.

Los que en estos pueblos quieren hacer una revolución con las armas, no tienen otro recurso que apoderarse de improviso del gobierno, más bien por un asalto que por una guerra; pues habiendo guerra en regla, el partido que representa el Estado se halla casi siempre seguro de vencer.

El único caso en que puede nacer una guerra civil, es aquél en que dividiendo el ejército, una porción levanta el estandarte de la rebelión y la otra permanece fiel. Un ejército forma una pequeña sociedad estrechamente unida y muy durable, capaz de bastarse algún tiempo á sí misma. La guerra podría ser sangrienta; pero no larga, porque ó el ejército sedicioso conquistaría el gobierno por el hecho sólo de mostrar sus esfuerzos ó por su primera victoria y la guerra terminaría ó se empeñaría una lucha, y la porción del ejército que no se apoyara sobre el poder organizado del Estado, no tardaría en dispersarse por sí misma ó en ser destruída.

Se puede admitir como verdad general que en los siglos de igualdad, las guerras civiles llegarán á ser raras y muy cortas (1).

---

(1) Se concibe bien que hablo de naciones democráticas únicas *(uniques)*, y no de naciones democráticas confederadas. Residiendo siempre el poder preponderante de las confederaciones en el gobierno del Estado y no en el federal, las guerras civiles no son sino guerras extranjeras disfrazadas.

PARTE CUARTA

Influencia de las ideas y sentimientos democráticos en la sociedad política.

No llenaría el objeto de esta obra, si después de haber dado á conocer las ideas y sentimientos que sugiere la igualdad, no hiciese ver la influencia general que estos mismos sentimientos ó ideas pueden ejercer en el gobierno de las sociedades humanas.

Para lograrlo, me veré obligado á volver frecuentemente sobre mis pasos; mas espero que el lector no rehusará seguirme, cuando caminos que le son conocidos le conduzcan hacia alguna nueva verdad.

CAPÍTULO PRIMERO

Los hombres reciben naturalmente de la igualdad el gusto por las instituciones libres.

La igualdad, que hace á los hombres independientes unos de otros, les da el hábito y el gusto de no seguir en sus acciones particulares sino su voluntad.

Esta completa independencia de que gozan continuamente en medio de sus iguales y en el curso de la vida privada, los dispone

á mirar de mal ojo toda autoridad y les sugiere la idea y el amor de la libertad política. Una inclinación natural dirige, pues, á los hombres de estos tiempos, hacia las instituciones libres. Tómese uno de ellos al acaso, retrocédase, si se puede, á sus tendencias primitivas, y se descubrirá que entre los diferentes gobiernos, el que concibe más pronto y al que más se adhiere, es á aquél cuyo jefe ha elegido y del cual examina los actos.

De todos los efectos políticos que produce la igualdad de las condiciones, el amor de la independencia es el primero que hiere á la imaginación y el que más terror infunde á los espíritus tímidos; no puede decirse que no hay razón para esto, porque la anarquía es más horrorosa en los pueblos democráticos que en cualquiera otra parte. Como los ciudadanos no tienen ninguna acción los unos sobre los otros, al instante en que viene á faltar el poder nacional que los contiene á todos en su lugar, parece que el desorden debe llegar á su colmo y que, separándose cada ciudadano, el cuerpo social va á reducirse á polvo de repente.

Con todo, estoy convencido de que la anarquía no es el mal principal que deben temer los siglos democráticos, sino el menor.

En efecto, la igualdad produce dos tendencias: la primera conduce directamente los hombres hacia la independencia y puede de repente impelerlos hasta la anarquía; la otra los conduce por un camino más largo, más secreto, pero más seguro, hacia la esclavitud.

Los pueblos ven fácilmente la primera y la resisten; mas se dejan arrastrar por la otra sin verla: es, pues, muy importante darla á conocer.

Por lo que á mí toca, lejos de echar en cara á la igualdad la indocilidad que inspira, en esto la alabo principalmente. Le admiro al verla depositar en el fondo del espíritu y del corazón de cada hombre esa noción obscura y esa propensión de instinto hacia la independencia política, preparando así el remedio al mal que causa. Por este lado la considero cuando me inclino á ella.

CAPÍTULO II

Las ideas de los pueblos democráticos en materia de gobierno son naturalmente favorables á la concentración de los poderes.

La idea de poderes secundarios, colocados entre el soberano y los súbditos, se presenta naturalmente á la imaginación de los pueblos aristocráticos, porque éstos encierran en su seno individuos ó familias cuyo nacimiento, luces y riquezas, elevan sobre el nivel común y parecen destinar á mandar. Esta misma idea no existe naturalmente en el espíritu de los hombres en los siglos de igualdad, por razones contrarias; sólo se puede introducir artificialmente y con dificultad conservarla en ellos; al paso que conciben, por decirlo así, sin pensar, la idea de un poder único y central que dirige por sí mismo á todos los ciudadanos.

Por lo demás, en política como en filosofía y en religión, la inteligencia de los pueblos democráticos recibe con gusto especial las ideas simples y generales. Rechaza los sistemas complicados y se complace en imaginar una gran nación compuesta toda de ciudadanos de un mismo tipo, dirigidos por un solo poder.

Después de la idea de un poder único y central, la que más espontáneamente se presenta al espíritu de los hombres en los siglos de igualdad, es la de una legislación uniforme. Como cada uno se ve igual á sus vecinos, no comprende por qué la regla que es aplicable á un hombre no puede serlo del propio modo á todos los otros y los más mínimos privilegios chocan á su razón. La más ligera desigualdad en las instituciones políticas del mismo pueblo le hieren y la uniformidad legislativa le parece la primera condición de un buen gobierno.

Por el contrario, hallo que esta misma noción de una regla uniforme impuesta igualmente á todos los miembros del cuerpo social, es extraña al espíritu humano en los siglos aristocráticos; éste, ó no la recibe nunca ó la rechaza.

Tales inclinaciones opuestas de la inteligencia, acaban por hacerse instintos ciegos y hábitos tan invencibles, que dirigen las acciones á pesar de los hechos particulares. No obstante la inmensa variedad de la Edad Media, se hallaban alguna vez individuos perfectamente semejantes, lo cual no impedía al legisladar asignar á cada uno deberes y derechos diversos. Y, al contrario, en nuestros días los gobiernos se desvelan á fin de imponer los mismos usos y las mismas leyes á poblaciones que todavía no se asemejan. Á medida que se igualan las condiciones en un pueblo, los individuos parecen más pequeños y la sociedad se hace más grande, ó más bien cada ciudadano, semejante á todos los otros, se pierde en la multitud y no se descubre más que la vasta y magnífica imagen del pueblo mismo.

Esto da naturalmente á los hombres de los tiempos democráticos una opinión muy alta de los privilegios de la sociedad, y una idea muy humilde de los derechos del individuo: admiten con facilidad que el interés del uno es el todo, y el del otro nada; convienen en que el poder que representa la sociedad, posee muchas más luces y ciencia que cualquiera de los hombres que la componen y que su derecho y su deber consisten en tomar de la mano á cada ciudadano y conducirlo.

Si se examinan de cerca nuestros contemporáneos y se penetra hasta la raíz de sus opiniones políticas, se encontrarán algunas de las ideas que acabo de reproducir y se admirará quizá tanta conformidad entre gentes que se hacen de continuo la guerra.

Los americanos creen que en cada Estado el poder social debe emanar directamente del pueblo; mas una vez que éste se constituye, no le suponen límites y reconocen que tiene derecho de hacerlo todo.

En cuanto á los privilegios particulares concedidos á ciudades, á familias ó á individuos, han perdido hasta la idea de ellos. Su espíritu no ha previsto nunca que no se puedan aplicar uniformemente iguales leyes á todas las partes del mismo Estado y á todos los hombres que lo habitan.

Iguales opiniones se extienden cada vez más en Europa y se introducen en el seno mismo de las naciones que rechazan violentamente el dogma de la soberanía del pueblo. Estas dan al poder otro origen diferente que los americanos, pero siempre lo consideran bajo el mismo aspecto. En todas, la noción del poder intermedio se obscurece y se borra; la idea de un derecho inherente á ciertos individuos desaparece con rapidez del espíritu de los hombres, viniendo á reemplazarla del derecho poderoso y, por decirlo así, único, de la sociedad civil. Tales ideas se arraigan y crecen á medida que las condiciones se hacen más iguales y los hombres más semejantes; la igualdad las hace nacer, y ellas á su vez apresuran los progresos de la igualdad.

En Francia, donde la revolución de que hablo se halla más adelantada que en todos los pueblos de Europa, se han apoderado enteramente de la inteligencia las mismas opiniones. Escúchese con atención á nuestros diversos partidos, y se verá que no hay ninguno que no las adopte. La mayor parte opinan que el gobierno obra mal; pero todos piensan que debe obrar sin cesar y poner en todo la mano: aun los que se hacen una guerra cruel, están conformes en este punto. La unidad, la generalidad, la omnipotencia del poder social, la uniformidad de sus reglas, forman el rasgo saliente que caracteriza todos los sistemas políticos inventados en nuestros días; se les encuentra en el fondo de las más raras utopias y el espíritu humano busca en sueños todavía esas imágenes.

Si semejantes ideas se presentan espontáneamente al espíritu de los particulares, se ofrecen todavía más á la imaginación de los príncipes.

Al paso que el antiguo estado social de Europa se altera y se disuelve, los soberanos se forman sobre sus facultades y sus deberes nuevas creencias; comprenden por primera vez que el Poder central que representan, puede y debe administrar por sí mismo y con un plan uniforme todos los negocios y todos los hombres. Tal opinión, que me atrevo á decir no se había concedido jamás antes de nuestros siglos por los reyes de Europa, penetra hasta lo más profundo de la inteligencia de estos príncipes, y se mantiene firme allí en medio de la agitación de todas las otras.

Los hombres de nuestros días se hallan menos divididos de lo que se cree; disputan sin cesar sobre las manos en que la soberanía debe colocarse; pero se ponen fácilmente de acuerdo acerca de los deberes y de los derechos de esta misma soberanía. Todos conciben el gobierno bajo la imagen de un poder simple, único, providencial y creador.

Todas las ideas secundarias en materia política se alteran; aquélla permanece fija, inmutable, semejante á sí misma.

Los publicistas y los hombres de Estado la adoptan; la multitud se apodera de ella con ansia: los gobernados y gobernantes convienen en seguirla con el mismo ardor, ella viene por sí sola y parece innata.

No es, pues, el efecto de un capricho del espíritu humano, sino una condición natural del estado presente de los hombres.

CAPÍTULO III

Los sentimientos de los pueblos democráticos están de acuerdo con sus ideas para inclinarlos á concentrar el poder.

Si en los siglos de igualdad perciben los hombres fácilmente la idea de un gran poder central, no se puede dudar que sus hábitos y sus sentimientos los predisponen por otro lado á reconocer semejante poder y á prestarle su cooperación. Esto puede demostrarse en pocas palabras, por haber expuesto anteriormente la mayor parte de las razones en que se funda.

No teniendo los hombres que habitan los países democráticos superiores, inferiores, ni asociados habituados y necesarios, apelan á ellos mismos y se consideran aisladamente. Tuve ya ocasión de probarlo muy por extenso al tratar del individualismo.

Se necesitan siempre esfuerzos para arrancar á esos hombres de sus negocios particulares y ocuparlos de los comunes: su inclinación natural es abandonar este cuidado al solo representante visible y permanente de los intereses colectivos, que es el Estado.

No solamente no se complacen en ocuparse del público, sino que carecen muchas veces de tiempo para hacerlo. La vida privada es tan activa en los tiempos democráticos, tan agitada, tan llena de deseos y de trabajos, que no le queda á cada hombre casi energía ni tiempo para la vida política.

No diré que semejantes inclinaciones no son invencibles, pues mi objeto principal al escribir este libro ha sido combatirlas. Sostengo sólo, que en nuestros días una fuerza secreta las desenvuelve incesantemente en el corazón humano y que basta no detenerlas para que ellas lo llenen.

Tuve igualmente ocasión de demostrar, cómo el amor creciente del bienestar y la naturaleza movible de la propiedad hacía temer á los pueblos democráticos el desorden material. El amor de la tranquilidad pública es muchas veces la sola pasión política que conservan estos pueblos y se hace entre ellos más activa y más poderosa á medida que todas las otras se borran y perecen: lo cual dispone á todos los ciudadanos á dar sin cesar ó á dejar tomar nuevos derechos al poder central, pareciéndoles que es el único que tiene interés y medios de preservalos de la anarquía, defendiéndose á sí mismo.

Como en los siglos de igualdad ninguno está obligado á prestar auxilio á sus semejantes, ni nadie tiene derecho de esperarlo, todos son á la vez independientes y débiles. Estos dos estados que no deben jamás considerarse separadamente ni confundirse, dan al ciudadano de las democracias instintos muy contrarios. Su independencia le llena de confianza y de orgullo en el seno de sus iguales y su debilidad le hace sentir, de tiempo en tiempo, la necesidad de un socorro extraño que no puede esperar de ninguno de ellos, porque todos son débiles é indolentes. En esta difícil situación vuelve naturalmente su vista hacia ese sér inmenso que se eleva solo en medio del abatimiento universal: hacia él lo dirigen sin cesar sus necesidades y sobre todo sus deseos, y acaba por mirarlo como el único y necesario apoyo de la debilidad individual (1).

Esto hace al fin comprender lo que pasa con frecuencia en los pueblos democráticos, en donde se ven hombres que sufren pa-

(1) En las sociedades democráticas sólo el poder tiene alguna estabilidad en su base y cierta permanencia en sus empresas.

Los ciudadanos se mueven todos constantemente y se transforman: como es natural á todo gobierno extender de continuo su esfera, es muy difícil que con el tiempo no llegue á conseguirlo, pues obra con idea fija y una voluntad permanente sobre hombres cuya posición, deseos é ideas varían todos los días.

Aún llega á suceder frecuentemente que los ciudadanos trabajan para él sin querer.

Los siglos democráticos son tiempos de ensayos, de innovaciones y de aventuras; una multitud de hombres se comprometen en una empresa difícil ó nueva, que prosiguen aparte sin turbarse por sus semejantes. Tales hombres admiten por principio general que el poder

cientemente un dueño y no pueden tolerar superiores, mostrándose á la vez soberbios y serviles.

El odio que los hombres conciben por los privilegios se aumenta á medida que éstos se hacen más raros y menos grandes, de modo que se diría que las pasiones democráticas se encienden más, cuando encuentran menos alimento. Ya he dado la razón de este fenómeno. Por grande que sea la desigualdad, jamás se hace notar cuando todas las condiciones son desiguales, mientras que la más pequeña desemejanza choca en el seno de la uniformidad general y su vista es más insoportable á medida que la uniformidad es más completa. Es, pues, natural, que el amor de la igualdad crezca con la igualdad misma; satisfaciéndole se le desarrolla.

Este odio inmortal y cada vez más encendido de los pueblos democráticos contra los menores privilegios, favorece singularmente la concentración gradual de todos los derechos políticos en las manos del sólo representante del Estado. Hallándose por necesidad y sin disputa el soberano sobre todos los ciudadanos, no excita la envidia de ninguno de ellos, y cada uno cree arrebatar á sus iguales todas las prerrogativas que le concede.

El hombre de los siglos democráticos no obedece sino con una extrema repugnancia á su vecino, que es su igual; se niega á reconocer en éste luces superiores á las suyas, desconfía de su justicia y ve con envidia su poder; lo teme y lo desprecia; se complace en hacerle ver á cada instante la común dependencia en que se hallan ambos de un mismo dueño.

Todo poder central que sigue estos instintos naturales, ama la

---

público no debe intervenir en los negocios privados; pero por excepción cada uno desea que aquél le ayude en el negocio especial que le ocupa, y trata de atraer hacia este lado la acción del gobierno estrechándola de todos los otros. Teniendo á la vez una multitud de gentes esta mira particular sobre varios objetos, la esfera del poder central se extiende insensiblemente por todos lados, aunque cada uno desee por su parte restringirla.

Un gobierno democrático aumenta, pues, sus atribuciones por sólo ser durable. El tiempo trabaja por él; todos los accidentes le favorecen; las pasiones individuales le ayudan aún sin que él lo sepa, y se puede decir que se centraliza más á medida que envejece la sociedad democrática.

igualdad y la favorece, porque ella ayuda de una manera singular la acción de un poder semejante, lo extiende y lo asegura.

Se puede decir, igualmente, que todo gobierno central adora la uniformidad, pues le evita el examen de una multitud de detalles de que debiera ocuparse si tuviese que dar reglas á los hombres en lugar de sujetarlos á todos indistintamente bajo una misma. Por tanto, el gobierno quiere lo que los ciudadanos aman y aborrece naturalmente lo que ellos aborrecen. Esta conformidad de sentimientos que en las naciones democráticas une de continuo en una misma idea á cada individuo y al soberano, establece entre ellos una permanente y secreta simpatía. Se perdonan al gobierno las faltas que favorecen sus gustos; la confianza pública no le abandona sino con pena en medio de sus excesos ó de sus errores, y vuelve á él cuando la llama. Los pueblos democráticos odian por lo común los depositarios del poder central, pero aman siempre el poder mismo.

He llegado, pues, por dos caminos diversos, al mismo fin. Había demostrado que la igualdad sugiere á los hombres de un gobierno único, fuerte y uniforme; ahora acabo de hacer ver que ella los inclina y aficiona á esto: hacia un gobierno tal tienden, pues, las naciones de nuestros días. La inclinación natural de su espíritu y de su corazón las conduce á él, y basta que no se retengan para que las consigan.

Creo que en los siglos democráticos que ahora empiezan, la independencia individual y las libertades locales serán siempre producto del arte.

La centralización será el gobierno natural.

CAPÍTULO IV

De algunas causas particulares y accidentales que acaban de inclinar un pueblo democrático á centralizar el poder, ó que se lo impiden.

Si todos los pueblos democráticos son impelidos como por instinto hacia la centralización de los poderes, no es menos cierto que tienden á ella de una manera desigual. Esto depende de circunstancias particulares que pueden desarrollar ó restringir los efectos naturales del estado social: ellas son numerosas y no hablaré sino de algunas.

En los hombres que por largo tiempo han vivido libres antes de hacerse iguales, los instintos que la libertad ha dado combate hasta en cierto punto las inclinaciones que sugiere la igualdad, y aunque entre ellos aumente sus privilegios el Poder central, los particulares no pierden jamás enteramente su independencia.

Pero cuando la igualdad llega á desenvolverse en un pueblo que no ha conocido jamás ó que no conoce desde hace largo tiempo la libertad, como se ven en el continente europeo, los antiguos hábitos de la nación, llegando á combinarse súbitamente y por una especie de atracción natural con los hábitos y las doctrinas nuevas que hace nacer el estado social; todos los poderes parece que se precipitan por sí mismos hacia el centro; se acumulan con una rapidez sorprendente, y el Estado alcanza de un golpe los límites extremos de su fuerza, mientras que los particulares caen en un momento en el último grado de debilidad.

Los ingleses que fueron hace trescientos años á fundar en los

desiertos del Nuevo Mundo una sociedad democrática, estaban habituados en la madre patria á tomar parte en los negocios públicos; conocían el jurado, tenían la libertad de la palabra, la de la prensa y la individual, la idea de derecho y el hábito de recurrir á él. Transportaron á América estas instituciones libres y estas costumbres viriles, y ellas las sostuvieron contra las invasiones del Estado.

Entre los americanos, la libertad es antigua y la igualdad, comparativamente, nueva. Lo contrario sucede en Europa, donde la igualdad introducida por el poder absoluto y bajo la inspección de los reyes, había penetrado en los hábitos de los pueblos mucho tiempo antes que la libertad hubiese entrado en sus ideas.

He dicho que en los pueblos democráticos, el Gobierno no se presenta naturalmente al espíritu humano sino bajo la forma de un poder único y central y que la noción de los poderes intermedios no le es familiar. Esto se aplica particularmente á las naciones democráticas que han visto triunfar el principio de la igualdad por medio de una violenta revolución. Desapareciendo de repente en esta tempestad las clases que dirigían los negocios locales, y no teniendo todavía la masa confusa que queda, organización ni hábitos que le permitan tomar parte en la administración de estos mismos negocios, se descubre que sólo el Estado puede encargarse de todos los detalles del gobierno. La centralización llega á ser un hecho en cierto modo necesario.

No se debe alabar ni vituperar á Napoleón, por haber concentrado en sus manos casi todos los poderes administrativos, porque después del brusco desaparecimiento de la nobleza y de los altos ciudadanos, estos poderes se le unieron por sí mismo y le habría sido casi tan difícil rechazarlos como administrarlos. Tal necesidad no se presenta jamás entre los americanos, quienes no habiendo tenido revolución y gobernándose por sí mismos desde su origen, no han debido jamás encargar al Estado de servirles por un momento de tutor.

Así, la centralización no se desarrolla solamente en un pueblo democrático, por los progresos de la igualdad, sino también según la manera como se funda esta igualdad.

Al principio de una gran revolución democrática y cuando apenas nace la guerra entre las diversas clases, el pueblo se es-

fuerza en centralizar la administración pública en manos del gobierno, á fin de arrancar la dirección de los negocios locales á la aristocracia. Hacia el fin de esta revolución, sucede al contrario: la aristocracia vencida trata de abandonar al Estado la dirección de todos los negocios, porque teme la tiranía del pueblo que ha llegado á ser su igual y frecuentemente su dueño.

No siempre la misma clase de ciudadanos se emplea en aumentar las prerrogativas del poder; pero mientras dura la revolución democrática, se encuentra siempre en la nación una clase poderosa por el número ó por la riqueza, cuyas pasiones é intereses especiales inclinan á centralizar la administración pública, independientemente del odio por el gobierno del vecino, que es un sentimiento general y permanente en los pueblos democráticos. Se puede notar que en nuestro tiempo las clases inferiores de Inglaterra son las que más trabajan en destruir la independencia local y en trasladar la administración de todos los puntos de la circunferencia al centro, mientras que las clases superiores se esfuerzan en tener esta misma administración en sus antiguos límites.

Me atrevo á predecir que llegará un día en que se presentará un espectáculo totalmente distinto.

Lo que precede hace comprender bien, por qué el poder social debe ser siempre más fuerte y el individuo más débil, en un pueblo democrático que ha llegado á la igualdad por un largo y penoso trabajo social, que en una sociedad democrática en donde los ciudadanos desde su origen han sido siempre iguales.

Esto lo acaba de probar el ejemplo de los americanos.

Los que habitan los Estados Unidos no han estado separados por ningún privilegio; no han conocido jamás la relación recíproca de inferior y de dueño, y como no se temen ni se aborrecen unos á otros, no han tenido necesidad de llamar al soberano á dirigir el detalle de sus negocios. La suerte de los americanos es singular: han tomado de la aristocracia de Inglaterra la idea de los derechos individuales y el gusto de las libertades locales, y han podido conservar lo uno y lo otro, por no haber tenido aristocracia que combatir.

Si las luces sirven á los hombres en todos tiempos para defender su independencia, esto es particularmente cierto en los siglos

democráticos. Cuando todos los hombres se asemejan, es muy fácil fundar un gobierno único y poderoso, pues bastan para ello los instintos. Pero necesitan los hombres de mucha inteligencia, ciencia y arte, para organizar y mantener en las mismas circunstancias poderes secundarios y crear en medio de la independencia y de la debilidad individual de los ciudadanos, asociaciones libres capaces de luchar contra la tiranía sin destruir el orden.

La concentración de poderes y la servidumbre individual crecen en las naciones democráticas, no solamente en razón de la igualdad, sino también de la ignorancia.

Es verdad que en los siglos poco ilustrados el gobierno carece muchas veces de luces para perfeccionar el despotismo, como los ciudadanos para sustraerse á él, mas el efecto no es igual en ambos lados.

Por tosco y grosero que sea un pueblo democrático, el poder central que lo dirige no está nunca privado completamente de luces, pues trae con facilidad las pocas que se encuentran en el país, y en caso necesario las busca fuera. En una nación ignorante y democrática no puede menos de manifestarse presto una diferencia prodigiosa entre la capacidad intelectnal del soberano y la de cada uno de sus súbditos, y esto acaba de concentrar todos los poderes en sus manos. El poder administrativo del Estado se extiende incesantemente por no haber otro bastante hábil para administrar.

Las naciones aristocráticas, por poco cultas que se las suponga, no presentan nunca el mismo espectáculo, pues las luces se hallan casi igualmente repartidas entre el príncipe y los principales ciudadanos.

El bajá que reina hoy en Egipto encontró la población de ese país compuesta de hombres muy ignorantes y muy iguales, y se apropió para gobernarla el saber y la inteligencia de Europa.

Llegando así á combinarse las luces particulares del soberano con la ignorancia y la debilidad democrática de sus súbditos, se alcanzó sin trabajo el último extremo de la centralización, y el príncipe ha podido hacer del país su manufactura y de los habitantes sus obreros.

Creo que la extrema centralización del poder político, acaba por debilitar la sociedad y el gobierno mismo; pero no niego que una fuerza social centralizada es capaz de ejecutar fácilmente en

un tiempo dado y sobre un punto determinado grandes empresas: esto es cierto principalmente en la guerra, cuyo buen éxito depende más bien de la facilidad de trasladar con rapidez todos los recursos á un punto señalado, que de la extensión misma de estos recursos; en la guerra, pues, es donde los pueblos sienten con más vehemencia la necesidad de aumentar las prerrogativas del poder central. Todos los genios guerreros aman la centralización porque aumenta sus fuerzas, y todos los partidarios de la centralización aman la guerra, que obliga á las naciones á estrechar en manos del Estado todos los poderes. Por manera, que la tendencia democrática que conduce á los hombres á multiplicar sin cesar los privilegios del Estado y á restringir los derechos de los particulares, es más rápida y continua en los pueblos democráticos, sujetos por su posición á grandes y frecuentes guerras, y cuya existencia puede fácilmente ponerse en peligro, que en todos los otros.

He dicho de qué manera el temor del desorden y el amor del bienestar, conducían insensiblemente los pueblos democráticos á aumentar las atribuciones del gobierno central, único poder en su opinión, bastante fuerte por sí mismo, inteligente y estable para protegerlos contra la anarquía. No tengo necesidad de añadir que todas las circunstancias particulares que tienden á hacer precario y turbulento el estado de una sociedad democrática, aumenta este instinto general y lleva cada vez á los particulares á sacrificar su tranquilidad á todos sus derechos.

Jamás se halla un pueblo tan dispuesto á aumentar las atribuciones del poder central como al salir de una revolución larga y sangrienta que después de haber arrancado los bienes á sus antiguos poseedores, ha removido todas las creencias, llenado la nación de odios implacables, de intereses opuestos y de bandos contrarios.

El gusto por el sosiego público se hace entonces una pasión ciega, y los ciudadanos están expuestos á dejarse poseer de un amor excesivo por el orden.

He examinado ya muchos accidentes que concurren á la centralización del poder, pero todavía me falta hablar del principal.

La primera de las causas accidentales que, en un pueblo democrático, pueden arrancar de manos del soberano la dirección de todos los negocios, es el origen de este mismo soberano y sus inclinaciones.

Los hombres que viven en los siglos de igualdad aman naturalmente el poder central y extienden con gusto sus privilegios; más si sucede que este mismo poder representa fielmente sus intereses y reproduce con exactitud sus instintos, la confianza que pone en él casi no tiene límites, creyendo concederse á sí mismos todo lo que le dan.

La atracción de los poderes administrativos hacia el centro, será siempre menos fácil y menos rápida con reyes ligados todavía al antiguo orden aristocrático, preocupaciones, instintos y hábitos, parecen unir indisolublemente á la causa de la igualdad. No quiero decir que los príncipes de origen aristocrático que viven en los siglos de democracia no traten de centralizar; al contrario, creo que trabajan en ello con tanto ahinco como todos los otros, pues de este lado encuentran las ventajas de la igualdad; pero, les es menos fácil, porque los ciudadanos en vez de favorecer naturalmente sus deseos se prestan á ello con dificultad.

Por regla general, en las sociedades democráticas, será siempre la centralización tanto más grande cuanto sea menos aristocrático el soberano.

Cuando una antigua estirpe de reyes dirige una aristocracia, encontrándose las preocupaciones naturales del soberano perfectamente de acuerdo con las de los nobles; los vicios inherentes á las sociedades aristocráticas se desarrollan libremente sin encontrar remedio alguno. Lo contrario sucede cuando el vástago de una rama feudal está colocado á la cabeza de un pueblo democrático.

El príncipe se inclina cada día por su educación, hábitos y recuerdos, hacia los sentimientos que sugiere la igualdad de las condiciones, y el pueblo tiende constantemente por su estado social hacia las costumbres que la igualdad hace nacer. Entonces sucede frecuentemente que los ciudadanos tratan de contener el poder central mucho menos como tiránico que como aristocrático, y mantienen con firmeza su independencia, no sólo porque quieren ser libres, sino porque desean permanecer iguales.

Una revolución que derriba una antigua familia de reyes para colocar hombres nuevos á la cabeza de un pueblo democrático, puede debilitar momentáneamente el poder central; pero por anárquica que desde luego parezca, se debe predecir con seguridad que

su resultado final y necesario será extender y asegurar las prerrogativas del mismo poder.

La primera, y en cierto modo la única condición necesaria para llegar á centralizar el poder público en una sociedad democrática, es amar la igualdad ó hacerlo creer. De esta suerte se simplifica la ciencia del despotismo, tan complicada en otro tiempo; se reduce, por decirlo así, á un principio único.

CAPÍTULO V

Entre las naciones europeas de nuestros días, el poder soberano crece, aunque los soberanos sean menos estables.

Si se reflexiona sobre lo que precede, no podrá uno menos de sorprenderse é intimidarse al ver que en Europa todo parece concurrir á aumentar indefinidamente las prerrogativas del poder central, y á hacer la existencia individual cada vez más débil, más precaria y más subordinada.

Las naciones democráticas de Europa tienen todas las tendencias generales y permanentes de los americanos hacia la centralización de los poderes, y además están sometidas á una multitud de causas secundarias y accidentales que no conocen los americanos. Se diría que cada paso que dan hacia la igualdad, las acerca al despotismo. Para convencerse de esto, basta echar la vista alrededor nuestro, y sobre nosotros mismos.

Durante los siglos aristocráticos que precedieron al nuestro, los soberanos de Europa habían estado privados ó se habían desprendido de muchos de los derechos inherentes á su poder. No hace todavía un siglo que en la mayor parte de las naciones europeas había particulares ó cuerpos casi independientes que administraban la justicia, levantaban y sostenían tropas, percibían impuestos y aun muchas veces, daban leyes ó las interpretaban. El Estado ha recobrado por todas partes estos atributos naturales del poder soberano en todo lo que tiene relación con el gobierno; no sufre ese intermedio entre él y los ciudadanos y los dirige por sí mismo en los negocios generales.

Estoy muy lejos de vituperar esta concentración de poderes me limito á darla á conocer.

En la misma época existían en Europa un gran número de poderes secundarios que representaban y administraban los intereses y negocios locales. La mayor parte de estas autoridades locales han desaparecido, y todas tienden á desaparecer rápidamente ó á caer en la más completa dependencia. De un extremo á otro de Europa, los privilegios de los señores, las libertades de las ciudades, las administraciones provinciales, están destruídas ó van á serlo.

Europa ha experimentado, hace medio siglo, muchas revoluciones y contrarrevoluciones que la han conmovido en sentidos contrarios; pero todos estos movimientos se asemejan en un punto; todos han trastornado ó destruído los poderes secundarios. Privilegios locales que la nación francesa no había abolido en los países conquistados por ella, sucumbieron por los esfuerzos de los príncipes que la han vencido. Estos príncipes han desechado todo lo nuevo que la revolución había creado en ellos, excepto la centralización, lo único que han consentido en conservar.

Quiero hacer ver que todos estos derechos diversos, arrancados sucesivamente en nuestro tiempo á clases, á corporaciones, á hombres, no han contribuído á elevar sobre una base más democrática nuevos poderes secundarios; sino que se han concentrado de todos lados en las manos del soberano.

Por todas partes el Estado dirige por sí mismo á todos los ciudadanos, y conduce sólo á cada uno de ellos en los negocios insignificantes. (1).

Casi todos los establecimientos de caridad de la antigua Europa estaban en manos de particulares ó de corporaciones; hoy han

(1) En esta decadencia gradual del individuo respecto de la sociedad, se manifiesta de mil maneras. Citaré entre otras la que tiene relación con los testamentos.

En los países aristocráticos, se profesa por lo común un profundo respeto por la última voluntad de los hombres, llegando muchas veces en los antiguos pueblos de Europa hasta la superstición: el poder central, lejos de sujetar los caprichos del que muere, da fuerza al menor de ellos asegurándole un poder perpetuo.

Cuando todos los que viven son débiles, la voluntad de los ya

caído todos más ó menos en la dependencia del soberano, y en muchos países son regidos por él. El Estado es quien casi únicamente ha tomado á su cargo dar pan á los que tienen hambre, socorro y asilo á los enfermos, trabajo á los desocupados; se ha convertido en el reparador casi único de todas las miserias. La educación también, como la caridad, ha venido á ser para la mayor parte de los pueblos de nuestros días un asunto nacional. El Estado recibe frecuentemente, toma al hijo de los brazos de la madre para confiarlo á sus agentes y se encarga de inspirar á cada generación sentimientos ó ideas.

La uniformidad reina en los estudios como en todo lo demás, la diversidad como la libertad desaparecen cada día.

No temo tampoco anticipar que en casi todas las naciones cristianas de nuestros días, católicas como protestantes, la religión está amenazada de caer en manos del gobierno: no porque los soberanos se muestren muy celosos de fijar por sí mismos el dogma, sino porque se apoderan cada vez más la voluntad del que lo explica; quitan al clero sus propiedades, le asignan un salario, tornan y utilizan en su único provecho la influencia que aquél posee; hacen en él uno de sus funcionarios y frecuentemente uno de sus servidores, y unidos penetran en lo más profundo del alma de cada hombre. (1).

Este no es más que un lado del cuadro. El poder del soberano no solo se ha extendido, como acabamos de ver, en la esfera de los antiguos poderes, sino que éste no basta para contenerlo; rebosa

---

muertos es menos respetada; se le traza un círculo muy estrecho, y si se sale de él, el soberano la anula ó la revisa.

En la Edad Media, el poder de testar no tenía límites; entre los franceses de nuestros días no se puede distribuir un patrimonio entre los hijos sin que el Estado intervenga, y parece que después de regir durante toda la vida, quiere aún arreglar el último acto.

(1) A medida que las atribuciones del poder central se aumentan, crece también el número de funcionarios que lo representa: forman una nación en cada nación; y como el gobierno les da estabilidad, reemplazan en cada una de ellas la aristocracia.

Casi por toda Europa domina el soberano de dos maneras; conduce una parte de los ciudadanos por el miedo que tienen á sus agentes, y la otra por la esperanza que conciben de llegar á ser sus agentes.

por todas partes y va á llenarse en el dominio reservado hasta ahora á la independencia individual.

Una infinidad de acciones en otro tiempo fuera del registro de la sociedad, han sido sometidos á él en nuestros días, y su número crece sin cesar.

En los pueblos aristocráticos, el poder social se limita ordinariamente á dirigir y vigilar á los ciudadanos en todo lo que tiene una relación visible y directa con el interés nacional, y los abandona en todo lo demás á sus propias fuerzas. En estos pueblos parece que el gobierno se olvida con frecuencia que es una cuestión la de las faltas y las miserias de los individuos que compromete el bienestar universal, que impedir la ruina de un particular debe ser algunas veces un negocio público.

Las naciones democráticas de nuestros días se inclinan á un exceso contrario. Es evidente que la mayor parte de nuestros príncipes no se contentan sólo con dirigir el pueblo todo entero; se diría que se juzgan responsables de las acciones y del destino individual de sus súbditos, que pretenden conducir é ilustrar á cada uno de ellos en los diversos actos de su vida, y, si es necesario, hacerle feliz contra su voluntad.

Por su parte, los particulares se inclinan cada vez más á considerar el poder social desde el mismo punto de vista; en todas sus necesidades le llaman á su auxilio, y fijan á cada instante en él sus miradas como en su preceptor ó su ayo.

Creo firmemente que no existe un país en Europa donde la administración pública no se haya hecho, no sólo más central, sino también más inquisitiva y detallada; por todas partes penetra más que antes en los negocios privados; arregla á su modo más acciones, y acciones pequeñas, y se establece cada vez más al lado, alrededor y sobre cada individuo, para ayudarlo, aconsejarlo y oprimirlo.

En otros tiempos el soberano vivía de las rentas de sus tierras ó del producto de los impuestos. Hoy que sus necesidades han crecido con su poder, no sucede lo mismo. En las mismas circunstancias en que en otra época establecía un príncipe un nuevo impuesto, hoy se recurre á un empréstito. Poco á poco el Estado se hace deudor de la mayor parte de los ricos, y reúne en sus manos los mayores capitales atrayendo los pequeños, de distinto modo.

A medida que los hombres se mezclan y las condiciones se igualan, el pobre tiene más recursos, más luces y deseos. Concibe la idea de mejorar su suerte, y trata de conseguirlo por la economía. La economía hace nacer cada día un número infinito de cortos capitales, frutos lentos y sucesivos del trabajo, que crecen sin cesar; pero la mayor parte permanecerían improductivos si quedasen esparcidos: esto ha dado lugar á una constitución filantrópica que llegará pronto á ser, si no me equivoco, una de nuestras más grandes instituciones políticas. Hombres filantrópicos han concebido la idea de recoger los ahorros del pobre y utilizar su producto. En algunos países estas benéficas asociaciones han permanecido enteramente extrañas al Estado, pero en casi todos tienden visiblemente á confundirse con él, y aun hay algunos en donde el gobierno las ha reemplazado, encargándose de reunir y de beneficiar por sí mismo el ahorro diario de muchos millones de trabajadores.

De este modo, el Estado atrae á sí mismo el dinero de los ricos por el empréstito y dispone á su voluntad del de los pobres por las cajas de ahorros. Las riquezas del país acuden sin cesar á sus manos; se acumulan tanto más cuanto la igualdad de las condiciones se hace mayor, porque en una nación democrática sólo el Estado inspira confianza á los particulares, pues él únicamente les parece tener alguna consistencia y duración (1).

Así el soberano no se limita á dirigir la fortuna pública; se introduce también en las privadas, es el jefe de cada ciudadano, frecuentemente su señor, y además se hace su intendente y su cajero.

No sólo el poder central llena enteramente la esfera de los antiguos poderes, la extiende y las traspasa, sino que se mueve en ella con más agilidad, fuerza ó independencia que en otros tiempos.

---

(1) Por una parte, el gusto por el bienestar se aumenta sin cesar, y, por otra, el gobierno se apodera de todas las fuentes del bienestar.

Los hombres se dirigen, pues, por dos caminos diversos hacia la esclavitud.

El gusto del bienestar los aparta de las cosas del gobierno, y el amor de este mismo bienestar los pone en una dependencia cada vez más estrecha de los gobernantes.

Todos los gobiernos de Europa han perfeccionado prodigiosamente, en nuestros días, la ciencia administrativa; hacen más, con más orden, más rapidez y menos gastos; parece que se enriquecen constantemente con las luces que han arrebatado á los particulares. Los príncipes de Europa tienen á sus delegados en una dependencia cada vez más estrecha é inventan métodos nuevos para dirigirlos más de cerca y vigilar sobre ellos con más facilidad. No se contentan con arreglar todos los negocios por medio de sus agentes, sino que quieren dirigir la conducta de éstos en todos sus negocios; por manera que la administración pública no solamente depende del mismo poder, sino que se estrecha más y más en un mismo lugar y se concentra en menos manos.

El gobierno centraliza su acción al mismo tiempo que aumenta sus prerrogativas, y he aquí un doble motivo de fuerza.

Dos cosas sorprenden á primera vista cuando se examina la constitución que tenía en otro tiempo el poder judicial en la mayor parte de las naciones de Europa: su independencia y la extensión de sus atribuciones.

No solamente las cortes de justicia decidían casi todas las querellas entre particulares, sino que en muchos casos servían de árbitros entre cada individuo y el Estado.

No quiero hablar aquí de las atribuciones políticas y administrativas que los tribunales habían usurpado en algunos países, sino de las judiciales que poseían en todos. En todos los pueblos de Europa existían y existen todavía muchos derechos individuales, inherentes la mayor parte al derecho general de la propiedad, que estaban colocados bajo la salvaguardia del juez y que el Estado no podía violar sin su licencia.

Este era el poder semipolítico que distinguía principalmente los tribunales de Europa de todos los otros; pues aunque todos los pueblos han tenido fuerzas, no todos han dado á éstos los mismos privilegios.

Si se pasa ahora á examinar lo que sucede en las naciones democráticas de Europa que se llaman libres y en todas las otras, se verá que al lado de estos tribunales se han creado otros más dependientes, cuyo objeto particular es decidir excepcionalmente las cuestiones litigiosas que pueden suscitarse entre la administración pública y los ciudadanos. Se deja al antiguo poder judi-

cial su independencia, pero se estrecha su jurisdicción y se trata de hacer de él un sólo árbitro en los intereses particulares.

El número de estos tribunales especiales aumenta sin cesar, y crecen sus atribuciones.

El gobierno escapa cada vez más de la obligación de hacer sancionar por otro poder sus voluntades y sus derechos. No pudiendo pasar sin jueces, quiere á lo menos escogerlos él mismo y tenerles siempre en su mano; es decir, que entre él y los particulares coloca un simulacro de justicia, más bien que la justicia misma.

Así, el Estado no se contenta con atraer hacia él todos los negocios, sino que los decide por sí mismo sin revisión ni recurso alguno (1).

En las naciones modernas de Europa hay una gran causa que, independientemente de todas las que acabo de indicar, contribuye á extender la acción del soberano ó á aumentar sus prerrogativas, sin que haya fijado la atencion, el desarrollo de la industria que los progresos de la igualdad favorecen.

La industria atrae por lo común una multitud de hombres al mismo lugar y establece entre ellos relaciones nuevas y complicadas: los expone á grandes y súbitas alternativas de abundancia y de miseria, durante las cuales está amenazada la tranquilidad pública, pudiendo suceder que los trabajos comprometan la salud y aun la vida de los que se aprovechan de ellos ó de los que se ocupan.

Así, la clase industrial tiene mayor necesidad de estar reglamentada, vigilada y contenida que las otras, siendo por lo mismo natural que las atribuciones del gobierno crezcan respecto de ella.

Esta verdad es generalmente aplicable; pero he aquí lo que tiene relación más inmediata con las naciones de Europa.

En los siglos que precedieron al nuestro, la aristocracia poseía

---

(1) Respecto de esto se hace en Francia un sofisma muy raro. Cuando se sigue una causa entre la administración y un particular, no se somete al examen del juez ordinario, por no mezclar, se dice, el poder administrativo y el judicial; como si no fuera mezclar estos dos poderes, y de la manera más peligrosa y tiránica, revestir al gobierno de juzgar y administrar á un mismo tiempo.

las tierras y se hallaba en estado de defenderlas. La propiedad inmueble estaba rodeada de garantías y gozaban sus poseedores de una gran independencia: esto creó leyes y hábitos que se perpetuaron, á pesar de la división de las tierras y la ruina de los nobles, y en nuestros días los propietarios de bienes raíces y los agricultores son los ciudadanos menos expuestos á la intervención del poder social.

En esos mismos siglos aristocráticos, en que se encuentran todas las fuentes de nuestras historias, la propiedad mueble tenía poca importancia y sus poseedores eran débiles y despreciados: los industriales formaban una clase excepcional en medio del mundo aristocrático; como carencia de patronazgo seguro, no estaban protegidos y frecuentemente no podían protegerse entre sí.

Tomóse, pues, el hábito de considerar la propiedad industrial como un bien de naturaleza particular, que no merecía los mismos respetos ni debía gozar las mismas garantías que la propiedad en general, y los industriales, como una pequeña clase aparte en el orden social, cuya independencia estimaba en poco y convenía abandonar á la posesión reglamentaria de los príncipes. En efecto, cuando se abren los códigos de la Edad Media, se admira uno al ver que en esos siglos de independencia individual, la industria recibía sus reglamentos de los reyes hasta en sus menores detalles, siendo sobre este punto la centralización tan activa y minuciosa como podía serlo.

Desde ese tiempo acá, ha sucedido una grande revolución en el mundo: la propiedad industrial, naciente entonces, se ha desarrollado hasta cubrir Europa; la clase industrial se ha ensanchado y enriquecido con los restos de todas las otras creciendo en número, en importancia, en riqueza; casi todos los que no pertenecen á ella se le unen al menos por algún lado; de suerte que después de haber sido la clase excepcional, amenaza llegar á ser la principal, y por decirlo así, la única. Sin embargo, permanecen aún las ideas y los hábitos políticos que en otro tiempo había hecho nacer: éstos no han cambiado, porque son antiguos y se encuentran en perfecta armonía con las ideas nuevas y los hábitos generales de los hombres de nuestros días.

La propiedad industrial no aumenta, pues, sus derechos con su importancia. La clase industrial no se hace menos independiente

al hacerse más numerosas; al contrario, puede decirse que trae en su seno el despotismo, y que él se extiende naturalmente á medida que ella se desarrolla (1). Mientras más industrial se hace la nación, tanto más se descubre la necesidad de caminos, canales, puertos y otros trabajos de naturaleza semipública que facilitan la adquisición de las riquezas, y á proporción que ella es más democrática, experimentan los particulares más dificultad en ejecutar semejantes trabajos, y el Estado, por el contrario, más facilidad en emprenderlos. No temo afirmar que los soberanos de nuestros días aspiran manifiestamente á encargarse por sí solos de la ejecución de semejantes obras, y por aquí reducir cada día los pueblos á una dependencia más estrecha.

Por otra parte, á medida que crece el poder del Estado y se aumentan sus necesidades, consume él mismo una cantidad cada vez mayor de productos industriales que por lo común fabrica en sus arsenales y establecimientos. Así es que, en cada reino, el soberano llega á ser el mayor industrial, y atrae y retiene en su servi-

---

(1) Citaré algunos hechos en apoyo de esta doctrina. En las minas es donde se encuentran las fuentes naturales de la riqueza industrial. A medida que la industria se ha desenvuelto en Europa, que el producto de las mismas ha llegado á ser de un interés más general, y beneficio más difícil á causa de la división de bienes que trae consigo la igualdad, la mayor parte de los soberanos han reclamado el derecho de propiedad en las minas y el de vigilar sus trabajos; cosa que jamás se ha visto respecto de ninguna otra especie de propiedad.

Las minas, que eran de patrimonio individual y estaban sometidas á las mismas obligaciones, gozando de las mismas garantías que los otros bienes inmuebles, cayeron así en el dominio público. El Estado es el que las beneficia ó las da; los propietarios se han transformado en usufructuarios; tienen sus derechos del Estado, y éste recobra casi por todas partes el poder de dirigirlas: les da reglas, les impone métodos, les somete á una vigilancia habitual, y si se resisten, un tribunal administrativo los despoja y la administración pública concede á otros sus privilegios; de suerte que el Gobierno no sólo posee las minas, sino que tiene todos los mineros en su dependencia.

Sin embargo, á medida que la industria se desarrolla, el laboreo de las antiguas minas se aumenta; se abren otras nuevas y crece el número de empleados en ellas. Los soberanos extienden diariamente sus dominios bajo nuestros pies, y los pueblan con sus servidores.

cio un número excesivo de ingenieros, arquitectos, mecánicos y artesanos. No solamente es el primero de los industriales, sino que tiende cada vez más á hacerse el jefe ó más bien el amo de todos los otros.

Como los ciudadanos se hacen más débiles al igualarse, nada pueden hacer en industria sin asociarse, y el poder público quiere naturalmente colocar estas asociaciones bajo su vigilancia.

Es preciso saber que estas especies de seres colectivos que se llaman asociaciones, son siempre más fuertes y más temibles que un simple individuo y temen menos que éstos la responsabilidad de sus propios actos; de donde parece razonable dejar á cada una de ellas una independencia del poder social, menor de la que se concediera á un particular.

Los soberanos tienen tanta mayor inclinación á obrar así cuanto que sus gustos están de acuerdo en esto. En los pueblos democráticos, sólo por medio de la asociación pueden resistir los ciudadanos al poder central y, por tanto, este último ve con desagrado las asociaciones que no le están sometidas; siendo muy de notar que en tales pueblos democráticos los ciudadanos miran frecuentemente estas asociaciones, de que tienen tanta necesidad, con un sentimiento secreto de temor y de envidia que les impide defenderlas. El poder y la duración de estas pequeñas sociedades particulares, en medio de la debilidad é instabilidad general, los sorprende ó inquieta y no están lejos de considerar como un peligroso privilegio el libre uso que hace cada una de ellas de sus facultades naturales.

Todas las asociaciones de nuestros días son otras tantas personas nuevas, cuyos derechos no están consagrados por el tiempo; entran en el mundo en una época en que la idea de los derechos particulares es débil y el poder social no tiene límites; no debe, pues, sorprender que pierdan su libertad al nacer.

En todos los pueblos de Europa hay ciertas asociaciones que no pueden formarse sino después de haber examinado el Estado sus estatutos y autorizado su existencia.

En muchos se hacen esfuerzos para extender á todos estas reglas, y fácilmente se concibe á donde conduciría una empresa semejante.

Si alguna vez el soberano tuviese el derecho general de auto-

rizar con ciertas condiciones toda especie de asociación, no tardaría en reclamar el de vigilarlas y dirigirlas, á fin de que no pudiesen separarse de las reglas que él les habría impuesto.

De esta manera, el Estado, después de haber puesto bajo su dependencia todos aquéllos que han deseado asociarse, pondrían también á los ya asociados, esto es, á casi todos los hombres de nuestros días.

Así se apropian los soberanos cada vez más y disponen á su voluntad de la mayor parte de esta nueva fuerza que la industria ha creado en nuestros tiempos, pudiéndose decir que la industria nos dirige y ellos dirigen la industria.

Es tanta la importancia que doy á lo que acabo de decir, que temo haber obscurecido mi pensamiento al quererlo explanar mejor.

Si el lector no se encuentra satisfecho con los ejemplos que he citado, si piensa que en algún lugar he exagerado los progresos del poder social ó, por el contrario, he estrechado demasiado la esfera en que se halla todavía la independencia individual, deje un momento el libro y considere por sí mismo los objetos que he tratado de mostrarles. Examine con atención lo que pasa cada día entre nosotros y fuera de nosotros; pregunte á los demás y aun contémplese á sí mismo; mucho me equivocaré, si no llega por sí solo y por caminos distintos al punto á que he querido conducirlo.

Descubrirá que durante los últimos cincuenta años la centralización ha crecido por todas partes de mil modos diversos. Las guerras, las revoluciones, las conquistas han contribuído á su desarrollo y todos los hombres han trabajado para aumentarla. En este mismo período en que ellos se han sucedido con una rapidez extraordinaria á la cabeza de los negocios, sus ideas, sus intereses, sus pasiones han variado á lo infinito; pero todos han querido centralizar de alguna manera. El instinto de la centralización ha sido como el único punto inmóvil en medio de la movilidad general de su existencia y de sus pensamientos.

Cuando el lector, habiendo examinado el pormenor de los negocios humanos, quiera abrazar este vasto cuadro en general, quedará sorprendido. De un lado, las dinastías más fuertes se conmueven ó se destruyen; por todas partes los pueblos escapan vio-

lentamente del imperio de sus leyes destruyendo ó limitando la autoridad de sus señores y de sus príncipes; todas las naciones que no están en trastorno parecen á lo menos inquietas y alteradas, y las anima un mismo espíritu de rebelión. De otro, en este mismo siglo de anarquía y en estos mismos pueblos tan indóciles, el poder social aumenta incesantemente sus prerrogativas haciéndose más central, más emprendedor, más absoluto y más extenso. Los ciudadanos están sujetos á la vigilancia de la administración pública y son arrastrados insensiblemente y como sin saberlo, á sacrificarle todos los días alguna nueva parte de su independencia individual; los mismos hombres que de tiempo en tiempo derriban un trono y huellan la autoridad de los reyes, se someten sin resistencia cada vez más á los menores caprichos de cualquiera empleado.

Así, pues, en nuestros días, se obran dos revoluciones en sentido contrario; una debilita continuamente el poder y la otra la refuerza sin cesar: en ninguna otra época de nuestra historia ha parecido él tan débil ni tan fuerte; pero cuando al fin se considera más de cerca el estado del mundo, se ve que estas dos revoluciones se hallan íntimamente ligadas entre sí, tienen un mismo origen, y después de haber seguido una carrera diversa conducen á los hombres al mismo lugar.

Repetiré por última vez lo que he dicho ó indicado en tantos lugares de esta obra: es preciso no confundir el hecho de la igualdad con la revolución que acaba de introducirla en el estado social y en las leyes; en esto se encuentra la razón de casi todos los fenómenos que nos admiran.

Todos los antiguos poderes políticos de Europa han sido fundados en los siglos de aristocracia y representaban ó defendían más ó menos, el principio de la desigualdad y del privilegio. Para hacer prevalecer en el gobierno las necesidades y los nuevos intereses que sugieren la igualdad creciente, ha sido necesario que los hombres de nuestros días trastornasen ó limitasen los antiguos poderes. Esto los ha conducido á hacer revoluciones y ha inspirado á un gran número de ellos ese gusto salvaje del desorden y de la independencia que todas las revoluciones, cualquiera que sea su objeto, hacen siempre nacer.

Creo que no hay un solo país en Europa en que el desarrollo

de la igualdad, no haya sido precedido ó seguido de algunos cambios violentos en el estado de la propiedad y de las personas y casi todos estos cambios han sido acompañados de anarquía y de licencia, porque los ha ejecutado la porción menos culta de la nación, contra la más culta.

De aquí han salido las dos tendencias contrarias de que he hablado anteriormente. Cuando la revolución democrática estaba en todo su vigor, los hombres, ocupados en destruir los antiguos poderes aristocráticos que combatían contra ella, se mostraban animados de un gran espíritu de independencia, y á medida que la victoria de la igualdad se hacía más completa, se abandonaban á los instintos naturales que esta misma igualdad hace nacer y reforzaban y concentraban el poder social. Habían querido ser libres para hacerse iguales, y á medida que la igualdad se establecía con la ayuda de la libertad, les hacía menos asequible esta última.

Estos dos estados no han sido siempre sucesivos. Nuestros padres han hecho ver de que manera podía un pueblo organizar en su seno una inmensa tiranía en el momento mismo en que salía de la autoridad de los nobles y despreciaba el poder de todos los reyes, enseñando á la vez al mundo el modo de conquistar su independencia y de perderla.

Los hombres de nuestro siglo descubren que los antiguos poderes se hunden por todas partes: ven desaparecer todas las antiguas influencias y caer las antiguas barreras, y esto confunde el juicio de los más hábiles; no se fijan sino en la revolución prodigiosa que tiene lugar á su vista, y creen que el género humano va á caer para siempre en anarquía.

Si pensasen en las últimas consecuencias de esta revolución, concebirían quizá otros temores. Por mi parte, confieso que no me fío del espíritu de libertad que parece animar á mis contemporáneos; bien veo que las naciones de nuestros días son turbulentas, pero no descubro claramente que sean liberales y aun temo que al salir de estas agitaciones que hacen vacilar todos los tronos, los soberanos se encuentren más poderosos de lo que nunca lo han sido.

CAPÍTULO VI

Qué especie de despotismo deben tener las naciones democráticas.

Durante mi permanencia en los Estados Unidos, observé que un estado social democrático tal como el de los americanos, ofrecía una facilidad singular para el establecimiento del despotismo, y á mi regreso á Europa, vi que la mayor parte de nuestros príncipes se habían servido ya de las ideas, sentimientos y necesidades que creaba este mismo estado social, para extender el círculo de su poder.

Esto me condujo á creer que las naciones cristianas acabarían quizá por sufrir alguna opresión semejante á la de muchos otros pueblos de la antigüedad. Un examen más detallado del asunto y cinco años de nuevas meditaciones, no han disminuído mis recelos, pero han cambiado su objeto.

Jamás se ha visto en los siglos pasados, soberano tan absoluto ni tan poderoso que haya emprendido administrar por sí solo y sin la ayuda de los poderes secundarios, todas las partes de un gran imperio ni lo hay tampoco que haya intentado sujetar todos sus súbditos á una regla uniforme, ni descendido al lado de cada uno de ellos para regirlo y conducirlo.

La idea de una empresa semejante no se había presentado jamás al espíritu humano, y si algún hombre hubiese llegado á concebirla, la insuficiencia de luces, la imperfección de los procedimientos administrativos y sobre todo los obstáculos naturales de la

desigualdad de las condiciones, lo habrían bien pronto detenido en la ejecución de tan vasto designio.

Se ve que en el tiempo del mayor poder de los Césares, los diversos pueblos que habitaban el mundo romano, conservaban costumbres y usos diferentes; aunque sujetas al mismo monarca, la mayor parte de las provincias eran administradas separadamente; abundaban en municipios poderosos y activos y aunque todo el gobierno del Imperio estuviese concentrado en las solas manos del soberano y quedase siempre de árbitro en todas las cosas, los pormenores de la vida social y de la existencia individual estaban libres de su intervención.

Es cierto que los emperadores poseían un poder inmenso y sin restricción, que les permitían entregarse libremente á sus más extravagantes inclinaciones y emplear en satisfacerlas toda la fuerza del Estado: abusaban con frecuencia de este poder para arrancar arbitrariamente á los ciudadanos sus bienes ó su vida; su tiranía pesaba con exceso sobre algunos, pero no se extendía á un gran número, y aplicándose á ciertos objetos principales, descuidaba el resto, siendo á un mismo tiempo violenta y limitada.

Creo que si el despotismo llegase á establecerse en las naciones democráticas de nuestros días, tendría diverso carácter; se extendería más, sería más benigno y degradaría á los hombres sin atormentarlos.

No dudo que en siglos de luces y de igualdad como los nuestros, los soberanos llegarían más fácilmente á reunir todos los poderes públicos en sus manos y á penetrar en el círculo de intereses privados, más profundamente de lo que nunca pudo hacerlo nadie en la antigüedad. Pero esta misma igualdad que facilita el despotismo, lo atempera. Ya hemos visto que á medida que los hombres se hacen más semejantes é iguales, las costumbres son más humanas y apacibles, y cuando no hay ningún ciudadano poderoso, la tiranía carece en cierto modo de ocasión y de teatro. Siendo medianas todas las fortunas, las pasiones se contienen naturalmente, la imaginación es limitada y los placeres sencillos. Esta moderación universal modera al soberano mismo y contiene dentro de ciertos límites el ímpetu desordenado de sus deseos.

Independientemente de estas razones sacadas de la naturaleza

misma del Estado social, podría añadir otras muchas, tomadas fuera de mi asunto; mas quiero permanecer dentro de los límites que me he fijado.

Los gobiernos democráticos pueden hacerse violentos y aun crueles en momentos de efervescencia y de grandes riesgos, pero estas crisis serán siempre raras y pasajeras.

Cuando considero la mezquindad de las pasiones de los hombres de nuestros días, la molicie de sus costumbres, sus luces, la pureza de su religión, la dulzura de su moral, sus hábitos arreglados y laboriosos, su moderación casi general, en el vicio como en la virtud, no temo que hallen tiranos en sus jefes, sino más bien tutores.

Creo, pues, que la opresión de que están amenazados los pueblos democráticos, no se parece á nada de lo que la ha precedido en el mundo y que nuestros contemporáneos ni siquieran recordarán su imagen.

En vano busco en mí mismo una expresión que reproduzca y encierre exactamente la idea que me he formado de ella: las voces antiguas de despotismo y tiranía no le convienen. Esto es nuevo y es preciso tratar de definirlo, puesto que no quiero darlo nombre.

Quiero imaginar bajo qué rasgos nuevos el despotismo podría darse á conocer en el mundo, veo una multitud innumerable de hombres iguales y semejantes, que giran sin cesar sobre sí mismos para procurarse placeres ruines y vulgares, con que llenan su alma.

Retirado cada uno á parte, vive como extraño al destino de todos los otros, y sus hijos y sus amigos particulares forman para él toda la especie humana: se halla al lado de sus conciudadanos, pero no los ve; los toca y no los siente; no existe sino en sí mismo y para él sólo, y si bien le queda una familia, puede decirse que no tiene patria.

Sobre éstos se eleva un poder inmenso y tutelar que se encarga solo de asegurar sus goces y vigilar sobre su suerte. Absoluto, minucioso, regular, advertido y benigno, se asemejaría al poder paternal, si como él tuviese por objeto preparar á los hombres á la edad viril; pero al contrario, no trata sino de fijarlos irrevocablemente en la infamia y quiere que los ciudadanos gocen, con tal que no piensen sino en gozar. Trabaja en su felicidad; mas

pretende ser el único agente y el solo árbitro de ella, provee á su seguridad y á sus necesidades, facilita sus placeres, conduce sus principales negocios, dirige su industria, arregla sus sucesiones, divide sus herencias y es mucho que no pueda evitarles completamente el trabajo de pensar y la pena de vivir.

De este modo hace cada día menos útil y más raro el uso del libre albedrío, encierra la acción de la libertad en un espacio más estrecho y quita poco á poco á cada ciudadano hasta el uso de sí mismo. La igualdad prepara á los hombres á todas estas cosas, los dispone á sufrirlas y aun frecuentemente á mirarlas como un beneficio.

Después de haber tomado así alternativamente entre sus poderosas manos á cada individuo y de haberlo formado á su antojo, el soberano extiende sus brazos sobre la sociedad entera y cubre su superficie de un enjambre de leyes complicadas, minuciosas y uniformes, al través de las cuales los espíritus más raros y las almas más vigorosas no pueden abrirse paso y adelantar la muchedumbre: no destruye las voluntades, pero las ablanda, las somete y dirige; obliga raras veces á obrar, pero se opone incesantemente á que se obre; no destruye, pero impide crear; no tiraniza, pero comprime, mortifica, embrutece, extingue, debilita y reduce, en fin, cada nación, á un rebaño de animales tímidos é industriosos cuyo pastor es el gobernante.

Siempre he creído que esa especie de servidumbre arreglada, dulce y apacible, cuyo cuadro acabo de presentar, podría combinarse mejor de lo que se imagina con alguna de las formas exteriores de la libertad, y que no le sería imposible establecerse á la sombra misma de la soberanía del pueblo.

En nuestros contemporáneos obran incesantemente dos pasiones contrarias; sienten la necesidad de ser conducidos y el deseo de permanecer libres. No pudiendo destruir ninguno de estos dos instintos opuestos, se esfuerzan en satisfacerlos ambos á la vez: imaginan un poder único tutelar, poderoso, pero elegido por los ciudadanos, y combinan la centralización con la soberanía del pueblo, dándoles esto algún descanso. Se conforman con tener tutor pensando que ellos mismos han hecho á elección. Cada individuo sufre que se le sujete, porque ve que no es un hombre ni una clase, sino el pueblo mismo quien tiene el extremo de la

cadena. En tal sistema, los ciudadanos salen un momento de la dependencia para nombrar un jefe y vuelven á entrar en ella.

Hoy día hay muchas gentes que se acomodan fácilmente con esta especie de compromiso entre el despotismo administrativo y la saberanía del pueblo, y que piensa haber garantido bastante la libertad de los individuos cuando la abandonan al poder nacional. Pero esto no basta; la naturaleza del jefe no es la que importa, sino la obediencia.

No negaré, sin embargo, que una constitución semejante no sea infinitamente preferible á la que después de haber concentrado todos los poderes, los depositara en las manos de un hombre ó de un cuerpo irresponsable. De todas las diversas formas que el despotismo democrático puede tomar, indudablemente sería ésta la peor.

Cuando el soberano es electivo ó está vigilado de cerca por una legislatura realmente electiva é independiente, la opresión que hace sufrir á los individuos es algunas veces más grande, pero siempre es menos degradante, porque cada ciudadano, después que se le sujeta y reduce á la impotencia, puede todavía figurarse que al obedecer no se somete sino á sí mismo, y que á una de sus voluntades sacrifica todas las otras.

Comprendo igualmente que cuando el soberano representa la nación y depende de ella, las fuerzas y los derechos que se arrancan á cada ciudadano no sirven solamente al jefe del Estado, sino que aprovechan al Estado mismo, y que los particulares sacan algún fruto del sacrificio que han hecho al público de su independencia.

Crear una representación nacional en un país muy centralizado, es disminuir el mal que la extrema centralización puede producir, pero no es destruirlo.

Bien veo que de este modo se conserva la intervención individual en los negocios más importantes, pero se anula en los pequeños y en los particulares. Se olvida que en los detalles es donde es más peligroso esclavizar á los hombres. Por mi parte me inclinaría á creer que la libertad es menos necesaria en las grandes cosas que en las pequeñas, si pensase que se puede asegurar la una sin poseer la otra.

La sujeción en los pequeños negocios se manifiesta todos los días y se hace sentir indistintamente en todos los ciudadanos.

Ella no los desespera, pero los embaraza sin cesar y los conduce á renunciar el uso de su voluntad; extingue así poco á poco su espíritu y enerva su alma, mientras que la obediencia debida en pequeño número de circunstancias muy graves, pero muy raras, no deja ver la servidumbre sino de tiempo en tiempo, y no la hace pesar sino sobre ciertos hombres. En vano se encargaría á estos mismos ciudadanos tan dependientes del poder central, de elegir alguna vez los representantes de este poder: un uso tan importante, pero tan corto y tan raro de su libre albedrío, no impediría que ellos perdiesen poco á poco la facultad de pensar, de sentir y de obrar por sí mismos, y que no descendiesen así gradualmente del nivel de la humanidad.

Añado además que vendrían á ser bien pronto incapaces de ejercer el grande y único privilegio que les resta. Los pueblos democráticos que han introducido la libertad en la esfera política, al mismo tiempo que aumentaban el despotismo en la esfera administrativa, han sido conducidos á singularidades bien extrañas. Si se trata de dirigir los pequeños negocios en que sólo el buen sentido puede bastar, juzgan que los ciudadanos son incapaces de ello; si es preciso conducir el gobierno de todo el Estado, confían á estos ciudadanos inmensas prerrogativas, haciéndose alternativamente los juguetes del soberano y sus señores; más que reyes y menos que hombres. Después de haber agotado todos los diferentes sistemas de elección sin hallar uno que les convenga, se aturden y buscan todavía, como si el mal que tratan de remediar no dependiera de la constitución del país más bien que de la del cuerpo electoral.

Es difícil, en efecto, concebir de qué manera hombres que han renunciado enteramente el hábito de dirigirse á sí mismos, pudieran dirigir bien á los que los deben conducir, y no se creerá nunca que un gobierno liberal, enérgico y prudente, pueda salir de los sufragios de un pueblo de esclavos.

Una constitución republicana, por un lado, y por otro ultramonárquica, me ha parecido siempre un monstruo efímero. Los vicios de los gobernantes y la imbecilidad de los gobernados no tardarían en producir su ruina, y el pueblo, cansado de sus representantes y de sí mismo, crearía instituciones más libres ó volvería pronto á doblar la cerviz á un solo jefe.

CAPÍTULO VII

Continuación de los capítulos precedentes.

Creo que es más fácil establecer un gobierno absoluto y despótico en un pueblo en que las condiciones son iguales que en cualquier otro, y pienso que si tal gobierno se estableciese una vez en un pueblo semejante, no solamente oprimiría á los hombres, sino que con el tiempo arrebataría á cada uno de ellos muchos de los principales atributos de la humanidad.

El despotismo me parece particularmente temible en las edades democráticas.

Me figuro que yo habría amado la libertad en todos tiempos; pero en los que nos hallamos me inclino á adorarla.

Estoy, además, convencido, de que todos los que en nuestro siglo intenten apoyar la libertad en el privilegio y la aristocracia, tendrán mal éxito: lo mismo acontecerá á los que quieran atraer y retener la autoridad en el seno de una sola clase. No hay en nuestros días soberano bastante hábil y fuerte para fundar el despotismo, restableciendo distinciones permanentes entre sus súbditos; ni existe tampoco legislador tan sabio y poderoso, que sea capaz de mantener instituciones libres, si no toma la igualdad por primer principio y por símbolo. Es preciso, pues, que todos nuestros contemporáneos que quieran crear ó asegurar la independencia y la dignidad de sus semejantes, se muestren amigos de la igualdad. De esto depende el buen éxito de su santa empresa.

Así no se trata de reconstruir una sociedad aristocrática, sino

de hacer salir la libertad del seno de la sociedad democrática en que Dios nos ha colocado.

Estas dos primeras verdades me parecen sencillas, claras y fecundas y me dirigen naturalmente á considerar qué especie de gobierno libre puede establecerse en un pueblo en que los conciudadanos son iguales.

Resulta de la constitución misma de las naciones democráticas y de sus necesidades, que en ellas el poder del soberano debe ser más uniforme, más centralizado, más extenso, más poderoso que en cualquiera otra parte.

La sociedad es naturalmente más activa y más fuerte, el individuo más subordinado y más débil; la una hace más, el otro menos: esto es forzoso.

No debemos esperar que en los países democráticos el círculo de la independencia individual, se extienda jamás tanto como en los aristocráticos. Tampoco debemos desearlo, pues en las naciones aristocráticas, la sociedad es muchas veces sacrificada al individuo y la prosperidad del mayor número á la grandeza de algunos.

Es á la vez necesario y conveniente que el poder central que dirige un pueblo democrático, sea activo y poderoso; no para hacerlo débil é indolente, sino sólo para impedir que abuse de su agilidad y de su fuerza.

Lo que más contribuía á asegurar la independencia de los particulares en los siglos aristocráticos, era que el soberano no estaba por sí solo encargado de gobernar y administrar á los ciudadanos: se hallaba obligado á dejar en parte este cuidado á los miembros de la aristocracia; de suerte que encontrándose siempre dividido el poder social, no obraba nunca todo entero y del mismo modo sobre cada hombre.

No solamente el soberano no lo hacía todo por sí, sino que la mayor parte de los funcionarios que obraban en su lugar, sacando su poder del hecho de su nacimiento y no de él, no dependían constantemente de su autoridad. El soberano no podía crearlos ó destituirlos á cada paso, según sus caprichos, ni sujetarlos á todos á su voluntad; lo cual, garantizaba más la independencia individual.

Sé muy bien que en nuestros días no se puede recurrir al

mismo medio; pero veo procederes democráticos que lo reemplazan.

En lugar de dar al soberano sólo todos los poderes administrativos que se confiaban á las corporaciones ó á los nobles, se puede dar una parte á cuerpos secundarios formados temporalmente de simples ciudadanos; de este modo, será muy efectiva la libertad de los particulares sin que su igualdad sea menor.

Los americanos, que no se fijan tanto en las palabras como nosotros, han conservado el nombre de condado al mayor de sus distritos administrativos; pero han reemplazado en parte al conde con una asamblea provincial.

Convendré sin dificultad en que en una época de igualdad como la muestra sería injusto y fuera de razón instituir funcionarios perpetuos; pero nada impide establecer en lugar de ellos, hasta cierto punto, funcionarios electivos. La elección es un recurso democrático que asegura la independencia del funcionario del poder central, tanto ó más de lo que puede hacerlo el derecho hereditario en los pueblos democráticos.

Los países aristocráticos abundan en particulares ricos é influyentes capaces de bastarse á sí mismos y á quienes no se oprime fácilmente ni en secreto; tales hombres mantienen el poder en los hábitos generales de moderación y de recato.

Conozco que las naciones democráticas no presentan naturalmente individuos semejantes; pero se puede crear en ellas artificialmente alguna cosa análoga.

Creo firmemente que no se puede formar de nuevo una aristocracia en el mundo; mas también pienso que los simples ciudadanos pueden asociarse, constituir seres muy opulentos, muy influyentes, fuertes, en una palabra, gentes aristocráticas.

Se obtendrían de este modo muchas de las mayores ventajas políticas de la aristocracia, sin sus injusticias ni sus peligros. Una asociación política, industrial, comercial ó bien científica y literaria, es un ciudadano ilustrado y poderoso que no se puede sujetar á voluntad ni oprimir en las tinieblas y que al defender sus derechos particulares contra las exigencias del poder, salva las libertades comunes.

En los tiempos de aristocracia, cada hombre está siempre ligado de una manera muy estrecha á muchos de sus conciudadanos,

de modo que no se puede atacar al uno sin que los otros no acudan en su auxilio. En los de igualdad, cada individuo se halla naturalmente aislado; carece de amigos hereditarios de quienes pueda exigir auxilio y no hay clases cuyas simpatías le estén aseguradas; se le desprecia, pues, fácilmente, y se le atropella. En nuestros días un ciudadano á quien se oprime no tiene más que un medio de defensa, que es el de dirigirse á la nación toda entera, y si ella no le escucha, al género humano; y no hay sino un medio de hacerlo, que es la prensa. Por eso la libertad de la prensa es infinitamente más preciosa en las naciones democráticas que en todas las otras; sola, cura la mayor parte de los males que la igualdad puede producir. La igualdad aisla y debilita los hombres; pero la prensa coloca al lado de cada uno de ellos un arma muy poderosa de que puede hacer uso el más débil y aislado. La igualdad quita á cada individuo el apoyo de sus vecinos, pero la prensa le permite llamar en su ayuda todos sus conciudadanos y semejantes. La imprenta ha apresurado los progresos de la igualdad, y es uno de sus mejores correctivos.

Creo que los hombres que viven en las aristocracias pueden, en rigor, pasar sin la libertad de la prensa, pero no los que habitan los países democráticos. Para garantir la independencia personal de esto no confío en las grandes asambleas políticas, en las prerrogativas parlamentarias, ni en que se proclame la soberanía del pueblo. Todas estas cosas se concilian hasta cierto punto con la servidumbre individual; mas esta esclavitud no puede ser completa si la prensa es libre. La prensa es, por excelencia, el instrumento democrático de la libertad.

Diré alguna cosa análoga del poder judicial.

Es de la esencia del poder judicial el ocuparse de intereses particulares y fijar su atención en los pequeños objetos expuestos á su vista; también es privativo de este poder el no venir por sí mismo al socorro de los oprimidos; pero sí hallarse constantemente á disposición del más humilde de ellos. Cualquiera, por débil que sea, puede forzar siempre al juez á oir su queja y responder; lo cual depende de la constitución misma del poder judicial.

Un poder semejante es, pues, especialmente aplicable á las necesidades de la libertad en una época en que la vigilancia y la autoridad del soberano se introducen sin cesar en los más mínimos

pormenores de las acciones humanas y en que los ciudadanos demasiado débiles para protejerse á sí mismos, están muy aislados para poder contar con la ayuda de sus semejantes. Si la fuerza de los tribunales ha sido en todos los tiempos la garantía más grande que se puede ofrecer á la independencia individual; esto es particularmente cierto en los siglos democráticos: los derechos y los intereses particulares se hallan siempre en peligro, si el poder judicial no crece ni se extiende á medida que las condiciones se igualan.

La igualdad sugiere á los hombres muchas inclinaciones peligrosas á la libertad, sobre las cuales el legislador debe velar eternamente. No hablaré aquí sino de las principales.

Los hombres que viven en los siglos democráticos no comprenden fácilmente la utilidad de las formas y las desdeñan como por instinto: ya he dicho las razones de esto. Las formas excitan su desprecio y muchas veces su odio. Como, por lo común, no aspiran sino á los goces fáciles y presentes, se lanzan impetuosamente hacia el objeto de cada uno de sus deseos, y los menores obstáculos los desesperan. Este mismo carácter, transportado á la vida política, los dispone contra las formas que retardan ó detienen cada día algunos de sus designios.

El inconveniente que los hombres democráticos encuentran en las formas, es lo que las hace más útiles á la libertad; su mérito principal consiste en servir de barrera entre el fuerte y el débil, el gobernante y el gobernado, y retardar al uno y dar al otro el tiempo de reconocerse. Las formas son más necesarias á medida que el soberano es más activo y más poderoso, y los particulares más indolentes y débiles. Por esto, los pueblos democráticos tienen naturalmente más necesidad de las formas que los otros, y naturalmente las respetan menos. Examinemos este punto con atención.

Nada es tan miserable como el soberbio desdén de la mayor parte de nuestros contemporáneos por las cuestiones de formas; porque las más insignificantes han adquirido en nuestros días una importancia que jamás hasta ahora habían tenido. Muchos de los mayores intereses de la humanidad se hallan ligados á ellas.

Creo que si los hombres de Estado de los siglos aristocráticos podían algunas veces despreciar impunemente las formas y hacerse superiores á ellas, los que conducen los pueblos de hoy día deben

considerar con respeto la menor de ellas, no descuidándolas sino cuando una imperiosa necesidad le obligue á ello. En las aristocracias se tenía la superstición de las formas, es preciso que nosotros les demos un culto ilustrado y reflexivo.

Otro instinto muy natural y también muy peligroso en los pueblos democráticos, es el que los conduce á despreciar ó á estimar en poco los derechos individuales.

Los hombres se adhieren en general á un derecho y le manifiestan respeto en razón de su importancia, ó del largo uso que han hecho de él. Los derechos individuales en los pueblos democráticos son, por lo común, poco importantes, muy recientes é instables; esto hace que se las sacrifique sin dificultad y se les viole casi siempre sin remordimiento.

Pero sucede que al mismo tiempo y en las mismas naciones en que los hombres conciben un desprecio natural por los derechos de los individuos, los derechos de la sociedad se extienden naturalmente y se aseguran; es decir, que los hombres se interesan menos por los derechos particulares precisamente al momento en que más les convendría retener y defender lo poco que les queda. En los tiempos democráticos en que nos hallamos, es en los que principalmente los verdaderos amigos de la libertad y de la grandeza humana deben estar dispuestos á impedir que el poder social sacrifique los más mínimos derechos particulares de algunos individuos á la ejecución general de sus designios. No hay en estos tiempos ciudadano tan obscuro que no sea muy peligroso dejar oprimirle, ni derechos individuales tan poco importantes que se puedan abandonar impunemente. La razón de esto es muy sencilla: cuando se viola el derecho particular de un individuo en una época en que el espíritu humano está penetrado de la santidad de los derechos de especie, no se hace mal sino á aquél á quien se despoja; pero violar un derecho semejante en nuestros días, es corromper profundamente las costumbres nacionales y pone en peligro la sociedad entera; pues la idea misma de estas clases de derechos tiende sin cesar entre nosotros á alterarse y perderse.

Hay ciertos hábitos, ciertas ideas, ciertos vicios, que son propios del estado de revolución, y que un largo trastorno no puede dejar de crear y de generalizar, cualesquiera que sean por otra parte su carácter, su objeto y su teatro.

Cuando una nación cualquiera ha cambiado muchas veces en un corto espacio de tiempo de jefes, de opiniones y de leyes, los hombres que la componen acaban por contraer el gusto del movimiento y por habituarse á que todos los trastornos se ejecuten rápidamente con la ayuda de la fuerza. Conciben entonces un desprecio natural por las formas cuya impotencia ven todos los días, y no toleran sino con dolor el imperio de la regla á que ven tantas veces sustraerse.

Como las nociones ordinarias de la equidad y de la moral no bastan para explicar y justificar todas las cosas nuevas que la revolución crea cada día, se adhiere al principio de la utilidad social, se crea el dogma de la necesidad política, se acostumbran á sacrificar con gusto y sin escrúpulo los intereses particulares y á hollar los derechos individuales, á fin de alcanzar con más prontitud el objeto general que se proponen.

Estos hábitos y estas ideas que yo llamaré revolucionarias, porque todas las revoluciones las producen, se hacen ver en el seno de la aristocracia tanto como en los pueblos democráticos; pero en los primeros son frecuentemente menos poderosas y menos durables, porque encuentran costumbres, ideas, hábitos, defectos que les son contrarios: se borran por sí mismas al momento en que la revolución termina y la nación vuelve á sus antiguas sendas políticas. No sucede así siempre en los países democráticos, donde debe temerse que calmándose y regularizándose los instintos revolucionarios sin extinguirse, se transformen gradualmente en costumbres gubernativas y en hábitos administrativos.

Por esto, no hay país donde las revoluciones sean más peligrosas que en las democráticas; pues independientemente de los males accidentales y pasajeros que no dejan nunca de hacer toda revolución, crean siempre males permanentes, y, por decirlo así, eternos.

Creo que hay resistencias justas y rebeliones legítimas: no digo, pues, de una manera absoluta, que los hombres de los tiempos aristocráticos no deban jamás hacer revoluciones; pero pienso que deben vacilar más que todos los otros antes de emprenderlas y que vale más sufrir muchas penas en el estado presente que recurrir á un remedio tan peligroso.

Terminaré con una idea muy general que encierra no solamen-

te todas las ideas particulares expresadas en este capítulo, sino la mayor parte de las que en este libro me he propuesto exponer.

En los siglos de aristocracia que han precedido al nuestro, había particulares muy poderosos y una autoridad muy débil. La imagen misma de la sociedad era obscura y se perdía en medio de todos los diversos poderes que regían á los ciudadanos. El principal esfuerzo de los hombres de estos tiempos debió dirigirse á extender y fortalecer el poder social, á aumentar y asegurar sus prerrogativas y, por el contrario, á encerrar la independencia individual dentro de los límites muy estrechos, subordinando el interés particular al general.

Otros peligros y otros cuidados esperan á los hombres de nuestros días.

En la mayor parte de las naciones modernas, el soberano, cualquiera que sea su origen, su constitución y su nombre, se hace poderoso y los particulares caen en el último grado de debilidad y dependencia.

Todo era diferente en las antiguas sociedades.

La unidad y la uniformidad no se encontraban.

Todo anuncia hacerse tan semejante en las nuestras, que la forma particular de cada individuo se perderá bien pronto en la fisonomía común. Nuestros padres estaban siempre dispuestos á abusar de la idea de que los derechos particulares deben respetarse y nosotros nos hallamos inclinados naturalmente á exagerar esta otra, que el interés de un individuo debe siempre ceder al interés de muchos.

El mundo político cambia y es preciso en adelante buscar nuevos remedios á males nuevos. Fijar al poder social extensos límites, pero visibles é inmóviles; dar á los particulares ciertos derechos y garantirles el goce tranquilo de ellos; conservar al individuo la poca independencia, fuerza y originalidad que le quedan; elevarlo al nivel de la sociedad sosteniéndolo delante de ella; tal me parece ser el primer objeto del legislador en el siglo en que entramos.

Se dirá que los soberanos de nuestros tiempos no tratan de hacer con los hombres sino cosas grandes. Yo querría que pensasen algo en hacer grandes hombres, que diesen menos valor á la obra y más al obrero; que no olvidasen que una nación no puede

ser por largo tiempo fuerte, siendo cada hombre individualmente débil, y que hasta ahora no se han encontrado formas sociales ni combinaciones políticas que puedan hacer enérgico un pueblo compuesto de ciudadanos pusilánimes y flojos.

Veo en nuestros contemporáneos dos ideas contrarias é igualmente funestas. Los unos no hallan en la igualdad sino las tendencias anárquicas que ella hace nacer; temen su libertad y se temen ellos mismos. Los otros, en menor número, pero más ilustrados, tienen otra mira. Al lado de la ruta que partiendo de la igualdad conducen á la anarquía, han descubierto el camino que parece dirigir forzosamente los hombres hacia la esclavitud; someten ante todo su alma á esa esclavitud necesaria, y desesperando de permanecer libres, adoran ya en el fondo de su corazón al que ha de ser bien pronto su señor.

Los primeros abandonan la libertad porque la creen peligrosa, los otros, porque la juzgan imposible.

Si yo tuviese esta última creencia, no hubiera escrito la obra que se acaba de leer; me habría limitado á compadecer en secreto el destino de mis semejantes.

He querido poner en claro los peligros que la igualdad hace correr á la independencia humana, porque creo firmemente que son los más formidables y los más imprevistos de todos los que encierra el porvenir, pero no los creo insuperables.

Los hombres que viven en los siglos democráticos que nosotros empezamos, tienen naturalmente el gusto por la independencia. No pueden soportar la regla y hasta el estado que ellos prefieren, les cansa. Aman el poder, pero se inclinan á despreciar y aborrecer al que lo ejerce, escapándose fácilmente de sus manos á causa de su pequeñez y de su misma movilidad.

Tales instintos se encontrarán siempre, porque salen del fondo del estado social que no cambia.

Impedirán por largo tiempo que se establezca el despotismo y suministrarán nuevas armas á cada generación que quiera luchar en favor de la libertad de los hombres.

Tengamos, pues, ese temor saludable del porvenir que hace velar y combatir, y no esa especie de terror blando y flojo que abate los corazones y los enerva.

CAPÍTULO VIII

Vista general del asunto.

Antes de dejar para siempre el campo que acabo de recorrer, quisiera poder abrazar de un solo golpe de vista todos los diversos rasgos que señalan la faz del nuevo mundo y juzgar, en fin, de la influencia general que debe ejercer la igualdad sobre la suerte de los hombres; pero la dificultad de una empresa semejante me detiene, y al frente de un objeto tan grande, siento que mi vista se obscurece y mi razón titubea.

Esta nueva sociedad que he tratado de dar á conocer y que quiero juzgar, acaba de nacer. El tiempo no ha fijado todavía su forma; la gran revolución que la ha creado dura aún, y por lo que suceda en nuestros días es casi imposible prever lo que debe acontecer con la revolución misma, y quedar después de ella.

El mundo que se eleva está aún envuelto entre las ruinas del que cae y en medio de la gran confusión que presentan los negocios humanos, nadie puede decir lo que quedará de las antiguas instituciones y de las antiguas costumbres, ni lo que acabará de desaparecer.

Aunque la revolución que se obre en el estado social en las leyes, en las ideas y en los sentimientos de los hombres, esté todavía muy lejos de su fin, no se pueden comparar sus obras con nada de lo que se ha visto en el mundo. Retrocedo de siglo en siglo hasta la más remota antigüedad, y no descubro nada parecido á lo que hoy se presenta á mi vista. Lo pasado no alumbra el porvenir, y el espíritu marcha en las tinieblas.

Sin embargo, en medio de este cuadro tan vasto, tan nuevo y tan confuso, descubro algunos rasgos principales que sobresalen y voy á indicarlos. Veo que los bienes y los males se reparten con igualdad en el mundo; las grandes riquezas desaparecen; el número de las pequeñas fortunas crece y los goces y los deseos se multiplican: no hay prosperidades extraordinorias ni miserias irremediables. La ambición es un sentimiento universal y existen pocas vastas ambiciones. Cada individuo está aislado y es débil; la sociedad es ágil, perspicaz y fuerte; los particulares hacen pequeñas cosas y el Estado inmensas.

Las almas no son enérgicas; pero las costumbres son dulces y las legislaciones humanas. Si se encuentran pocos grandes sacrificios, virtudes elevadas brillantes y puras, los hábitos son arreglados, las violencias raras y la crueldad casi desconocida. La existencia de los hombres es más larga y su propiedad se halla más segura: la vida no está llena de adornos, pero es cómoda y pacífica; no hay placeres delicados ni muy groseros, composturas en las maneras, ni brutalidad en los gustos; no se encuentran tampoco hombres muy sabios ni poblaciones muy ignorantes; el genio se hace raro y las luces más comunes. El espíritu humano se desarrolla por los esfuerzos combinados de todos los hombres y no por el poderoso impulso de algunos.

Hay menos perfección, pero más fecundidad en las obras. Todos los lazos de familia, de clase y de patria se aflojan y el gran lazo de la humanidad se estrecha.

Si entre todos estos rasgos diversos busco el que me parece más general y digno de atención, llego á descubrir lo que se nota en las fortunas bajo mil formas diversas. Casi todos los extremos se suavizan y se embotan; los puntos salientes se borran para dar lugar á alguna cosa media á la vez menos alta y menos baja, menos brillante y menos obscura de lo que se veía en el mundo.

Cuando dirijo mi vista sobre esta multitud innumerable compuesta de seres semejantes, en que nada absolutamente cambia de puesto, el espectáculo de esta uniformidad universal me pasma y me entristece, y casi hecho de menos la sociedad que ya no existe.

Cuando el mundo se componía de hombres muy grandes y muy ruines, muy ricos y muy pobres, muy sabios y muy ignorantes, retiraba yo mi vista de los segundos para dirigirla solo á los pri-

meros, y éstos la regocijaban; mas creo que este plan nacía de mi debilidad; pues por no poder ver todo de un golpe, escogía y separaba entre tantos objetos los que deseaba contemplar. No sucede lo mismo al Sér Todopoderoso y eterno, cuya vista percibe necesariamente, aunque á la vez, todo el género humano y cada hombre.

Es natural el creer, que lo que más satisface las miradas del creador y conservador de los hombres, no es la prosperidad singular de alguno, sino el mayor bienestar de todos; lo que parece una decadencia, es á sus ojos un progreso, y le agrada lo que me hiere. La igualdad es, quizá, menos elevada, pero más justa y su justicia hace su grandeza y su belleza. Me esfuerzo en penetrar en este punto de vista de la divinidad y desde él trato de considerar y juzgar las cosas humanas.

Nadie sobre la tierra puede afirmar de un modo absoluto y general que el nuevo estado de la sociedad es superior al estado antiguo, pero es fácil ver que es diferente.

Hay ciertos vicios y ciertas virtudes inherentes á la constitución de las naciones aristocráticas, tan contrario al genio de los pueblos nuevos, que no se le puede introducir en su seno. Hay buenas inclinaciones y malos instintos, tan extraños á las primeras, como naturales á los segundos; ideas que se prestan por sí mismas á la imaginación de los unos y que rechaza el espíritu de los otros.

Son, pues, como dos humanidades distintas; cada una de ellas tiene sus ventajas y sus inconvenientes particulares, sus bienes y sus males que le son propios. Es preciso no juzgar las naciones nacientes con las que ya no existen: esto sería injusto; pues, defiriendo mucho entre sí, no se pueden comparar.

Tampoco sería razonable exigir de los hombres de nuestros tiempos las virtudes particulares que nacían del estado social de sus antepasados, pues este mismo estado social ha caído y arrastrado consigo los bienes y los males que le eran inherentes. Pero estas cosas se comprenden todavía mal en nuestros días. Veo un gran número de mis contemporáneos que pretenden escoger entre las instituciones, opiniones é ideas que nacían de la constitución aristocrática de la antigua sociedad; abandonarían gustosos las unas, pero querrían conservar las otras y llevarlas consigo al mundo nuevo. Creo que consumen sus fuerzas y su tiempo en un trabajo honesto, pero estéril.

No se trata ya de conservar las ventajas particulares que la desigualdad de las condiciones presenta á los hombres, sino de asegurar los nuevos bienes que la igualdad les puede ofrecer. No debemos intentar hacernos semejantes á nuestros padres, sino en esforzarnos en alcanzar la felicidad y grandeza que nos es propia. En cuanto á mí, que habiendo llegado este último término de mi carrera, descubro de lejos, pero á la vez, todos los objetos diversos que había contemplado separadamente al pasar, me siento lleno de temores y de esperanzas. Veo grandes peligros, que es preciso conjurar, grandes males, que se pueden evitar ó disminuir, y cada vez me afirmo más en la creencia de que para que las naciones democráticas sean honradas y dichosas, basta que quieran serlo. No dudo que muchos de mis contemporáneos han pensado que los pueblos no son jamás dueños de sus acciones y que obedecen necesariamente á no sé qué fuerza insuperable é inteligente que nace de los acontecimientos anteriores, de la raza, del suelo ó del clima.

Estas son falsas y fútiles doctrinas que no pueden jamás dejar de producir hombres débiles y naciones pusilámines; la Providencia no ha creado el género humano enteramente independiente, ni del todo esclavo; ha trazado, es cierto, alrededor de cada hombre un círculo fatal de donde no puede salir; pero en sus vastos límites el hombre, es poderoso y libre, y lo mismo los pueblos. Las naciones de nuestros días, no pueden hacer que las condiciones no sean iguales en su seno; pero depende de ellas que la igualdad las conduzca á la esclavitud ó la libertad, á las luces ó á la barbarie, á la prosperidad ó la miseria.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

NOTAS

PÁGINA 174

Hay, sin embargo, aristocracias que han hecho con actividad el comercio, y cultivado la industria con buen éxito. La historia nos presenta muchos ejemplos de esto: mas en lo general debe decirse, que la aristocracia no favorece el desarrollo de la industria y el comercio, y que sólo las aristocracias de dinero hacen la excepción de esta regla.

Entre ellas son siempre indispensables las riquezas para satisfacer los deseos. El amor de la opulencia viene á ser, por decirlo así, el gran camino de las pasiones humanas, y todos los otros se acercan á él ó lo atraviesan.

La afición al dinero y la sed de la consideración y del poder se confunden entonces de tal modo en las mismas almas, que es difícil distinguir si los hombres son codiciosos por ambición, ó si son ambiciosos por codicia. Esto es por lo que en Inglaterra, pues, se quiere ser rico para llegar á los honores y se desean los honores como manifestación de la riqueza. El espíritu humano es entonces ocupado por todos los extremos y arrastrado hacia la industria y el comercio, que son los caminos más cortos que conducen á la opulencia.

Por lo demás, esto me parece un hecho excepcional y transitorio. Cuando la riqueza llega á ser la única señal de la aristocracia, es difícil que los ricos se mantengan solos en el poder y que excluyan á todos los otros.

24

La aristocracia de nacimiento y la pura democracia, se hallan colocadas á las dos extremidades del estado social y político de las naciones; la aristocracia del dinero se encuentra en medio. Se acerca á la aristocracia de nacimiento, por los grandes privilegios que confiere á un pequeño número de ciudadanos y participa de la democracia, porque estos mismos privilegios pueden adquirirse sucesivamente por todos; de manera que forma como una transición natural entre estas dos cosas, y no puede decirse si termina el reinado de las instituciones aristocráticas ó abre ya la nueva era de la democracia.

PÁGINA 221

En el diario de mi viaje encuentro el trozo siguiente, que acabará de dar á conocer á lo que someten frecuentemente las mujeres de América que acompañan á sus maridos en los desiertos. El lector no hallará en este fragmento otra cosa que le recomiende sino el sér verdadero.

..... De cuando en cuando encontramos nuevos desmontes. Estos establecimientos son todos semejantes. Voy á describir aquél en donde nos detuvimos esa noche, y él me dará una imagen de todos los demás.

La campanilla que los trabajadores cuelgan al pescuezo de los ganados, para encontrarlos, nos anunció á gran distancia la proximidad del desmonte, y muy pronto oímos el golpe de hacha que derribaba los árboles del bosque. A proporción que nos acercábamos, las huellas de destrucción nos indicaban la presencia del hombre civilizado. El camino estaba cubierto de ramas, y también encontramos al pasar troncos medio quemados ó mutilados que se tenían aún derechos: seguimos nuestra marcha y llegamos á un bosque en que todos los árboles parecían destruídos repentinamente, de suerte que en medio del verano presentaban la imagen del invierno; examinándolos más de cerca, descubrimos en la corteza un tajo profundo que deteniendo la circulación de la savia, los ha-

cía morir pronto; y en efecto, supimos que por aquí se empieza ordinariamente el trabajo. No pudiendo cortar en el primer año todos los árboles que guarecen la propiedad, siembran maíz bajo sus ramas, las cuales, secándose á causa de la incisión, no pueden dañar con su sombra la cosecha. Después de este campo, bosquejo incompleto, primer paso de la civilización en el desierto, descubrimos de repente la cabaña del propietario en el centro de un terreno cultivado con más esmero que el resto, pero, donde, no obstante, el hombre sostiene una lucha bien desigual con el bosque. Los árboles cortados y los troncos cubren todavía y embarazan el terreno á que antes daban sombra. Alrededor de estos destrozos secos, el trigo, renuevos de encinas, plantas y yerbas de toda especie crecen revueltas en un suelo indócil y medio salvaje. En medio de esa vegetación vigorosa y variada se halla la casa del trabajador, ó, como allí se llama, la *log-huose*. Así como el campo que la rodea, esta habitación rústica anuncia una obra nueva y precipitada: su longitud no excedía de treinta pies, ni su altura de quince. Las paredes y el techo eran de troncos de árboles sin labrar, entre los cuales ponen musgo y tierra para impedir que el frío y la lluvia penetren en el interior.

Como la noche se acercaba, nos resolvimos á pedir asilo al propietario de la *log-huose*.

Al ruido de nuestros pasos, los muchachos que jugaban en medio de los restos del bosque se levantaron precipitadamente, huyendo hacia la casa como espantados á la vista de un hombre, mientras que dos grandes perros medio salvajes, con las orejas levantadas y el hocico estirado, salen de su choza ladrando á proteger la retirada de los muchachos. El talador mismo viene á la puerta de su morada, echa una mirada rápida sobre nosotros y haciendo seña á los perros de entrar á la casilla, les da él mismo el ejemplo sin manifestar que nuestra vista excite su curiosidad ni inquiete su atención.

Entramos en la *log-huose:* por cierto que su interior no se parece á las cabañas de los labradores de Europa, y se encuentra más bien lo superfluo que lo necesario.

Tenía una sola ventana con una cortina de muselina, y sobre un fogón de barro chispeaba un gran fuego que aclaraba todo el edificio. Encima de este fogón se descubría una hermosa carabina

rayada, una piel de gamo y varias plumas de águila; á la derecha de la chimenea vimos extendido un mapa de los Estados Unidos, que agitaba y levantaba el viento, que se introducía por entre las rendijas de la pared, y cerca de ella, sobre un estante formado con unas tablas mal pulidas, algunos libros, entre los cuales vi la Biblia, los seis primeros cantos de Miltón y dos dramas de Shakespeare; contra las paredes había baules en lugar de armarios; en el centro una mesa muy mal trabajada, cuyos pies de madera verde todavía y con corteza, parecían nacidos en el lugar que ocupaban; sobre esta mesa una tetera de porcelana inglesa, cucharas de plata, algunas tazas desportilladas y unos diarios.

Las facciones del dueño de la casa eran de forma angular y sus miembros delicados como los que distinguen al habitante de la Nueva Inglaterra: es evidente que tal hombre no ha nacido en la soledad donde nosotros lo encontramos, pues su constitución física basta para anunciar que pasó sus primeros años en el seno de una sociedad instruída, y que pertenece á esa raza inquieta y aventurera que hace fríamente lo que sólo la vehemencia de las pasiones puede explicar, sometiéndose por algún tiempo á la vida salvaje, á fin de vencer mejor y civilizar el desierto.

Cuando el trabajador vió que nosotros entrábamos en su habitación, salió al encuentro dándonos la mano según costumbre; pero su aspecto permaneció serio, y después de haber preguntado lo que se decía en el mundo y satisfecho su curiosidad, se calló; manifestándose como cansado de la importunidad y del ruido. Á nuestro turno le preguntamos lo que deseábamos saber, y nos dió todos los informes, ocupándose en seguida, sin precipitación, pero con esmero, en proveer á nuestras necesidades. ¿Por qué, pues, no excita nuestro agradecimiento á pesar de los cuidados que nos prodiga? Porque al ejercer la hospitalidad parecía someterse á una obligación penosa de suerte; viendo en ello un deber que le impone su situación, no un placer.

Al otro extremo del fogón estaba sentada una mujer meciendo un niño sobre las rodillas, la cual nos hizo una venia sin interrumpirse: lo mismo que el trabajador, esta mujer se hallaba en la flor de su edad, su aspecto parecía superior á su condición, y su traje anunciaba un gusto mal extinguido por el adorno; pero sus miembros delicados parecían decadentes, sus facciones marchitas,

su vista grave y apacible: en toda su fisonomía se observaba una resignación religiosa, una apacibilidad profunda de pasiones, y no só que firmeza natural y tranquila que sufre todos los males de la vida, sin temerlos ni despreciarlos. Sus hijos, robustos y turbulentos, se estrechan alrededor suyo, y, llenos de energía, parecen hijos verdaderos del desierto: la madre echaba de cuando en cuando sobre ellos miradas á un tiempo melancólicas y alegres; al ver la fuerza de éstos y la debilidad de ella, se creería que se había aniquilado dándoles la vida, pero que no por eso siente lo que le han costado.

Esta casa habitada por los emigrantes no tenía separación interior ni desván: en su única vivienda, la familia toda viene por la noche á buscar un asilo. He aquí una mansión como un pequeño mundo; el arca de la civilización perdida en un piélago de frondosidad.

Á cien pasos de distancia, el bosque inmenso extiende su sombra y empieza de nuevo la soledad.

PÁGINA 224

No es la igualdad de las condiciones la que hace á los hombres inmorales é irreligiosos; pero cuando ellos tienen estas inclinaciones, y al mismo tiempo son iguales, los efectos de la inmoralidad y de la irreligión se producen fácilmente, pues los hombres tienen poca acción los unos sobre los otros y no hay clase que pueda encargarse del buen orden de la sociedad. La igualdad no crea jamás la corrupción de las costumbres, pero algunas veces no le impide aparecer.

PÁGINA 249

Si se separan todos los que no piensan y los que no se atreven á decir lo que sienten, se encontrará que la inmensa mayoría de los americanos se muestra satisfecha con las instituciones políticas de su país, y, en efecto, yo creo que lo está. Considero estas disposiciones favorables de la opinión pública como un indicio, no como una prueba de la bondad absoluta de las leyes americanas.

El orgullo nacional, la protección dada á ciertas pasiones dominantes, algunos acontecimientos casuales, vicios no previstos ni castigados, y más que todo, el interés de una mayoría que hace enmudecer á los que se oponen, pueden alucinar por mucho tiempo á un pueblo entero como á un hombre.

Véase Inglaterra durante todo el siglo XVIII. Ninguna nación se ha prodigado nunca más lisonjas, ningún pueblo se ha visto jamás tan contento de sí mismo: todo era bueno en su constitución, hasta sus mayores defectos; mientras que hoy día una multitud de ingleses se ocupan solamente en probar que esa misma constitución era por mil títulos defectuosos.

¿Quién tenía razón? ¿El pueblo inglés del siglo XVIII ó el de nuestros días?

Lo mismo sucedió en Francia. Es cierto que bajo Luis XIV la gran masa de la nación se apasionó por la forma de gobierno que regía entonces la sociedad. Los que creen bajo el carácter francés de esa época, se equivocan; podía haber esclavitud bajo algunos respectos, pero el espíritu de servidumbre no existía. Los escritores de ese tiempo se entusiamaban verdaderamente al elevar el poder real sobre todos los otros; hasta el más rústico aldeano se llenaba de orgullo en su choza por la gloria de su soberano, y moría alegre gritando ¡viva el rey! Estas mismas formas se han hecho odiosas. ¿Quién se engañaba? ¿Los franceses de Luis XIV ó los de nuestros días?

Las disposiciones de un pueblo no bastan por sí solas para

juzgar de sus leyes, pues ellas cambian de un siglo á otro; es preciso juzgar por razones de una especie más elevada, y con más general experiencia.

El amor que muestra un pueblo por las leyes no prueba, sino que en esa época no deben cambiarse.

PÁGINA 152

En el capítulo á que se refiere esta nota acabo de mostrar un gran peligro; quiero indicar otro más raro, pero que si llegase á aparecer se debería temer muchas más.

Si el amor de los goces materiales y el gusto por el bienestar que la igualdad sugiere naturalmente á los hombres se apoderasen del espíritu militar, y los ejércitos mismos acabarían quizá por amar la paz, á despecho del interés particular que los inclina á desear la guerra.

En medio de esta molicie universal los soldados calcularían que vale más ascender gradualmente, pero sin esfuerzo, á la sombra de la paz, que comprar un adelantamiento rápido coñ las fatigas y miserias de la vida de campaña. En tal idea, el ejército tomaría las armas sin ardor y usaría de ellas sin energía, y para combatir al enemigo sería preciso que se le forzase.

Sin embargo, esta disposición pacífica del ejército no lo alejaría de las revoluciones militares, que por lo común son muy rápidas, traen consigo grandes peligros, no ofrecen por eso largos trabajos y satisfacen la ambición con menos riesgos que la guerra.

No peligra más que la vida, á la cual los hombres de las democracias están menos apegados que á sus comodidades.

Nade es tan peligroso para la libertad y la tranquilidad de un pueblo, como un ejército que teme la guerra, pues no buscando ya su elevación y su influencia en los campos de batalla, quieren encontrarlos en otra parte.

Puede también suceder que los hombres que componen un ejército democrático pierdan el interés de ciudadanos sin adquirir las virtudes del soldado, y que el ejército deje de ser guerrero sin cesar de ser revoltoso.

Repetiré aquí lo que he dicho en otro lugar. El remedio de semejantes peligros no está en el ejército, sino en el país. Un pueblo democrático que conserve costumbres civiles, hallará siempre en sus soldados, en caso de necesidad, costumbres guerreras.

PÁGINA 321

Los hombres fijan la grandeza de la vida de la unidad en los medios, Dios en el fin; de aquí viene que esta idea de grandeza nos conduce á mil pequeñas. Forzar á los hombres á marchar del mismo modo y hacia el mismo objeto; he aquí una idea humana: introducir una variedad infinita en los actos combinándolos de manera que todos ellos conduzcan por mil vías diversas hacia la ejecución de un gran designio, he aquí una idea divina.

La idea humana de la unidad es casi siempre estéril, la de Dios inmensamente fecunda. Los hombres creen mostrar su grandeza simplicando el medio; el objeto de Dios es sencillo, sus medios varían infinitamente.

PÁGINA 329

Un pueblo democrático, no solamente es conducido por sus gustos á centralizar el poder, sino que las pasiones de todos los que lo dirigen lo inclinan á ello sin cesar.

Fácilmente se puede preveer que casi todos los ciudadanos hábiles y ambiciosos que encierra un país democrático, trabajarán

sin descanso en extender las atribuciones del poder social, porque todos esperan dirigirlo un día. Se perdería el tiempo queriendo probar á éstos que la centralización extrema puede perjudicar al Estado, porque ellos centralizan para sí mismos.

Entre los hombres públicos de las democracias, sólo los muy desinteresados ó los muy mediocres, tratan de impedir la centralización del poder; pero los primeros son muy raros y los otros incapaces.

PÁGINA 349

Muchas veces me he preguntado lo que sucedería si á causa de la molicie de las costumbres democráticas y del carácter inquieto del ejército, se fundase en algunas naciones de nuestros días un gobierno militar.

Creo que ese mismo gobierno no se alejaría del cuadro que he trazado en el capítulo á que se refiere esta nota y no reproduciría los rasgos salvajes de la oligarquía militar.

Estoy convencido de que en este caso se confundirían, en cierto modo, los hábitos del empleado y los del soldado: la administración tomaría algo del espíritu militar, y el militar algunos usos de la administración civil.

El resultado sería un mando regular, claro, neto y absoluto; el pueblo presentaría la imagen del ejército y la sociedad estaría gobernada como un cuartel.

PÁGINA 349

No se puede decir de una manera absoluta y general, que el mayor peligro de nuestros días sea la licencia ó la tiranía, la anarquía ó el despotismo.

Lo uno y lo otro, es igualmente de temer y puede salir de una misma causa, que es la apatía general, fruto del individualismo.

Esta misma apatía hace que cuando el poder reúne algunas fuerzas se halle en estado de oprimir, y al día siguiente en que un partido puede poner treinta hombres en batalla se encuentre igualmente en estado de oprimir. Ni el uno ni el otro pueden fundar nada durable, pues lo que los hace obtener fácilmente buen éxito, impide que éste se prolongue por mucho tiempo. Se elevan porque nada se les opone, y caen porque nada los sostiene.

No es por cierto la anarquía ó el despotismo lo que más debe combatirse, sino la apatía que indiferentemente puede crear lo uno ó lo otro.

FIN DE LAS NOTAS

ÍNDICE

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTVLO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

PARTE SEGUNDA

Influencia de la democracia en los sentimientos de los americanos.

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

Págs.

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

TERCERA PARTE

Influencia de la democracia sobre las costumbres propiamente dichas.

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

Págs.

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

PARTE CUARTA

Influencia de las ideas y sentimientos democráticos en la sociedad política.

CAPÍTULO PRIMERO

BIBLIOTECA CIENTIFICO-FILOSOFICA

Tomos de tamaño 19 × 12

Altamira.—Cuestiones modernas de Historia, 3.

Arreat.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.

Baldwin.—Historia del alma, 4.

Binet.—Introducción á la Psicología experimental, 2.ª edición, 2,50.
Psicología del razonamiento, 2,50.
El fetichismo en el amor, 3.

Boissier.—El fin del paganismo, 2 tomos, 7.
Paseos arqueológicos. Roma y Pompeya, 4.

Bray.—Lo bello, 3,50.

Bunge.—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.
La Educación.—La Educación contemporánea, 4.
La Educación.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.

Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.

Davidson.—Una historia de la Educación, 3,50.

Delbœuf.—El dormir y el soñar, 3.

Fere.—Sensacion y movimiento, 2,50.
Degeneración y criminalidad, 2,50.

Ferrero.—Grandeza y decadencia de Roma.
I.—La Conquista, 3,50.
II.—Julio César, 3,50.
III.—El fin de una aristocracia, 3,50.
IV.—Antonio y Cleopatra, 3,50.
V.—La República de Augusto, 3,50.
VI.—Augusto y el Grande Imperio, 3,50.

Ferriere.—Los mitos de la Biblia, 4.
Errores científicos de la Biblia, 4.
La materia y la energía, 3,50.
La vida y el alma, 4.
La causa primera, 3,50.

Fleury.—El cuerpo y el alma del niño, 3.
Nuestros hijos en el colegio, 3.

Fouillée.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.

Fustel de Coulanges.—La ciudad antigua, 4.

Gauckler.—Lo bello y su historia, 2,50.

Gow y Reinach.—Minerva, 4.

Grasserie.—Psicología de las religiones, 4.

Guignebert.—Manual de Historia antigua del Cristianismo, 4.

Guyau.-Génesis de la idea de tiempo, 2,50.
Problemas de estética contemporánea, 4.

Hearn.—Kokoro, 3,50.

Hennequin.—La crítica científica, 2,50.

Janet.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.

Kant, Pestalozzi y Gœthe.—Sobre Educación, 2,50.

Kergomard.—La educación maternal. Dos tomos, 7.

Le Bon.—Psicología de multitudes, 2,50.

Le Dantec.—Elementos de filosofía biológica, 3,50.

Leveque-El espiritualismo en el Arte, 2,50.

Lhotzky.—El alma de tu hijo, 2,50

Mauthner.—Contribuciones á una crítica del lenguaje, 3,50.

Max Nordau.—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.

Mercante.—La Verbocromía, 2,50.

Mercier.—La filosofía en el siglo XIX, 2,50.

Moreau de Jonnes.—Los tiempos mitológicos, 3,50.

Münsterberg.—La Psicología y el maestro, 3,50.

Nitobe.—Bushido. El alma del Japón, 2,50.

Payot.—La creencia. 2,50.

Posada.—Política y enseñanza, 2,50.
Teorías políticas, 2,50.

Ribot.—Enfermedades de la voluntad, 2,50.
Las enfermedades de la memoria, 2,50.
Las enfermedades de la personalidad, 2,50.
La psicología de la atención, 2,50.
La evolución de las ideas generales, 3.
La lógica de los sentimientos, 2,50.
Ensayo sobre las pasiones, 2,50.

Ruskin.—Munera Pulveris (sobre Economía política), 2,50
Sésamo y azucenas, 2,50.
La Biblia de Amiens, 2,50
Sanet.—Las estoglosias, 2,50.

Sollier.—El problema de la memoria, 3,50.

Spir.—La norma mental, 2,50.

Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.

Tardieu.—El aburrimiento, 4.

Thomas.—La educación de los sentimientos, 4.

Tissie.—Fatiga y adiestramiento físico, 4.
Los sueños, 3.

Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.

Wagner.—Juventud, 3,50.
La vida sencilla, 2,50.
Junto al hogar, 3.
Para los pequeños y para los mayores, 4.
Valor, 2,50.
A través de las cosas y de los hombres, 2,50.

Wegener.—Nosotros los jóvenes, 2,50.

Tomos de tamaño 23 × 15

Baldwin.—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8.

Bourdeau.—El problema de la muerte, 5.
El problema de la vida, 5.

Carlyle.—Folletos de última hora, 6.

Compayre.—La evolución intelectual y moral del niño, 7.

Crepieux-Jamin (J).—La escritura y el carácter, 7.

Fouillée.—Temperamento y carácter, 5.
Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.

Guido Villa.—El idealismo moderno, 5.
La psicología contemporánea, 10.

Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
La irreligión del porvenir, 7.
La moral de Epicuro, 5.

Hegel.—Filosofía del espíritu, 2 ts., 9.
Estética, dos tomos, 15.

Hoffding.—Bosquejo de una psicología, basada en la experiencia, 8.
Hist.ª de la Filosofía moderna, 2 ts., 18.
Filosofía de la Religión, 6.
Los filósofos contemporáneos, 5.

James (W).—Principios de Psicología, 2 tomos, 20.

Janet.—Historia de la ciencia política. Dos tomos, 15.

Lanessan.—El transformismo, 5.

Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.

Lapie.—Lógica de la voluntad, 5.

Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 7.

Le Dantec.—Teoría nueva de la vida, 5.

Lefévre.—Las lenguas y las razas, 5.

Loliee.—Historia de las literaturas comparadas, 6.

Nordau.—Degeneración. Dos tomos, 12
El sentido de la Historia, 6.

Payot.—Educación de la voluntad, 4.

Pearson.—La Gramática de la ciencia, 8.

Posada.—Principios de Sociología, 8.

Preyer.—El alma del niño, 8.

Ribot.—La herencia psicológica, 7.
La psicología de los sentimientos, 8.
Ensayo de la imaginación creadora, 6.

Reinach.—Orfeo, 7.

Romanes.—La evolución mental en el hombre, 7.

Spencer.—Ensayos científicos, 5.

Tarde.—Las leyes de la imitación, 7

Tocqueville.—La democracia en América. Dos tomos, 14.
El antiguo régimen y la revolución, 5.

Wundt.—Introducción á la Filosofía, tomo I, 5 pesetas.

Xénopol.—Teoría de la historia, 7.

OBRAS DE FONDO

Barcia.—Sinónimos castellanos, 8 ptas.

Becerro de Bengoa.—La enseñanza en el siglo xx. Un tomo en 8.º mayor, ilustrado con 44 grabados y cuatro fototipias fuera del texto, 5 pesetas.

Bergson.—Materia y memoria. (Tamaño, 19 × 12), 3'50 pesetas.

Corradi (D. Fernando).—Lecciones de oratoria. En 4.º, 3 pesetas.

Fillis (James).—Principios de doma y de equitación (con 70 grabados y fotograbados). Versión española de D. Arturo Ballenilla y Espinal (Esta obra está editada en francés, inglés, alemán, ruso y español). Madrid, 1901. Un tomo en 4.º mayor, 15 pesetas.

Flaubert.—La educación sentimental, historia de un joven. Dos tomos. (Tamaño, 19 × 12), 5 pesetas.

Gasté (M. de).—El Modelo y los Aires.—(Esta importante obra, que trata de la cría caballar, contiene además nociones de hipología). Un tomo en 4.º mayor, 10 pesetas.

Gerard (J).—Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento. Un tomo en 8.º mayor, 5 pesetas.

González Serrano (U).—Pequeñeces de los grandes. Un folleto en 8.º, 0'50 pesetas.

Hartenberg.—Los tímidos y la timidez. En 4.º. 5 pesetas.

Lagrange (Dr. Fernando).—La higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes. (Tamaño, 19 × 12), 3 pesetas.

—El ejercicio en los adultos. (Tamaño 19 × 12), 3'50 pesetas.

—Fisiología de los ejercicios corporales. (Tamaño 23 × 15), 5 pesetas.

March y Reus (J. A.).—Clave telegráfica internacional. Segunda edición española. Madrid, 1894 En 4.º, tela, con planchas, 20 pesetas.

Max Müller.—Ensayo sobre la historia de las religiones. Dos tomos en 8.º, 4 ptas.

—La ciencia de la religión, en 8.º, 2 ptas.

Mosso (Angel).—La educación física de la juventud. (Tamaño 19 × 12), 3'50 ptas.

—El miedo. (Tamaño, 19 × 12), 4 pesetas.

—La fatiga. En 4.º, con numerosos grabados intercalados en el texto, 4 pesetas.

Thomas.—La sugestión: su función educativa. (Tamaño, 19 × 12), 2'50 pesetas.

Tiberghien.—Estudios sobre Filosofía, en 8.º, 2 pesetas.

—Los Mandamientos de la Humanidad ó la Vida Moral en forma de Catecismo, según Krausse. Un tomo en 8.º, 2'50 pts.

Tissandier (Gastón).—Manual de procedimientos útiles. (Tamaño, 19 × 12), 3 pts.

Tom Tit.—La ciencia recreativa. 100 experimentos con infinidad de grabados. Madrid, 1897. En 4.º, cartoné, 5 pesetas.